
LA
OCTAVA CAJA
Dory Sontheimer
CIRCE

La historia de Dory Sontheimer, narrada en *Las siete cajas*, reconstruía la memoria de sus antepasados. A través de una inesperada herencia documental, Dory descubrió sus orígenes, ligados a la tragedia colectiva del nazismo y del Holocausto. Hija de un exilio que obligó a millones de judíos a negar parte de su identidad, Dory empezó a desenterrar el pasado familiar y al mismo tiempo a asumirlo. Lo hizo a través de la consciencia de un drama que, al final, la obligó a enfrentarse a la evidencia, tan impactante como conmovedora, de cuáles eran sus raíces. Ahora, fiel al mismo compromiso con la memoria, esas raíces permiten, a través del vigor de una voz que ejerce su responsabilidad de tronco, contar las vidas de Catherine, Peter, Michael, Tommy y Pavel. Ellos son las ramas imprescindibles de un mismo árbol y como tales compartieron el drama del silencio y la impotencia de haber vivido en un mundo que permitió el horror y propició la impunidad de sus verdugos. Escrito con la misma franqueza emocional y voluntad reparadora que tanto han emocionado a sus lectores, Dory viaja, se documenta, interpreta, revive y rescata las vidas de quienes, en circunstancias mucho más trágicas que las suyas, no tuvieron el privilegio de poder vivir para contarlo. Sin artificios ni alardes de erudición, y utilizando la figura omnipresente de la muñeca «Patty», *La octava caja*, completa y enriquece la historia de una familia que, en su complejidad, encarna el dolor, las esperanzas y la capacidad de resistir de millones de víctimas que necesitan de testimonios como este para no ser derrotadas por el monstruo del olvido.

Dory Sontheimer

La octava caja

ePub r1.0
Titivillus 18.04.2024

Título original: *La octava caja*
Dory Sontheimer, 2016
Prólogo: Eduardo Martín de Pozuelo Dauner

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Dedicado a mis nietos: Miren, Pepe, Blanca, Pía, Bruno, Noa, Pau, Max y Sara y a los que aún puedan venir.

Dedicado especialmente a todos los niños víctimas inocentes de los genocidios.

Donde hay amor hay vida

MAHATMA GANDHI

La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa.

ALBERT EINSTEIN

NOTA DE LA AUTORA

Durante estos últimos meses he estado viviendo con mis cinco protagonistas. He cenado, dormido, soñado, desayunado y trabajado con ellos.

Cuando he querido explicar sus historias, las voces que han aflorado en mí han sido distintas entre ellas.

La historia de Catherine la conozco a través de sus hijos. Les pregunté si podía utilizar su nombre y prefirieron un seudónimo. ¿Qué nombre ponerle? Después de meses de convivir con ella, o mejor dicho de «ser ella», hemos formado una simbiosis tan perfecta —la Catherine apodo, y la Catherine real—, que su voz es la mía por eso lo tuve muy claro: usaría el mío.

Mi verdadero nombre siempre ha sido Dory, en recuerdo de mi tía Dorel, aunque Catherine es mi nombre oficial. Cuando me bautizaron me pusieron el nombre de mi madrina, por lo visto, era la tradición en aquella época y mis padres —con el afán de integrarse totalmente en el país de acogida—, lo consideraron correcto.

A Peter no llegué a conocerlo pero me he situado en la piel de un niño y de un adolescente como él. Por lo que he podido explicar su historia imaginándome, en algunas ocasiones, su propia voz a través de su Diario.

Con Michael ha sido diferente. Lo he conocido personalmente y entre nosotros dos se ha establecido una relación de cariño profunda. Hemos dialogado muchísimo, en persona, a través de e-mail y llamadas telefónicas; su historia está contada, estableciendo un diálogo mutuo, con su propia voz sin intermediarios.

Pavel ha sido el personaje «mimado». El niño. Tierno, infantil, y amoroso. Lo he descrito como lo haría una madre.

La historia de Tommy es impactante, y como tal la he tratado con muchísimo respeto. Es una de las historias que deja una huella profunda.

Así es cómo mis protagonistas han tenido distintas voces y así espero que lo entienda el lector.

Prólogo

La derrota del nazismo

Los que hayan tenido la fortuna de leer *Las siete cajas,* la primera obra de Dory Sontheimer, ya saben del impacto emocional que supone enfrentarse a los hechos reales extraordinariamente conmovedores que, al mismo tiempo que trazan la biografía de la autora durante años oculta hasta para ella, delineaban la crudeza del Holocausto. Ahora, con este nuevo libro, llena tremendos vacíos familiares que solo quedaron al descubierto cuando se enfrentó a las siete primeras cajas legadas por sus padres y cierra una historia personal que termina por mostrar en sus detalles la verdadera naturaleza del Holocausto.

Tengo la suerte de ser amigo de Dory y de su entrañable familia y por eso escribo estas líneas con la admiración más profunda. Un respeto que no me impide tratar de ser objetivo, tal como me pidió cuando me invitó a escribir estas líneas acerca de *La octava caja*. La fortuna, en forma de un encuentro que ya relaté en el prólogo de la obra que precede a esta, ha propiciado que fuera un testigo de excepción del extraordinario esfuerzo emocional, físico e intelectual que hay detrás de este libro y cuyo contenido obviamente no puedo adelantar. En las páginas que siguen hay demasiada intensidad íntima y conmovedora como para inmiscuirse en ella.

Conocí a Dory mientras aún abría las siete primeras cajas e investigaba sorprendida y emocionada lo que iba encontrando. Tuve el privilegio profesional de publicar el primer reportaje sobre su testimonio que considero de valor universal. Desde entonces no ha pasado ni un día, ni un minuto, sin que esta mujer, que es católica y que ya se sabe orgullosamente judía, haya indagado con un tesón prodigioso sobre el pasado y presente de su familia.

Estaba fresca la tinta de las siete cajas cuando se lanzó con toda el alma a buscar los datos familiares que le faltaban y que envolvían en una densa niebla una amplísima parte de su propio linaje. La herencia documental de sus padres y el inmenso trabajo de rastreo le habían

permitido saber quién era, de dónde venía y qué había sucedido con sus parientes más próximos. Ya estaba al corriente de que sus abuelos habían muerto en un campo de exterminio sin que el continuado esfuerzo de sus padres hubiera podido evitarlo debido al comportamiento criminal de la diplomacia de la dictadura franquista amiga del nazismo. Pero aquel conocimiento del drama familiar le abrió a su vez un vasto campo de preguntas acerca de lo sucedido a decenas de parientes de cuya existencia acababa de tener noción. Era una cadena sin fin. Cada dato, cada nuevo nombre que surgía motivaba nuevas pesquisas y así sucesivamente. Pero la constancia de Dory hizo que encontrara a los descendientes de aquellas personas que un día formaron parte de una amplia familia unida, la suya, que no conoció y que el nazismo destrozó por la vía de la degradación, el robo y finalmente el asesinato. Una persecución que causó la diáspora por medio mundo de los familiares que lograron huir. La propia guerra y la persecución nazi a los judíos hicieron que unos supervivientes no supieran de la suerte de los otros.

Y así se mantuvo la situación hasta que, setenta años después, Dory Sontheimer los fue encontrando uno a uno, los llamó, los conoció, los abrazó, los recuperó y escuchó sus relatos mientras se convertía en un aglutinante indestructible formado a base de cariño y calidez que ha reconstruido lazos, unido personas y recuperado a la familia.

Ruego que lo piensen. Lo que ha logrado la autora no es baladí. No cabe duda que con la octava caja Dory ha vencido al nazismo al rescatar la Memoria de seres humanos que los nazis quisieron borrar del mapa para siempre. No se suele enseñar en las escuelas, ni siquiera en la universidad quizá por desidia, pero es imprescindible saber que en el proyecto de limpieza étnica del nacionalsocialismo llegaron a difundir «informes científicos» en los que se «demostraba» que los judíos eran bacterias de tal suerte que, además de despojarles de su condición humana, justificaban su eliminación física masiva en la misma medida que se aplica un antibiótico para atajar una infección. Pretendían borrar del mapa a las personas, a sus recuerdos y a sus circunstancias de modo que desaparecieran definitivamente de la faz de la Tierra como si nunca hubieran existido, como si jamás hubieran amado.

Para el ideario nazi las palabras de Shylock en el *Mercader de Venecia*, de Shakespeare, carecían de sentido: «[…] y ¿qué razón tiene para hacer todo esto? Soy un judío. ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no está nutrido de los mismos alimentos, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades,

curado por los mismos medios, calentado y enfriado por el mismo verano y por el mismo invierno que un cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenáis, ¿no morimos?…».

Luego Shylock menciona la venganza ante la afrenta. Y qué mejor venganza ante el odio nazi que recuperar la memoria, la dignidad y el amor que ellos quisieron borrar para la eternidad. Qué mejor triunfo sobre el nazismo que sacar a un grupo humano del infierno de un olvido intencionado provocado por los peores genocidas de la historia. Ese es el esfuerzo de Dory Sontheimer y para este periodista ese es el ilimitado valor de su obra.

Creo que sin una reflexión pausada de mis palabras puede infravalorarse la bravura, especialmente emocional, que implica indagar sobre tu propia identidad y descubrir que es muy diferente a la que suponías. Solo esa circunstancia merece valorarse. Por eso creo que es de justicia llamar la atención sobre lo que puede sentir un ser humano que busca acerca de su propia identidad y descubre que gran parte de su familia fue asesinada en las peores condiciones posibles. Estoy seguro que muchos en parecidas circunstancias habrían preferido no saber de tanto dolor y, en lugar de enfrentarse a la realidad, escogerían vivir en el confort de una ignorancia defensiva. No es el caso de la autora de esta obra de desbordante emoción. Su padre, Kurt, el que confeccionó las siete cajas iniciales guardando en ellas todo lo que pudo de la memoria familiar, tuvo que llamarse Conrado y hacerse católico para despistar al nazismo y salvar a la familia. Ese extraordinario dato nos lleva directamente al marco histórico en el que se desarrollan las biografías que componen *La octava caja*.

Para adentrarse en el drama que supone saber del asesinato masivo de los tuyos o comprender la profundísima alegría que puede proporcionar hallar a un familiar del que ni sabías su existencia solo hay que mirar atrás y situarse por unos instantes en los años de la ascensión del nacionalsocialismo alemán. Es difícil de explicar y quizá más de imaginar lo que experimentaron las personas que protagonizan este libro. Existieron. No son producto de la imaginación. Eran como usted y como yo, como su familia o como la de cualquier otro, con sus anhelos y sus esperanzas, con su vida y su esfuerzo.

No ocurrió de repente. La degradación fue paulatina. Imaginen. Un día le dicen a usted que ya no puede trabajar donde siempre por la sencilla razón de que no forma parte del grupo dominante del país en el que ha nacido. Luego aprueban leyes que le dicen dónde puede o no puede entrar, dónde puede o no puede trabajar y con quién puede o

no puede casarse. Poco después deciden que usted y los que son como usted son los culpables de todos los males y un mal día de noviembre —el 10 de 1938— mientras se dispone a cenar como de costumbre en la paz de su hogar una horda ultraviolenta, alentada por el gobierno de su propia nación y amparada por la policía que creía que estaba para protegerle, irrumpe en su casa, la destroza al tiempo que hace lo mismo con su tienda, con su barrio, con su iglesia, su librería o el cementerio en el que profanan entre risas las tumbas de sus seres queridos. Mientras, la turba da una paliza sin piedad a su hijo o a su madre o a su padre o a todos a la vez incluido usted mismo. Y en medio de esa barbarie, otros que se sienten distintos ríen complacidos. Por la mañana unos uniformados de un partido que le considera diferente le arresta por ser distinto según ellos. No importa si es carpintero, abogado, científico, maestro, hombre, mujer, joven o viejo. Se lo llevan igual y lo encierran en unas cárceles especiales. A partir de ese instante no sabe de la suerte de su familia y la única opción que le queda para reagruparse —con los que han sobrevivido— es pagar por su libertad y aceptar abandonar el propio país, su casa y sus pertenencias. Y si aún, gracias a los sobornos, tiene mucha suerte y logra quedarse en su casa ya marcada para siempre porque en ella vive un indeseable carente de derechos, o sea usted o yo, entonces aparece un funcionario del nuevo orden para obligarle a pagar los desperfectos con el argumento de que usted (o yo) somos los causantes del desmán. Así fue, contada a brochazos, la célebre Noche de los Cristales Rotos, el pogromo en el que lo de menos fueron los cristales y lo de más los muertos contados por cientos y el significado que tuvo como arranque definitivo de lo que sería el Holocausto marcado por la Solución Final.

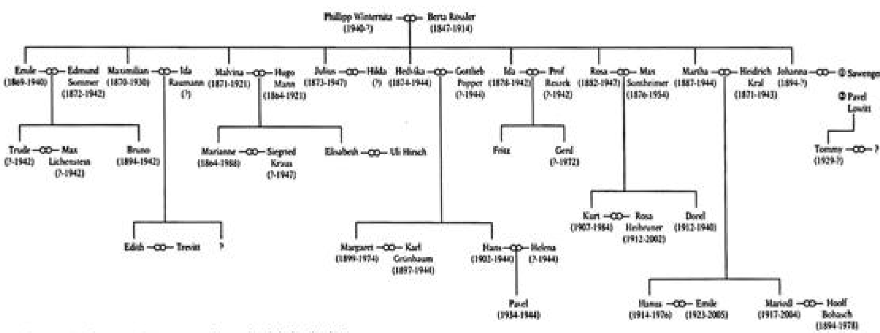
Sin duda aquella no fue la peor noche para los judíos de Alemania y Austria. No fue la peor para la familia de Dory. Todo empeoró. El odio se extendió y leyes creadas y ejecutadas por gentes refinadas y leídas desposeyeron de la condición humana a los judíos y otras minorías. Y así, los nazis legalizaron sus crímenes hasta llegar a matar industrialmente en los campos de exterminio.

La ignorancia hace fácil el olvido y el uso del término nazi de forma banal y gratuita. Pero hay obras como esta que nos enseñan la esencia de la Shoah contada a través de relatos familiares que se hacen extraordinariamente cercanos. Delicadamente reconstruidos por alguien que ha derrochado un amor que no le pudo arrebatar el nazismo y que deja al lector una potente chispa de esperanza en forma de una muñeca judía que se llama *Patty*. Una muñeca muy especial, superviviente tras una prodigiosa trayectoria, que conmueve y

estremece. Un juguete que ha llegado hasta nuestros días al que el destino ha convertido en el gran testigo mudo e inanimado del drama de una familia que ya ha vencido al nazismo.

Eduardo Martín de Pozuelo Dauner
Barcelona, 11 de octubre de 2016

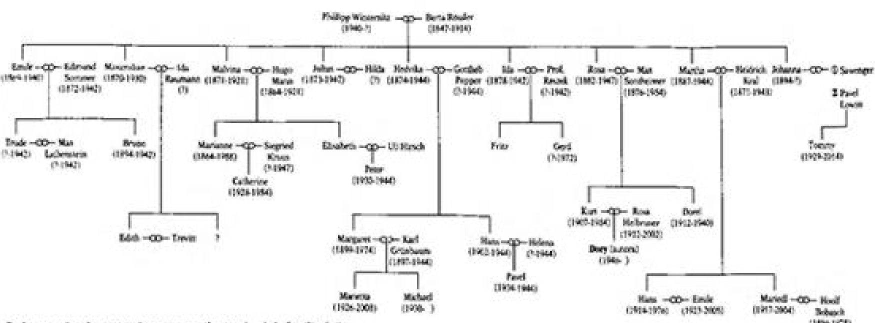
Familia de Praga



De las aproximadamente veinte personas deportadas de la familia de Praga:

- 6 murieron en Terezín
- 6 murieron en Auschwitz
- 4 murieron en Riga
- 4 sobrevivieron.

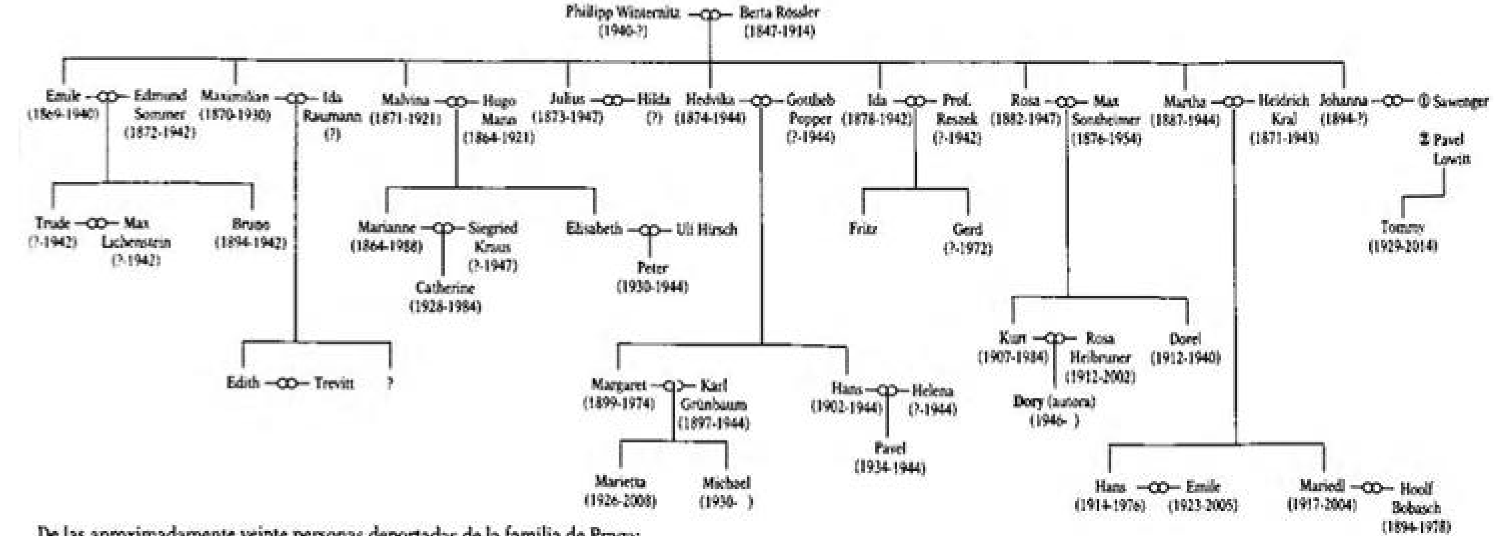
Familia de Praga



De las aproximadamente veinte personas deportadas de la familia de Praga:

- 6 murieron en Terezín
- 6 murieron en Auschwitz
- 4 murieron en Riga
- 4 sobrevivieron.

Familia de Praga



De las aproximadamente veinte personas deportadas de la familia de Praga:

- 6 murieron en Terezín
- 6 murieron en Auschwitz
- 4 murieron en Riga
- 4 sobrevivieron.

Introducción

Descubrir la historia de mi familia, víctima del Holocausto, en siete cajas me supuso un giro con respecto a la visión que tenía del mundo. Me ha costado asimilar y procesar lo que la sociedad del siglo XX fue capaz de hacer. Asumir que treinta y seis miembros de mi familia fueron brutalmente asesinados no es fácil.

Estoy en proceso de reconstrucción. Un relato de tal magnitud necesita algo mucho más importante que conocer los decretos y las leyes que se impusieron. Requiere acumular mucha paz interior para digerir aquella tragedia. Solo tranquilizando mi mente he sido capaz de asumir el estudio, análisis y búsqueda de lo mío y de los míos, de encontrar a los supervivientes y a los descendientes: a mi familia. He querido verlos, tocar su piel, conocerlos, hablar con ellos y sobre todo abrazarlos. Fluye entre nosotros respeto, una corriente de armonía y una sensación de mucho cariño. Tenemos diferentes nacionalidades, costumbres, religiones pero unos orígenes comunes que nos vinculan con mucha fuerza.

El estudio, en profundidad, del contenido de las siete cajas me ha llevado a conocer mucho más de lo acontecido en nuestra familia de lo que pude apreciar cuándo escribí mi primer libro. Todas las historias son impactantes pero cuando están referidas a los niños, la piel se eriza y un nudo en la garganta no permite tragar.

Entre 1939 y 1945, los nazis no dejaron que un millón y medio de niños llegaran a ser adultos. Consideraron que no tenían derecho a la vida.

Durante el mismo período otros miles de niños entraron en la ruleta de la suerte intentando que les tocara el número de la vida. Algunos lo consiguieron, otros no.

Cinco niños de mi familia, Catherine, Peter, Michael, Tommy y Pavel formaron parte de ambos grupos. Todos son descendientes de mi familia de Praga. Hijos de familias de profesionales integradas en la sociedad europea.

Pero algo, un juguete al que a menudo de pequeños ponemos nombre y «alma» fue testigo mudo de sus vicisitudes: UNA MUÑECA.

Mi tía Dorel, hermana de mi padre, la llevó desde Barcelona a Praga en 1935, cuatro años antes de que los nazis entraran en esta ciudad. Ahora, ochenta años después, esta muñeca está sentada en mi despacho. Junto con ella, con sus vivencias, he viajado al pasado y he penetrado en la luz y en la oscuridad de aquellos años en que unos críos inocentes jugaban en las calles mientras un gobierno emitía decretos, en despachos ministeriales, para exterminar a un colectivo humano, entre ellos a niños. He mirado y visto a través de los ojos de *Patty*, la muñeca, y he escuchado a través de sus oídos. He observado, sentido e interiorizado lo vivido por ella. Me he dedicado a recorrer sus lugares, pisar las mismas calles y ciudades por donde la llevaron y he traspasado la frontera del tiempo para poder contar lo que aquellos cinco niños vivieron. He visto sonreír y llorar a *Patty* y cómo sus enceradas y sonrosadas mejillas han palidecido de temor. He tenido el privilegio de poder ser la voz de los gritos silenciosos de los que no pudieron hablar.

La ilusión y la búsqueda han hecho que uno de estos cinco niños y los descendientes de otros dos nos hayamos podido reencontrar.

Esta historia, basada en hechos reales, está dedicada al millón y medio de niños a los que les usurparon sus vidas y a los miles de ellos que tuvieron que sufrir un naufragio personal que los traumatizó para siempre.

Con mi primer libro, *Las siete cajas*, creé mi propia y primera menorá, el candelabro símbolo del judaísmo cuyos siete brazos representan algo tan bello como el conocimiento, el consejo, la sabiduría, la inteligencia, el poder y el temor. Con este libro he creado mi segunda menorá, cinco brazos dedicados a cada uno de estos cinco niños: Catherine, Peter, Michael, Pavel y Tommy. El sexto brazo representa los reencuentros y las emociones compartidas con mi familia y el brazo central, como no, vuelve a ser un homenaje a todas las víctimas inocentes del pasado y del presente.

Lo primero que Dios creó fue la luz. Surgió en medio de la oscuridad del cosmos. Una luz que llenó el vacío del universo con brillo.

Deseo que encender esta segunda menorá nos aporte la luz necesaria para iluminar las oscuridades de nuestra alma.

Toda esta búsqueda me ha dado la oportunidad de conocer a personas magnánimas, sensibles, humanas, tolerantes y generosas que han sabido transmitirme apoyo, ánimos y coraje. En el mundo también hay mucha bondad.

Primer brazo



Catherine



A través de lo que me han contado los hijos de Catherine, he podido reconstruir sus memorias; las he querido transmitir a través de su propia voz, con un respeto infinito.

I

Toronto, 1984

He ido al baño a arreglarme para la visita que tengo con el médico esta tarde y el espejo me refleja unos ojos de color indefinido, entre el gris de las aguas durante una tormenta al verde que resurge en primavera. He observado las arrugas alrededor de los párpados, de la comisura de mis labios y las canas de mi melena. Temo las palabras que pueda pronunciar el doctor. Sospecho el diagnóstico, me lo imagino, y me atemoriza oír la palabra: «Cáncer».

He hablado conmigo misma, en voz alta, para obligarme a lo que hace tanto tiempo tengo en mi cabeza: «Catherine, no puedes esperar más. Tienes que dejar testimonio de los años de tu infancia. Espero que, tras leerlo, mis hijos puedan entender lo dura que fue mi niñez, y quizá podrán juzgarme mejor. Quiero hacerlo antes de que sea demasiado tarde, antes de que mis fuerzas decaigan y antes de que la memoria me falle. Deseo hacer un repaso de la historia, de mi historia, de la historia que Europa vivió entre los años 1929 y 1945, pero sobre todo de lo que representó para los niños que, como yo, habían nacido en el seno de una familia judía».



Me llamo Catherine. Nací en Ústí nad Labem, en 1928 en un hogar de la burguesía checa cuando mis padres, después de varios años de matrimonio, pensaban que la cigüeña ya no aparecería por aquella casa. Es obvio pensar en lo mimada que llegué a estar. Cuidada por mi madre, venerada por mi padre y asistida por el servicio. Ústí es una ciudad situada en la región de Bohemia, en los Sudetes, a 30 kilómetros de la frontera alemana y a 88 kilómetros de Praga. El nombre en alemán es Aussig. Ubicada en los Montes Metálicos, cerca de la confluencia del río Elba y el río Bilina.

El resto de la familia vivía en Praga. Mi padre era un importante empresario del sector del carbón. Nuestra casa a la que llamaban «Die Villa» estaba situada en la calle Sandhöhe, 2. Para construirla habían escogido a un importante arquitecto y a un diseñador de interiorismo prestigioso. Recuerdo que mi madre estaba muy orgullosa de la decoración de las habitaciones, algunas de estilo barroco y otras, según decía ella, de estilo Renaissance.

Toda esta zona de Bohemia había pertenecido a Alemania antes de

la Primera Guerra Mundial, y por tanto era una zona con mucha población alemana que no había aceptado perder su ciudadanía y convertirse en checa. Hitler había sabido utilizar un mensaje muy claro para tenerlos a su lado: «*Vosotros, alemanes, no podéis estar dominados por los checoslovacos*».

Mi padre trabajaba con empresas internacionales que tenían su sede central en Londres. Es por eso que viajaba frecuentemente a la capital londinense. De mi madre recuerdo su exigencia por el orden y el perfecto funcionamiento del hogar. Para ello se apoyaba en nuestra fiel Amelie y en su marido Klaus quien hacía las funciones de chófer. Hay que reconocer que el resultado era sorprendente. Cierro los ojos e imagino entrar otra vez en mi casa. Podría reproducir una a una las habitaciones; pasada la puerta se entraba en el recibidor. Lo primero que veía era una hermosa alfombra con ciervos, leopardos y pájaros exóticos en medio de unos árboles y frutos que yo jamás había visto al natural. Decenas de veces me había quedado extasiada admirando la maravilla de aquellos dibujos. En el fondo del vestíbulo una consola con un jarrón de cristal de bohemia con flores. Nunca dejé de verlas aunque variaban dependiendo de la temporada del año. Sobre el mueble una bandeja de plata en donde se depositaba el correo. De allí, partía una escalera que iba a las habitaciones superiores. A la derecha, el salón con otra alfombra que mi madre llamaba Bukara y en el que había un piano de cola. A continuación estaba el comedor con la mesa ovalada de caoba, las seis sillas, el bufete donde se guardaba la porcelana y la cristalería que solo se utilizaba los días festivos. Entre los cuadros que colgaban de las paredes, uno me encantaba, representaba una escena bucólica de dos mujeres llevando sus cestos de ropa, al lado de un lago y enmarcadas por un bosque frondoso. Me ponía delante del cuadro y me parecía que podía oler el aroma de la primavera. Intentaba imaginar cómo pintaría yo con mis acuarelas aquellas dos figuras. Las ventanas del salón y del comedor daban al pequeño jardín que rodeaba la casa. El cuarto de jugar y la cocina, en la que yo tantas horas había pasado con Amelie, eran mis estancias preferidas. En el primer piso, las habitaciones, el dormitorio de mis padres y el mío, el despacho, el cuarto de jugar, y el baño. Desde el *office* de la cocina había otra escalera que subía a la habitación de Amelie y su marido.

La obsesión por el orden de mi madre era tal que solo hacía falta abrir un armario para comprobarlo. Las prendas de punto estaban exactamente alineadas unas sobre otras. Las camisas, colgadas por colores al igual que los trajes, los vestidos o las americanas de mi padre. Todo debía guardar una simetría que a mí me exasperaba. Mi

madre guardaba para ella la misma perfección. Se esmeraba en tener un aspecto refinado que podía dar una sensación de altivez y que ahora, a veces, pienso que era de timidez.

Pertenecíamos a lo que mi madre decía «ser de buena familia». Era un término que significaba sobre todo formar parte de un grupo social con una gran riqueza cultural; personas interesadas en la arquitectura, música, literatura, filosofía, y los avances tecnológicos del momento. Obviamente eran familias que poseían un bienestar económico, pero no estaba bien visto hacer alarde de ello.

Mi madre tenía una hermana, Elisabeth (Lisa), con la que nos veíamos con frecuencia. Estaba casada con un médico y tenían un hijo, Peter, al que me sentía muy unida. Por lo menos una vez al mes nos desplazábamos a Praga donde los domingos tenía lugar una comida familiar en casa de mis abuelos, allí nos encontrábamos con mis tíos y con mis otros tres primos, Michael, Tommy y Pavel. Ellos, una vez al mes, venían a nuestra casa. Así pues, puedo afirmar que prácticamente cada quince días estábamos juntos. No siempre asistían todos ya que por temas de trabajo, los hombres de la familia estaban frecuentemente de viaje. Yo era la única niña y la más adulta, por lo que intentaba imponer mis deseos aunque confieso que casi nunca lo conseguía, solo cuando la propuesta era referente a algún juego de palabras, tenía entonces el apoyo incondicional de Peter, el narrador oficial de cuentos de nuestro grupo. Se hablaba indistintamente en dos idiomas, alemán y checo. Los hombres entre ellos hablaban en checo y las mujeres en alemán. Nosotros, los niños, casi siempre en checo aunque sin darnos cuenta a veces nos pasábamos al alemán. Eramos bilingües.

En 1928 cuando nací, en la zona de los Sudetes se respiraba un ambiente antisemita, que iba creciendo, fomentado por las ideas de un partido nuevo que iba tomando auge: el Partido Nazi.

Mis padres, que nunca habían sido practicantes, decidieron en aquel momento convertirse al catolicismo y bautizarme como católica. Creo que esto nunca lo hicieron saber a la familia y en las reuniones familiares se seguían manteniendo las costumbres y tradiciones judías. Dentro de la sociedad en la que nos movíamos en Ústí, todos sabían que nuestras familias eran judías.

Asistí a un colegio laico checo mientras viví allí. Mi amiga íntima se llamaba Patrizia. Ella también era hija única, por lo que nosotras dos nos considerábamos casi hermanas. La familia de Patrizia era católica. Los días festivos, venía a jugar a casa. Hacíamos de mamás con nuestras muñecas, les dábamos de comer, las limpiábamos y acostábamos. *Patty* era mi muñeca preferida, precisamente se llamaba

así por mi amiga. Durante el curso escolar, por las tardes, Amelie, nuestra sirvienta, pasaba a buscarme al colegio. Creo que pasé más horas de mi niñez con Amelie y Patrizia que con mi madre, que siempre estaba ocupada con sus compromisos: sus amigas, los clientes de mi padre y los hombres de negocios a quienes tenían que atender y que yo detestaba. Cuando mi padre estaba en casa me sentía feliz, porque a pesar de que las visitas se incrementaban, siempre intentaba buscar algunos minutos para jugar conmigo. Yo adoraba a mi padre y él me mimaba.

En los años de mi niñez se alternaban las estancias invernales en la ciudad y nuestras vacaciones en Karlsbad, la ciudad balneario que tanto le gustaba a mi padre.

Karlsbad está aproximadamente a unos doscientos kilómetros de Ústí. Los traslados eran memorables, la pobre Amelie hacía las maletas que mi madre le ordenaba y Klaus cargaba todos aquellos bultos en el coche.

El verano de 1935 fue inolvidable para mí. Acabábamos de estrenar un flamante Skoda Berlina, yo tenía entonces siete años. Solo había tres modelos como aquel en la ciudad y asumo que yo era un tanto repelente y presumía de ello, al igual que lo hacía de mis vestidos y de mis juegos. Tengo un recuerdo muy intenso de aquel agosto. A mitad de mes fuimos a la estación de Praga para recoger a tía Dorel que venía a pasar unos días con nosotros desde Barcelona, donde ella vivía desde hacía cuatro años, un lugar muy lejano para mí y que ella muchas veces me había señalado en el mapa. En realidad, Dorel era mi madrina. Su madre y mi abuela eran hermanas. Antes de irse a vivir a España, Dorel venía cada año a pasar el mes de vacaciones a Praga y al menos una semana estaba con nosotros en Karlsbad. Desde que tengo uso de razón me acuerdo de los ratos que había pasado jugando con ella. Era divertida, locuaz, risueña. Nos revolcábamos por el suelo de la habitación de jugar, temiendo la entrada de mi madre, mientras me hacía cosquillas y yo acababa siempre cobijada entre sus brazos; me contaba historias, leíamos cuentos infantiles, pintábamos piratas, hadas, brujas, me enseñaba palabras en español, francés, inglés, hacíamos excursiones… Aún tengo en mi mente la tormenta que nos alcanzó una tarde de verano buscando arándanos en el bosque. Llegamos a casa empapadas ante la mirada enfadada de mi madre que nos regañó a las dos. Dorel con sus verdes y expresivos ojos sonreía a mi madre quitando importancia al retraso. Para mí era algo más que mi madrina, pues era capaz de proporcionarme el amor que yo necesitaba.



Dorel, en 1935, en la calle Pražká de Praga

En aquella ocasión también vinieron los padres de tía Dorel desde Alemania, tío Max y tía Rosa. Al padre de tía Dorel todo el mundo le llamaba Herr Konsul y yo, con mis ojos de niña, lo veía como una

persona muy importante, no solo por ser cónsul sino porque además, Max, tenía una fábrica de muñecas en Núremberg y otra en Barcelona. Pensaba en lo feliz que debía de haber sido Dorel de pequeña rodeada de tantas muñecas. Me imaginaba a mí misma en la fábrica y dando órdenes: «esta morena, esta pelirroja, esta con flequillo, esta con tirabuzones…».

No sé exactamente qué fiesta se celebraba en la familia aquel agosto de 1935 aunque es posible que la reunión fuera convocada para hablar sobre los difíciles acontecimientos que estaba soportando Alemania, desde la llegada de Hitler al poder, y que tanto afectaba a nuestras familias. La intención del canciller era recuperar los Sudetes, escindir Checoslovaquia, y convertir a la República Checa en lo que había sido antes, el antiguo Protectorado de Bohemia-Moravia. Hay que reconocer la habilidad militar de Adolf Hitler, porque lo consiguió. Yo, en aquel momento no era consciente de nada de lo que se hablaba allí, aunque luego en mi madurez he podido entender muchas cosas.

Me acuerdo perfectamente de cómo iba vestida para recibir a tía Dorel en la estación: abrigo azulón, calcetines blancos y zapatos de charol —que yo odiaba— pero que mi madre me obligó a calzar. Y tengo presente a Dorel bajando del tren con su abrigo de color gris, su sombrero y bufanda de color burdeos. Abrió los brazos sonriendo y me lancé corriendo hacia ella. Buscaba aquel calor y cariño que sabía darme como nadie. Mientras cargaban las maletas y una caja con un estampado de flores que me intrigó, yo enseñaba a tía Dorel nuestro coche, llena de orgullo.

Nos desplazamos directamente a Karlsbad y no me separé de ella ni un solo día. Allí nos esperaba el resto de la familia. Los padres de Dorel, Max y Rosa, habían llegado el día anterior con tía Martha. Dorel y sus padres se alojaban en nuestra casa. Todos estaban esperando en el jardín y al oír el mido del coche, cuando se aproximaba, acudieron a la puerta de entrada.

Una vez colocadas las maletas en la habitación bajaron al comedor. La mesa estaba dispuesta. Habían preparado una merienda cena. Me imagino que debían poner en la mesa las habituales bandejas de fiambres y quesos. Allí, con tranquilidad, entre bocado y bocado, sorbo y sorbo, se fueron explicando sus cosas. Yo miraba inquieta la caja que se había quedado en el comedor pues Dorel me había comentado que era una sorpresa para mí.

Después de cenar Dorel me permitió abrirla. Había una muñeca en su interior. Max, su padre miraba con expectación. Algo le había comentado su hija, pero esta nueva pieza, salida de su fábrica

Lehmann de Barcelona, le llenó de orgullo. Yo reía nerviosa y excitada mientras palpaba con mis pequeñas manos la carita de la muñeca, las mejillas, la nariz, sus tirabuzones que se podían peinar, el vestido de organdí y observaba cómo podía abrir y cerrar sus ojos a veces azules, a veces grises.

«*Esta muñeca te la regalan mi hermano Kurt y Rosel, su novia. Los dos se acaban de prometer, o sea que dentro de poco Rosel será tu tía, y tú serás su mamá. Tendrás que ponerle un nombre y su dirección. Voy a enseñarte un secreto que solo tú y yo vamos a saber. Levanta los tirabuzones de la muñeca y mira lo que tiene grabado en su nuca* —me dijo Dorel. Lo hice y vi efectivamente que en su nuca estaban grabadas la estrella de David y dos iniciales: una K y una R—. *Te contaré su significado Catherine: la estrella de David es el símbolo de nuestra identidad, representa nuestros orígenes. Tío Kurt, ha conocido a Rosel debido a esta circunstancia. Ya sabes que en estos momentos hay muchas personas que no nos quieren en Alemania. Por eso estamos viviendo ahora en Barcelona. Rosel también llegó allí porque en Friburgo, su ciudad, no la querían y en Barcelona conoció a Kurt; se han enamorado y se quieren casar allí. ¿Ves las dos iniciales de la nuca? son la K y la R de sus nombres. Han querido que esta muñeca sea para ti, para que te acuerdes siempre de ellos. Ahora tendrás que decidir cómo la vas a llamar*».

No me costó mucho contestar: «Se *llamará* Patty, *como mi mejor amiga, y la cuidaré como una perfecta mamá. Nunca la abandonaré*».

Confieso que la estrella grabada en la nuca me impresionó. Aquella noche, imité a mi madre cuando miraba si su moño estaba bien recogido. Así que, fui a buscar el espejo de mano que tenía encima de su tocador, me fui al baño, coloqué un taburete frente al espejo grande, me subí, me giré y con él en mi mano derecha, levanté mi corta melena con la mano izquierda. Miré si en mi nuca había una estrella de David grabada y respiré con tranquilidad al ver que no era así, pero la frase de tía Dorel retumbaba en mi cabeza: «*Esta es nuestra identidad, representa nuestros orígenes*».

Poco podía imaginarme que, años después, los nazis obligarían a todos los judíos a llevarla cosida en las prendas como distintivo.

Fue un día especial. Conociendo lo que acaeció más tarde, hubo la magia suficiente para que no se respirara el ambiente enrarecido que existía en Europa. Un día en el que no se habló de política, sino de familia. Un día en el que se respiró cariño. Un día en el que las lágrimas que cayeron fueron de emoción y no de temor. Un día en el que la calma y el entusiasmo prevalecieron sobre la inquietud existente y en el que a pesar del antisemitismo, a pesar de la crisis, a pesar de la intolerancia y mientras en los despachos ministeriales del

Partido Nacionalsocialista estudiaban cómo oprimir a un colectivo, yo, Catherine, una niña de origen judío que pasaba sus vacaciones en Karlsbad, fui feliz, inmensamente feliz.

A partir de aquel día, *Patty* fue mi muñeca preferida y mi amiga Patrizia se sentía muy orgullosa de que yo le hubiera puesto su nombre. Durante los días siguientes tía Dorel y yo estuvimos muy ocupadas. A la mañana siguiente, sentadas en el suelo de mi cuarto de jugar, nos entretuvimos en llenar una tarjeta con los datos de *Patty*. La tarjeta iba dentro de un sobre que colocamos en un bolsillo hecho a medida en las enaguas. En una pequeña medalla, que colgamos de su cuello con una cadena de plata, su nombre: *Patty*. Lo único que no quería mirar era la nuca. Me producía un cierto repelús aquella estrella grabada y pensaba que cualquier día podía aparecerme a mí. Nunca se la enseñé a Patrizia.

Nadie era capaz de imaginar en aquel momento el periplo de ambas, el de *Patty* y el mío.

Los días en Karlsbad pasaron rápidos. Los entretenimientos de los adultos eran los habituales paseos por la ciudad, llena de impresionantes tilos, las tardes musicales y las largas charlas en el jardín cuando el tiempo lo permitía y no caía un aguacero. También jugaban a la petanca o montaban tertulias, que se alargaban hasta el anochecer, en las que hablaban y hablaban exponiendo sus diferentes opiniones. Visto ahora con la retrospectiva de los años, entiendo que mi padre estuviera enamorado de esa localidad, un lugar que ofrece una inmensa sensación de calma y de bienestar; por algo la llaman la «ciudad balneario».

La música siempre había formado una parte muy importante de las aficiones de la familia y en Karlsbad tenían ocasión de disfrutar de fantásticos conciertos en el hotel balneario, sobre todo cuando se interpretaba a Mozart, el compositor preferido. En casa también se daban pequeños conciertos. Mi padre era un virtuoso del piano, instrumento en el que yo también me estaba iniciando.

Las vacaciones en la «ciudad balneario» eran deseadas por todos y para mí significaron un acercamiento a tía Dorel. Saboreé aquellos días, hablamos de lo que ella quería hacer, me explicaba su ilusión por formar una familia, en escribir una obra de teatro, por pintar y por viajar. A mis siete años la miraba embelesada; para mí Dorel era increíble y estaba totalmente seducida por ella. Jamás hubiera podido tener esas conversaciones con mi madre.

Una semana más tarde volvíamos a Ústí. Mi tía venía a pasar unos días con nosotros. Me ayudó a acomodar convenientemente a *Patty* y a ordenar sus cosas.

Había empezado el curso escolar y, a pesar de tener invitada a Dorel, mi madre me obligaba a ir al colegio. Yo protesté, pero las normas eran las normas. Mi tía me acompañaba por la mañana y me venía a buscar a la salida de clases. La presenté a mis amigas y, en particular, a Patrizia. Hablaba con todas y les contaba historietas, ellas me comentaban la suerte que tenía de tener una madrina como Dorel y yo presumía de ello. Cuando llegábamos a casa me ayudaba a hacer los deberes y luego nos dedicábamos a *Patty*. Durante aquellos días la pobre Amelie se sintió totalmente relegada.

Cuando Dorel tuvo que regresar a su casa, consiguió que mi madre pidiera permiso a la profesora para poder acompañarla a Praga, donde nos reencontramos con el resto de la familia, mis tíos y mis primos. Mi madre se encontraba feliz entre su familia, con ella se transformaba, estaba participativa, ingeniosa, divertida y ocurrente; no traslucía aquella rigidez que mantenía conmigo. Entre los hombres existía una buena relación, hablaban de cultura, política, deportes, economía y también seguramente de la situación política que se estaba viviendo.

Dorel quería irse a vivir a Palestina, algo que ella no me había comentado, aunque tampoco lo hubiera entendido. La situación que se respiraba en España en aquel momento era de inseguridad ciudadana, crisis económica y desórdenes sociales. Se rumoreaba con demasiada insistencia la posible reacción de los militares en contra de la República. Dorel manifestó que si eso llegara a ocurrir ella se iría. Había escapado del fascismo alemán y no quería vivirlo en España.

Yo permanecía en mi mundo infantil. Correteaba con mis primos por el jardín, pero ellos siempre jugaban con su pelota de fútbol y a sus juegos de guerra. Ahora pienso que aquello era una cómica paradoja sabiendo lo que luego ocurrió.

Dorel había comprado juguetes para los niños y me pidió que la ayudara a repartir los regalos: para Michael y Tommy, un libro con dibujos de los animales y plantas más comunes de España. Para Peter, conociendo sus ganas de escribir, un diario personal, y para el pequeño Pavel un juego de madera. Los niños estaban felices con sus obsequios.

Jamás pude imaginar lo importante que sería el Diario de Peter, recuperar al cabo de los años su recuerdo ha sido una de las cosas más bellas y emotivas que me han ocurrido en la vida. Peter era para mí el primo «más importante», era el hermano que hubiera deseado tener. Con el pelo castaño, ojos despiertos y orejas grandes, de las que yo siempre me reía, sabía leer los cuentos de tal forma que todos nos encontrábamos sumergidos en la narración como si fuéramos los personajes de los mismos.

Aquellas vacaciones se acabaron para todos. Acompañé a mi madre a la estación el día que Dorel volvía a Barcelona. Nos abrazamos fuerte, muy fuerte, pues yo quería envolverme de su calor, ternura y amor; quería impregnarme de su aroma a lavanda. Moví afirmativamente la cabeza para decirle —porque con la voz no podía —, que le contestaría todas las cartas que me mandara.

Años más tarde supe que durante los días que permanecieron en Praga, Dorel y su madre tuvieron que solucionar temas notariales. Querían cerrar las cuentas del banco y vender los pocos valores que tenían depositados. La madre de Dorel dio poderes a su hermana Martha, con la que se sentía muy unida y que también quería irse de Praga pero su marido, médico, no lo entendía. Era el médico de familias muy diversas: alemanas, checas, judías, no judías, personas de la burguesía y otras de condición muy sencilla. Por su trabajo, conocía la historia de muchas de esas familias. No solo era médico de cabecera, sino que muchas veces se convertía en el psiquiatra de muchos de ellos. Era su persona de confianza, que con su buen carácter intentaba siempre darles los mejores consejos y procuraba ayudarlos en la solución de sus problemas. Era casi un confesor para algunos, una persona querida y venerada por sus pacientes. Por Navidad íbamos siempre a su casa y yo veía los regalos con los que le obsequiaban. «*Me casaré con un médico* —pensaba—. *Siempre tienen regalos*». La gente sencilla le traía un sinfín de artículos. Tía Martha se los enseñaba a mi madre y le ofrecía muchos de ellos comentándole, «es *que ya no sé dónde colocarlo*», quitándole importancia. Lo más divertido era cuando les regalaban pavos vivos que estaban esperando en la cocina a que alguien se atreviera a cortarles el cuello.

Recuerdo las cajas de los *Lebkuchen* que eran espectaculares, metálicas, de colores, con diferentes dibujos en su exterior y llenas de aquellos pastelitos de navidad alemanes que cuando se abrían inundaban la habitación de olor a canela.

Siempre que su esposa le manifestaba sus miedos, alegaba la imposibilidad de que a ellos les ocurriera algo. «*¿Qué quieres que nos hagan a nosotros*?», le decía. ¿Cómo podía imaginar que muchas de esas personas, con el tiempo dejarían de ir a su consulta y le acusarían por ser judío?

Pero ya los días en Praga tocaban a su fin, y mientras el viejo reloj de la plaza antigua, con el carrilete de los doce apóstoles, marcaba inexorablemente las horas, tío Max y tía Rosa volvían a Núremberg y tía Dorel a Barcelona. Fue la última vez que los vi. Fue la última vez que pude retener el aroma de lavanda de mi querida madrina.

II

Estaba en lo cierto. Mi presentimiento se ha cumplido. Tengo un tumor en el pecho que han analizado y han pronunciado, eso sí, con mucha delicadeza, la palabra temida: Cáncer. La operación es sencilla, pero lo que me asusta es el tratamiento posterior. Voy a tener muchas horas para pensar y escribir. Muchas. No sé cuál será el resultado pero sí sé que ahora me queda una obligación por cumplir. Quizá a través del relato, mis hijos podrán entender el porqué de la relación que mantuve con mi madre, cuestionada tantas y tantas veces, y el porqué de mi carácter, de mi frialdad, respecto a ella. Sigo con la historia de aquellos años, que fueron mucho más duros para mí que el diagnóstico que hoy me han dado.



Solo llegar a Barcelona, tía Dorel me escribió. Establecimos un contacto a través de las cartas que me tenía ilusionadísima. Me hacía sentir muy importante, una niña de ocho años que se carteaba con alguien de un país extranjero. Me llevaba los sobres para enseñarlos a mis amigas. Llegaba del colegio con Amelie y enseguida preguntaba por la carta de Dorel. A través de ellas me fue contando el noviazgo de su hermano Kurt con Rosel, me preguntaba por *Patty*, me contaba cosas en un lenguaje adecuado a mi edad, y eso sí, mi padre se preocupaba de que mi carta, junto con la suya salieran siempre franqueadas con los últimos sellos emitidos. Todos los hombres de la familia tenían afición por la filatelia y creo que esto ayudó mucho a mantenerlos en contacto. Yo seguía con mi vida normal: el colegio, los juegos con mi amiga Patrizia, los paseos con nuestras muñecas y renegando siempre de aquel flequillo que mi madre se empeñaba que llevase. «*La melena corta y el flequillo es lo que te queda mejor*». Yo tenía ganas de lucir un pelo largo como mis amigas, como Patrizia, con aquella melena dorada que le llegaba a los hombros y que desafiaba al viento. Pero a mi madre no le gustaban los cabellos sueltos. Si algún mechón se me enredaba ya lo interpretaba como un desorden personal.

Los días festivos comía en el comedor con mis padres. Era un suplicio. Las manos encima de la mesa pero solo asomándolas desde la muñeca, la espalda recta, y entre plato y plato, las manos en el regazo.

A la mínima que mi espalda cedía, ya oía la voz de mi madre que me advertía: «*Catherine, la espalda recta*».

Mi padre siempre hacía una mueca divertida guiñándome un ojo. Menos mal que el resto de la semana comía en la cocina donde, por supuesto, Amelie se preocupaba de que comiera lo que había preparado explicándome mil y una historias ante mi poco apetito. Con mi madre, todo tenía que estar programado, ordenado y ser preciso. No me faltó nada material, vestidos, clases, enseñanzas, pero me faltaba su espontaneidad, como la de Dorel, su cariño que parecía no querer exteriorizar. Con mi padre era diferente. Durante las vacaciones invernales me enseñaba a esquiar y en verano hacíamos excursiones cargados con nuestras mochilas y calzados con botas de montaña. Nos sentábamos en las cumbres y me contaba cuentos que se inventaba y que yo escuchaba con los ojos y oídos bien abiertos. Lo que más me gustaba era el juego de «las palabras amables».

«*Venga Catherine, di palabras amables* —me decía—: *amor, belleza, paciencia, tolerancia…*» y un sinfín de palabras más que surgían de su boca, como si fuera el mago de Oz, y siempre acababa diciendo: «*Todo esto, Catherine, está dentro de ti si lo quieres utilizar. Dependerá tan solo de ti misma*».



En septiembre de 1935, en Alemania se decretaron las Leyes de Núremberg. Aunque por supuesto yo no tenía ni idea de ello, sí que me sorprendió oír en casa comentarios referentes a tío Max, a su título de cónsul y a los problemas que tenían:

«*Es indignante lo que están haciendo estos nazis. Retirarle el cargo de cónsul por el hecho de ser judío. No sé dónde iremos a parar. No me gusta nada esta situación. Si triunfa el fascismo nos vamos a vivir a Londres*».

Para mí, tío Max seguía siendo muy importante. Con título o sin él. Escuchaba con terror la palabra, ¡LONDRES! No quería irme a Londres. Mi ciudad era Ústí. ¿Qué haría sin mi amiga Patrizia? ¿Sin mis juguetes? ¿Sin las excursiones con mi padre? ¿Sin mis primos y, sobre todo, sin Peter?

Meses más tarde, ya en 1936, llegó una carta de tía Dorel anunciando que se iba a vivir definitivamente a Palestina. La situación en España se iba deteriorando, acababa de romper con su pareja y

necesitaba aires nuevos. Su hermano estaba a punto de casarse por lo que allí se sentía innecesaria y sobre todo tenía ansias de libertad. En Tel-Aviv vivía la hermana de su padre, Ella, que era viuda y estaba feliz de poder tener a su sobrina en casa. En la carta comunicaba su marcha y daba una feliz noticia:

«*Kurt y Rosel se casan el 31 de diciembre de este año. Nadie puede ir a la boda. Tampoco los padres de Rosel. Pero he escrito a todos para que estemos a las 11.45h sentados cada uno en su salón y vestidos de fiesta escuchando la marcha nupcial de Mendelssohn. Procurad hacerlo, el 31 de diciembre de 1936 asistiremos todos a una boda. Os quiero*. Dorel».

Solo a ella se le podían ocurrir esas cosas. Recuerdo perfectamente aquel día. Mi madre se prestó al juego. Ambas estábamos sentadas en el salón. Yo iba con un vestido blanco y una corona de flores en la cabeza. A mi lado, *Patty* con su vestido de organdí y con una rosa en sus manos que mi madre le había colocado. Mamá como siempre elegantísima, con un vestido floreado, puso el magnetófono en marcha justo a las 11.45h y escuchamos la melodía. Todos celebrando la boda en diferentes ciudades. Así pues Ústí, Tel-Aviv, Núremberg, Friburgo y Barcelona se fusionaron, por el amor, con la melodía de un compositor, judío, que había conseguido crear el himno nupcial que más veces se ha interpretado. Yo cerraba los ojos con fuerza y me imaginaba a tío Kurt y, ahora ya, a tía Rosel cogidos de la mano y dándose un beso. Veía pétalos de flores flotar por el aire, una paloma blanca volar en el cielo y me imaginaba un pastel de merengue blanco, muy alto con los novios en su cumbre. Ese día quedó grabado en mi mente. Incluso mi madre, para gran sorpresa mía, se dejó llevar por la emoción.



En marzo de 1938, Austria fue anexionada a Alemania (Anschluss) tras una operación de propaganda muy bien elaborada, llevada a cabo por Goebbels, y en septiembre de este mismo año ocurrió un hecho político que cambió totalmente nuestras vidas. En Múnich tuvo lugar una reunión con los más altos dirigentes europeos: Italia representada por Mussolini, Francia por Daladier, Gran Bretaña por Chamberlain y Alemania por Hitler, ante la insistencia de este para que se devolvieran los Sudetes, territorio que había pertenecido a Alemania

antes de la Primera Guerra Mundial. Curiosamente Checoslovaquia no estaba invitada a la reunión. Hitler se salió con la suya. El 30 de septiembre ya no vivíamos en una ciudad que se llamaba Ústí, ahora era Aussig-an-der-Elbe y pertenecía a Alemania. La población alemana de nuestra ciudad, que era la mayoría, estaba exultante y parecía querer vengarse de los checos. Otra vez la propaganda de Goebbels dio un magnífico resultado para los nacionalsocialistas. Se produjo un cambio en la población; y la comunidad judía, antes integrada, fue objeto de exclusión.



Los domingos seguíamos encontrándonos con mis primos. Notaba a mis tíos muy alterados, discutían entre ellos, y yo de vez en cuando oía la palabra Londres con terror. El padre de Tommy, abogado, también opinaba que debíamos abandonar el país. Para mí, una niña, me era difícil percibir aquel ambiente antisemita que se respiraba, hasta que tuvo lugar un acontecimiento que me mostró lo que era el antisemitismo. Fue el día de mi cumpleaños, el 20 de octubre de 1938, cumplía diez años. Había invitado a doce amigas de mi clase. Amelie había hecho la *Sachertorte* que me encantaba y había preparado bocadillos con adornos infantiles y sobre todo los de salami y queso que tanto gustaban a Patrizia. Mis amigas tenían que llegar a las tres. Por una vez, mi madre y yo habíamos estado de acuerdo en el vestido que me iba a poner. Estrenaba una falda pantalón gris a juego con la rebeca con una camisa blanca de cuello redondo con bordados que iba sujeta con botones a la falda. Leotardos blancos y, eso sí, tuve que claudicar con los zapatos de charol negro. Llevábamos dos días preparando juegos y premios para cada una de las niñas que luego quería regalarles. Puntualmente a la hora acordada llegaron tres amigas: Rebeca, Denise y Hanna. Al cabo de media hora, miré por la ventana del cuarto de jugar pero no veía acercarse a nadie. ¿Dónde estará Patrizia? Di tantas vueltas al botón que aguantaba la blusa que conseguí descoserlo. A las cuatro de la tarde mi madre decidió servir la merienda con la esperanza de que, al menos, las demás amigas llegaran a la hora del pastel, algo que no sucedió, y entonces Rebeca dijo: «*No las dejan venir porque sois judíos*».

Patrizia tampoco había venido. Mi madre intentaba disimular y

Amelie hizo lo que pudo para entretenernos durante aquella tarde. Yo tenía un nudo tan grande en la garganta que no podía tragar ni los bocadillos ni la *Sachertorte* preparada con tanto cariño por Amelie. A las siete ya no quedaba ninguna invitada. Solo cerrar la puerta lloré, lloré y lloré. Me querían consolar pero no estaba dispuesta a escuchar explicaciones. Me encerré en mi cuarto y antes de ir a la cama, me fui al baño para mirarme. Quería saber en qué era diferente y repetí la escena que anteriormente ya había hecho. Me subí al taburete y con el espejo de tocador de mi madre volví a mirar mi nuca por si tenía grabada la estrella de David. Pero no veía nada, salvo mis ojos verdes enrojecidos, y mi ridículo flequillo.

Al día siguiente mi padre intentó darme explicaciones y razonar conmigo pero yo no entendía por qué nos rechazaban. No entendía qué quería decir «ser judía», no podía comprender el porqué de aquel rechazo, algo que todavía ahora no me explico.

Fui a buscar a *Patty* y la acomodé a mi lado en la cama mientras le decía: «*No te preocupes*, Patty. *Yo te cuidaré y te defenderé. Las dos somos iguales*».

Fue la primera vez que el nazismo se ensañó conmigo.

Al día siguiente Patrizia no sabía qué decirme y a partir de aquel día nos distanciamos. Ya no vino nunca más a jugar a casa, yo no la invité, pues no la hubieran dejado venir y en la clase empecé a advertir murmullos entre las compañeras. Rebeca fue mi nueva amiga. Era de origen judío, como yo.



Pocas semanas después, un domingo de los que nos reuníamos con la familia, estaban todos muy excitados comentando los sucesos acaecidos durante la *Kristallnacht* o Noche de los Cristales Rotos. Todos hemos leído los sucesos de aquella noche en los libros de historia, pero cuando las víctimas pertenecen a tu familia, el significado te desgarra la piel. Estaban leyendo la carta de tío Max. Narraba cómo entraron en su casa los paramilitares nazis, con las porras, insultándolos y rompiendo y pisoteando la cristalería y la porcelana y destrozando todo lo que encontraron a su paso. Tía Rosa sufrió un infarto y estaban muy preocupados por si no se recuperaba. Los sucesos acaecidos y la carta fueron determinantes. A partir de

aquel momento mi padre empezó a preparar el traslado a Londres. Intentó explicarme lo que había sucedido en Alemania y Austria, ya anexionada al Tercer Reich.

Yo seguía sin entender porqué nos odiaban de aquella manera. ¿Qué habíamos hecho? ¿Por qué no dejábamos de ser judíos si tanto daño nos hacía? o ¿es que no puedes dejar nunca de ser judío? Nosotros nos habíamos convertido al catolicismo, pero según las Leyes de Núremberg seguíamos siendo igualmente judíos. En el colegio, después de aquel acontecimiento, aún encontré más rechazo por parte de muchas niñas, y en la calle se empezaban a ver, en algunos escaparates, las fotos de Hitler, al que yo encontraba ridículo con aquel bigotito.

El padre de Tommy insistía en trasladarse a Londres. Yo pensaba que si lo hacían podría tener a mi lado a uno de mis primos.

Fue el último fin de año que celebramos juntos, una noche muy especial que festejamos en casa de Peter. De la cena, lo que más me gustaba eran unas manzanas rebozadas con canela que hacía su madre, tía Lisa. Eran excepcionales.

En enero de 1939, mi padre decidió finalmente que me enviaría a Inglaterra, a la BUNCE COURT SCHOOL.

III

La semana que viene me operan para extraerme el tumor. La operación, creo que es relativamente sencilla. El tratamiento posterior no tanto. Ya me han avanzado que tendré que someterme a quimioterapia y radioterapia; lo que significa que se me caerá el pelo y que tendré todos los efectos secundarios del tratamiento. Creo que mentalmente estoy preparada. Hasta que no me hayan intervenido no sabré exactamente la extensión del cáncer.



A partir de aquel uno de enero empezó un afanoso ajetreo en casa. Paquetes, maletas, guardamuebles, idas y venidas por parte de mis

padres al abogado, al banco, etc…

Miraba con cierto recelo tanta actividad, pero jamás pensé que el plan era que yo viajara sola a Inglaterra y esperara allí la llegada mis padres. Una semana antes me lo dijeron. Yo argumentaba y suplicaba: «*Mami, no me dejes sola. Ven conmigo*».

Y la respuesta siempre era la misma: «*Catherine, tengo que acompañar a tu padre. Me necesita aquí. Será solo cuestión de unos días. Ya eres una señorita y tienes que entenderlo*». No lo entendía, y confieso que aún hoy me cuesta entenderlo. No sé si la decisión de mi madre fue la acertada. Mi padre, sin ella, creo que hubiera podido arreglárselas mucho mejor. Me mandaban a un país extranjero y chapurreaba tan solo unas cuantas palabras en inglés. Confieso que era por mi culpa, pues mis padres habían hecho ímprobos esfuerzos con clases particulares y con todo lo necesario, pero a mí simplemente no me apetecía hablar en inglés. No hay nada peor que la rebeldía de una incipiente adolescente para romper la voluntad de los padres.

El último domingo de enero nos reunimos para la comida familiar de despedida. Mis primos me miraban con cierto respeto y admiración porque me iba a Londres. Yo les rogaba que no dejaran de escribirme. Estaba segura de que Peter lo haría, a él le confié el cuidado de *Patty* durante mi ausencia mientras nos estrechábamos la mano en señal de acuerdo.

«Te *lo juro, Catherine. Yo seré su padre adoptivo si hace falta*. —Y como en una promesa de matrimonio me dijo—: *La cuidaré y protegeré hasta la muerte*».

Pavel era aún muy pequeño y solo deseé que pudiera volver a verlo pronto al igual que a Michael y a Tommy pero a ellos les rogué que añadieran algunas líneas en las cartas de Peter. Quería grabar en mi retina una imagen de mis primos y durante aquel domingo recuerdo mirarlos intensamente, intenté retener su físico como una radiografía pensando que sería suficiente para mantener el lazo que nos unía. Hoy en día todavía puedo describirlos:

Michael (Misha), con ocho años era dos años menor que yo. Revoloteaba por todas partes. Rubio, con ojos azules, tenía una mirada viva especial. Simpático. A Misha le encantaba el deporte, sobre todo el fútbol y la música, hablaba con entusiasmo de sus clases de violín. «Misha» siempre hablaba con admiración de su hermana mayor.

Peter, tenía nueve años. Mi primo hermano se había convertido en el literato de aquel grupo. Hijo único. Gran dibujante al que le gustaba leer y escribir. Tenía el pelo color castaño, ojos vivos marrones y orejas grandes. Yo me burlaba constantemente de sus orejas y le llamaba «Mickey Mouse», como el ratón de los dibujos animados de

Walt Disney que se habían puesto de moda. Poco deportista pero en sus encuentros con los primos —aunque le suponía un esfuerzo—, jugaba al fútbol con ellos pero, eso sí, siempre quería ser el portero. No le gustaban los juegos bruscos.

Tommy de ocho años era el matemático del grupo. Sociable pero muy reservado. Moreno con ojos oscuros, había heredado de su padre, ejecutivo de banca, sus aptitudes numéricas. Su padre llevaba las relaciones del banco, en donde trabajaba, con las transacciones que se realizaban con Inglaterra.

Por último el pequeño Pavel, el benjamín de la familia. En 1939 tenía tan solo cuatro años y era el juguete de todos.



Por fin llegó el temido día 11 de febrero de 1939. Me prepararon una pequeña maleta con todo lo necesario para un mes, ya que el resto estaba en los baúles de transporte. Por supuesto en la pequeña maleta no cabía *Patty*, y mi madre no quería que me presentara, a mis diez años y medio, con una muñeca en los brazos ante la directora del colegio.

La noche anterior dejé a *Patty* con su vestido recién lavado y almidonado y estuve hablando con ella mucho rato, yo diría que fueron horas. Hice una nueva tarjeta, que incluí en el sobre que estaba en el bolsillo de su enagua, con la dirección del colegio de Inglaterra. La acariciaba y le decía que nada malo le podía ocurrir. Que vendría con mis padres a Inglaterra y que yo no la abandonaba. «*Siempre estarás cuidada y protegida. Yo soy tu mamá y, aquí está escrita la nueva dirección donde estaré y, si pasara cualquier cosa, Peter te cuidará hasta que nos reunamos de nuevo*».

La mañana del 12 de febrero me abracé a Amelie, que no paraba de llorar exclamando: «*¡mi niña, mi niña!*». Besé a mi madre, con la que confieso estaba muy enfadada, y me aferré a la mano de mi padre al sentarnos en el coche que Klaus conducía hacia el aeropuerto, mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Mi padre no paraba de hablarme, de contarme cosas sobre Londres, de las maravillas de aquella ciudad y de aquellas gentes y de lo mucho que me gustaría mi flamante colegio, mis nuevas amigas y mi vida allí. Intentaba creérmelo pero no le soltaba la mano. Sentía su calor y su amor a

través de ella.

La experiencia del vuelo fue maravillosa. Era la primera vez que viajaba en avión y me senté en el asiento junto a la ventanilla mientras mi padre me explicaba por dónde pasábamos, y me señalaba las montañas y las ciudades. La climatología nos acompaño, algo raro en un frío día de febrero. Cuando llegamos al aeropuerto de Londres fui consciente de lo poco que entendía aquel idioma, pero al lado de mi padre nada parecía importar. Nos hospedamos en el mismo hotel que él frecuentaba por negocios. La noche fue deliciosa, me llevó a un restaurante cerca de Westminster Bridge desde donde se veía el Támesis. Al día siguiente nos dedicamos a hacer turismo, fue una buena idea dejar un día de vacaciones antes del ingreso en el colegio. Lo agradecí. Durante aquellas veinticuatro horas disfruté de su compañía al cien por cien, fue un día completo para ambos. Le escuchaba con los ojos bien abiertos, observando todo cuanto veía y él se consagró totalmente a mí. Quería alargar las horas para estar en su compañía; la angustia se iba apoderando de mí, pero el tiempo pasaba y al día siguiente por la mañana ya temprano nos dirigimos en metro hacia el colegio.

Mi madre se había preocupado del atuendo que tenía que llevar. Muy *british*. Elegir el vestido adecuado para cada ocasión y comportarse con unos modales dignos de nuestra posición, era una de sus frases. Llevaba una falda de tablas gris marengo, camisa blanca, rebeca burdeos, americana azul marino, calcetines largos de lana blancos, zapatos azul marino de suela de goma y un impermeable. Podría describir perfectamente cada una de esas prendas, cómo eran los botones de la camisa, la rebeca, el dobladillo de la falda, y hasta los cordones de los zapatos. La melena corta con raya en medio y el flequillo recto recién cortado. Tal como quería mi madre. Yo no soltaba la mano de mi padre —supongo que no era consciente de ello — pues si lo hubiera hecho habría sido como caer en el vacío. En la otra mano mi padre llevaba mi maleta en donde habíamos incluido una fotografía de todos nosotros, *Patty* y yo, y otra en la que estaba sentada con Amelie y Klaus. Por supuesto llevaba también la que nos habíamos hecho con mis primos el último domingo que estuvimos juntos.

La directora del colegio, Mrs. Anna Essinger, nos estaba esperando, saludó a mi padre mientras yo observaba aterrorizada. El corazón me latía con tal fuerza que ni siquiera me di cuenta de que estaban hablando en alemán. No sé de lo que hablaron ni lo que dijeron, solo sé que tenía pavor. Me sentía terriblemente desgraciada, no quería estar allí, quería estar en Ústí con los míos, aunque en el colegio

algunas niñas me llamaran judía. Me daba igual. No soportaba quedarme sola. Continuaba agarrada, cada vez con más fuerza a la mano de mi padre, hasta que él me soltó y rodeándome con sus brazos, me miro a los ojos y, me dijo:

—Catherine, a finales de marzo estaremos aquí. Son solo tres semanas. Te escribiré cada día. Ya verás como estarás muy bien. Mrs. Anna Essinger habla alemán. Si no entiendes algo, ella te lo traducirá y seguro que cuando nosotros vengamos nos podrás demostrar lo bien que hablas inglés.

—¡Papi, no te vayas por favor, papi, no te vayas por favor…!

Repetía esta frase una y otra vez mientras las lágrimas y los mocos me resbalaban por las mejillas. Cuando ya se iba aún pude articular quedamente: «*Cuida a* Patty». No se me ocurrió decirle: «*cuida de mamá o dale un beso*». Mi inconsciente se había rebelado contra ella. ¡Dios, qué desgraciada me sentía!

Mrs. Anna Essinger tuvo que tener una paciencia de santa, pero poco a poco consiguió conducirme hasta mi habitación y presentarme a mis nuevas compañeras. Aquel día no me enteré ni de sus nombres ni de quiénes eran. Solo quería irme a la cama y dormir, dormir, dormir, para que cuando me despertara, mis padres ya estuvieran allí.

Al día siguiente, la directora me llamó para que desayunara con ella. Estuvo cariñosísima y me pidió que a partir de aquel momento la llamara «Tante Anna» como hacían todos los alumnos. Realmente tenía un don especial para captar la confianza de los colegiales y conmigo lo consiguió desde el primer momento.

Mis padres habían meditado y considerado mucho la elección del centro. Era un colegio laico, con un método de enseñanza totalmente innovador, que se había inaugurado en 1926 en Alemania, con el nombre de Landschuhlheim Herrlingen. Para los grados de primaria utilizaban el método didáctico Montessori. El lema de los profesores era que los niños tenían que aprender «riendo, amando y viviendo» y trataban de potenciar el pensamiento crítico en los alumnos y les enseñaban a ser curiosos, inquisitivos e independientes. No existían pruebas de evaluación. En su lugar, había una valoración constante por parte de los profesores y el progreso se discutía con los propios niños. Los padres recibían la calificación de sus hijos por escrito. Era un colegio mixto. La religión era tratada como una asignatura más. Por todo ello mis padres pensaron que sería el colegio adecuado. Estaba mimada y consentida, por lo que un sistema duro y férreo habría sido muy negativo en un momento de cambio. Mi madre pensó que no me gustaría nada hacerme la cama y limpiar mi propia habitación, pero estaba convencida de que no me haría ningún mal.

En Alemania, cuando Hitler subió al poder, el colegio estaba frecuentado por niños de diferentes religiones, entre ellos judíos, pero los padres fueron retirando a los niños no judíos del centro. En mayo de 1933, a los alumnos judíos más adultos no los dejaron presentarse al examen de Abitur (bachillerato). La dirección ya tenía decidido abrir nuevos centros en otro país fuera de la influencia de los nazis. Primero pensaron en trasladarse a Suiza, luego a los Países Bajos, pero finalmente decidieron irse a Inglaterra. Herr Hugo Rosenthal asumió la dirección de la Landschuhlheim Herrlingen en Alemania, para los niños judíos; continuó con el centro como escuela judía hasta que, en 1939, los nazis la cerraron y la convirtieron en un pequeño gueto: «una casa de ancianos judíos».

En verano de 1933, Mrs. Anna Essinger llegó a Inglaterra con trece alumnos. Había adquirido, con gran esfuerzo económico, una casa de cuarenta habitaciones y un gran terreno. La directora quería ofrecer un internado para todos aquellos niños que, perseguidos por el nazismo, pudieran llegar a Inglaterra. Apenas había servicio y los propios alumnos tenían que hacer la limpieza, cultivar las hortalizas, cuidar de los pollos, pelar patatas, *etc.*

Mi padre tuvo que pagar cien libras de matrícula. Años más tarde, me enteré de que había depositado su colección de monedas en un banco, como seguro para el pago del colegio en caso de que tuviera lugar algún contratiempo. Nunca pensó que haría falta, pero no fue así. Estaba satisfecho de ver que entre las asignaturas importantes figuraban el inglés, la historia y las matemáticas y coincidía con Mrs. Essinger que era bueno que los niños aprendieran historia y literatura alemanas. «*Una cosa es lo que hacen los nazis y otra es la cultura alemana. No hay que renunciar a ella. Los valores humanos no han cambiado y hay que fomentar la cultura*», le comentó la directora, que ya le había explicado que había niños que no podían pagar la cuota de ingreso. El colegio empezó con cien alumnos procedentes de diferentes países. Las clases eran de un reducido número de jóvenes.

Después de los acontecimientos de la Noche de los Cristales Rotos, Gran Bretaña acordó aceptar a diez mil niños judíos, provenientes de los *Kinder-transports*, que intentaron distribuir entre familias de acogida o instituciones, con la esperanza de que pudieran volver a reunirse con sus familiares.

En noviembre de 1938, se había promulgado un nuevo decreto en Alemania prohibiendo a los niños judíos ir a las escuelas alemanas. Tengo que reconocer que por parte de mis padres fue una muy buena elección aunque en aquel momento no me lo pareciera. Para mí habría sido diferente si mi madre hubiera venido conmigo, entonces quizá lo

habría aceptado.

IV

Han pasado ya tres semanas desde mi intervención. Fue más importante de lo que en principio pensaban. Tengo los ganglios afectados y me han tenido que hacer una mastectomía total. Lo que me refleja ahora el espejo es la imagen de una persona enferma. Espero reponerme pronto ya que en pocos días tendré que empezar con el tratamiento. Esto sí que me asusta. Estas memorias de mi infancia me sirven para mantener mi cerebro activo, y me ayudan a vivir. No quiero dejar de transmitir lo que fueron aquellos años para mí y para mis primos. Para nosotros, niños de origen judío.



Los primeros días en el colegio fueron muy duros. El 14 de febrero de 1939, empezaba una nueva vida. Tenía diez años. Compartía clase con otras siete alumnas: dos alemanas, dos austríacas, dos belgas, una holandesa y yo. El idioma de comunicación era el inglés, lo que también dificultó mi integración. Donde más disfrutaba era en el huerto cuando iba a plantar, regar o recoger hortalizas. Con quien más congenié fue con Anja, una niña rubia holandesa. Las dos mirábamos las fotografías que habíamos dispuesto en las mesillas de noche. Le mostré la de *Patty: «Es una muñeca pero es mi mejor amiga»*.

A las siete de la mañana Tante Anna llamaba a la puerta. Teníamos que levantarnos y cada una con nuestro neceser ir al baño, aseamos, volver al cuarto, vestimos y hacer las camas. No estaba acostumbrada ni a tener que hacerme la cama ni a mantener el orden exigido por la escuela. Anja me ayudaba. Luego íbamos al comedor a tomar nuestro *breakfast*. El desayuno era aceptable, aunque siempre con la manía del té que sigue sin gustarme. La comida y la cena eran tremendamente malas debido a las sopas o pudines que nos daban. Yo recordaba los guisos de Amelie, sus pasteles y las deliciosas manzanas con canela que hacía mi tía Lisa. Tras el desayuno empezaba un nuevo día lectivo. Las horas de clase pasaban con cierta rapidez, pero por la tarde, cuando podía ir a mi cuarto, me derrumbaba. Añoraba a mi

padre, a *Patty*, a Peter, y mis otros primos. La correspondencia era lo que me mantenía viva. Cuando se repartían las cartas esperaba con avidez que me tocara a mí, y lo cierto es que hubo tres personas que nunca me fallaron: mi padre, mientras pudo escribir, Dorel y Peter.

La primera carta que recibí fue de tía Dorel. Me escribía desde el Kibutz Ramot Hashanah, cerca de Tel-Aviv, donde se había instalado. Me contaba lo que estaban haciendo allí.

«*[…] Aquí entre todos hacemos todo, dependiendo de lo que se necesite en el kibutz. Me siento muy feliz y útil. La mayoría somos alemanes, por lo que la comunicación es fácil pero estamos aprendiendo hebreo; por las mañanas hay una hora de clase obligatoria. Luego se distribuyen los trabajos por parte del responsable. A veces voy a trabajar al campo, o dentro de la casa, o ayudo a preparar actos culturales. Ya ves que estoy muy entretenida. ¿Y tú, querida Catherine? Escríbeme y cuéntame. Seguro que debes estar aprendiendo un montón de cosas interesantísimas […]* ».

Por supuesto intentaba animarme, expresar la suerte que tenía de poder estar allí, de aprender el idioma y de lo formativa que sería esta estancia. Leía la carta sin ninguna convicción.

Recibí carta de Peter preguntando intrigado y esperando que yo le contara muchas de las cosas que hacía, y por supuesto, recibí carta de mi padre. Siempre escribía él. A veces mi madre añadía unas líneas al final con las recomendaciones lógicas: pórtate bien, sobre todo los modales, ve arreglada y limpia, dentro de poco estaremos aquí, *etc.*

A mí no me consolaba que las otras niñas también estuvieran allí internas. La mayoría tenía algún familiar en Inglaterra, y los sábados o domingos las venían a buscar. Anja pasaba los fines de semana en casa de sus tíos en Londres y yo temía que se marchara porque aquellos días se me hacían interminables e insoportables. Tuve la suerte de que John, el jardinero, viniera los sábados por la mañana y, cuando no llovía, me dejaban ir con él al huerto, esto me entretenía. Luego volvía a mi dormitorio y leía una y otra vez las cartas que había recibido hasta aquel momento: las de mi padre, de Dorel y de Peter. Si me sentía con ánimos, les escribía. Pasaba las horas haciendo los deberes, leyendo y con Martha —una niña austríaca, más pequeña—, que tampoco tenía familia en Inglaterra, nos entreteníamos mutuamente. Martha tenía una gran habilidad para el dibujo, y aprovechaba los ratos libres del sábado para pintar, ilustrar e incluso me hacía retratos. Pero yo esperaba con ansiedad a que llegara el domingo al mediodía para estar de nuevo con Anja.

Pasaron las tres semanas que había dicho mi padre. La última de ellas fue mucho más liviana. Iba contando los días al revés: nueve, ocho, siete, seis, cinco…

El 15 de marzo, en el colegio nos comentaron que las tropas nazis habían entrado en Praga; jamás pensé que la entrada de Hitler en la ciudad pudiera alterar en algo nuestros planes. Cuando faltaba un día para que, hipotéticamente, llegaran mis padres, le pedí a Anja que me ayudara a repasarme el flequillo, apretándolo con las manos contra la frente; quería causar una buena impresión a mi madre y que se sintiera orgullosa de mí. Me observé en el espejo y las dos movimos afirmativamente la cabeza en señal de acuerdo. El 20 de marzo, día previsto para la llegada, por la mañana estaba nerviosa pero contenta. Por fin llegaban. Me vestí con la ropa que mi madre me había comprado para ingresar en el colegio, aquel atuendo *british* del que ella estaba tan satisfecha. Repasé mi aspecto concienzudamente en el espejo del baño: el peinado, las manos limpias y, sobre todo, los zapatos. Tante Anna debía avisarme en cuanto llegaran, pero iban pasando las horas, mi nerviosismo iba en alza y… no aparecía nadie. A última hora de la tarde, fui consciente de que no iban a llegar. Me entró una terrible desazón, y la directora me llamó a su despacho. Intentó calmarme, alegando que algo debía haber pasado dada la situación política; acababa de recibir un telegrama donde mi padre escuetamente le decía:

HAN CERRADO LAS FRONTERAS. NO NOS DEJAN SALIR. COMUNÍQUESELO A CATHERINE, POR FAVOR. HACEMOS LO POSIBLE PARA SOLUCIONAR LA SITUACIÓN.

El 30 de marzo, diez días después de la prevista llegada, recibí una carta de mi padre tremenda, una misiva que me destrozó por completo:

Praga, 25 de marzo de 1939

Catherine:

Desde la entrada de los alemanes han cerrado las fronteras. El día 20 no nos dejaron salir del país alegando que el visado no era válido. Estamos en casa de tía Martha. Hemos intentado solucionarlo por todos los medios durante estos días, pero a pesar de ir al consulado, a la embajada y al ministerio, no hemos podido. Todo se solucionará. Tan pronto sepamos algo más te lo comunicaremos. Te pido que tengas paciencia y que entiendas lo que está pasando. Estamos haciendo todo lo posible para que nos renueven el visado de salida. He escrito a Mrs. Essingeryya le he contado lo que nos ha sucedido. No hay ningún problema para que tú sigas allí hasta que nosotros lleguemos. Te quiero mucho.

¿Cómo que no había ningún problema para que me quedara allí?

Para mí, todo era una tremenda contrariedad. Me sentí engañada. No podía entender que mi padre no cumpliera con su palabra. Lo primero que hice fue ir al baño, mojarme el pelo y retirarme el ridículo flequillo con dos clips, hacerme una raya al lado, una cola de caballo, y llorar. Llorar de rabia. Anja intentaba consolarme pero lo cierto es que no lo conseguía. No sé si habló con Tante Anna, pero por la tarde, esta me llamó a su despacho para decirme:

—Catherine, a veces surgen contratiempos en la vida que son imposibles de prever. Tus papás jamás podían imaginarse que iban a tener problemas para salir del país. Confía en ellos. Nunca te han mentido, y sabes que deben estar haciendo todo lo posible por venir.

—Sí, Tante Anna, pero es que ellos me prometieron que vendrían —argumenté.

—Puedes estar segura que harán lo imposible para estar contigo.

Yo escuchaba a Tante Anna, aceptaba lo que me decía, pero pensaba que si mi madre hubiera venido conmigo todo este problema se hubiera obviado y que seguramente mi padre, solo, hubiera podido venir antes.

Estaba enfadadísima con mi madre.

Ahora pienso en cómo cambió la vida de nuestra familia en cinco días. ¡En cinco miserables días!

Más tarde, recibí carta de Peter donde me contaba con todo detalle la irrupción de las tropas en Praga, pasando por el Puente de Carlos, con tanques y todo el armamento. Peter me decía que había sido un espectáculo fabuloso mientras que yo estaba llena de rabia.

Al día siguiente le contesté. «*¿Cómo estáis? ¿Os ha pasado algo? Si puedes, ve a buscar a* Patty, *por favor. Mis padres no han cumplido con su palabra y prefiero que* Patty *se quede contigo. Me dijiste que harías de papá adoptivo*».

Peter me contestó que por supuesto ya había hablado con mi padre «*que está muy ocupado con los papeles y ya me ha dicho que no me preocupe*. Patty *está con ellos y si pasara cualquier cosa, me la traería inmediatamente. Quiero que estés tranquila, no se va a quedar sola*».



John, el jardinero del colegio me tenía un afecto especial, cada vez que estábamos en el huerto hablaba conmigo, me trataba con una inmensa ternura y un día me preguntó si me gustaría ir los fines de semana a su casa. Tenía una hija tres años más pequeña que yo y creía que nos podíamos entender muy bien. Si aceptaba, él hablaría con Mrs. Essinger para pedirle permiso. Por supuesto contesté afirmativamente y, aquel fin de semana, fui a casa de John, su esposa Agnes y su hija Anne. Tengo que confesar que se deshicieron en atenciones para que estuviera a gusto. Me chocó el modo en que vivían, tan distinto al que yo estaba acostumbrada. Comían en la cocina en una mesa cubierta por un mantel de hule con girasoles pintados, nada que ver con la mesa del comedor, cubierta por un mantel de damasco, donde Amelie nos servía la comida. Por supuesto, Anne no tenía ningún cuarto de jugar ni las muñecas ni los juguetes que yo acumulaba en el mío. Por la noche me colocaron un plegatín en la pequeña habitación de Anne; pero solo disponían de un baño. Comprobé que existían otras formas de vivir, que comer sobre un mantel adamascado o un hule de plástico es una simple anécdota y que la felicidad no depende de los lujos, sino del amor. Envidiaba el cariño que recibía Anne. Seguía pensando que si mi madre hubiera estado conmigo, todo sería diferente, era obvio.

Fueron pasando los meses, abril, mayo, junio, julio, agosto… y no aparecía nadie. Yo estaba totalmente derrumbada.

Cuando llevaba más de seis meses en Inglaterra recibí dos cartas muy importantes, una de mi padre y otra de Peter. Era el mes de agosto de 1939.

A mi primo Tommy lo mandaban a Inglaterra. Así pues, ¡por fin alguien de la familia venía! Pero ¿si venía él, por qué no podían llegar mis padres?

Con el paso de los años he podido enterarme de lo que le pasó a Tommy. Tuve oportunidad de verlo durante mi estancia en Inglaterra. Yo había hablado con Mrs. Essinger que pronto llegaría mi primo y que tenía muchas ganas de verlo. Tante Anna con muy buena predisposición se ocupó de intercambiar las direcciones. Mandé una carta enseguida a Tommy y obtuve la siguiente respuesta.

Brettenham, agosto 1939

Hola Catherine:

Qué contento estoy de que estés en Inglaterra. Ojalá pueda verte temprano. He llegado hace unas semanas. El viaje fue muy bonito aunque todos estábamos muy tristes. Íbamos muchos niños y niñas en el tren. No sé

cuántos éramos, pero muchos.

Llegamos a Amsterdam donde nos recibieron muy bien y luego en barco a Inglaterra.

Voy a contarte lo que pasó cuando llegué. Me entregaron a un señor que vino a recogerme desde Brettenham, donde estoy ahora, para llevarme a casa del pastor anglicano Long, mi tutor. Saludé al señor que era muy amable pero que me decía cosas que no entendía…

¿Te has fijado que conducen al revés?

¿Te has acostumbrado?

No puedo recordar el tiempo que tardamos en llegar a la parroquia de Brettenham, donde el padre Long nos estaba esperando en la puerta. Me asusté cuando lo vi, con su barba, tan serio. No me trata mal, pero es muy antipático y muy serio. Estoy solo en la casa de este pastor.

Al día siguiente ya me llevaron al colegio. No los entendía, aunque la profesora se esforzó muchísimo.

Tengo muchas ganas de volver a casa. No me gusta nada la comida ni la casa donde estoy. Quiero irme con los papas.

¿Tú cómo estás?

Escríbeme

Tommy

V

Hoy he tenido mi primera sesión de quimioterapia. Ya me han dicho que la primera se supera bien pero que, en las siguientes, al ser acumulativas se van notando más los síntomas. Esto me recuerda los años en el internado. La primera mala noticia la superas pero las siguientes, al irse acumulando, acrecientan el desespero.



Seguía recibiendo carta de mis tres incondicionales: mi padre, ahora de vez en cuando me llegaba alguna de mi madre, Dorel y Peter.

Dorel estaba contenta de estar en Palestina. Me comentaba que había conocido a Morris, un joven que «me *gusta mucho*». Pocas semanas más tarde me confirmaba su noviazgo con aquel apuesto

alemán, con el que se casaría el mes de agosto. Estaba muy ilusionada, aunque le seguían preocupando mucho sus padres pues no conseguían ni visados ni pasaportes. Ella estaba luchando para que pudieran trasladarse a Palestina.

Con motivo de la boda, todos empezamos a organizar cómo estar presentes virtualmente en la ceremonia. Y esta vez se me ocurrió algo, se lo propuse a Mrs. Anna Essinger y accedió. Habíamos formado un coro en el colegio y decidimos ensayar una obra para cantarla el día y a la hora que Dorel se iba a casar. Así que el 2 de agosto de 1939 a las 11 de la mañana el coro de la Bunce Court School interpretó el *Ave María* de Mozart. Mientras cantaba, miraba a Anja, que entonaba con todas sus fuerzas. Estoy segura de que Dorel vibró con las ondas que le llegaban desde Londres. Mi madrina se había casado, y mientras cantaba me la imaginaba con su melena ondulada, sus ojos chispeantes y su sonrisa abierta transmitiendo felicidad. ¡Cuánto me hubiera gustado poder estar en aquella boda!

Las cartas de mis padres seguían llegando siempre con malas noticias:

«*Ten paciencia, Catherine, ten paciencia. Seguro que esto se solucionará pronto*». Mi rabia y mi desconcierto no dejaban de aumentar.

Durante el mes de agosto había dado un gran estirón. Solo habían pasado seis meses desde que estaba en Inglaterra pero, el cambio experimentado en mi interior, también se reflejaba en el exterior. Empezaba a refrescar y la ropa que había traído en la maleta para solo un mes me iba pequeña. Las blusas y rebecas, cortas, y no digamos los zapatos. Se lo comenté a nuestra directora. Con la cuenta asegurada en el banco por mi padre pude ir con la esposa de John a proveerme de nueva indumentaria. Así que, un sábado por la mañana, Agnes me pasó a recoger al colegio y nos fuimos a una tienda en Otterden, que era donde ella compraba la ropa a su hija Anne. A mí me hubiera gustado que me hubieran dejado ir con Anja, pero Tante Anna consideró que éramos demasiado jóvenes. Lo encontré todo horrible. Recordaba lo que le gustaba a mi madre y allí no había nada que se le pareciera. Evidentemente, todo era *british*, pero no lo que ella hubiera seleccionado. Intenté escoger lo que consideraba menos feo y que consistió en una falda de cuadros con tablas, otra en azul marino, dos blusas blancas y dos rebecas, una en azul marino y la otra en verde que combinaban con los colores de la falda. Dos pares de leotardos a juego y, esto sí, unos zapatos de suela de goma con cordones. Aún podía aprovechar el impermeable que mi madre me había comprado. Fue el primer cambio importante en mi aspecto exterior. Ya no llevaba

flequillo y me peinaba con una raya lateral y una cola de caballo. A veces me dejaba la melena suelta, que ya me llegaba casi hasta los hombros, y que sujetaba con un clip. Con Anja, aunque era algo más alta y más fuerte que yo, nos intercambiamos prendas y así nos daba la sensación de poseer un vestuario más amplio.

Los fines de semana solía ir a casa del jardinero y su familia. Me querían, y yo a ellos, o sea que sin darme cuenta se fueron convirtiendo poco a poco en unos padres adoptivos.

En agosto, nuestros profesores nos comentaron una noticia de los periódicos:

ALEMANIA Y RUSIA SE HAN ALIADO

No entendía nada de política, pero sí recordaba lo que constantemente decía mi padre, «/os *enemigos para Hitler son los judíos y los comunistas*», y pensé que no se podía entender a los mayores, un día decían una cosa y al día siguiente todo lo contrario. Por un momento pensé que Hitler se podría hacer amigo otra vez de los judíos, «*sí ahora lo es de los rusos…*».

El uno de septiembre de 1939 saltó la gran reseña en los periódicos:

ALEMANIA HA BOMBARDEADO POLONIA

Y un día más tarde:

FRANCIA E INGLATERRA
DECLARAN LA GUERRA A ALEMANIA

Esta noticia sí que me atañía. Los profesores nos explicaron la situación política con detalle, de cómo los alemanes, haciendo caso omiso de la advertencia de los Aliados, habían ido penetrando en diferentes países. La mancha del Tercer Reich se extendía sobre el mapa: primero Austria, luego los Sudetes, después Chequia y ahora pretendían Polonia. Por supuesto, que los nazis estaban en Chequia, yo ya lo sabía, pues, en caso contrario, mis padres ya estarían conmigo en Londres. Supongo que fue la primera vez que empecé a creerme lo que me contaba mi padre en sus cartas.

Peter no me comentaba nada de lo que estaba pasando en Praga, y tan solo me decía que estaba muy contento porque ahora iban a un colegio donde todos los niños eran judíos. «*Ahora Catherine, todos tenemos la misma identidad, pensamos igual y nos podemos expresar con toda libertad. Esto es fantástico, Catherine. Te mando una foto de todos los*

compañeros de clase. Verás que todos llevamos cosida al uniforme una estrella de David, porque estamos muy orgullosos de ser judíos».

Cuando observé la foto me acordé de la estrella grabada en la nuca de *Patty*. ¡Que obsesión! Es difícil describir lo que sentí cuando vi la foto. Sonreían a la cámara y me sorprendió la tranquila sonrisa de todos con su estrella de David en su ropa y… no sé si en su alma. Conocía algunos amigos de la clase de Peter y los busqué desesperadamente. Encontré a Hanna y a Eva. Peter estaba en la segunda fila. Repasé con mi índice cada una de aquellas caras, y mientras lo hacía pensaba en si las huellas dactilares de los judíos eran diferentes a la de los arios. No sé cuánto tiempo estuve mirando la foto. No puedo recordar si fueron unos largos minutos o unas densas horas.

Volví, por enésima vez, a preguntarme: ¿Por qué nos odiaban de aquella manera? ¿Qué habíamos hecho? ¿Por qué estaba yo aquí y ellos allá? Cuando Anja entró en la habitación, se sentó a mi lado y me pasó su brazo por encima del hombro. Le fui señalando a mis amigas, a Peter, a mis conocidos. Las dos los tocábamos, acariciándolos, mientras yo le contaba anécdotas de aquellos tiempos en Checoslovaquia en los que nadie podía presagiar lo que íbamos a vivir.

Pensé en mi fiesta de los diez años, en la estrella de David de la nuca de *Patty* y en mi obsesión por mirarme, de vez en cuando, la mía por si aparecía. Entendí que Peter y sus compañeros tenían una forma muy diferente de vivir aquella situación a como la vivía yo. Él estaba orgulloso de ser judío y yo me preguntaba qué necesidad había de serlo si solo conllevaba problemas. Hablé mucho de este tema con Anja. Ella era mucho más valiente que yo, manifestaba que cada persona tiene derecho a defender su identidad y que nadie debería ser perseguido por ello, pero yo no veía la necesidad de defender una postura que hacía tanto daño. Soy más cobarde, lo confieso, pero aquellas conversaciones con Anja me hacían reflexionar y madurar. Dejaba de ser aquella niña mimada y consentida y mi mente empezaba a formular muchas preguntas con difíciles respuestas, pero esto no quitaba que siguiera pensando en que si mi madre me hubiera acompañado no me sentiría tan sola.

Por fin, en noviembre de 1939, recibí una carta en la que mis padres me comunicaban que habían obtenido el visado para poder entrar en Italia. Un halo de esperanza. Me abracé a Anja enseñándole la carta y apretándola contra mi corazón. Esperaba que fuera cierto y que en pocos días pudiéramos estar todos juntos.

Años más tarde, cuando mi padre me contó cómo escaparon, me

confesó que la idea de Italia con Mussolini en el poder, no era nada atractiva para ellos, pero todavía lo era menos la de ir a Austria. Estuvieron planeando la ruta para no pasar por territorio dominado por los nazis. Aussig-Praga-Brno-Bratislava-Liubliana-Trieste. Klaus había prometido ayudarles en esa escapada. No era judío, y sabía que gozaría de una libertad de movimientos que ellos no tendrían, por lo que quería acompañarles con el Skoda Berlina hasta Trieste, desde donde él volvería a Aussig.

Los imagino aquel 9 de noviembre de 1939 en el coche rumbo a Bratislava. Mi madre seguro que, a pesar de las circunstancias, debía ir impecable. En la carta que recibí desde Bratislava, mi padre me comentaba lo que sintió cuando pasaron por Praga y dejaron atrás el Puente de Carlos, el reloj astronómico y la Plaza de Wenceslao, «*se me encogió el corazón pero pensé que un día todos volveríamos a ser felices aquí*».

Considero que las ilusiones —y mi padre las mantenía— son un alimento espiritual muy necesario para nuestras mentes. Suerte que las tenemos, en caso contrario todo hubiera sido aún mucho más triste.



Bratislava respiraba nacionalsocialismo por los cuatro costados. Lejos estaban los valses, en 1939 solo se oían entonar himnos marciales. Allá mis padres se alojaron en casa de un familiar de Klaus, que les había abierto las puertas, lo que no era fácil en aquel ambiente de rechazo a los judíos. Pasaron una sola noche y al día siguiente ya partieron rumbo a Trieste, donde también se dieron cuenta del fervor de la población por el nacionalsocialismo. Desde aquella ciudad mi padre escribía:

Trieste, 15 de noviembre de 1939

Mi querida nena:

Antes de irnos de Praga estuve con Peter. Le entregué a Patty, *tal como tú me pediste. ¡Ya ves, que cumplo tus órdenes! Por supuesto, Peter me confirmó que la cuidaría.*

Salimos el día 9 a las siete de la mañana, dirección a Bratislava. Klaus

es una buena persona. Le dije que no tenía ninguna obligación de hacer esto por nosotros a lo que me contestó que ya sabía que no era su obligación pero sí que se lo marcaba su conciencia. No todo el mundo es como él. Te podría relatar situaciones muy desagradables provocadas por personas que jamás hubieras imaginado. Bueno, ya sabes que ahora Bratislava es la capital de Eslovaquia. ¿Te acuerdas? Hemos estado varias veces allí. Cuando llegamos vimos la ciudad adornada con banderas con esvásticas. Klaus nos había propuesto ir a casa de unos familiares suyos. A ser posible no queríamos ir a ningún hotel. La familia de Klaus, muy amables, nos había preparado la cena y una habitación para que pasáramos la noche allí. Por la mañana nos levantamos temprano para dirigirnos a Trieste, donde un conocido nuestro se había preocupado de buscarnos una pensión. Aquí nos separamos de Klaus que volvía con el Skoda a Ústí, y nosotros desde Trieste ya teníamos la frontera de Italia muy cerca. Decidí regalarle el coche a Klaus. No veas lo que me costó convencerle. Al final se lo ha quedado con la condición de que cuando regresemos nos lo devolverá. De momento, eso lo veo un poco lejano, pero llegará el día, Catherine. Te iré escribiendo a medida que vayamos avanzando.

Te quiere mucho

Papi

Tu madre te manda un beso muy fuerte. Está como siempre ocupada, ahora con la ropa de la maleta.

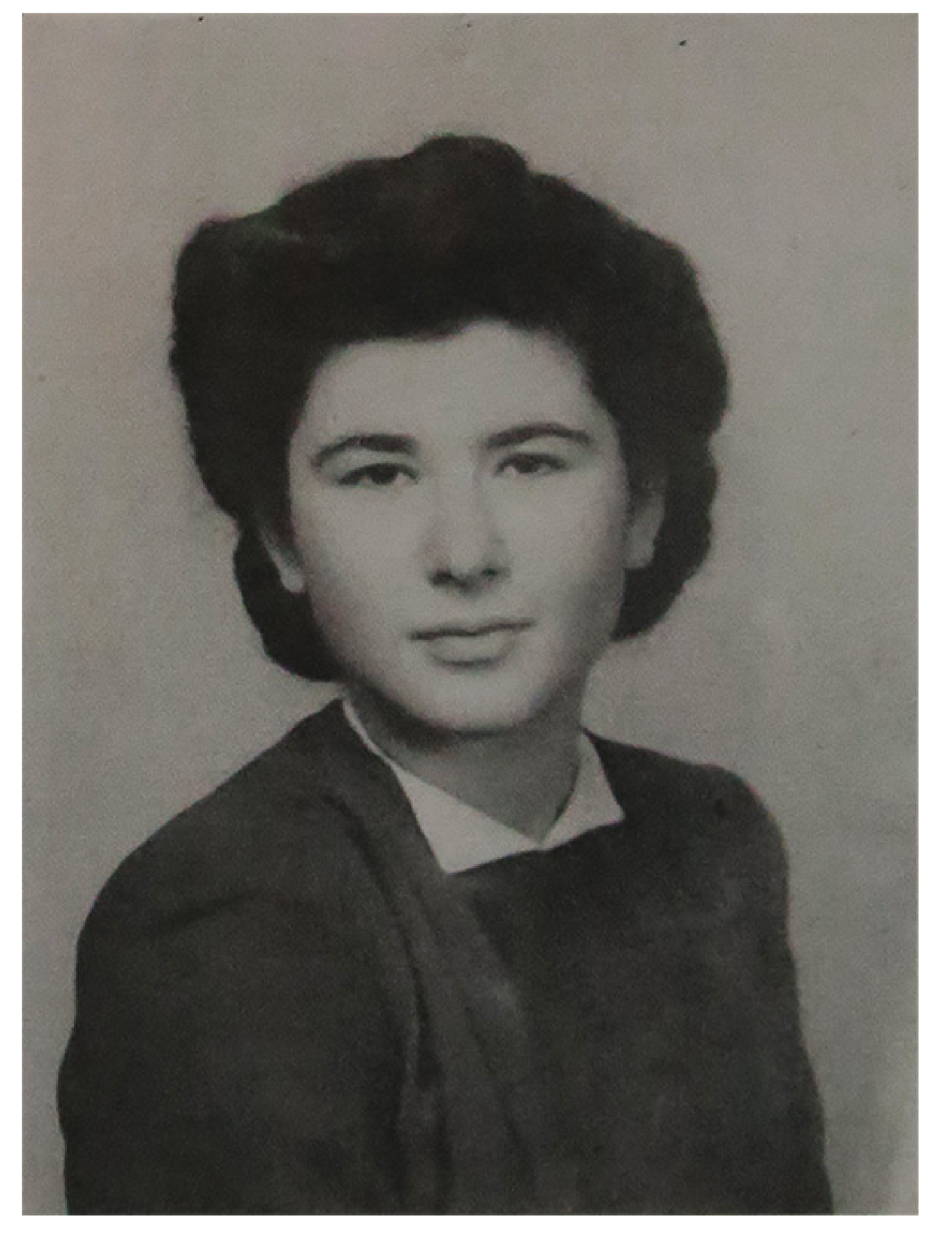
Pocos días después me llegó una carta de mi madre desde Venecia. Decía que por fin habían podido relajarse y pasar dos días tranquilos. Sentí un poco de envidia. Se lo estaban pasando bien sin mí. De nuevo afloró aquella actitud de niña consentida, pero algo en mi interior había cambiado, pues tuve la capacidad de razonar y de convencerme de que hacían lo posible por llegar a Londres. Por supuesto Anja me ayudó. Sin darme cuenta iba madurando y aceptando la situación. Para mis padres empezó en Italia el difícil peregrinaje para la obtención de un visado, una tarea difícil para un matrimonio de origen judío en Venecia. La situación se iba complicando con la posibilidad de que Italia declarara la guerra a Francia y a Inglaterra. Antes de que esto ocurriera, mis padres tenían que pasar a Francia, ya que desde el consulado de Marsella se expedían los visados. Ya tenían los pasaportes, pero necesitaban además el visado para poder entrar en algún país que no estuviera en guerra. En marzo de 1940, ante la evidencia de lo que les costaba conseguirlo se trasladaron a Génova

desde donde pensaban encontrar algún transporte marítimo que les llevara a Marsella. Todo lo que lograron fue pactar con un pescador, que en su barco de pesca, y tras el pago de una sustanciosa cantidad, los acercara a la costa francesa. Así pues, el 30 de abril, mis padres embarcaron en el pequeño bote de Giuseppe, aventura que luego me relataron. Habían elegido aquella noche porque, según los conocimientos del pescador, presagiaba tranquilidad pues no había oleaje pero sí luna llena y eso era un riesgo añadido. Cada uno con su maleta en el regazo. Mi madre iba enfundada en su abrigo y con su bufanda. Tenía mucho miedo, nunca le había gustado ir en barco. Mi padre la tenía abrazada y Giuseppe procuraba amenizar en lo posible la travesía. Cierro los ojos y me los puedo imaginar. Seguro que a mamá no se le movía ni un pelo de su moño. Ya de madrugada, el uno de mayo de 1940, consiguieron llegar a Marsella, que se hallaba bajo el Gobierno de Vichy. Era la denominada zona no ocupada, aunque controlada por la policía francesa que colaboraba con los nazis. En Marsella tenían un contacto que los hospedó en una pensión. Era muy difícil encontrar sitio en esa ciudad. Miles de personas estaban llegando con la esperanza de poder conseguir el milagroso papel que les permitiera embarcar hacia algún destino sin guerra. Según me narraban mis padres, las calles eran un hervidero de refugiados, con hedor a muchedumbre y con una atmósfera de miedo e inseguridad. Desde Marsella empezaron a llegarme cartas. Me iban contando todos los esfuerzos que realizaban para conseguir el maldito visado mientras iban pasando los días y los meses.





Catherine en Inglaterra leyendo una carta de tía Hanna.



En su adolescencia, durante el otoño de 1943 en Londres.

Mientras tanto ya me había ido acostumbrando al ritmo escolar. Después de un año allí, exactamente quince meses, ya era una veterana en el colegio. Con Anja, compartíamos cuarto, ropa, conversaciones, tristezas y, cómo no, ilusiones. Ella seguía pasando con sus tíos los fines de semana mientras yo me iba a casa de mi familia adoptiva: John, el jardinero, Agnes y Anne.

Durante este tiempo me habían llegado varias cartas de Peter y de

Dorel. Peter me iba contando los cambios que se producían en Praga bajo el dominio alemán, pero sin ningún tinte de amargura y en las que yo no percibía ningún dolor dentro de aquella burbuja inglesa en la que yo vivía. Por supuesto, Peter cuidaba de *Patty*. Me escribió una carta en la que me comentaba anécdotas de Michael, del pequeño Pavel y de los tíos. Habíamos encontrado un curioso método para la correspondencia. Al estallar la guerra el correo entre Inglaterra y el Protectorado de Bohemia-Moravia no funcionaba, por lo que mandábamos las cartas a la dirección de un antiguo socio de mi padre en Basilea y él luego nos las remitía. Con la correspondencia de Dorel no había problema. Palestina era una colonia inglesa, y por supuesto me escribía en inglés.



Mi amiga Anja estaba muy preocupada. Los nazis habían entrado en Holanda —en mayo de 1940— y empezaron a aplicar las mismas medidas antisemitas que en el resto de los países ocupados y las noticias que tenía de sus padres no eran buenas. Esta vez me tocó a mí consolar y calmar la preocupación de mi amiga. Entonces me di cuenta de que no era la única que quería estar con sus padres y de que, además, yo tenía la suerte de saber que se encontraban en Marsella mientras que Anja no sabía dónde estaban los suyos. Esto sirvió para unirnos más; las dos luchábamos en el mismo frente.

Un mes más tarde, ya casi en verano, hubo un gran revuelo en el colegio. Se habían producido una serie de bombardeos cerca de Londres, los famosos *Blitz* alemanes, y la dirección del colegio decidió que teníamos que trasladarnos. Según las autoridades británicas estábamos ubicados en una zona susceptible de ser bombardeada. El traslado fue una locura. Desde que se dio la orden en el colegio hasta que se llevó a cabo, solo pasaron tres días. Teníamos que tener nuestras cosas preparadas y todos los alumnos tuvimos que ayudar a embalar lo que Tante Anna decidió que se había que transportar al nuevo edificio. Sobre todo los libros de texto y de música. El tema de los muebles no sé cómo se llevó a cabo, pero me imagino que el Gobierno inglés debió de poner a su disposición camiones de transporte. Se trataba de proteger vidas de niños por lo que seguro

que tuvieron muchas ayudas. Nos llevaron a una población llamada Wern, en Shropshire. Todo fue un poco caótico pero no dejaba de tener el suspense de los sucesos extraordinarios y esto nos produjo la emoción de una actividad intensa. Recuerdo la mañana en que subimos al bus escolar. Pasamos por la ciudad de Coventry, que pocas horas antes había sido bombardeada. Aquello sí que nos asustó y por primera vez comprendimos lo que significaba estar en guerra. El aspecto de la ciudad era desolador con sus edificios derrumbados, humo en las calles, sonido de sirenas por todas partes. La visión de la ciudad bombardeada me impresionó mucho. Se despertó en mí el interés por saber algo de la guerra, y mucha rabia en contra de los alemanes que nos habían abocado a la situación que estábamos viviendo. Daba gracias a mi padre por haber tomado la resolución de salir de Chequia, pero aun aceptándolo, pensaba con obsesión que mi madre hubiera podido venir conmigo.

Cuando llegamos a Wern nos dimos cuenta de que aquello no tenía nada que ver con Otterden. Los más pequeños fueron confiados a familias de acogida y el resto de los alumnos nos alojamos en un edificio mucho más reducido.

Aquel mes de julio tuvimos una actividad inusual. Todos ayudábamos, Tante Anna quería que los pequeños volvieran al colegio, por lo que muchas habitaciones se habilitaron, a su vez, como aulas. Ello implicaba que teníamos que levantarnos más temprano para limpiar, ordenar y disponer aquel espacio para las clases. Yo estaba preocupada pensando si Anja estaría conmigo en la misma habitación. Gracias a Dios, así fue.

John se quedaba en Otterden y aquella despedida también me marcó. Ver como aquel hombre sereno, paciente y tranquilo se conmovía me hizo pensar que la vida apartaba de mi lado a quienes me querían y que otra vez me quedaba sola. El jardinero vino a despedirse a la escuela con su esposa y Anne, que me traía una pequeña caja metálica llena de pastelitos hechos por su madre. Nos abrazamos muy fuerte y yo le prometí a Anne que la escribiría. Pensaba en lo que a mí me habían dicho cuando me fui de casa, «*te escribiremos*», ¡como si las cartas fueran la panacea para todas las tristezas!

Volví a saber de John muchos años después, cuando ya todo se había acabado, y a día de hoy, continuamos felicitándonos las navidades.

Lo primero que hice fue escribir a mis padres a la dirección que tenía de Marsella, a Dorel y a Peter para tranquilizarlos y contarles que estaba bien. A través de Peter sabía que *Patty* seguía con él, sus

noticias no dejaban de sorprenderme:

«*Mi madre, Catherine, es una experta en cocinar patatas, hace unos guisos con ellas increíbles. ¿Sabes lo que hace con la piel de las patatas? Las pone encima de la estufa, sobre un papel, y quedan unos crujientes buenísimos*», me decía en una carta.

Yo pensaba que era una extraña forma de cocinar, y no entendía que lo que ocultaban aquellas palabras era hambre y escasez de alimentos.



Había crecido mucho y en septiembre ya tenía casi doce años, así pues el cambio de ropa ya lo pude hacer sola. Empezaba mi adolescencia sin la protección de mis padres, y esto hacía que mi cordón umbilical, que hasta ahora me había unido a ellos, se fuera rompiendo. Tante Anna me dio una cantidad de dinero para que me comprara zapatos nuevos, ropa interior y blusas. Por supuesto, Anja me acompañó a la tienda del pueblo donde, la verdad, me era difícil encontrar algo que me gustara. Escogí lo que encontré menos feo.

Empezaba a notar que se me desarrollaba el pecho, y que me salía vello en las axilas y en el pubis. Me daba una vergüenza tremenda, intentaba ajustarme mucho las camisetas para disimular. Una mañana me levanté y vi mis braguitas y las piernas manchadas de sangre. Tenía unos retortijones tremendos y lo cierto es que me asusté. Me había venido la menstruación y no me atrevía a comentarlo con nadie. Bueno, solo con Anja, con la que había hablado algo sobre ese tema. Como era un año mayor que yo, ya tenía la regla. Veía que cada mes usaba unas toallitas y tenía muchos dolores de barriga. «*Ya verás cuando te venga*», me decía. Tampoco me atreví a escribir a mis padres para comentarlo, pero sí que lo hice con tía Dorel. Y su respuesta me resultó sorprendente: «*Catherine. Muchas felicidades. ¡Has pasado de ser niña a mujer. Y esto es MUY IMPORTANTE! A partir de ahora piensa que tendrás cambios en tu físico, estarás más sensible durante esos días, más llorona, más emotiva… y ¡OJO!, que ahora te empezarás a enamorar de algún mozalbete… Bueno…, puedo llamarte ya ¡colega! Yo, los dos primeros días, cuando tengo la regla, me encuentro bastante mal. El tercer día ya es otra cosa. Me va muy bien tomarme una infusión de manzanilla y puedes añadirle algo de canela. Tú, en Inglaterra, el paraíso de los tés y*

las infusiones ¡no tendrás problema! ¡¡¡Felicidades, Catherine!!! Has entrado en el club de las mujeres».

Así, empecé a comprobar lo que era tener la menstruación cada mes: lavar mis toallitas y pedir en la enfermería una pastilla para mis dolores de cabeza y de barriga. Empecé a notar que la textura de mi pelo cambiaba. Hasta entonces había tenido el pelo bastante liso y domable, y ahora lo tenía espeso y rizado. ¡Cuánta falta me hacía mi madre en aquellos momentos! Pero el no tenerla, me hizo madurar.

Anja y yo, como todas las adolescentes, hablábamos sobre los chicos, nos reíamos de lo infantiles que los encontrábamos y en definitiva, íbamos haciéndonos mujeres alejadas de nuestros padres.

Comprobé que tía Dorel tenía razón, estaba sensible e irritable a pesar de las infusiones de manzanilla con canela.



Durante los meses de verano todos los alumnos nos fuimos acomodando al nuevo lugar. Mucho más pequeño que el colegio anterior, tenía la ventaja de facilitar la comunicación entre nosotros. O quizá es que yo me estaba acostumbrando a ser más abierta con mis compañeros. Lo que sí echaba de menos eran los fines de semana en casa de John y de su familia.

A finales de septiembre de 1940, llegó una carta sobrecogedora de Kurt, el hermano de Dorel. Un texto sencillo y cariñoso, preguntando por mí, por cómo estaba y preparándome para la noticia que tenía que darme. Recuerdo perfectamente el sobre. La efigie del general Franco en el sello y el remitente de Barcelona. ¡Dorel había muerto! Sí, muerto. Mi madrina había muerto. Un bombardeo de la aviación de Mussolini sobre la ciudad de Tel-Aviv, el 9 de septiembre de 1940, se había llevado sus ilusiones de recién casada y de futura madre. Junto a ella murió también la hermana de tío Max, Ella, con la que vivía Dorel. Las dos estaban a punto de entrar en su casa en la Ben-Yehudastrasse, cuando explotó la bomba. Se me heló la sangre. No sabía a quién ni adónde acudir. Me quedé paralizada. Leía la carta una y otra vez, sin poder distinguir las letras que se movían delante de mí balanceándose, ascendiendo y descendiendo. ¡Dorel muerta! Nunca más recibiría una carta de tía Dorel. Nunca más la podría volver a ver. ¿Por qué? ¿Qué había hecho?

Cuando Anja vino a mi habitación contempló el estado en que me encontraba. Yo le enseñaba la carta pidiendo ayuda a través de la mirada. Se fue a hablar con Tante Anna que se personó enseguida en la habitación. ¿Qué podían decirme? No había argumentos válidos. ¿Cómo justificar que los aviones italianos de Mussolini quisieran hacer pruebas de su eficacia bombardeando Tel-Aviv?

Nuevamente iban desapareciendo de mi alrededor todos aquellos a los que quería y me querían. Durante las siguientes semanas solo pude pensar en Dorel. Reproducía las imágenes que tenía de ella en mi casa, en Ústí, en Karlsbad, revolcándonos por el suelo, riendo, haciéndome cosquillas… Busqué alguna foto de ella, que por suerte encontré en un sobre que mi padre metió en la maleta, y la coloqué, delante de la foto que tenía de mis padres, con *Patty*, en la mesita de noche. La miraba y miraba pensando que nunca más recibiría una carta suya, que no sabría más de ella.

¿Qué significado tenía todo lo que estaba pasando? Toda la familia separada por culpa de una identidad, por unos orígenes. Otra vez volvía a salir el tema de la identidad. Unos tan orgullosos de ella y yo seguía sin entender el porqué de tantos problemas.

La compañía de Anja fue fundamental durante aquellos días. Hablamos mucho aunque también supo respetar mis silencios. Tenía que asumir y aceptar, y este proceso no fue fácil. Ni lo uno, ni lo otro, y era consciente de que solo lo podía hacer yo misma.

Empecé a interesarme por la figura de Mussolini, y por quienes eran unos y otros. Los fascistas, los del Eje, los Aliados. Hasta aquel momento me aburrían estos temas. Solo me constaba que los alemanes eran muy malos y que habían provocado la guerra que mantenía a toda la familia separada. Y, además, detestaban a los judíos y a los comunistas.

La muerte de Dorel fue un detonante en mi manera de pensar y de actuar. Maduré de golpe. Empecé a desarrollar mis propias opiniones y a reflexionar en la crueldad de los políticos. Mussolini bombardeaba Tel-Aviv, sin importarle que pudiera haber víctimas inocentes.

Toda la familia de Praga se enteró de la noticia y en la carta que me envió Peter me comentaba lo apesadumbrados que estaban. «*Hasta* Patty *ha llorado*», escribía.

Cuando pienso en Dorel, todavía me conmuevo. Era una persona vital, alegre, con una energía de vivir increíble. Hoy en día aún echo de menos sus abrazos. Tenía la capacidad de transmitir amor; para mí fue un apoyo fundamental en mi niñez, y en aquel momento, aunque no la tenía cerca, sus cartas, sus consejos, sus mimos entre letras, eran para mí un bálsamo.

A mis padres, que seguían bloqueados en Marsella, también les llegó la noticia. Mi padre intentaba animarme, consolarme sin saber bien qué decirme. Sabían lo que representaba Dorel y lo impactante que podía ser aquella noticia para mí. Pero ¿qué podían hacer?

Creo que Dorel y la hermana de tío Max fueron las primeras víctimas mortales de nuestra familia durante la guerra. Su muerte fue un presagio de lo que siguió después de aquel 9 de septiembre…

VI

Llevo ya cuatro sesiones de tratamiento y estoy empezando a notar las consecuencias. Se me está cayendo el pelo a una velocidad increíble. Me habían recomendado una peluquera que se dedica a hacer pelucas para personas que como yo las necesitan. La vida es curiosa. Cometí el error de no ir a esa peluquería, antes de que perdiera el cabello, para que la peluquera viera mi peinado habitual, pues lo primero que me sugirió fue una peluca con raya central y flequillo. Yo le argumenté que hacía muchos años que había dejado de llevar flequillo.

Me siento muy débil, pero la escritura me sirve de terapia. No puedo hacerlo durante mucho rato seguido, me duermo, reinicio… pero ¡son tantas las horas que tengo que estar en casa! que el rememorar todo aquello me sirve de aliciente para animarme. Quiero dejarlo todo escrito.



Pasaban los meses lentamente. Habíamos celebrado el fin de año en el colegio y la llegada del año 1941. Ya tenía doce años y, tal como había pronosticado tía Dorel, empecé a observar mis cambios físicos. Tenía el pelo cada vez más encrespado. Ya me había comprado sujetadores, sufría acné y todas las molestias relativas a mi sexo. Mi madre hubiera dicho que ya era toda una señorita, y hubiera presumido ante sus amigas diciendo: «*ya es una mujer*». Aunque no sé si todavía hubiera insistido en que la raya en medio y el flequillo era lo que más me favorecía.

Mis padres llevaban casi dieciocho meses anclados en Marsella. Siempre ocurría algo inexorable que les impedía obtener el visado para salir de Francia y lo cierto es que yo ya me había acostumbrado,

con gran pesar y dolor, a las malas noticias o quizá ya había madurado lo suficiente para encajarlas. Lo sorprendente para mí era recibir una noticia buena. Lo negativo formaba parte de la normalidad. Italia ya estaba en guerra y los nazis iban ocupando países que caían, como piezas de dominó, en sus tableros de ajedrez.

Inesperadamente recibí una carta de Tommy, no había sabido nada de él desde que, en agosto de 1939, me envió la que me anunciaba su llegada a Inglaterra. Tommy se había despedido de sus padres el 2 de agosto de 1939. Aquel 2 de febrero de 1941 en la carta lo primero que me decía era:

2 de febrero de 1941

Querida prima

Hoy hace 849 días, 20.376 horas y 1.222.560 minutos que me he separado de mis padres. ¿No te parece que es demasiado tiempo? ¿Cuántos días hace que tú no ves a los tuyos? Yo los echo mucho de menos.

[…]

Me imagino, y sobre todo después de recibir la carta, que con su mente matemática y su carácter retraído pero sensible, cada día hacía el cálculo de los días que llevaba sin percibir el aroma de su madre, sin poder hablar con su padre y sin la sonrisa de ambos. Años más tarde, cuando le vi, me comentó que esta era también su forma de comenzar la libreta escolar. Cada día apuntaba los días, horas, minutos y segundos que había pasado separado de ellos.

Conocí la historia de Tommy al acabar la guerra. Cuando tuvimos la oportunidad de vernos y me contó la obsesión del reverendo en convertirlo al anglicanismo. «*No le preocupaba si estaba triste, melancólico o pensativo. Le preocupaba que fuera judío*».

No tuvo problemas con los estudios, ni con el idioma pero sí en las relaciones con sus compañeros. Esos años marcaron la vida de Tommy para siempre. Tuvimos muchas cosas en común: la injusticia de estar solos, el temor y la impotencia ante los acontecimientos, aunque yo, al poder comunicarme con mis padres, no tuve la misma sensación de falta de cariño que él llegó a soportar. Mi entorno era diferente al de Tommy y yo había tenido el apoyo de Tante Anna, de Anja y del ambiente del colegio lo que me había permitido desarrollarme mentalmente e ir rompiendo sin grandes traumas, poco a poco, mis ataduras con mis padres.



Pocos meses después recibí una carta de Kurt, para decirme que sus padres por fin habían podido salir de Alemania y llegar a Cuba. Tuve que mirar otra vez el mapa. ¡Qué lejos estaba! Kurt también me comunicaba que a los padres de su esposa se los habían llevado a Francia. Me era difícil entender todo ese trasiego familiar. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía? ¿No podíamos vivir otra vez todos juntos?



En diciembre de 1941, me llegó una gran noticia. Otra vez me dio un salto el corazón. Mis padres habían conseguido llegar a Lisboa desde Marsella. Llevábamos ya casi tres años separados. Para mí eran siglos, estaba triste, notaba el vacío de su ausencia y mi desazón aumentaba. Por lo menos habían cambiado de ciudad. Yo ya no sabía si esto era bueno o malo, pero por lo menos había movimiento. Me decían que en Lisboa no había guerra, y que seguro que desde allí podrían viajar a Inglaterra para, por fin, estar conmigo. Leer esta frase me irritaba porque lo llevaban diciendo desde que nos separamos. Prefería que me contaran cosas de Lisboa, de cómo era la ciudad, sus gentes, con quién estaban, cómo vivían y no pensar en el reencuentro aunque por supuesto siempre albergaba la esperanza de que tendría lugar.

Mi amiga Anja seguía preocupadísima por sus padres. No sabía nada de ellos. Nada. Llevaba dos meses sin noticias. Estaban desaparecidos. Los nazis iban imponiendo sus pautas. Sus tíos intentaban saber algo empleando todos los medios posibles, pero lo cierto es que Anja, que tanto me había ayudado con su fortaleza, estaba hundida. Yo procuraba ayudarla, consolarla y aquello me hizo reflexionar, de nuevo, en la suerte que tenía de saber dónde estaban mis padres aunque no los pudiera ver. «*En el país de los ciegos, el tuerto es el rey*». Este refrán que tanto había oído de pequeña retumbaba ahora en mi cabeza.

Mi correo se había limitado al de mis padres y al de Peter, y de él, recibía cada vez menos cartas. Lo cierto es que no me explicaba nada relevante, ni bueno, ni malo. Hablaba de lo que estudiaban, exclamando siempre lo orgulloso que estaba de ser judío y recordándome las fiestas tradicionales.

En el colegio, a pesar de haber muchos alumnos judíos la enseñanza religiosa era muy mesurada. Había una total libertad en cuanto a cumplir el sabbat o cualquier otra fiesta religiosa.

Desde Lisboa las cartas me llegaban con regularidad y en ellas me contaban cómo iban los avances para conseguir los papeles. Yo las leía con incredulidad. Ellos se alojaban en casa de los señores Philippsborn, unos conocidos ingleses, en la calle Ramalho Ortigao. Muchos años más tarde mi padre me explicó lo que sucedía en la ciudad durante aquel período. Me comentaba que mientras que en muchas ciudades europeas se estaban librando batallas, Lisboa resplandecía, ya que se mantenía neutral en medio del caos y además tenía la ventaja de estar abierta al mar. Fue curioso el análisis que me hizo de esta ciudad, un punto neurálgico para todos los que huían del nazismo, de alemanes, de ingleses, espías, contraespías, reyes destronados, diplomáticos y demás «fauna» humana. Todos buscaban algo. Los alemanes buscaban wolframio, que les servía para su armamento, los espías compraban información, los aristócratas dinero y buena vida y mis padres el visado para escapar. El presidente Oliveira Salazar manipulaba las cuerdas para que su país mantuviera la neutralidad.

Mis padres me contaban cómo transcurría su vida allí y que la ciudad estaba a rebosar. Los hoteles, las pensiones y las casas saturadas de huéspedes, los restaurantes, espectáculos, cabarets y cafés en pleno apogeo y en el puerto un trasiego de personas que aguardaban el visado para escapar a Estados Unidos. Ellos se movían entre todo aquel bullicio y aquel falso lujo, en el que resonaban múltiples idiomas, siempre en busca del visado para salir pero viviendo con una cierta comodidad.

Años más tarde la historia que más me sorprendió —de la época en la que mis padres permanecieron en Portugal— fue la del duque de Windsor con su amada Wallis. Curioso. Yo, una niña de origen judío refugiada en Londres, mis padres esperando un visado para escapar del nacionalsocialismo y el duque inglés, un pro nazi convencido, en la fascinante Lisboa pasando información privilegiada a los alemanes para que ganasen la guerra a los ingleses. El orgullo herido del duque era capaz de traicionar a todo su pueblo. ¡Realmente alucinante!

Luego me enteré de que una de las preocupaciones de mis padres

era la de poder enviar paquetes de comida a la familia de Praga, que ya estaba en Theresienstadt. Las cartas me llegaban con regularidad y yo, como siempre, las leía con ansia pero con incredulidad. La batalla de mis padres para conseguir el visado duró trece meses, hasta enero de 1943.

VII

Hace pocos días acabé mi última sesión de quimioterapia. Tal como me explicaron, los efectos son acumulativos. Me he encontrado mal. He tenido náuseas, la comida me sienta fatal y mi ánimo está muy bajo. Las uñas se me cuartean y me duelen todas las articulaciones. Evito los espejos, salgo de la ducha sin mirarme, me lavo los dientes sin mirarme, me visto sin mirarme, me coloco la peluca sin mirarme y es entonces, solo entonces, cuando levanto pausadamente la cabeza e intento ver el desecho humano que es mi reflejo. No puedo evitar llorar cada mañana pero no quiero que nadie me vea. Arreglo la peluca, me pongo colorete y pienso en todos mis pequeños compañeros durante el nazismo. Es en ese preciso momento cuando soy consciente de lo afortunada que he sido. Yo he llegado hasta aquí pero a muchos de ellos les arrebataron su vida antes de que pudieran llegar a ser adultos.



Echaba terriblemente de menos las cartas de Dorel, seguro que ella me hubiera podido explicar y razonar todo lo que sucedía. Realmente lo que echaba de menos era su presencia, las cartas eran lo de menos. Pensaba en ella, cerraba los ojos y la veía cuando sonriendo me entregó a *Patty*, añoraba sus abrazos, su olor a lavanda, sus risas, su cariño, su carácter, sus consejos. ¡Cómo la extrañaba!

Pocos meses después, en noviembre de 1942, Peter me escribió una carta en la que me comunicaba que los desplazaban a otro sitio, a otra ciudad que era solo para los «condecorados». Solo para ellos. No había nadie más, solo personas con estrella de David. La ciudad se llamaba Terezín. Recordé que habíamos ido allí de excursión con mi familia. Mi padre quería enseñarme algo de historia, de cuando la República checa pertenecía al Imperio austro-húngaro. Mientras leía la carta de

Peter, recordaba la excursión y las palabras de mi progenitor: «*Fíjate Catherine. Esta ciudad la hizo construir el emperador José II de Habsburgo en honor a su madre, y aquí vivía la guardia nacional que estaba a sus órdenes*». Recuerdo esta frase porque me impresionó; pensar que una persona, por el hecho de ser emperatriz, podía tener toda una ciudad solo para alojar a la guardia real que la protegía. «*Toda una ciudad para que vivan las personas que cuidan de ti. Esto de ser emperatriz* —pensé— es *algo muy importante*».

En Terezín entonces vivían unos miles de personas. Cuando Peter me escribió que se iban a vivir allí, junto con Pavel, Michael y los adultos me pregunté qué iban a hacer con las personas que estaban en aquel lugar. Pero esto para los alemanes no representaba ningún problema. Los trasladaban y punto.

En aquel momento no lo sabía, pero pocos meses antes, en enero de 1942, quince representantes del Gobierno nazi habían decretado la «Solución Final» al problema judío. Los acuerdos a los que llegaron en aquella reunión afectaron directamente a mis familiares. Para los nazis no solo las huellas dactilares de los judíos eran diferentes, sino que los judíos no eran humanos y había que exterminarlos. O sea, estaban argumentando lo que yo tantas veces me preguntaba.

También Tommy me mandó una carta en donde me contaba que sus padres se habían ido a una ciudad que se llamaba Terezín y que los alemanes llamaban Theresienstadt.

Tuve unas largas charlas con Tante Anna para que nos explicara a Anja y a mí lo que ella pensaba sobre ese traslado. Creía que era mejor que estuvieran allí, según comentaba la Cruz Roja, ya que estaban en buenas condiciones. Yo pensaba que era muy extraño —pues mi mente iba formando sus propios juicios— que quisieran separar a los judíos del resto de los checos, si bien prefería aceptar lo que me decía la directora.

Durante aquellos dos años me había aclimatado al colegio. Anja y yo seguíamos compartiendo todo: amistad, sentimientos, dudas, penas y adolescencia. Pero, en aquel momento, me tocaba tranquilizarla pues no sabía nada de sus padres desde hacía meses, y sus tíos tampoco. Lo peor de todo era que no teníamos a quién recurrir para enterarnos de algo. Las preguntas a la Cruz Roja eran infructuosas, y no se podía hacer nada más. Aquella duda sobre el paradero de los padres de Anja estaba constantemente presente en las dos, pero la vida seguía, la guerra también así como nuestra adolescencia y nuestras ganas de vivir. Empezábamos a coquetear con los compañeros masculinos y ellos intentaban seducirnos, aunque a mí me

parecían feísimos y desgarbados, la mayoría de ellos estaban cambiando la voz y tenían la cara llena de granos. Realmente éramos mucho más maduras nosotras que ellos.

Había empezado a quedarme algún fin de semana con los tíos de Anja. Gente amable, que me abrieron sus puertas. En su casa se respiraba un ambiente mucho más cercano del que yo había tenido en la mía. Pero a quien echaba mucho de menos era a mi querido John, el jardinero y su familia.

Desde Lisboa seguía recibiendo cartas regularmente de mis padres. Me iban contando sus dificultades en conseguir papeles pero estaban más tranquilos, hasta tal punto que mi madre empezó a escribirme. Este contacto directo me hizo mucha ilusión y limó un poco aquel resentimiento que tenía en contra de ella.

En enero de 1943, cuando hacía ya cuatro años que nos habíamos separado, llegó una gran noticia. Mis padres habían conseguido visado para entrar en Canadá pero ¿y yo? ¿Qué pasaba conmigo? Me explicaban la imposibilidad de venir a buscarme, y pensaban que desde Canadá sería mucho más fácil el traslado. No me lo creía. Pero ¿qué podía hacer? Seguía aferrada a Anja, que continuaba sin saber nada de sus padres.

En febrero, recibí una carta en la que me comentaban que habían llegado a Kingston, Ontario. De cómo y en qué condiciones consiguieron el visado para viajar me enteré muchos años después, siendo ya adulta, durante una de las pocas conversaciones que tuve con mi madre sobre aquellos años, me comentó que les extendieron el visado a condición de que recibirían el permiso de entrada al Canadá para trabajar como servicio doméstico. Así fue: mi padre encontró trabajo como mayordomo y mi madre como cocinera en una granja en Kingston. No puedo imaginar la humillación por la que pasaron ambos. Y quisiera puntualizar: todo trabajo es digno, pero pensar en mi padre, empresario y asesor de empresas internacionales y a mi madre, señora distinguida de la alta sociedad checoslovaca trabajando de mayordomo y cocinera, respectivamente, en Canadá, me cuesta mucho, mucho imaginármelo.

Kingston-Ontario, 2 de febrero de 1943

Mi querida niña

Por fin hemos llegado a Canadá. Tenemos la sensación de haber llegado a la libertad, aunque este país participa también en la guerra. El

proceso de inmigración es muy complicado, pero creo que ya no vamos a tener más dificultades.

Estamos en las afueras de una gran ciudad, en el campo, y esto no tiene nada que ver comparado a cómo vivíamos en Ústí. Pero estamos ilusionados pensando que ahora sí, ahora sí será posible que volvamos a estar juntos otra vez los tres. Hemos empezado con el proceso del papeleo para que puedas venir lo antes posible. El Gobierno exige una serie de condiciones para que puedas trasladarte, que seguro vamos a cumplir. Estamos llegando a la etapa final, Catherine, ya queda muy poco. Aquí estamos viviendo con una familia en el campo, gente muy educada. Todos están convencidos de que los alemanes perderán la guerra. ¡Ojalá tengan razón! Estoy contento de que hayas podido aprender inglés perfectamente. Tu madre está a mi lado y quiere escribirte unas líneas.

Te quiere mucho

Papi

Querida nena

Ya te ha contado papá que por fin hemos llegado a Canadá. Nuestra idea era venir los tres juntos, pero no ha podido ser. Desde aquí será más fácil que podamos reclamarte.

¿Cómo te has arreglado con la ropa? Tengo muchas ganas de verte, ya debes de ser toda una señorita. Intenta aprovechar bien todo lo que te están enseñando. Te va a hacer mucha falta, Catherine. Aquí creo que voy a tener más tiempo para escribirte. ¿Qué tal tu amiga Anja? ¿Sabe algo ya de sus padres? Yo estoy muy preocupada por toda la familia de Praga. Los padres de Tommy están con tía Martha y con el resto de la familia en una ciudad donde los han trasladado a todos, Theresienstadt. Recibo cada dos meses, más o menos, una carta de tía Martha. Están muy asustados y creo que nosotros hemos tenido mucha suerte en poder escapar. Ten paciencia, Catherine, que dentro de poco estaremos otra vez todos juntos.

Muchos besos

Mamá

De repente, mi madre se había vuelto humana. Ni una sola palabra de lo que hacían. Ni un solo comentario quejándose de algo. Ni una mención de cuál era su trabajo. Me alegré cuando recibí esas noticias aunque me apenaba y angustiaba ver que cada vez estábamos más lejos físicamente. Ahora ya teníamos el océano de por medio. Estaban en otro continente. Coloqué la carta en la caja de zapatos donde las guardaba todas. Tenía una rutina, de vez en cuando repasaba mi

correo, leía una y otra vez las cartas y no podía evitar darles un beso cuando volvía a guardarlas. Al hacerlo vi una de las cartas de Dorel y pensé que nunca más recibiría una carta suya. Cada vez que lo recordaba se me hacía un nudo en la garganta.

Desde Theresienstadt recibía pocas cartas. Cada mes y medio aproximadamente. Peter me comentaba lo mucho que estaba aprendiendo con su tutor, y me empezó a hablar de Theodor Herzl, del Primer Congreso Sionista que había tenido lugar en Basilea en 1897 y durante el cual el profesor Herzl habló de la necesidad de que los judíos tuvieran una tierra propia. Yo leía alucinada lo que me escribía Peter, pensando que a mí lo único que me interesaba en aquel momento era que se acabara aquella maldita guerra y reunirme con mis padres. Quería un mundo donde todos pudiéramos vivir en paz, con honradez, ética y moral. Con Anja hablábamos mucho sobre las identidades y yo mencioné el tema en clase para que lo discutiéramos. Fue así cómo me di cuenta de que había diferentes pareceres. A medida que me hacía mayor cada vez encontraba más complicado este mundo.

Peter me seguía indicando que *Patty* estaba perfectamente. Yo, cada vez que recibía carta de él, sacaba la fotografía que me había enviado y con mi índice volvía a acariciar todas aquellas caras de mis amigos que hacía tanto tiempo que no veía.

¿Qué debía haber pasado con todos ellos? ¿Dónde estaban? ¿Todos juntos aún? ¿Por qué Peter no me contaba más cosas?

Pocos meses después tuve la oportunidad de estar con Tommy. Era la primera vez que nos veíamos desde que nos separamos en Checoslovaquia. Era el año 1943 y me parecía que habían pasado siglos, cuando solo habían transcurrido cuatro años. Tante Anna había estado insistiendo al pastor anglicano sobre este encuentro. Un día el pastor le comentó que tenía que ir a Londres y ella vio la posibilidad de encontrarnos allí. Por lo visto, tenía que ir con Tommy a arreglar una serie de papeles, no sé exactamente cuáles. Quizá el cobro de la pensión que recibía por el niño. Tante Anna se ofreció a llevarme y le pedí si podía acompañarnos Anja. Yo ya tenía catorce años —pero era realmente muy madura para esa edad— y Tommy tenía doce. Nos encontramos en la estación de Liverpool.

Había crecido mucho. Estaba muy delgado y me impresionó su triste mirada. Hablaba ya perfectamente en inglés. Cuando nos vimos, nos abrazamos, nos miramos pero no supimos de qué hablar; nos quedamos muy cortados y aunque éramos mayorcitos en el fondo seguíamos siendo unos niños con un gran desgarro en el corazón.

—¿Sabes algo de tus padres? —fue la primera pregunta de Tommy

—. Los míos han escrito diciendo que se han ido a vivir a Theresienstadt. No entiendo qué es lo que hacen allí. Dicen que están intentando venir pero que les faltan algunos papeles. Yo no quiero vivir más aquí. No me gusta nada —concluyó Tommy.

A pesar de que mi estado anímico no era nada bueno, intenté calmarlo y animarlo. Anja nos miraba desconcertada sin saber qué decir. Estuvimos una media hora juntos, durante la cual la directora estuvo hablando con el pastor. Nuestra conversación se basaba en el recuerdo y en la añoranza de nuestros padres y de nuestras vivencias en Ústí y Praga.

Me contó que cada día cuando se levantaba lo primero que hacía era dar un beso mentalmente a su madre y se imaginaba, sentado con su padre, desayunando la leche con cereales que los dos se tomaban antes de partir al colegio «*donde con un beso se despedía de mí. Cierro los ojos e intento oler el vaso de leche del desayuno y la colonia de mamá*».

Luego conseguimos hablar de los estudios y de los compañeros. Me di cuenta de la inmensa suerte que tenía de estar rodeada de amigas, y sobre todo de tener a Anja. Tommy vivía solo y únicamente estaba con sus compañeros cuando iba al colegio.

«Su realidad» en Brettenham era otra. A las seis de la mañana, el reverendo le esperaba en la cocina dónde con un lacónico *Good Morning, boy*, le preparaba el té, que tanto odiaba, con tostadas y mermelada. El pastor no sabía sonreír, algo que yo constaté aquel día.

Este fue mi triste encuentro con Tommy.

Nos despedimos y la verdad es que me quedé aún más apenada después de haberlo visto. Me dio mucha lástima. Y me di cuenta que no era yo sola la que había tenido aquella sensación de abandono. Solo personas que han pasado por esta situación pueden llegar a comprenderlo. Es muy duro separar a un niño o niña de diez años de sus padres y apartarlo de su cariño, sus cuidados, de su amor y que crezca sin que pueda saber nada de lo que le deparará el futuro. He pasado por esta triste experiencia y puedo asegurar que es muy problemático sustituir la figura de los padres. Mejor dicho, diría que los padres son insustituibles. Además, en nuestro caso, nos sentíamos repudiados por muchas personas por el hecho de ser judíos, aunque yo estuviera bautizada como católica. Tuve la suerte de no palpar como mis primos aquel desprecio, solo lo rocé…

Pocos meses después, en septiembre de 1943, recibí carta de Tommy:

«*Catherine, los americanos han desembarcado en Sicilia. Ya verás, pronto veremos a nuestros padres*».

Pasaban los meses, mientras mis padres ya no sabían qué más

hacer para obtener mi visado. Tuvieron que estar trabajando duro durante más de un año, como mayordomo y cocinera, para poder ahorrar lo suficiente para el billete y la documentación necesaria.

Yo, a pesar de mi tristeza interior, estaba ya totalmente integrada y habituada a Inglaterra y a mi vida en el internado. Tante Anna se había convertido un poco en la «mamá» de todos nosotros y con el resto de los profesores, salvo algún caso especial, teníamos un trato excelente. Echaba mucho de menos las cartas de mi querida madrina.

Me faltaba poco tiempo para cumplir los dieciséis años, cuando, en agosto de 1944, recibí una carta de Peter en la que me indicaba que lo iban a «transportar» tal como ya habían hecho con el pequeño Pavel y sus padres.

«*Supongo que allá dónde nos llevan no podré escribir, pero no te preocupes ni por mí ni por* Patty. *Michael se queda a su cuidado. Te volveré a escribir a mi vuelta*», decía. ¿Transportar? ¿Adónde se lo llevaban? ¿Cómo que no me podía escribir? No quería que nadie más desapareciera. Las lágrimas me caían encima de la carta, el nombre de Peter quedó desdibujado. No sabía qué hacer, la leí una y otra vez, decenas de veces «*allá donde nos llevan no podré escribir*»; ¿qué quería decir?

Fueron unos meses de desesperación. Solo recibía noticias de mis padres, que me comentaban siempre lo mismo, trámites y más trámites… No había más correo. Escribía a Peter, pero no me contestaba. Anja tampoco sabía nada de los suyos. En el colegio ya solo se hablaba del final de la guerra, y aunque los alemanes iban perdiendo posiciones, los bombardeos no paraban y los famosos *Blitz* tenían atemorizada a la población inglesa. Los rusos se iban acercando a Polonia y los americanos ya se habían adentrado en Europa. En junio de 1944, se había producido el Desembarco de Normandía. Todos hablaban del final de la guerra. Era tal el deseo de que esto ocurriera, que la vida se centraba en cada pequeña noticia que significara un avance militar de los Aliados liberando territorios de la opresión. Empezó a aflorar en los alumnos el deseo de reunirse con los suyos. Querían saber qué pasaba. En este sentido yo era una afortunada. Tenía a mis padres, lejos, pero los tenía. Pero muchas de mis compañeras estaban como Anja. Cada día con más incertidumbre, miedo y temor. Las compañeras húngaras estaban asustadísimas. Hitler había ocupado Hungría en marzo de 1944 y al parecer lo que ocurría allí era terrible.

¿Cuándo acabaría la guerra? ¿Cuándo? Esta era la pregunta que una y otra vez nos repetíamos. Aquel ambiente de letargo tranquilo en el que estábamos se había roto. Se percibía miedo, mucho miedo al

pensar en lo que podía haber ocurrido, turbación de no saber nunca más algo de los tuyos, recelo a quedarse solo, desconfianza ante el futuro, duda ante la incertidumbre. Pavor. ¿Y si no encontrabas a tu familia? ¿Qué harías? La mayor de todas las chicas tenía diecisiete años. ¡Una vida por delante! Pero… ¿con quién? ¿Cómo? Muchas de nosotras casi preferían quedarse como estaban. Allí, en la Bunce Court School. No conocer la cruda realidad, vivir el presente y dejar que el futuro se fuera abriendo paso, poco a poco.

El 20 de octubre de 1944, cumplía dieciséis años. Había cambiado mucho físicamente durante los últimos tres años. Pasé de ser una niña de melena corta y flequillo a ser una espigada joven atractiva y con una melena enmarañada. Mis ojos verdes se habían vuelto grises, quizá por la tristeza interior que a veces sentía. Mentalmente había dejado ya la adolescencia y me había convertido en una joven con sus propias convicciones. Quise celebrar mi cumpleaños con mis compañeras disfrutando una tarde de asueto con ellas y así se lo manifesté a Tante Anna. Intentábamos estar alegres aunque cada una de nosotras tenía su batalla interior. La cocinera del colegio hizo un pastel y me cantaron el *Happy Birthday*, pero era difícil cambiar de tema.

Recibí una carta de Michael desde Theresienstadt. En ella me comentaba que Pavel, Peter y los padres de ambos junto a los padres de Tommy habían sido «transportados». Él estaba allá con su madre y con su hermana. Había asumido la responsabilidad que Peter le había trasladado protegiendo a *Patty*, la cual se encontraba en el aula del bloque L417. Me explicó la situación que estaba viviendo en el gueto y a mí me resultaba difícil entender todo aquello que contaba. Me hablaba de los «transportes» diciendo que se dirigían al Este, a Polonia, no sabía dónde pero todo el mundo estaba muy asustado. Lo único que sí me podía asegurar es que no les llegaban noticias de las personas que habían deportado y que esto les preocupaba mucho. ¿Dónde los llevaban? ¿Qué hacían con ellos? Anja y yo hablábamos y hablábamos de este tema constantemente y nos lo preguntábamos una y otra vez.

En enero de 1945, saltó la gran noticia. Los rusos habían entrado en Polonia. Se empezó a hablar de los campos de exterminio de Auschwitz, pero a nosotros en el colegio nos lo comentaban de una forma muy sutil. En la prensa empezaban a salir las escalofriantes noticias y se veían fotografías de cadáveres y de unos seres que andaban vestidos con unos pijamas de rayas espantosos. Los días que nos permitían ir al pueblo a comprar intentábamos entrar en el bar para hojear el periódico.

Eran los primeros días de mayo de 1945. Comentábamos, hablábamos, hasta que un día Tante Anna reunió a los alumnos para darles una charla, yo nunca había presenciado una expectación tan grande ni un silencio tan profundo, solo se oía el palpitar de los corazones. Nos comentó que la guerra estaba próxima a acabar. Los rusos entraban por el Este y los americanos y canadienses por el Oeste. Hasta aquí todos lo entendíamos. Pero lo que vino a continuación era lo que no queríamos escuchar:

«*Veréis chicos. A medida que los Aliados liberan territorio enemigo se han ido encontrando con campos de concentración y otras instalaciones en donde hay muchas víctimas. Numerosas personas están saliendo de estos campos e intentan llegar al destino de donde proceden. Dentro de pocos días la guerra se dará por terminada. A todos los que sabéis cómo localizara vuestras familias os pondremos en contacto con ellas. A quienes no tengan noticias de los familiares intentaremos buscarles las conexiones necesarias para saber dónde y cómo están. Vamos a tener un duro trabajo, pero todo lo vamos a hacer juntos y unidos como siempre. Vivís en un colegio que a la vez es, en este momento, vuestro hogar y lo va a ser hasta que todos vosotros tengáis resuelta vuestra situación personal. Entiendo vuestra intranquilidad, pero ahora más que nunca debemos mantenernos serenos y no dejarnos llevar por los nervios; utilizaremos todos nuestros recursos para poder ir solucionando los problemas. Os iremos llamando uno a uno para saber si conocéis la situación de vuestros padres o de vuestros familiares más cercanos. La puerta de mi despacho estará constantemente abierta a cualquier hora para todos vosotros y para lo que necesitéis. ¿Alguna pregunta?*».

Un silencio sepulcral se adueñó del aula varios segundos. Pero inmediatamente después se empezaron a levantar las manos, impulsivas, constantes, nerviosas. Todos querían preguntar. Todos querían saber.

Ahora, muchos años después, pienso en lo que debió ser para Tante Anna aquella charla y las conversaciones posteriores con alumnos que no sabían nada de los suyos y que eran la mayoría.

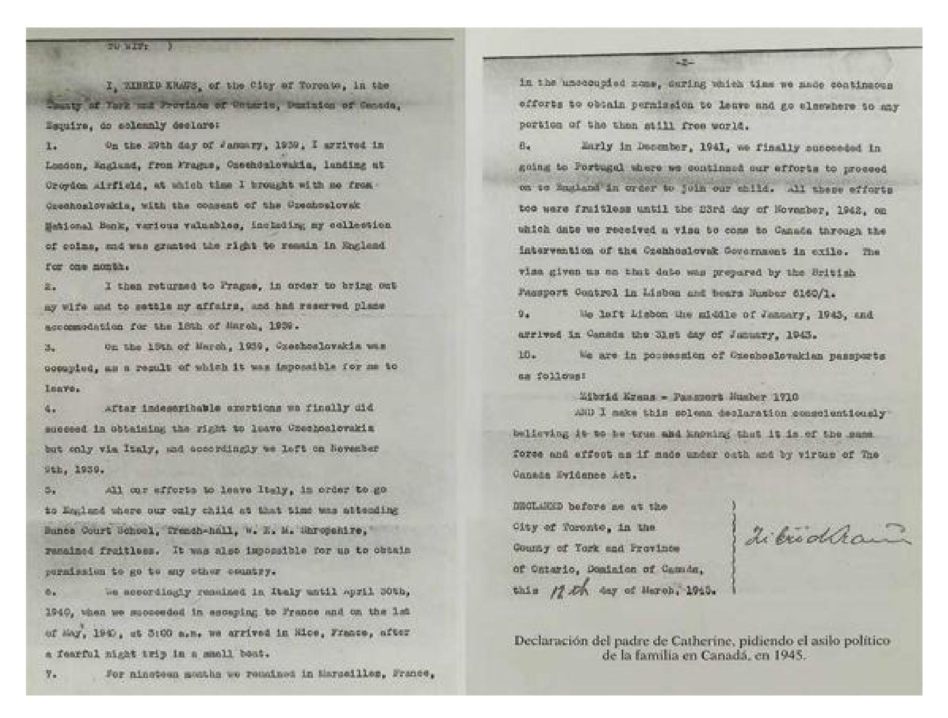
La vida se convirtió en enterarse, día a día, de los avances militares. Anja estaba exultante. En septiembre de 1944, los americanos habían empezado a entrar en Holanda y poco después los canadienses se les incorporaban para liberar el país. «*Ves, Anja* —le decía—. *Algo habrán hecho mis padres en Canadá. Seguro que de una forma u otra deben estar ayudando. Ahora los vas a encontrar. Seguro*».

Mis padres seguían en Ontario y me aseguraban que esta vez sí que era inminente mi marcha a Canadá.

Por fin, el 8 de mayo de 1945 se declaró el final de la guerra.

Nosotros seguíamos con nuestras clases, aunque la directora dedicaba parte del día para hablar con cada uno de los alumnos.

A finales de mayo Tante Anna nos llamó a Anja y a mí a su despacho. Le había llegado una carta de unos vecinos de los padres de mi amiga. Nos hizo sentar y le dirigió las siguientes palabras: «*Anja, he creído conveniente que Catherine estuviera aquí contigo ya que sé que os une una fuerte amistad. Mira Anja, he recibido una carta de unos vecinos de tu casa. No puedo darte buenas noticias. Tus padres estaban escondidos en casa de los señores Van der Vaart pero en noviembre alguien los delató. Vino a buscarles la Gestapo y se los llevaron junto a los Van der Vaart. Saben seguro que fueron deportados a Polonia. No debemos perder la esperanza pero hasta ahora hemos indagado en los listados de supervivientes y no están. Cuenta con nosotros y con nuestra ayuda. Tus tíos ya lo saben pero me han pedido que primero hable yo contigo*».



TO WIT:)

I, ZIBRID KRAUS, of the City of Toronto, in the County of York and Province of Ontario, Dominion of Canada, Esquire, do solemnly declare:

1. On the 29th day of January, 1939, I arrived in London, England, from Prague, Czechoslovakia, landing at Croydon airfield, at which time I brought with me from Czechoslovakia, with the consent of the Czechoslovak National Bank, various valuables, including my collection of coins, and was granted the right to remain in England for one month.

2. I then returned to Prague, in order to bring out my wife and to settle my affairs, and had reserved plane accommodation for the 18th of March, 1939.

3. On the 15th of March, 1939, Czechoslovakia was occupied, as a result of which it was impossible for me to leave.

4. After indescribable exertions we finally did succeed in obtaining the right to leave Czechoslovakia but only via Italy, and accordingly we left on November 9th, 1939.

5. All our efforts to leave Italy, in order to go to England where our only child at that time was attending Bunce Court School, Trench-hall, W. E. M. Shropshire, remained fruitless. It was also impossible for us to obtain permission to go to any other country.

6. We accordingly remained in Italy until April 30th, 1940, when we succeeded in escaping to France and on the 1st of May, 1940, at 3:00 a.m. we arrived in Nice, France, after a fearful night trip in a small boat.

7. For nineteen months we remained in Marseilles, France,

-2-

in the unoccupied zone, during which time we made continuous efforts to obtain permission to leave and go elsewhere to any portion of the then still free world.

8. Early in December, 1941, we finally succeeded in going to Portugal where we continued our efforts to proceed on to England in order to join our child. All these efforts too were fruitless until the 23rd day of November, 1942, on which date we received a visa to come to Canada through the intervention of the Czechoslovak Government in exile. The visa given us on that date was prepared by the British Passport Control in Lisbon and bears Number 6160/1.

9. We left Lisbon the middle of January, 1943, and arrived in Canada the 31st day of January, 1943.

10. We are in possession of Czechoslovakian passports as follows:

Zibrid Kraus - Passport Number 1710

AND I make this solemn declaration conscientiously believing it to be true and knowing that it is of the same force and effect as if made under oath and by virtue of The Canada Evidence Act.

DECLARED before me at the City of Toronto, in the County of York and Province of Ontario, Dominion of Canada, this 17th day of March, 1945.) Zibrid Kraus

Declaración del padre de Catherine, pidiendo el asilo político de la familia en Canadá, en 1945.

Declaración del padre de Catherine, pidiendo el asilo político de la familia en Canadá, en 1945.

Miré a Anja, su cara parecía congelada. Solo temblaba, no podía decir ni una palabra, la cogí de la mano fuerte, muy fuerte. Anja no reaccionaba. Pensé en lo que me ocurrió cuando me dijeron que Dorel había muerto. ¿Qué podía decirle? ¿Qué podía hacer? Me sentí tan impotente, tan incapaz de hablar, que lo único que pude hacer fue abrazarla. No sé cuánto tiempo estuvimos sentadas allí con Tante

Anna, hasta que nos retiramos a nuestra habitación. Y allí, sí, allí, de repente oí un grito lacerante que le salió de lo más profundo de su alma: ¡NOOOOOOOO, NOOOOOOOOOOOOOO!

Y por fin Anja empezó a llorar de un modo desgarrador.

Los días siguientes el estado de Anja fue patético y me recordaba la muerte de mi tía. No quería comer, no quería hablar, miraba sin ver, oía sin escuchar. Intentaba animarla, pero ¿cómo? ¿Qué puedes decir ante tanto dolor y horror? ¡Éramos unas niñas! Yo deseaba que llegara el fin de semana para que vinieran sus tíos a buscarla y lograran sacarla de aquel letargo. Fueron días muy duros para todos en el colegio, pues se sucedieron otros casos similares. Puedo afirmar que el final de la guerra no nos aportó buenas noticias, sino todo lo contrario. Afloraron los dramas que las familias habían vivido y que sus descendientes ahora tenían que asumir. En mi cabeza resonaban las preguntas sobre Peter, Pavel, sus padres. ¿Y Tommy? ¿Qué debía haber pasado con los padres de Tommy? Esta vez fui yo la que le escribí. Tenía el remite de la dirección de la carta que mi primo me había enviado. Pregunté por sus padres, si sabía algo… A los pocos días recibí su respuesta: «*Solo sé que se los llevaron con el "transporte". ¡Catherine, estoy solo! No tengo a nadie. Solo te tengo a ti. No me quiero quedar a vivir con el reverendo. Quiero recuperar a mis padres. En cuanto pueda me voy de aquí*».

Todas aquellas noticias me dejaban totalmente aturdida. Si quedaba algún resquicio de niñez en mi interior, desapareció por completo. Pensaba y pensaba. ¿Cómo es que los Aliados no han bombardeado los trenes? Mussolini sí pudo bombardear Tel-Aviv. Y empecé a pensar en la hipocresía de la sociedad hacia los judíos, en el antisemitismo, y en la condición humana. Los vecinos de los padres de Anja denunciándolos a la Gestapo. ¿Por qué? ¿Por ser judíos? Y a los nacionalsocialistas, que eran unos criminales, ¿quién les había parado los pies? ¿Y a los fascistas? Una cosa era la guerra y otra era lo que habían estado haciendo con todos nosotros. Con Anja hablábamos mucho. Las dos pensábamos lo mismo y las dos filosofábamos sobre el comportamiento de la sociedad europea.

Al menos yo tenía la tranquilidad de que mis padres vivían. Pocos días después Tante Arma volvió a llamarme a su despacho. Esta vez a mí sola. Temblaba como una hoja al entrar en él. Encima de su mesa una serie de sobres abiertos y papeles extendidos. Me recibió con una gran sonrisa: «*Catherine, acaban de llegar tu visado y los billetes para poderte ir a Canadá. Tengo la carta de tus padres para entregarte y la que ellos me han escrito a mí. Eres muy afortunada. Por fin, vais a volver a estar juntos los tres. Es mejor que se lo expliques tú a Anja. Lo entenderá.*

Nunca romperéis la amistad que os une, es sólida, forjada combatiendo las dificultades que habéis tenido que pasar y con la que os habéis demostrado apoyo mutuo. La vida es bella, Catherine. Eres joven. Tienes el futuro abierto. Lucha por él».

Se me hizo un nudo en la garganta que me impedía hablar. Me levanté, me abracé a Tante Anna, tomé la carta que me dio y empecé a leer.

Ontario, 20 de mayo de 1945

Querida nena

¡¡¡POR FIN!!! Lo hemos conseguido. Tenemos el visado para tu viaje a Canadá. Estamos muy felices y esperando ya el día del reencuentro. Mrs. Anna Essinger ya está al corriente de todo y te entregará los papeles que adjuntamos para tu entrada en el país.

Hasta muy pronto, Catherine

Tu padre

Querida Catherine

Por fin vamos a reunirnos. Estoy contando los días que faltan para nuestro encuentro. Te estoy buscando un colegio adecuado. Tendremos mucho trabajo a tu llegada.

Te quiere mucho

Mamá

Había esperado tanto aquel momento que ahora que se aproximaba me daba miedo. Habían transcurrido seis años desde que me había separado de mis padres. Los dejé siendo una niña y ahora ya era una mujer. Mis recuerdos estaban fijados en aquella época. ¿Cómo estarían ahora? Me aterraba encontrarme con unos desconocidos, ¿cómo sería nuestra relación? ¿Qué haría en Canadá? Entre todas esas preguntas pasaban por mi cabeza las imágenes de Peter, Pavel, Tommy y de mis tíos. ¿Qué les había pasado? ¿Estaban vivos? ¿Dónde? ¿En qué estado físico? ¿En qué estado mental?

En el colegio nos entendíamos, estábamos perfectamente unidos, vivíamos situaciones similares y entre nosotros nos ayudábamos, pero, de repente, salir de este núcleo me daba pavor y, por otro lado sentía una gran emoción por el reencuentro con mis padres.

VIII

Estas últimas semanas han sido de mucho reposo. Ha mejorado mi estado de ánimo y poco a poco salgo del túnel de los últimos meses. La recuperación es lenta. Estoy esperanzada en que mi supervivencia se prolongue algunos años más, pero los próximos controles mostrarán la realidad. Sea como sea, agradezco a la vida lo que me ha dado.



La fecha prevista para viajar a Canadá era junio, tras finalizar el curso escolar. Mis padres habían escrito a Tante Anna y así lo habían pactado. En aquellos últimos días de colegio se desplegó en mí una actividad inusual. Quería ayudar en todas partes, estar con mis compañeras, y sobre todo acompañar a Anja, hablar con ella, intentar pensar en su próximo futuro. Tras las vacaciones se quedaría a vivir con sus tíos en Londres. Volvería a la escuela en calidad de externa y la diferencia en su cuota podría aplicarse para ayudar a mantener a las alumnas que se habían quedado huérfanas. La realidad iba tomando cuerpo en la escuela. No solo Anja, sino la mayoría de los alumnos había dejado a sus padres unos años antes y la mano del nazismo había actuado implacable sobre muchos de ellos. Fue una estadística dramática. El ochenta por ciento de los alumnos había perdido a sus padres. Yo pertenecía al veinte por ciento afortunado. Tenía un sentimiento de culpabilidad por ello, sobre todo con Anja. Pero para los que realmente vivían aquella situación tan dramática, el dolor del prójimo les ayudaba a soportar el propio. Se respiraba compañerismo y un deseo de ayuda mutua. A finales de mayo recibí una carta de Michael desde Praga.

Praga, 30 de mayo 1945

Querida prima

Te escribo desde Praga. Las cosas que han pasado estos últimos meses han sido tan duras que me será difícil poder contártelas. Supongo que sabes que en enero los rusos entraron en Polonia. Llegaron a un campo de concentración llamado Auschwitz-Birkenau. Los nazis habían abandonado

el campo poco antes. Abrieron las puertas obligando a los prisioneros a salir. Pocos días después empezaron a aparecer en Theresienstadt unos seres humanos en un estado horrible. Yo nunca había visto algo así. No parecían personas, iban vestidos con unos pijamas de rayas, estaban esqueléticos, llenos de llagas, sin dientes, y con un olor asqueroso. Llevaban un número tatuado en el brazo. Empezaron a contar cosas increíbles. El Consejo del gueto se puso en marcha. Se vaciaron unos barracones para convertirlos en hospital para toda esa gente. Nos distribuyeron los trabajos. A mí me tocó ir a la cocina a pelar patatas. Mi madre no quería que oyera lo que se estaba contando pero era imposible no enterarse. ¡Nos han estado matando con gas, Catherine! ¡Con GAS! A los judíos que llegaban en los transportes los iban metiendo en habitaciones cerradas como si fueran duchas y luego los mataban con gas. A los muertos los metían en hornos para quemarlos hasta que se convertían en cenizas. Nos contaban que las chimeneas de los hornos echaban humo constantemente, lo cual quiere decir que estaban quemando cuerpos sin parar. Solo unos pocos de los que llegaban con los transportes entraban en el campo de concentración. Por lo visto habían puesto unos límites de edad. Los menores de diecisiete y los mayores de sesenta años iban directamente a las cámaras de gas. Los que han quedado vivos han sufrido una verdadera pesadilla. Deseaba que no me tocara cuidar a una de estas personas porque me daban arcadas. No dejo de pensar en los nuestros. Aquí no han llegado y no sé si estarán vivos. Días más tarde ha entrado en el gueto la Cruz Roja, con voluntarios ingleses y canadienses, repartiendo comida y medicinas. Le pedí a un voluntario inglés, muy simpático, si se podía hacer cargo del Diario de Peter y de Patty *para que te los entregaran en Londres. Peter, antes de ser transportado, me había dejado tus señas escritas en un papel. El soldado, que se llama Edward, fue muy amable y me prometió que se encargaría de hacerlo. Le dije que era muy importante para ti.*

He podido salir del gueto, escondido en un carro de heno en el que el padre de un amigo consiguió llevarme hasta la casa de unos conocidos nuestros de Praga. En el gueto se ha declarado una epidemia de tifus y ahora nadie puede salir de allí ya que han impuesto una cuarentena. Podré estar en casa de los amigos de mis padres hasta que mi madre y mi hermana salgan de allí. No sé lo que vamos a hacer, pero volveremos a empezar. Con todo esto no podía llevarme a Patty. *El Diario, Peter me pidió que te lo entregara solo a ti.*

Querida prima, estoy contento de que no hayas tenido que vivir esto. Todo lo que ha estado pasando es mucho peor que cualquier cuento de terror que nos hayan podido contar. No puedo entender que pueda haber gente tan mala y no puedo imaginarme por qué han querido destruimos de

esta manera. Tengo mucha suerte de tener a mi madre y a mi hermana. Y tú eres una afortunada de tener a tu padre y a tu madre. Me gustaría poder ir a América. Aquí no nos respetan Catherine, en Europa no nos quieren. No aceptan a los judíos. Los nazis nos han querido matar a todos pero los demás, los que ahora dicen que no eran nazis, tampoco nos han ayudado. Te doy mis señas actuales, aunque cuando llegue mi madre no sé adónde iremos.

Si te llegan Patty *y el Diario, escríbeme y dime algo. Me contó Peter antes del transporte que tus padres habían podido llegar a Canadá. Supongo que te irás con ellos.*

Escríbeme. Un beso muy fuerte. Tu primo

Michael

No sé cuántas veces leí la carta. Una y otra vez. ¡Dios mío! ¿Qué había pasado con nuestra familia? ¿Dónde estaban mis primos y mis tíos? ¿Por qué? ¿Por qué? Hoy sigo haciéndome la misma pregunta y sigo sin encontrar la respuesta.

Empecé a pensar en la visión que había tenido mi padre de llevarme a Londres, a entender y a valorar todo lo que habían estado haciendo por mí.

Pensé mucho en Tommy. ¿Qué iba a ser de él? Mi mente se reafirmaba en todo aquello que pensaba sobre el comportamiento humano. ¡Todos no habían negado la ayuda!

Pocos días después Tante Anna me llamó de nuevo a su despacho. Al entrar, me encontré delante de un joven vestido con el uniforme de la Cruz Roja, alto, rubio con una mirada que transmitía paz. Llevaba en sus manos un paquete que me entregó.

—¿Eres Catherine? Me llamo Edward. Acabo de volver de Theresienstadt. Estando allí le prometí a un joven, que se llama Michael, que te entregaría este paquete y es lo primero que he querido hacer al llegar a Londres. Michael es tu primo, ¿verdad?

»Han pasado por circunstancias muy duras Catherine, pero Michael es valiente, fuerte y se recuperará. Está bien a pesar de lo que ha tenido que vivir. Me insistió mucho en que te hiciera llegar este paquete. Espero que os podáis reencontrar pronto.

Tante Anna rogó a Edward que se sentara. Estuvimos mucho rato charlando. Intentaba escuchar pero mi mente estaba en el paquete. ¿Sería *Patty*? ¿El Diario de Peter?

Tenía ganas de marcharme a mi habitación, y abrir el paquete. Por fin, cuando me pude ir llamé a Anja. No me atrevía a hacerlo yo sola. Al abrirlo apareció… *Patty* y apareció el Diario. Anja me abrazaba

contenta y yo no sabía qué hacer. Abrí el Diario de Peter y leí en la primera página.

DIARIO DE PETER HIRSCH

Praga, septiembre de 1935

Lo cerré y fui a buscar la foto de Peter. La de él y la de los compañeros de clase, y otra vez con mi índice fui acariciando su cara, su pelo y su sonrisa.

Habían pasado once años, pero el mundo no tenía nada que ver con aquel septiembre de 1935.

Miré a *Patty* y eché un vistazo a su nuca. Allí seguía la estrella de David con las dos iniciales, la K y la R, y reflexioné sobre todo lo que había sucedido solo por tener esta identidad. *Patty* me miraba con sus ojos azules.

La colocamos entre nuestras dos camas. Quise empezar a leer el Diario de Peter pero Anja me cogió las manos y mirándome a los ojos me dijo: «*Catherine, espera. Creo que ahora no es el momento adecuado. Dentro de pocos días ya no estarás aquí. Intentemos las dos sobreponemos a esta última semana. Tienes todo el viaje para leer; si lo haces ahora no pensarás en nada más hasta que te vayas*».

Tenía toda la razón. La crudeza de la realidad nos había vuelto pragmáticas. Sin darnos cuenta huíamos de todo aquello que podía producirnos dolor, pero lo que sí hice es dejarlo en mi mesita de noche con la foto encima, que acariciaba repetidamente. Aquella noche no pude dormir. Me levanté varias veces, miraba a *Patty* y empecé a recordar mi infancia. Nuestra casa con sus alfombras de pájaros exóticos, su Bukara, el cuarto de jugar y me di cuenta de que *Patty* pertenecía a un pasado feliz y a otro dramático que se habían terminado. Quería cerrar aquel capítulo de mi vida y ver a *Patty* me recordaba constantemente lo vivido, me recordaba nuestra identidad y me recordaba el abandono de mi madre. ¿Qué sentido tenía llevarme ahora a *Patty*? ¿A Canadá? ¿A una tierra moderna y de lucha? Canadá no era Checoslovaquia. Era otro mundo. Y entonces se me ocurrió. En Londres había coleccionistas importantes de muñecas de porcelana y pensé que quizá mi muñeca podría ayudarme a mitigar mi angustia y dolor, si la vendía y entregaba el dinero a Tante Anna para que lo pudiera utilizar para ayudar a Martha —mi compañera austríaca más joven que yo—, que había perdido a toda su familia: sus dos hermanos, sus padres y sus abuelos. Todos exterminados por el mal. Martha a sus quince años, se había quedado sola. Huérfana. Tenía grandes dotes para la pintura y deseaba estudiar Bellas Artes; *Patty* podría ayudarla a pagar la matrícula. Quizá, volcándose en su

vocación, conseguiría superar la adversidad y tener un futuro. Me encantó la idea y pensé comentar con Anja esta decisión por la mañana.

Anja estuvo de acuerdo y se puso a mi lado.

Yo me senté delante de la muñeca y por un momento retrocedí a mi infancia y le hablé como acostumbraba a hacerlo: «Patty, *tienes una misión muy importante. Ayudar a Martha. Tú estarás en el lugar donde te corresponde, con otras muñecas, pero todo lo que tú vales servirá para ayudar a esta niña que se convertirá en una famosa pintora. ¿Qué te parece?*».

Patty miraba con sus ojos azules y Anja y yo interpretamos que estaba de acuerdo.

Temerosa y con cierto remordimiento me dirigí al despacho de Tante Anna para comunicarle mi decisión. Estuvo totalmente de acuerdo. Me dijo que era una decisión muy madura y que le dejara unos días para pensarlo.

Dos días más tarde me llamó a su despacho junto a Martha. Anja me acompañaba. Nos presentó a sir Richard Smith, gran amigo de ella, que era marchante y a su vez regentaba una tienda de antigüedades y una galería de arte. Me pidió que trajera a *Patty*. Así lo hice. Sir Richard inspeccionó con gran minuciosidad la muñeca, después nos miró y dijo:

—Realmente el valor de *Patty* es el coste de la carrera de Martha en la Royal Academy of Arts, siempre que la alumna cumpla con sus obligaciones.

Miré a Martha. Mi amiga no sabía qué decir. Ni yo tampoco. Se le humedecieron los ojos pero supo aguantar la noticia con entereza. En aquel momento no era cuestión de demostrar debilidad.

—No le fallaré, sir —contestó.

Pasado este momento, sir Richard pidió que nos sentáramos y mantuvimos una larga conversación. Demostró ser un caballero y un buen hombre. *Patty* fue la excusa para ayudar a una huérfana, con vocación artística. Una muñeca judía ayudaba a una niña judía a sacar adelante su vida. Fue difícil convencer a Martha de que aquello no era un sueño. Aquella misma noche el chófer de sir Richard se llevó a *Patty* en su caja de adornos florales. Antes de colocarla en la caja, miré a *Patty* y con los ojos llenos de lágrimas le comenté: «*Vas a cumplir una misión muy importante. Gracias. Siempre serás mi* Patty». Coloqué bien sus manos, bajé sus párpados y la acomodé con todo mi cariño en la caja, después cerré la tapa.

Patty y yo buscábamos nuevos horizontes…

El 20 de junio de 1945 me marchaba. Mientras hacía las maletas

me iba fijando en lo que iba depositando en su interior. No tenía nada que ver con lo que había traído de Ústí, ropa infantil, tristeza, melancolía y niñez. Ahora volvía con una valija de ropa de una chica joven, pero con una madurez de adulta y con muchos recuerdos: el de John el jardinero, de su esposa Agnes que se preocupó de sustituir la función de madre cuando hizo falta, de su hija Anne, de Tante Anna, nuestra querida directora y, sobre todo, el sentimiento de amistad con Anja, mi gran amiga, con la que compartía mucho más que afecto. Juntas sobrellevamos dolor, alegrías, presente, crudas realidades y esperanzas de futuro. Todo ello formaba parte del contenido de mi equipaje. Al cerrar la maleta finalizaba un capítulo de mi vida y empezaba para mí una nueva etapa.

Llegó el momento de la despedida de mis compañeras y de Tante Anna.

Anja estaba al final de todas ellas. Nos cogimos fuertemente de la mano, nos abrazamos, nos miramos a los ojos pero nuestros labios no pronunciaron ni una sola palabra, porque la emoción nos lo impedía, y si lo hubieran hecho lo único que hubiéramos oído habría sido un llanto desolador.

En mi bolso, el visado, el pasaporte, unas monedas y el Diario de Peter con su foto.

Para mí empezaba una nueva vida.

IX

Me está empezando a crecer el cabello. Ahora, cuando me miro al espejo me río de mí misma. Parezco un puercoespín. Paso los dedos por encima del pelo, que parece un cepillo de cerdas duras. Cuando salgo a la calle me pongo sombrero. Intento mejorar mi aspecto físico porque creo que influye en mi estado de ánimo. Faltan todavía unas cuantas semanas para volver a pasar los controles. Mientras tanto, la vida sigue y el relato también.



No recuerdo prácticamente nada del viaje. Salía del aeropuerto de Londres y el avión iba directo a Toronto. Eran muchas horas de vuelo.

Quizá unas doce horas. Lo único que sé es que en cuanto me senté en el avión tomé entre mis manos el Diario de Peter y empecé a leer. Iba mirando de vez en cuando la foto de Peter. Acariciaba con la yema de los dedos su rostro, las orejas grandes, de las que tantas veces me había reído, el pelo y su maravillosa sonrisa. Me imaginaba a Peter con su pluma escribiendo. A través de sus palabras podía entender todo lo que había ocurrido en Praga. Las prohibiciones, los decretos uno a uno, las salvajadas a las que había estado sometido, los insultos, las vejaciones… Estaba tan metida en su piel que me pareció hacer junto a él el trayecto a Theresienstadt, la «ciudad ejemplar hecha por los nazis para los judíos» y pasar aquellos dos años con él. No paraba de llorar. El señor que estaba sentado a mi lado estaba preocupadísimo y me iba preguntando si me pasaba algo, a lo que yo respondía negativamente con la cabeza. La azafata también se acercó para averiguar si me encontraba mal y solo interrumpí la lectura cuando me trajeron la comida y me insistieron para que tomara algún bocado. Hasta que terminé la última palabra del Diario no pude parar de leer ni bajar los párpados. Lo cerré y coloqué la foto de mi primo hermano dentro y volví a guardarlo en mi bolso.

Fue en aquel momento cuando valoré la grandeza de Peter. En todas sus cartas me había querido ocultar la verdad. No había querido preocuparme y contaba solo anécdotas positivas. Me juré a mí misma que aquel diario no se lo enseñaría a nadie. Era mío, me pertenecía. Era todo lo que me quedaba de Peter, de mi querido primo. Y entonces cerré los ojos. Debí de caer en un estado de sopor en el que, escena por escena, imaginaba lo que iba sucediendo, lo que Peter relataba. Yo lo veía todo entre sueños, como si fuera una obra de teatro trágica, sentada como una espectadora y Peter en el papel de protagonista. Pero lo tremendo es que no era una obra de teatro. Era una realidad y empecé a albergar un sentimiento de culpabilidad por haberme podido escapar de aquel horror y Peter no.

¿Por qué él y no yo? ¿Por qué Peter y no otro? ¿Por qué cualquiera de nosotros? ¿Por ser de origen judío? ¿Pero qué había hecho el mundo? ¿Qué intereses lo mueven? ¿Por qué había podido suceder todo aquello? ¿Por qué nadie había intentado parar aquel horror?

Preguntas sin respuestas. Lo cierto es que han pasado treinta y nueve años y sigo haciéndome las preguntas una y otra vez y sigo sin encontrar las respuestas. Ahora que todos sabemos lo que pasó, ¿por qué los Aliados no bombardearon las vías del tren?

Llegué a Toronto deshecha. Era consciente de que tenía que mejorar mi aspecto antes de reencontrarme con mis padres. Me fui al baño, me lavé la cara repetidas veces, me pellizqué las mejillas para

que apareciera algo de color y mirándome a los ojos, conseguí adoptar la actitud más madura de toda mi vida. Recordé la carta de Michael en donde me decía que en algún lugar del mundo volvería a salir el sol y hablándome a mí misma me dije, «*Catherine, tienes la obligación de reanudar la vida junto a tus padres*».

¿Cómo estarían mis padres? ¿Me reconocerían? Intentaba controlar mis nervios, me iba estirando la blusa, arreglándome la cola de caballo una y otra vez y alisando mi falda. Todo se me hacía terriblemente lento. El descenso del avión, la espera del equipaje. Por fin, empecé a caminar hacia la puerta de salida, el corazón me empezó a latir de una forma acelerada. Allí estaban. Me entró un escalofrío cuando vi a mi madre. Aquella mujer altiva, arrogante, con su moño tirante y sus pendientes de brillantes se había convertido en una persona mayor, baja, delgada, con un moño gris, y con una profunda tristeza grabada en su rostro. ¡Dios mío! Aquella era mi madre. Miré a mi padre. Mucho mayor pero con su sonrisa de siempre, de pie, con el sombrero en la mano y con aquella energía que siempre había tenido. No sabíamos qué hacer. Nos miramos y miramos hasta que solté mi maleta y me abracé a los dos. No sé a quién primero. Formamos una columna de tres corazones latiendo. Tampoco recuerdo cuánto tiempo estuvimos así, hasta que poco a poco nos fuimos separando y mis padres empezaron a mirarme. Puedo imaginar que pensaban ver a una niña de diez años y lo que veían sus retinas no era a la chiquilla que habían dejado sino a toda una mujer.



Mi padre había encontrado trabajo en un bufete de Toronto y empezaba a vislumbrarse algún signo de esperanza en su vida profesional. Llegamos al apartamento que habían alquilado. Aquello no tenía nada que ver con la casa que habíamos tenido en Ústí. Era un apartamento sencillo con su cocina, un saloncito, dos habitaciones y un baño que me recordó al apartamento de mi querido John, el jardinero. Mi madre se excusaba por la sencillez de la vivienda, algo que a mí me daba igual; lo único que me importaba era encontrar un ambiente con la misma sensación de cariño, calidez y armonía que existía en casa de John y su familia. Pero a las pocas semanas me di cuenta de que no son las paredes las que emanan afabilidad,

afectividad y dulzura sino que estos sentimientos fluyen del corazón y a mi madre, que no dudo que los tuviera, le resultaba muy difícil exteriorizarlos. Volví a recordar mi niñez, el amor que sentía por mi tía Dorel, tan abierta, locuaz, divertida y amorosa. Me acordé del día en que me regaló a *Patty*, de cuando me la entregó, de todas las peripecias que pasó la pobre muñeca, en resumen, de aquella época feliz que habíamos vivido.

Cada día que pasaba descubría algo nuevo. No queríamos hablar de los desaparecidos y solo hablábamos de los que teníamos constancia que estaban vivos. Mis padres me comentaron que habían recibido carta de Amelie y Klaus, nuestros antiguos sirvientes, en la que les comentaban la miseria en la que estaba hundido el país. Las medidas que estaban aplicando los comunistas con la población les parecían igual de drásticas que las que habían aplicado los nazis y no veían nada claro el porvenir. Klaus preguntaba a mi padre qué quería que hiciese con el coche, a lo que este le había contestado que como se lo había dado, podía hacer lo que quisiera con él.

Yo pensaba mucho en Anja, pero seguí la pauta que me había impuesto a mí misma en el aeropuerto. «*Catherine, tienes la obligación de reanudar la vida junto a tus padres*».

Al principio, a pesar de ser todo diferente, fue relativamente fácil. Mi padre estaba contento con su trabajo. Por supuesto mi madre ya había seleccionado un instituto en el que yo seguiría mis estudios, y tenía por delante unas tres semanas de vacaciones que sirvieron para acomodarnos los unos a los otros. Con mi padre la adaptación fue casi inmediata, pero con mi madre, a las pocas semanas empezaron las diferencias de opinión. No le gustaba la ropa que me había comprado, ni mi peinado y discutíamos sobre mi futuro. Yo quería estudiar recursos humanos, porque siempre pensé en ayudar a los que sufrían cualquier tipo de oprobio y de injusticia, como los que habíamos vivido. Mi madre pensaba que tenía que prepararme con un buen secretariado y aprender bien las tareas del hogar para poder ser una esposa y una madre ejemplares. Cuando esto sucedía, en mi subconsciente aparecía la idea de lo que era «una madre ejemplar» y sentía otra vez aquella rabia interior causada, por lo que yo consideré un abandono en Londres, por parte de ella y me rebelaba contra sus palabras. ¿Cómo podía decirme a mí lo de «madre ejemplar»? ¿Qué entendía ella como tal?

No hablamos de Peter, ni de Pavel, ni de los tíos, ni de las tías. Todos queríamos hacer ver que no sabíamos nada, o que no queríamos saber. Tampoco hablamos de lo que para el pobre Peter supuso el trasiego de *Patty*. Todo lo que pertenecía a mi infancia era un tema

tabú.

Me escribía con Anja cartas en las que disertábamos sobre nuestro presente y futuro, nunca del pasado. El instituto seleccionado por mi madre estaba cerca de donde vivíamos. Era mixto, a lo cual yo ya estaba acostumbrada. No tuve problemas con el idioma, el inglés se había convertido en mi lengua, ni tampoco me costó relacionarme, aunque echaba mucho de menos a Anja.

Unos meses más tarde recibí una carta de Michael. Me comentaba que por fin su madre y su hermana, superada la cuarentena del tifus, habían podido llegar a Praga en tren, en junio de 1945. Quisieron ir a vivir al mismo edificio donde vivían antes de la guerra, pero no lo lograron hasta que consiguieron desalojar a unos ocupantes alemanes que se habían instalado allí. Michael me comentó que había perdido seis cursos lectivos, por lo que su madre contrató a dos profesores —uno de latín y otro de matemáticas— para que pudiera seguir el ritmo de sus compañeros que, en general, eran amables aunque uno de los profesores era profundamente antisemita. Su hermana quería irse a Londres, algo que consiguió meses más tarde.

En este aspecto yo lo había tenido mucho más fácil. No solo no había perdido ningún curso sino que mi nivel era altamente satisfactorio.

Esta era toda la comunicación que tenía con el exterior, sin contar mi correspondencia con Anja. De Tommy sabíamos que lo habían trasladado a una residencia de estudiantes, chicos que como él se habían quedado sin familia, pero no teníamos su dirección.

Llegó mi primer invierno en Canadá, un país que adoro y al que me habitué enseguida. Nunca he percibido racismo, y creo que a sus habitantes se les educa con un verdadero espíritu democrático. La naturaleza es espectacular, tiene unos inviernos con una climatología durísima —algo que aprendí durante mi primer año— pero que te hacen disfrutar aún más el resurgir de la primavera. Ya me habían advertido de la belleza de los meses de septiembre y octubre cuando se produce el cambio de color en las hojas de los árboles. Los colores que ofrece la montaña son espectaculares y de tal belleza que solo contemplarlos producen un estado de paz interior. Amo esta tierra.

Tras ese año, convencí a mi padre acerca de mi futuro. Tenía muy claro que quería estudiar recursos humanos y, en junio de 1946, me inscribí a mis dieciocho años, en la Queen’s University de Kingston, Ontario, donde los estudios se realizaban en inglés. Mi madre no hizo ningún comentario, aunque supongo que no era lo que más ilusión le hacía. Mi padre había conseguido ya un puesto más importante en el

bufete donde estaba trabajando, gracias a su experiencia en comercio exterior. Nos mudamos a un apartamento mejor donde no sobraban las comodidades pero que en aquel momento nos bastaba. Un domingo, mientras estábamos comiendo noté como mi padre palidecía y hacía un gesto de dolor. Mi primera reacción fue la de un escalofrío, pero a medida que nos dábamos cuenta de que no había sido una indigestión sino que era un tema serio me asusté mucho. Lo miraba y miraba. No podía creer que le pasara algo serio. Aquello fue la primera manifestación de su enfermedad, un cáncer de hígado, que avanzaba a una velocidad frenética y que nos provocó unos meses de tremenda angustia. Médicos, radiografías, visitas, hospitales. Quería hacerme la valiente ante su presencia pero cuando me iba a dormir, rezaba y rezaba, yo que tan pocas veces lo había hecho, para que no le sucediera nada. Me convertí en su sombra. Quería acompañarlo a todas partes, aunque está claro que mi madre tenía prioridad. Decidieron operarlo el 2 de febrero. Era el año 1947. Siempre recordaré esta fecha. Antes de entrar en quirófano me apretó muy fuerte la mano, para transmitirme la tranquilidad que me faltaba, y me dijo:

—Catherine, yo lucho por mi presente pero, pase lo que pase, piensa que tú has de hacerlo por tu futuro. Tienes todo el porvenir por delante. No agaches la cabeza, tienes que ser tú misma la que camines adelante, nadie lo hará por ti. Ya has visto que nosotros hemos resurgido de las cenizas gracias a nuestro esfuerzo. Somos unos vencedores natos. Tienes que convertirte en una brillante luchadora de temas sociales que defienda los valores humanos con las leyes, algo que ya has visto como ha sido manipulado durante estos últimos años. Y recuerda que tienes la obligación moral de cuidar de tu madre.

—Papá, pienso hacerlo. Defenderé con todas mis fuerzas las leyes y protegeré a mamá. Puedes estar tranquilo. Pero no te vayas, por favor, no te vayas. No puedes dejarme.

Mientras pronunciaba estas palabras, solo Dios sabe lo que me costó mantener mi entereza, y me acordé de que eran las mismas palabras que le había dicho años antes cuando me dejó en la Bunce Court School. Yo entonces tenía diez años y ahora tenía diecinueve pero el sentimiento de abandono era el mismo.

—Catherine, pase lo que pase, demuestra quién eres —concluyó mi padre.

Aquellas frases me parecieron una auténtica despedida, como así fue. Por primera vez me hablaba, aunque fuera solo sutilmente, del pasado, sin rencor, pero clamando por la justicia desaparecida tantos años en Europa.

Cuando el cirujano salió del quirófano, solo ver su expresión comprendí la gravedad de su enfermedad. Se acercó a mi madre y a mí diciéndonos:

—Deben ser fuertes y darle amor y aliento. Hemos hecho todo lo posible pero la situación es extremadamente delicada.

Fueron tres meses de una lenta agonía, que me dio la oportunidad de hablar mucho con mi padre. Salía de la universidad y me iba corriendo a casa o al hospital para estar junto a él. Tuvimos largas conversaciones sobre la vida, el período que nos había tocado vivir, y sobre todo, hablaba de mi futuro, de lo orgulloso que estaba de mí y de lo que estaba convencido que llegaría a conseguir. Fue un ejemplo de cómo supo admitir su muerte, y de cómo intentó que yo la aceptara, algo que no consiguió, porque nunca la acepté. Además me asaltaba el pensamiento de cómo íbamos a entendernos mi madre y yo, aunque en aquel momento, eso quedaba en un segundo plano.

Mi padre murió el 10 de mayo de 1947. Lo viví como algo muy injusto. Ahora que por fin gozábamos de estar juntos, la muerte lo volvía a arrancar de mis manos. Había estado escasamente dos años con él desde nuestro reencuentro. Lloré mucho, pero nunca delante de mi madre. Me quedó un enorme vacío, sentía que me había abandonado, involuntariamente, pero esta vez era la definitiva. Tantos años separados, por culpa del maldito antisemitismo, por haber tenido una identidad, porque existía una sociedad apática que se dejó arrastrar por un totalitarismo asesino. No podía evitar pensar que si todo eso no hubiera ocurrido habría podido vivir siempre con mi padre hasta su muerte. Y empezó en mí un rechazo hacia la religión y las identidades, porque siempre he creído y sigo creyendo que todos somos iguales. ¿Quién nos había ayudado? Nadie. Europa nos expulsó antes de que Hitler subiera al poder, permitió un genocidio sin mover un solo dedo y cuando acabó la guerra tampoco nos quisieron. Tuvimos la necesidad de buscar otros horizontes para poder empezar de nuevo. Tal como decía mi padre habíamos sido unos afortunados que habíamos resurgido de las cenizas gracias a nuestro propio esfuerzo.

Mi madre y yo intentábamos adaptarnos la una a la otra. Me daba mucha pena pero yo también sentía pena por mí. La universidad me resultó una panacea. Allí, en 1949, conocí al que luego se convirtió en mi marido, y que durante aquellos años tuvo que soportar, mediar y calmar las riñas entre mi madre y yo. También había resurgido de las cenizas, con su lucha personal, o sea que a pesar de no querer saber nada de identidad, esta nos había unido. Nos casamos el 16 de diciembre de 1950, cumpleaños de mi marido.

Anja y yo seguíamos escribiéndonos, ella había empezado medicina y quería dedicarse a la psiquiatría, «*para poder ayudar a los jóvenes que se encuentran sin familia*», me decía.

Es curioso, y en cierto modo normal, cómo llegó a influir en nosotras todo lo vivido, yo quería reformar el mundo con mis leyes y ella proteger a todos los huérfanos de la tierra. También recibía algunas cartas de Michael.

Mi vida, a partir de 1950, siguió su curso y solo me pertenece a mí. Me casé con mi primer amor, que llevaba en su mochila la historia de aquellos turbios años del siglo XX que, afortunadamente, pudo sortear. Nos fuimos a vivir a un apartamento muy próximo al de mi madre. Era consciente de que tenía que ocuparme de ella, pero también lo era de que nuestro matrimonio necesitaba avanzar en su amor y en la vida sin interferencias. Mi marido siempre fue y es un maravilloso yerno para mi madre. Tuvimos tres hijos y mi madre se convirtió en una abuela dulce y cariñosa para sus nietos que no entendían la aspereza que existía ente nosotras dos. Hoy sigue bien de salud a sus noventa y dos años.

Mi amiga Anja se casó con un médico. Tuvieron dos hijos y seguimos escribiéndonos aunque la vida, lógicamente, nos fue distanciando.

En febrero de 1960, me llegó desde Londres una caja por correo postal. En el remite estaba escrito: Martha Göhrau. Mirror Gallery. Notting Hill. Portobello Market. London.

Intrigadísima abrí el paquete. En su interior, un cilindro de cartón dentro del cual estaba enrollada una lámina, un catálogo de una exposición y un sobre. Miré el catálogo. En la portada aparecía una muñeca que era… ¡*Patty*! La lámina era una acuarela de la muñeca pintada por mi compañera austríaca. Abrí el catálogo y en una tarjeta cuyo membrete era:

MARTHA GÖHRAU. PINTORA

LICENCIADA DE LA ROYAL ACADEMY OF ARTS

estaban escritas dos palabras; solo dos palabras: «*Gracias, Catherine*».

Se me hizo un nudo en la garganta y me sentí muy satisfecha por la decisión que había tomado años atrás y, de repente, todos los remordimientos que guardaba en lo más hondo de mi corazón, desaparecieron.

En la carta, Martha me explicaba lo feliz que se sentía. Había culminado brillantemente su carrera de Bellas Artes y esta era su

primera exposición. Vivía en pareja, pero había decidido no tener hijos, «*no quiero dejar ningún huérfano*», me escribía. Sir Richard le había ayudado tal como dijo y era su marchante en la exposición. *Patty* seguía depositada en la galería del anticuario y ella se la había pedido prestada para que posara como modelo. Seguro que jamás tuvo una modelo más obediente. La lámina era una litografía de la acuarela. Pensé mucho en cómo enmarcarla. Al día siguiente fui a la tienda con una idea muy fija: quería un *passe-partout* de color blanco y un marco color azul como el de la bandera de Israel que, además, haría resaltar los ojos azules de *Patty*, No se le veía la nuca, pero en algún lugar tenía que constar su identidad. Decidimos colgarla en la habitación de mis hijas. Por supuesto, esta acuarela fue objeto de muchas preguntas y de otras tantas respuestas que motivaron largas conversaciones con mis hijos.

Patty volvía a estar presente en nuestras vidas y esta vez de una forma artística, sonriendo con su mirada y observando otra vez el mundo.



He querido dejar constancia de lo que fue la vida de los cinco primos, Pavel, Peter, Tommy, Michael y yo, cinco niños judíos a los que les tocó vivir la peor época de la historia del siglo XX. El destino jugó de forma diferente con cada uno de nosotros. He pensado mucho en cómo se desarrollaron nuestras vidas y en lo que nos influyó el haber podido estar con nuestros padres o separados de ellos.

Michael fue el más afortunado, a pesar de perder a su padre de niño jamás se separó de su madre, una gran mujer que supo protegerlo desde la entrada de los nazis en Praga, durante su estancia en el gueto y en la época de la difícil posguerra hasta convertirlo en un joven seguro y empujándole a ser el hombre que es hoy. La madre de Michael, en una de las cartas que envió a la familia, ya comentó que tenía que construir un puente entre lo que ellos habían vivido y el exterior y empezar una nueva vida allá donde saliera el sol, existieran montañas o mares. Para Michael, el contacto de su madre fue fundamental en la formación de su carácter y de su personalidad. En este aspecto noté la enorme diferencia con respecto a mí, que tuve que avanzar en la vida sin ninguno de mis progenitores y fui consciente de

que en la época más delicada, la de la adolescencia, yo no tenía padres. Mi personalidad se ha forjado marcada por esa ausencia y siempre me ha quedado la duda de saber cómo hubiera evolucionado en su compañía. Crecí, maduré y me hice mujer yo sola. ¡Cuánto he echado de menos sus consejos, advertencias y enseñanzas! ¿Quién puede quererte más de una forma totalmente desinteresada? Nadie.

Tommy fue arrancado de sus padres a los diez años; tuvo una infancia triste y solitaria, una adolescencia difícil y una madurez dramática en la que los fantasmas de la separación de sus progenitores y su recuerdo acudían a su cabeza perturbando su estado mental.

Los más perjudicados por la historia fueron Peter y Pavel. Ellos fueron realmente las víctimas.

Del pequeño Pavel, solo tengo un vago recuerdo, pero la imaginación me ha hecho ver cómo crecía. Me queda el consuelo de pensar que siempre estuvo con sus padres. Tengo su imagen grabada agarrado a la mano de su madre.

De Peter lo sé todo excepto lo que sufrió durante el traslado a Auschwitz junto a sus padres y sus últimos momentos.

Todos los que vivimos aquellos tiempos tan difíciles hemos querido pasar página. No hemos querido hablar más de ello. Durante años necesitábamos descubrir el futuro trabajando el presente pero nunca mirando hacia atrás. No hablamos más de los desaparecidos y los que quedamos vivos fuimos perdiendo poco a poco la relación. Somos la generación del silencio porque constituimos una sociedad que estaba dividida en opresores y oprimidos y ni unos ni otros querían recordar.

Ahora mis hijos nos preguntan sobre aquellos años a mi madre y a mí. No sé cuál va a ser mi futuro, pero sí que he querido dejarles escrito quiénes fuimos, aquella maravillosa familia que vivía en Ústí y Praga, las reuniones de los tíos, de los primos, de Pavel, de Peter, de Tommy, Michael y yo hasta que el nacionalsocialismo de Hitler destruyó todo ese mundo. Me he acordado mucho de *Patty*, mi muñeca, un ser inerte que vivió toda aquella época y que al igual que nosotros tuvo que «sufrir» los traslados de un lado a otro por tener una identidad. Ojalá el destino haga que un día alguien de la familia la pueda recuperar. Una parte de la historia del siglo XX perdura en ella, en su mirada, pero sobre todo en su nuca.

A través del Diario de Peter, un muchacho joven lleno de ilusiones y zarandeado por el totalitarismo, me he dado cuenta de que no es necesario estudiar historia para comprender cómo el nazismo destruyó tantas vidas de niños, jóvenes, hombres y mujeres por el mero hecho de poseer una identidad.

X

El resultado de los análisis ha determinado que siguen existiendo células malignas. A pesar de las palabras cariñosas del médico he comprendido que me quedan pocos meses, o quizá pocas semanas. Pero estoy tranquila, creo que, con más o menos exactitud, he dado a conocer todo lo que necesitaba transmitir. Aprendí de mi padre cómo afrontar este momento y espero hacerlo con dignidad. Solo pido a mis hijos que cuiden de mi madre. Triste destino. ¡Ahora seré yo quien la abandone!





Catherine en Canadá

Catherine murió en septiembre de 1984, con cincuenta y seis años, cuando las hojas de los árboles pasan del rojo al ocre, del verde al amarillo, y nuestro estado de ánimo de la alegría a la melancolía. Igual ocurrió con el sentimiento de sus hijos, de su marido y de su

madre. Nostalgia, desconsuelo, tristeza y abatimiento. Pero al igual que los árboles con sus hojas caídas, la vida vuelve a brotar y poco a poco todo retoma la fuerza, el vigor y la energía.

Catherine nació en Ústí, creció en Londres y se hizo adulta en Toronto. Salvo Ústí ninguno de los otros dos destinos era el buscado.

Guardó la historia de su vida hasta que temió por ella, pero supo dejarles a sus hijos un gran legado de amor.

Su madre vivió todavía cuatro años más, protegida y cuidada por su yerno y sus nietos.

Todos ellos se sintieron incomprensiblemente abandonados por su muerte.

Segundo brazo



Peter



El Diario de Peter se perdió. Nunca pudimos encontrarlo, pero lo que no puedo permitir es que desaparezca su historia. A través de los testimonios orales, de quienes sí lo leyeron, de las investigaciones y de los documentos, he intentado reconstruirlo a la vez que conocer y querer al niño que lo escribió.

Me siento capaz de transmitir sus sentimientos, su forma de pensar y su evolución durante este periodo de su existencia.

Estas memorias pretenden reflejar la vida de un niño que aún no tenía nueve años cuando los nazis entraron en Praga. Todos los niños en Chequia sufrieron con la ocupación alemana, pero además, Peter para los nacionalsocialistas soportaba un estigma: había nacido en el seno de una familia judía. Era un niño judío.

Seguro que la realidad de su Diario superaba con creces esta narración.



Praga, 15 de marzo de 1939

A sus casi nueve años, Peter miraba fascinado junto a sus tres primos, Michael, Pavel y Tommy, el colosal desfile que tenía lugar bajo sus pies. Jamás habían visto algo similar. Estaba celebrando su cumpleaños anticipadamente ya que sus tíos, los padres de Catherine, tenían previsto marchar a Londres el día 20 de marzo. Mientras jugaban empezaron a oír un ruido contundente. Salieron al salón. Los mayores estaban asomados a las ventanas y los chicos se hicieron un hueco entre ellos. El estruendo era cada vez mayor. Por debajo de su casa veían pasar una hilera de tanques, tras ellos, agrupados en perfectas líneas, motos con sidecar. Aquellas formaciones de tanques y soldados de plomo que tenían en el cuarto de jugar… ¡se habían convertido en realidad! Pero así como los niños estaban seducidos, las expresiones de los adultos delataban terror.

Peter se imaginaba sentado dentro del sidecar mientras su padre conducía una de aquellas motos que corría, sorteando obstáculos, en un afán por ganar la carrera compitiendo con las que conducían sus tíos y sus primos. Detrás, empezaban a vislumbrar unos rectángulos que poco a poco se convertían en figuras humanas. Los soldados a medida que avanzaban marcaban su paso marcial, elevando el brazo mientras la pierna derecha avanzaba recta, después la izquierda y así sucesivamente, parecían tener las rodillas ancladas al muslo y a la pantorrilla. Las botas repiqueteaban sobre el asfalto con un ruido ensordecedor: *Clop, clop, clop, clop*…

Sosteniendo el fusil en el brazo izquierdo iban avanzando en perfecta formación; los chicos miraban alucinados el espectáculo. En

las aceras se empezaron a agrupar personas, algunos de ellos alzando el brazo y gritando *Heil Hitler!* y saludando a las tropas entrantes. Otra parte de la población checa, por el contrario, miraba muda y con temor a los soldados alemanes.

El espectáculo duró varias horas mientras las tropas recorrían el camino marcado por sus superiores. Los chicos se encerraron en la habitación de juegos intentando imitar a aquellos soldados que habían desfilado ante sus ojos. Peter se puso delante de sus primos saludando con la mano en alto: *Heil Hitler!* En aquel momento su madre entró en la habitación y al verlos gritó muy enfadada: «*¿Qué estáis haciendo? Nunca más quiero veros hacer este saludo, nunca más*».

Los niños estaban sorprendidos de que sus padres no estuvieran, como ellos, maravillados por aquel desfile y no se dieran cuenta de lo bien que le quedaba al pequeño Pavel el bigote que le habían pintado y el pelo mojado, «*como el de Hitler*».

Los adultos tenían ganas de irse a sus casas, escuchar las noticias por la radio y pensar en lo que se aproximaba. Seguían hablando en voz baja, murmullando más que conversando, y con una expresión de enorme preocupación. «*No entiendo qué les pasa* —pensaba Peter—, *los mayores siempre están alarmados*».

El 15 de marzo de 1939 es una fecha que jamás olvidará la población checa y mucho menos la comunidad judía de Praga: Hitler acababa de ocupar la ciudad. Por la noche, desde el castillo declaraba la entrada victoriosa de las tropas alemanas en la República Checa, que se convertía en el Protectorado de Bohemia-Moravia, un estado más del Tercer Reich. Un día antes se había producido la escisión con Eslovaquia, país que apoyaba al régimen. Mientras Hitler comunicaba su triunfo, Peter por la noche estuvo soñando con tanques, soldados, esvásticas y sobre todo con motos con sidecar.

Al día siguiente, se acordó de su prima Catherine que pocas semanas antes se había ido a Londres. «*Qué pena, se ha perdido este espectáculo* —pensó— *aunque, como es una niña, no sé si le hubiera gustado. Seguro que se habría quedado jugando con su muñeca* Patty *en el cuarto de jugar. Pero hoy mismo le escribo una carta para contárselo*».

Rememoró lo tristes que se habían quedado el último domingo que estuvieron juntos, cuando Catherine se había despedido porque se iba. Le había pedido que si pasaba alguna cosa cuidara de su querida muñeca. «*Catherine dice que soy su padre. ¿Cómo voy a ser el padre de una muñeca? ¡A veces las niñas tienen unas cosas…! Pero me he quedado muy triste porque no paraba de llorar. Bueno, ya sé que no soy su padre, pero cuidaré de* Patty *como si lo fuera. He sentido mucha pena cuando se ha abrazado a Michael y le ha dicho que, sobre todo, no deje de tocar el*

violín que lo hace muy bien. Al pequeño Pavel lo ha abrazado muy fuerte. A Tommy le ha regalado su libro de matemáticas. Espero verla pronto otra vez. Yo no quiero separarme de mis padres», anotó. Mientras escribía en el Diario que tía Dorel le había traído de Barcelona, se acordó de la última fiesta de fin de año, Rosh Hashana, de 1938, que habían celebrado todos juntos en familia en su casa donde comieron las deliciosas manzanas con canela y miel que hacía su madre. Catherine también estaba. No podía imaginarse un Rosh Hashana sin aquellas manzanas que tanto le gustaban. Cada vez que su madre las cocinaba, le ayudaba a prepararlas. La operación era como un rito: primero cortar la manzana en gajos, retirar las pepitas, pasarlas por harina, huevo, freirías en una sartén con mantequilla deshecha bien caliente, y cuando su madre las retiraba, aderezarlas con abundante azúcar y canela. Este último proceso era el que hacía Peter, y de vez en cuando uno de los gajos desaparecía yendo a su boca. Lisa lo miraba, se reía, mientras disimulaba diciendo: ¿Peter, tendremos bastantes? Lo de menos eran las manzanas, lo más importante era la relación que se establecía entre madre e hijo. Recordó que aquella noche los adultos estaban muy nerviosos y en sus caras se veía la preocupación. Hablaban del régimen de Hitler, de cosas tremendas que habían pasado en Alemania y Austria, y de lo ocurrido a sus tíos, Max y Rosa, en Núremberg… Pocos días antes habían tenido lugar los sucesos de la Noche de los Cristales Rotos, en Alemania y Austria. Su padre le estuvo explicando lo que había sucedido. No entendía por qué unos individuos habían querido hacer daño a sus tíos, y en aquel momento se imaginó que habían sido unos ladrones, unas personas sin conciencia.

Peter era hijo único, un niño simpático, inteligente y despierto que había crecido en un ambiente donde había mucha concordia y amor. Admiraba a su padre como médico y adoraba a su madre. Cuando Erwin llegaba a su casa, fuera la hora que fuera, tras sacarse el abrigo o la americana, dejar el maletín y dar un beso a su esposa, iba al encuentro de su hijo para estar con él. Reían juntos, le contaba historias, le ayudaba en sus deberes, hasta que llegaba la hora de acostarse. Erwin era pediatra y un gran observador de la evolución de los niños; disfrutaba viendo los cambios que experimentaba Peter a medida que cumplía años. Curiosamente, al igual que su prima Catherine él era hijo de unos padres mayores. Erwin tenía cuarenta y dos años y su madre treinta y cuatro cuando nació su hijo, por ello fue un bebé muy deseado. Esta también fue una de las razones por la que entre ambas hermanas —la madre de Peter y la de Catherine— había tanta unión. Sin duda, para Peter, Catherine era su prima favorita.

Tenía dos años más que él y la encontraba guapísima, con aquellos ojos tan verdes y aquel flequillo que llevaba siempre perfectamente alineado «como *si le hubieran pasado la máquina de cortar césped*», observaba. Además, a los dos les encantaba leer cuentos y libros. A él, por supuesto los de aventuras, y a ella, los de princesas. A su corta edad Peter lo tenía clarísimo. «*Quiero ser escritor*», les había comentado muchas veces a sus primos y Catherine le aplaudía siempre que lo decía.

La vida de la familia Kirsch era la historia de una pareja de la burguesía de Praga antes del nazismo. Como hubiera dicho la madre de Catherine, «eran de buena familia», disfrutaban de los actos culturales, la música y el teatro. El carácter de Lisa era más abierto y más sencillo que el de su hermana y la profesión de Erwin, también conllevaba que no tuvieran las obligaciones sociales que tenían los padres de Catherine. Lisa era más religiosa que su hermana y acostumbraban a ir a la sinagoga. El último sabbat de mayo, cuando ya hacía dos meses que los nazis estaban en Praga, en la sinagoga, les estuvieron explicando la aventura del barco *St. Louis*. En Hamburgo se habían embarcado 937 personas con destino a La Habana. Cuando llegaron, solo dejaron desembarcar a unos treinta pasajeros, de los que seis no eran judíos. El antisemitismo había llegado a Cuba. La prensa de la isla fomentó este sentimiento, alimentado entre otros, por agentes alemanes. Tres de los periódicos más importantes eran propiedad de una familia española, los Rivero, franquistas convencidos, que apoyaban también el fascismo europeo. El buque —tras recalar en varios puertos sin éxito— tuvo que regresar a Europa.

Mientras los adultos demostraban su preocupación, Peter con sus nueve años, lo veía como un episodio de novela, ir de país en país, navegar por el océano, llegar a diferentes puertos y regresar de nuevo al mar. Poco podía imaginarse que aquellos pasajeros tuvieron que ser acogidos en distintos países y con el tiempo, muchos de ellos, acabaron siendo víctimas de la Solución Final nazi.

Desde el 15 de marzo, Peter observaba que, no solo la ciudad había cambiado de aspecto con la presencia de los alemanes por las calles, sino que había un clima de convivencia diferente, en la calle, en el colegio, en las tiendas, donde se veían las esvásticas en las banderas que ondeaban. No era el mismo ambiente que había respirado. La intuición de un niño de nueve años empezaba a darse cuenta de que algo no iba bien. En agosto, Tommy, su primo se fue a Inglaterra. Tan solo hacía cinco meses que los alemanes estaban gobernando en el Protectorado, pero los cambios que se habían producido en la población checa eran enormes. Durante este tiempo las dos personas

más próximas a Peter, su primo y su prima, sus mejores amigos y confidentes, se fueron a Londres. Habían compartido muchas cosas pero, sobre todo, cariño y Peter se sentía triste y a la vez enojado y sin saber cuándo los volvería a ver. Había una fecha de partida pero no de regreso. El último día que estuvieron juntos los cuatro primos, hablaron mucho. Tommy les estuvo explicando que se iría en los *Kinder-transports*, en un tren que atravesaba toda Europa, como si se tratara de una gran aventura, pero ante la pregunta de con quién viviría y de cuándo sus padres se reunirían con él, no tenía respuesta. Michael y Peter se cruzaron la mirada, pensando que a ellos nos les gustaría irse. Pavel aún no entendía nada.

Por la noche, Peter pensaba y anotaba: «*¿Me pasará lo mismo que a Tommy? ¿Me mandarán fuera? Por culpa de los alemanes dos de mis primos ya se han ido. Les estoy empezando a coger mucha manía. Solo hacen que mandar y poner problemas. Además, con esas botas tan brillantes y esos pantalones creen que son los mejores del mundo, y son unos payasos. Ahora ya solo quedamos tres primos, el pequeño Pavel, Michael y yo, que quiero vivir con mi familia*».

La marcha de Tommy provocó una larga conversación con su padre, que tenía la certeza de que la situación impuesta por los nazis era transitoria. A Erwin le era imposible pensar que aquel totalitarismo pudiera mantenerse en el poder, estaba convencido de que el nacionalsocialismo sería un vendaval que dejaría algunas consecuencias pero que sería totalmente eliminado. Tenía razón, fue eliminado, pero con unas secuelas inimaginables.

«*El auge de los totalitarismos siempre tiene una decadencia. Peter, tenemos que sentirnos orgullosos de quiénes somos y de lo que somos. Algún día estos alemanes volverán a necesitarnos y entonces solo harán que vanagloriar a los judíos*», le expresaba. Y Peter, se sentía orgulloso de ser su hijo, de ser checo y de ser judío.

La vida en Praga, así como en toda Chequia, se iba complicando para la comunidad judía, especialmente desde que, el uno de septiembre de 1939, había empezado la Segunda Guerra Mundial. Las leyes antisemitas, que regían en Alemania, desde hacía seis años, se imponían a una velocidad frenética. Empezaron las prohibiciones para los judíos y de estas sí que era consciente Peter. Muchas de las calles les quedaban vetadas y los horarios para circular en las otras se restringían. Ya no podían reunirse los domingos con sus primos y él odiaba cada vez más a los ocupantes. Intentaba entender las conversaciones de los adultos, estando atento a todo lo que comentaban y por la tarde, cuando su padre volvía del hospital y hablaba con su madre, se daba cuenta de que cada vez le ponían más

dificultades para ejercer su trabajo por el hecho de ser judío, algo que no lograba entender. Varias preguntas estaban constantemente en su mente: «*¿Porqué nos odian? ¿En qué somos diferentes?*». Observaba a sus compañeros de clase y no veía diferencias físicas entre los judíos y no judíos. «*¿Será que nuestras mentes son diferentes*? —Y entonces como en un desafío se contestaba a sí mismo—: *Pues mis padres, mis tíos, mis primos y yo, que somos judíos, somos fantásticos. Yo quiero seguir siendo así, y no como estos payasos que nos hacen la vida imposible*».

Con el paso de los días, también se daba cuenta del rechazo por parte de sus compañeros no judíos y de personas que antes les saludaban y que ahora hacían ver que nos los veían.

Los padres de Catherine tenían que haberse marchado en marzo, pero con el cierre de las fronteras no consiguieron salir hasta el mes de noviembre. Pocos días antes de su marcha, se habían puesto en contacto con Peter para entregarle la muñeca que su prima le había pedido que cuidara. Por supuesto Peter le escribió una carta para confirmarle que no le fallaría: «*Puedes estar tranquila, Catherine,* Patty esta *aquí con nosotros. Mi madre está encantada. Nunca había tenido una muñeca como esta. Casi la cuida mejor que a mí*».

Llegó el primer fin de año judío, la celebración de Rosh Hashana, bajo el yugo nazi. Era el 13 de septiembre de 1939, tan solo habían pasado seis meses desde que Praga estaba bajo el dominio alemán y juntos en familia, después de haber ido a la sinagoga, lo celebraron solos pero con un enorme cariño y recogimiento.

La familia consiguió tener por lo menos una manzana roja y un pan redondo en la mesa. «*Peter, hijo, recuerda bien* —le comentaba su padre— *celebramos la fiesta de la creación del mundo y la creación de Adán, el primer hombre. La vida es un desafío constante, pero es nuestro reto. Ser capaces de seguir adelante unidos. Tienes el futuro ante ti, Peter. No olvides nunca quién eres, de dónde vienes y cuál es tu deber*».

Ya no habían manzanas con canela y miel.

Peter miraba a su padre con orgullo. Un médico que, ante la prohibición de poder trabajar en el hospital por ser judío, curaba a quienes tenían prohibido acudir allí también por ser judíos. Aquel día, había llegado totalmente abatido. Desde primeras horas de la mañana había estado atendiendo en diferentes domicilios a enfermos, pero la muerte de un paciente, el pequeño Hans, le había hundido psíquicamente. En condiciones normales hubiera sido hospitalizado y su vida no hubiera corrido peligro, pero cada vez tenía más problemas para conseguir medicamentos y ayuda sanitaria y aquella situación le desesperaba. Aquel día, cuando apareció la hija de la señora Maier

pidiendo ayuda, no lo dudó ni un instante. Tomó la bufanda y su maletín, Peter pidió acompañarle y a pesar de la hora y de las restricciones, al ver la tristeza de su esposo, Lisa accedió. Ver a su padre con aquella enferma le produjo una enorme admiración, pues a pesar de su decaimiento y cansancio supo reconfortar a la señora Meier, darle ánimos y confianza.

Pocos días después hubo una manifestación en la Facultad de Medicina, donde su padre impartía clases antes de que los nazis se lo prohibieran. Uno de sus alumnos, Jan Opietal, fue asesinado. Aquello fue un nuevo golpe para todos. A partir de aquel momento, rechazó por completo a los alemanes, sus fusiles, los uniformes, los tanques y las motos con sidecar se convirtieron, para el niño, en vehículos conducidos por unos monstruos a los que se llamaba nazis y las esvásticas en el símbolo del horror. Ver a su padre con aquella pena, le daba más coraje para luchar contra los ocupantes y sentirse más henchido de orgullo.

Llegó el primer invierno al nuevo Protectorado de Bohemia Moravia. Empezó a hacer frío. Las calles se cubrieron con un manto blanco sobre el que las botas lustradas de los nazis aún se veían más negras, más soberbias, más rígidas. En el Puente de Carlos, en la placa de bronce bajo la figura de San Juan de Nepomuceno —santo venerado por los checos—, nunca se habían depositado tantos ruegos y peticiones para que los alemanes se fueran.



Empezaba 1940, con un invierno durísimo durante el cual, Peter, Michael y Pavel conocieron lo que era el hambre y el frío. Más tarde la llegada de la primavera solo aminoró el frío, pero hizo aumentar el hambre y la escasez.

El 22 de abril, cumplía diez años. Su madre, Lisa, estaba cocinando una cena especial con los pocos alimentos que podía conseguir. Mientras, los establecimientos exhibían carteles con la frase: *JUDEN VERBOTEN* (PROHIBIDO A LOS JUDÍOS).

A Peter los zapatos le apretaban de tal forma que tenía que encoger los dedos «o *se han encogido los zapatos o se me han hecho grandes los pies*», pero lo que no se esperaba era el regalo que su madre le hizo: unos zapatos nuevos. Realmente no eran nuevos, eran usados,

comprados de segunda mano, en ellos los pies del niño entraban desahogadamente, pues Lisa quiso ser previsora y escogió unos demasiado grandes, que tenían que llenar con papel. «*Ya te crecerá el pie Peter, no te preocupes*», le decía.

A pesar de sus pocos años, el niño, entendía que su madre estaba haciendo todo lo posible por ofrecerle algo especial: unas cortezas de patatas, que había dispuesto encima de la estufa, serían su postre de cumpleaños. Viendo cómo los ojos de su madre se llenaban de lágrimas, por no poder asarle las manzanas con canela y miel, Peter se abrazó muy fuerte a ella. «Es *el mejor postre que he comido en mi vida, mamá. Cuando sea mayor, podremos comprar pasteles con los libros que yo venda. Seré un escritor famoso, puedes estar segura*». Para Lisa, la compañía de *Patty* durante las horas que Peter iba a la escuela era un bálsamo. Se había convertido en un ser vivo, en su amiga, su confidente. ¿Quién más fiel que *Patty? ¿A* quién si no le podía contar sus preocupaciones? La muñeca, con su mirada fija, parecía estar de acuerdo con todo lo que ella le decía. Ya no había invitados, ni tampoco amigos, y para Lisa todo eran preocupaciones, pero sobre todo cuando pensaba en el futuro de su hijo.

Peter escribió a Catherine comentándole la maravillosa fiesta que le había preparado su madre y lo buenas que estaban las cortezas.

«*Ya verás cuando vuelvas, Catherine. Le diré que te las haga. Están buenísimas. ¡Seguro que los ingleses no saben hacerlas!*».

Mientras los establecimientos exhibían sus carteles, las prohibiciones aumentaban: no podían comprar fiambres, manzanas, pavo, pollo… y él pensaba en la suerte que tenían sus primos que estaban en Inglaterra por poder comerlos, «*aunque esto no se lo diré, pues tengo mucha suerte porque estoy con mis padres*».

Curiosamente, a Peter cada una de las prohibiciones conseguía aumentarle el orgullo por su identidad. En su pequeña cabeza no podía comprender cómo se les podía discriminar de aquella manera. Por supuesto, el concepto que tenía de los alemanes había cambiado por completo.

Así iban pasando los días de aquel año 1940. Un año en el que los nacionalsocialistas quisieron implantar los seis años de nazismo que habían impuesto en Alemania y cada una de estas prohibiciones se convertía en un dardo venenoso en el alma de Peter.

Desprenderse de la radio, porque los judíos no tenían derecho a oírla, le produjo ira e incomprensión hacia aquellos ocupantes, que alardeando de cultura y de refinamiento, los oprimían de aquella manera. De la mano de su padre, le acompañó cuando tuvo que entregarla, observando de reojo a los oficiales alemanes que, con

soma, los miraban cuando recogían los aparatos. «*Son unos estúpidos. Algún día las noticias que yo escriba las tendrán que emitir en algún programa de radio*», pensaba Peter. Sabía que su padre estaba totalmente pendiente de las noticias de la BBC siguiendo los acontecimientos bélicos que luego le comentaba. A pesar de los avances de los nacionalsocialistas, Erwin estaba completamente convencido de que acabarían venciendo, «*Los Aliados ganarán la guerra, Peter*», le decía.

La expulsión de todos los profesionales judíos de sus trabajos les provocó la falta de recursos económicos que se agravó por tener que recurrir al mercado negro. Peter quería ayudar, pensó, «*a lo mejor, podría escribir algunos cuentos y repartirlos entre los niños. Algo me pagarán*». Esta fue su primera experiencia como escritor. El primer cuento de Peter fue un éxito en la sinagoga. Escribió sobre Praga, sobre cómo era antes de la ocupación nazi y de lo seguro que estaba de que los iban a expulsar, pero sobre todo escribió sobre lo orgulloso que estaba de ser judío y de lo inmoral que encontraba que a su padre no le dejaran curar a personas no judías ¡con lo buen médico que era! Pudo hacer cinco ejemplares que consiguió vender. Por su parte Michael, su primo, vendía por la calle los cinturones que su madre confeccionaba en casa. Tenía mucho valor, porque a veces, lo hacía en zonas por donde les estaba prohibido transitar. Eso sí, cuando veía a un nazi, salía corriendo. Cada uno quería colaborar, pensando si con aquellas monedas que obtenían podrían comprar más comida.

Así iban pasando los meses, llegó un verano caluroso, con más prohibiciones y sobre todo con mucho desasosiego e intranquilidad. Peter iba creciendo, física y mentalmente. Hablaba mucho con su padre que, a pesar de lo que vivían, intentaba protegerlo y le decía que fuera siempre honesto y respetara a los demás.



En octubre, sus padres recibieron una amarga noticia, su querida tía Dorel, había muerto en Tel-Aviv, el 9 de septiembre. Para Erwin dar aquella noticia a Peter fue durísimo. ¿Cómo explicar que Mussolini quería probar los aviones y las bombas de su ejército y decidió bombardear la ciudad? Peter miraba a su padre, escuchaba lo que le decía y con un nudo en la garganta solo iba preguntando: «*¿Por*

qué papá, por qué? ¿Por qué nos hacen esto?». Su mente de diez años no podía llegar a entender cómo podían probar bombas en una ciudad matando a tantas personas. Se imaginaba la explosión de la bomba y entre las cenizas veía la imagen de Dorel, que solo recordaba tenuemente y pensaba en las otras personas que también habían muerto. ¿Por qué? ¿Por qué?, y pensó en Catherine, en lo que significaba Dorel para su prima, en el amor que le tenía y en cómo se tomaría aquella noticia en Inglaterra, desde donde ella le escribía contándole lo sola que se encontraba. Valoró la suerte que tenía él de estar con sus padres y se dijo que nunca se separaría de ellos. Recordaba el momento en el que Dorel le regaló el Diario, donde ahora podía escribir todo lo que iba sucediendo.

«*Querida Catherine, estamos todos muy tristes. Hasta* Patty *ha llorado también con lo que ha pasado. Me gustaría estar ahora contigo para consolarte*».



La naturaleza seguía su ritmo; las hojas de los árboles empezaban a cambiar de color. Octubre estaba ya en sus inicios. Los tilos de Praga se desprendían de su follaje como lo tenían que hacer los judíos de sus pieles, botas, joyas y todo aquello que tuviera valor. Un nuevo otoño teñido de esvásticas se cernía sobre sus vidas y cuando el canto de los pájaros desapareció, ocurrió lo mismo con el sonido de los instrumentos de la comunidad judía. Los judíos no podían tener instrumentos musicales.

¿Qué sentido tenía esa prohibición? Tenían que entregarlos antes del mes de diciembre. Ya no podían interpretar a Brahms, ni a Mozart ni a Haydn. Peter pensaba en Michael y su violín, en lo importante que era para él y lo orgulloso que estaba de sus progresos. «A *mí nunca me ha gustado tocar la flauta, pero otra cosa es que me lo prohíban*», reflexionaba enojado.

Los dos primos fueron juntos a entregar los instrumentos. Él con su flauta travesera y Michael con su violín. Los dos con los pies apretados dentro de sus zapatos, pero con el corazón henchido. Cuando los depositaron, los ojos oscuros de Peter se reflejaron en los azules de Michael. No hicieron falta palabras. El sentimiento permaneció en su interior pero ambos se miraron con orgullo y se enfrentaron a la

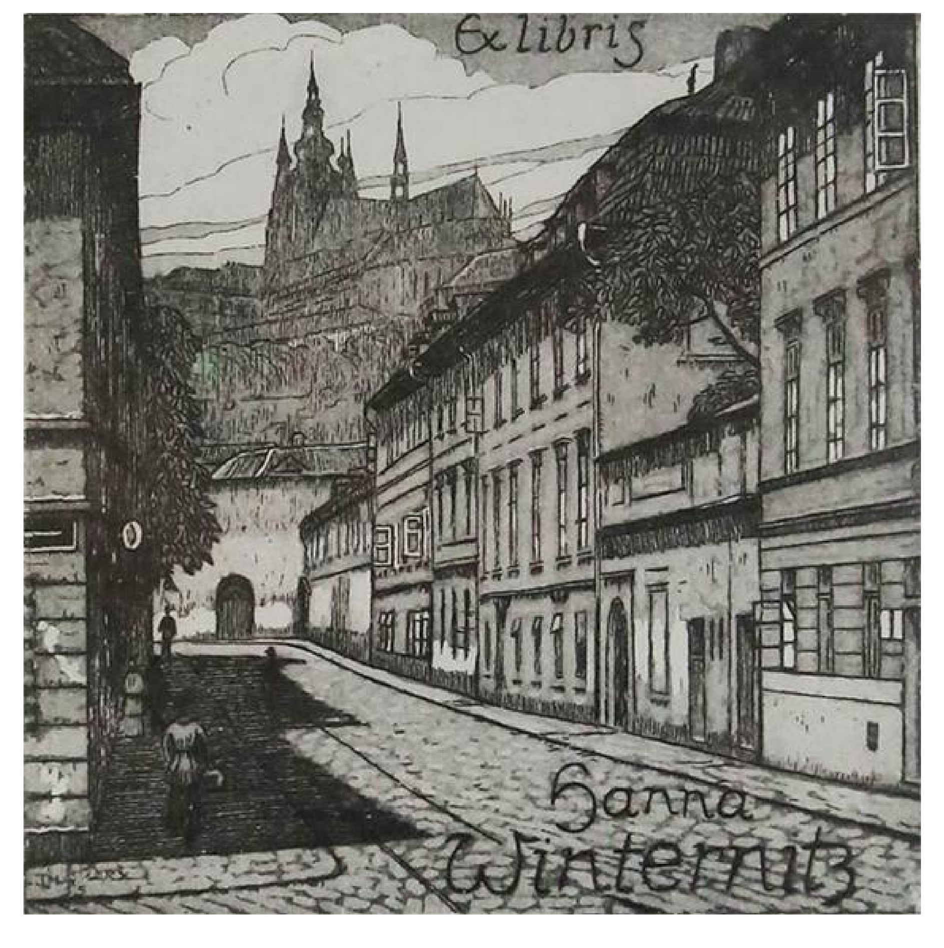
mirada del oficial alemán que les miraba imperturbable. Para el funcionario era un simple formulismo. Quizá algunos de ellos pensaba ya en cómo llevárselos a su casa.

Ahora ellos solo podrían imaginar el pentagrama mentalmente y mover los brazos con un violín imaginario o tocando una flauta inexistente de la que salían notas mágicas, porque esto los nazis no podían prohibirlo. A veces la magia supera a la realidad y en la cabeza de Peter y de Michael sonaban las sonatas que hasta aquel momento habían interpretado.

Un judío no podía tener un violín, pero un ario sí. ¿Alguien puede entender este razonamiento? ¿Hay alguna lógica en ello? Volviendo a sus casas, Peter mientras se estiraba el jersey que le iba corto, comentaba a Michael lo injusto que era lo que estaban viviendo. «*Cuando sea periodista escribiré todo esto* —le decía—; *mira cómo vamos vestidos, Michael, esto antes no nos pasaba*». Estaban entrando en la adolescencia a marchas forzadas, soportando unas experiencias durísimas que les hacían meditar, de una forma mucho más madura, de lo que les correspondía a su edad.

Un día al volver a casa y entrar en el dormitorio se encontró a sus padres haciendo maletas. Un nuevo decreto había aparecido para alterar sus vidas, esta vez de un modo más trascendental: tenían que abandonar sus viviendas, entregarlas a los alemanes. No les daban la opción de recibir un contrato de compra-venta o de alquiler, simplemente los expulsaban de sus hogares por ser judíos. Los arrancaban de su entorno, de sus muebles, de sus recuerdos y de sus paredes. A todos los judíos de Praga, los agrupaban y los trasladaban a una serie de calles cercanas a la sinagoga, dentro del barrio judío. Los asentaban en un gueto dentro de la ciudad. En su casa, al igual que en las de cada una de las familias, tuvieron unos días de gran trasiego. Peter veía lo preocupados que estaban sus padres. Los decretos se sucedían; cuando se cumplimentaba uno se emitía otro. Pero esta vez, tener que dejar el domicilio donde había nacido, donde había estado toda su vida fue una puñalada para él al igual que para Lisa y Erwin. Delante del armario miraban la ropa, los documentos, los objetos de más valor porque todos eran conscientes de que no había vuelta atrás. La próxima ordenanza sería peor que la anterior.

«*¿Qué nos llevamos? ¿Qué dejamos?*». Eran preguntas con una difícil respuesta. Por supuesto todos pensaban en llevarse aquello que habían podido esconder y que no habían entregado, pero ¿cómo llevarse las paredes, el olor de aquella estancia, el apego por un cuadro? Todo ello solo se lo podían llevar en su mente, en su corazón, en su espíritu.



De lo que sí estaba convencido Peter, era de que no entregaría a *Patty*. *«Pero ¿qué se han creído estos nazis? ¿Están locos?»*, anotaba.

Desde marzo de 1939, al entrar los nazis, los padres de Peter habían intentado vender sus objetos de valor, plata, porcelana, cuadros, siempre a escondidas, a los pocos amigos no judíos que les quedaban, algunos de ellos, pacientes de Erwin. Siempre bajo el riesgo de una denuncia. Pero la necesidad superaba al miedo. Lo que conseguían servía para comprar zapatos nuevos, un jersey, unas medias, una pastilla de jabón y sobre todo comida.

En aquel momento abandonar el hogar representaba renunciar a todo lo que había constituido sus vidas hasta aquel momento. Lisa quería llevarse manteles, un juego de cama para cada uno, toallas, ropa de invierno y verano, cubiertos, el maletín médico, una caja con los documentos ya… *Patty* perfectamente colocada en su caja de flores. Jamás la hubieran abandonado. En su maleta Peter, había colocado unos cuantos libros y el Diario que le había regalado su tía.

Enrollaron los edredones. No fue fácil bajar todos los paquetes. El señor Otto, el tendero al que Lisa siempre había comprado los víveres, un católico checo que adoraba a aquella familia, les dejó su carretón. Pero antes, cogidos de la mano, repasaron su hogar por última vez; querían grabar las imágenes de su casa en su mente y lo vivido allí, en su hogar. Fueron revisando todas las habitaciones, Peter se detuvo ante el reloj de cuco, se acordaba de cómo su padre le había enseñado las horas: «*Mira, papá, ¿te acuerdas? Cuando era pequeño me decías “Cuando salga el cuco habrá pasado media hora, treinta minutos, fíjate bien…*”». Aquel niño se estaba convirtiendo en un adulto de la forma menos deseada. ¡Cuantos recuerdos íntimos grabados! La mirada sobre cualquier objeto, equivalía a un momento. Se clausuraba una etapa, para los tres, en el instante en el que cerraron la puerta de su casa. Ya no tendrían las plantas que su madre con esmero había cuidado, ni la silla de la cocina con el nombre de Peter grabado en el respaldo, su silla, en donde tantas veces había estado sentado tomando su vaso de leche con pan, o comiendo, o bromeando o discutiendo con sus padres. Tampoco vería más la chimenea, ni el sillón donde se sentaba su padre, ni la silla donde cosía su madre. «*¿Quién se sentaría allí? ¿El culo de los nazis sobre aquellas sillas?*». Solo pensarlo, le venían ganas de quemarlas, destruirlas.

En aquel momento se sentía más judío, porque ser judío era ser persona, y ser nazi era ser un monstruo.

Esto es lo que cavilaba mientras iban arrastrando el carretón, del amable señor Otto, con las maletas, hasta la casa que les habían asignado. Veía a su padre y observaba el dominio que tenía de sí mismo. Admiraba su fortaleza, pero verle arrastrar aquel carretón le humillaba. Y en plena calle en voz alta, casi chillando dijo: «*Cuando sea escritor, en mi primer libro, explicaré lo que nos han hecho estos cochinos alemanes y les enseñaré qué clase de personas somos los judíos*».

Fue el primer cambio brusco en la vida de Peter. Hasta aquel momento les habían prohibido muchas cosas, pero él estaba en su entorno, en su casa, en su dormitorio, en su cocina, con sus libros y su música. Que los nazis les quitaran su casa, le destrozaba el corazón. ¿Por qué? ¿Con qué derecho?

En el nuevo domicilio vivían tres familias. Tenían que compartir baño y cocina. Por suerte, en una de las habitaciones estaba un profesor de su colegio con su esposa y su hijo Erik, que iba a su clase. Pensó que sería una ventaja pues, si tenía alguna duda en sus deberes, se lo podría comentar. La otra habitación estaba ocupada por un matrimonio mayor, que arrastraba sus penas más que sus maletas.

¿Cómo se lo explicaría a Catherine? ¿Cómo decirle que los estaban

humillando cada día más? Por supuesto que no se lo iba a explicar. Simplemente le diría que se habían trasladado de hogar para estar más cerca del colegio y, lo acertado que había estado el cambio y lo bien que estaría *Patty*.

El nuevo barrio estaba habitado solo por familias judías. Michael estaba a dos calles de donde ellos vivían y se encontraban en la calle o en la sinagoga.

Finalizaba el año 1940 lleno de prohibiciones. Nunca se le hubiera podido ocurrir a Peter que pudieran prohibirse tantas cosas y le era imposible prever las que todavía tendría que sufrir.

«*Los judíos tienen prohibido viajar en el vagón delantero de los tranvías*».

«*Los judíos tienen prohibido llevar la ropa a la lavandería*».

«*Los judíos tienen prohibido*».

«*Los judíos tienen prohibido*».

¿Qué era pues lo que les estaba permitido?

Todavía les permitían sentir, oler, escuchar, mirar, odiar y amar. No es que se lo permitieran, es que no sabían cómo prohibirlo.

En el nuevo barrio se organizaron escuelas para los niños. Los antiguos profesores intentaban formar a aquella juventud que el destino quiso que vivieran esos años. Salir del barrio judío era muy difícil. Peter iba cada día a la escuela con su libreta debajo del brazo, pues ya no tenían libros de texto, y eso les obligaba a estar muy atentos a las explicaciones que les daba el profesor para poder retener las diferentes materias. A todos los niños de la clase les ocurría lo mismo. Pero él, en aquel momento, solo tenía un objetivo: aprender, saber, conocer y sobre todo reafirmarse día a día en su identidad.



Llegó el segundo invierno bajo el yugo nazi. En abril de 1941, Peter cumplía once años. Un niño convertido ya en un adolescente con una gran madurez debido a las circunstancias. Pensaba en llegar a ser periodista, en lugar de escritor, ya que se daba cuenta de lo importante que era poder transmitir todo lo que presenciaba, lo que vivía, lo que sentía y poder informar, dar a conocer los abusos, las

intolerancias, las injusticias. En definitiva imponer justicia a través de las palabras.

El hambre aumentaba, la escasez de alimentos era tal que hasta en el mercado negro era difícil obtener algo, pero el 22 de abril, Peter tuvo sus cortezas de patata como postre de cumpleaños.

La llegada de Reinhard Heydrich al Protectorado determinó un empeoramiento para la población judía. Heydrich, *el Carnicero de Praga*, era un ferviente nacionalsocialista. Antisemita convencido, fue el propulsor de la Solución Final para el tema judío. La represión se hacía cada vez más aguda. Las prohibiciones aumentaban y con ellas también el sentido de identidad de Peter. El 19 de septiembre, una nueva ordenanza cambió el aspecto exterior de toda la comunidad judía:

LOS JUDÍOS TIENEN QUE LLEVAR UNA ESTRELLA DE COLOR AMARILLO COSIDA A SUS PRENDAS. EN SU INTERIOR DEBE ESTAR ESCRITA LA PALABRA JUDE

Para Peter aquello fue una señal de orgullo. Sí, él era judío. Y lo clamaba al mundo. «*¿Qué se habrán creído estos estúpidos? A mí lo que me avergonzaría es llevar una esvástica, pero llevar una estrella es para mí un orgullo, por esto nos condecoran*».

Al día siguiente, en el colegio, el profesor decidió que se hicieran una foto. Todos los alumnos de la clase se colocaron en filas enseñando orgullosos su distintivo, sí, su estrella. Todos premiados. A los compañeros que veía cabizbajos o preocupados, les decía: «*Enseñadla con orgullo. Es una suerte ser lo qué somos*».



La foto de Peter (*primero a la derecha de la segunda fila*) con sus compañeros de clase, «condecorados» con la estrella de David, de los que solo nueve sobrevivieron, como consta en el documento siguiente. Praga, 3 de mayo de 1942.

The International Institute for Holocaust Research

Search/Home » Query Results » Transport Details » Photos
Languages

Prague, Czechoslovakia, a photograph of a class, 03/05/1942.

4/10/1931, Date of Transport to Theresienstadt, 13/7/1943, Date of Transport to Auschwitz, 6/9/1943, Didn't survived. No.26: Harry Pick, Date of Birth , 28/6/1931, Date of Transport to Theresienstadt, 4/9/1942, Date of Transport to Maly Trostinec, 8/9/1942, Didn't survived. No.27: Milan Fischel, Date of Birth , 8/2/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 3/8/1942, Date of Transport to Auschwitz, 6/9/1943, Didn't survived. No.28: Kurt Leon Herschmann, Date of Birth , 31/7/1928, Date of Transport to Ujazdow, 10/6/1942, Didn't survived. No.29: Peter Hirsch, Date of Birth , 22/4/1930, Date of Transport to Theresienstadt, 20/11/1942, Date of Transport to Auschwitz, 19/10/1944, Didn't survived. No.30: Ervin Herskovic, Date of Birth , 13/1/1932, Date of Transport to Theresienstadt, 10/8/1942, Date of Transport to Maly Trostinec, 8/9/1942, Didn't survived. No.31: Marketa Fischer, Date of Birth , 22/11/1926, Date of Transport to Theresienstadt, 3/8/1942, Date of Transport to Treblinka, 22/10/1942, Didn't survived. No.33: Ota Wachtl, Date of Birth , 8/3/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 20/7/1942, Date of Transport to Baranowicze, 28/7/1942, Didn't survived. No.34: George Feuerstein, Date of Birth , 13/7/1930, Date of Transport to Theresienstadt, 12/9/1942, Date of Transport to Maly Trostinec, 22/9/1942, Didn't survived. No.39: Jiri Kavan, Date of Birth , 5/3/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 13/7/1943, survived. No.42: Alfred Handel, Date of Birth , 15/3/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 10/8/1942, Date of Transport to Riga, 20/8/1942, Didn't survived. No.43: Hanus Stein, Date of Birth , 11/8/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 30/7/1942, Date of Transport to Maly Trostinec, 4/8/1942, Didn't survived. No.45: Kurt Justic, Date of Birth , 18/8/1928, Date of Transport to Theresienstadt, 26/4/1944, Date of Transport to Auschwitz, 28/9/1944, Didn't survived. No.47: Rudolf Laub, Date of Birth , 20/5/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 2/7/1942, Date of Transport to Auschwitz, 18/12/1943, Didn't survived. No.48: Pavel Gross, Date of Birth , 9/6/1928, Date of Transport to Theresienstadt, 13/7/1943, Date of Transport to Auschwitz, 28/9/1944, Didn't survived. No.49: Harry Osers, Date of Birth , 1/5/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 20/11/1942, Date of Transport to Auschwitz, 15/12/1943, survived. No.50: Kurt Huppert, Date of Birth , 30/7/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 6/3/1943, Date of Transport to Auschwitz, 12/10/1944, Didn't survived. No.51: Ruth Weber Date of Birth , 2/6/1929, Date of Transport to Theresienstadt, 2/7/1942, survived.

Archival Signature: 9842/1
Credit: Yad Vashem
Item ID: 10255993

El profesor consiguió dar una copia de la foto a cada alumno, y Peter le pidió algo muy especial. Sabía el esfuerzo que hacía el profesor para dar una foto a cada alumno, pero Peter le pidió una más para su prima, que su maestro ya sabía que estaba sola en Inglaterra. En la siguiente carta que escribió a Catherine, le mandó la foto, comentándole con orgullo. «*Mira qué guapos estamos. Nos han condecorado a todos por ser judíos. ¿Qué te parece? Por supuesto*, Patty

también tiene su condecoración. Mi madre le ha hecho una estrella pequeña y se la ha cosido en el vestido. Estoy "orgullosísimo" de ser lo que somos. No cambiaría por nada del mundo mi identidad».

Pocos días más tarde, cerca de sus domicilios, pudo comprobar el antisemitismo inculcado por los alemanes a toda la población checa y sobre todo a los jóvenes no judíos. Erik y él volvían de la escuela cuando se toparon con un grupo de jóvenes, algunos de ellos habían ido a su colegio anterior. Los conocía. A Peter no le gustó la actitud con la que se dirigían hacia ellos, mientras les oía como les preguntaban socarronamente:

—¿Qué judíos, os gusta vuestra estrella? Enséñamela judío, enséñamela.

Entre los seis jóvenes había un antiguo compañero de clase de Peter. Un chico al que conocía, al que había ayudado con la asignatura de latín. Aquellas palabras le indignaron y se lanzó contra ellos para propinarles un puñetazo, sin tener en cuenta la diferencia numérica. El grupo se lanzó sobre Peter y Erik, pegándoles patadas, escupiéndoles, mientras reían y gritaban.

—Que se desnuden, que se desnuden, así les veremos cómo tienen sus penes estos judíos ¡que nos enseñen lo que les hacen cuando nacen!

Fue una lucha dura, pero era fácil adivinar quién iba a vencer al ser seis contra dos. Les arrancaron prácticamente sus ropas, bajándoles los pantalones y los calzoncillos, mientras se reían insultándoles y pegándoles patadas. Los dejaron tendidos en el suelo, doloridos pero sobre todo humillados. Cuando pudieron, se refugiaron en el primer portal que encontraron y allí solos, no lograron contenerse, lloraron con lágrimas de indignación, de rabia y de deshonra mientras inconscientemente iban pegando patadas al vacío. Notaban el dolor en el alma, el del cuerpo no lo sentían. En aquel momento comprendió lo que era llevar la estrella cosida en sus prendas. Estuvieron mucho rato, mucho, hasta que consiguieron calmarse, serenarse, buscar los trozos de tela, los botones, los cordones de los zapatos, que les habían arrancado e intentaron limpiarse con las manos para eliminar en lo posible la suciedad. Les habían dejado desnudos, con el cuerpo magullado y con heridas profundas difíciles de restaurar. No solo era un escarnio a sus personas sino un ultraje a su identidad, pero tenían bien claro que no bajarían la cabeza ante aquellos asesinos. Aquel día Peter comprendió lo que era el odio, la intolerancia, la blasfemia, la injuria y fue consciente de la crudeza de la época que les tocaba vivir.

¿Cómo explicaría a sus padres el estado en el que estaba? Cuando llegó a casa, por suerte, su padre estaba visitando a un enfermo en el

edificio vecino. Su madre, preocupadísima, comprendió que aquello no era una riña entre amigos sino que algo más grave había ocurrido.

—Hijo, ¿qué te ha pasado, qué ha pasado? —le preguntaba muy alarmada.

—Nada mamá, no ha pasado nada. Me he caído en la calle pero, por favor, no le digas nada a papá que se preocupará.

Lisa se acercó, intentó abrazarlo, pero Peter no se dejó. Quería demostrar su fortaleza, su hombría. Aquella tarde, Peter cumplió muchos años de golpe.

No fue fácil limpiar y recomponer la ropa, pero mucho menos desprenderse del sentimiento de humillación por el que había pasado. Fue un nuevo revulsivo a su identidad, una nueva reafirmación a su derecho de ser respetado como persona.



—Peter, has de ser fuerte. Tienes que saber que tío Karl ha muerto. Lo entierran en el cementerio de Olšany. Dejan que asista la familia y quiero que vengas a apoyar a Michael. Lo necesitará y te lo agradecerá —le dijo su padre.

—Tío Karl ¿ha muerto? Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

La noticia de la muerte del padre de Michael, dejó helado a Peter que pensó que tenía que ayudar mucho a su primo.

Unos días antes la Gestapo había ido a buscarlo al nuevo domicilio donde los habían trasladado. Las órdenes de Reinhard Heydrich eran contundentes. Todo judío con un cierto prestigio tenía que ser eliminado. Así que dos individuos, bajo el pretexto de confirmar unos datos, se llevaron al padre de Michael a la prisión de Terezín, ciudad que está a unos sesenta kilómetros de Praga, donde habían desalojado a sus habitantes y a la que estaban enviando a todos los judíos de Chequia. Diez días más tarde un escueto comunicado de la policía notificaba a la madre de Michael, la muerte por uremia.

Fue una ceremonia íntima. Tuvieron que tomar el tranvía y bajar en la estación que ahora se llamaba Theresienstadt. Desde allí aún les quedaba una buena caminata. Michael, su hermana Marietta y tía Margaret ya estaban junto al rabino. Los tres estaban destrozados, la palidez de sus rostros aún destacaba más con el color negro de la ropa. Peter se acercó a Michael para darle la mano, los ojos azules del niño

parecían querer decirle algo, manifestar su rabia, pero sin abrir la boca. Había órdenes de que solo un miembro de la familia, un hombre, se acercara a testificar que aquel cadáver pertenecía a Karl Grüenbaum. No dejaron que Margaret se acercara al ataúd. Tío Arnold fue el encargado de reconocerlo. La cara de horror que mostraba al volver, cuando tan solo habían levantado un poco la tapa del ataúd, aumentó —si aún era posible—, el drama que estaban viviendo. El rabino celebró una pequeña ceremonia. La hermana de Michael estaba abrazada a su madre llorando, a la vez que Michael le daba su mano con fuerza. Toda la familia volvió junta en tranvía y Peter oía a los mayores murmurar que a tío Karl los de la Gestapo lo habían arrojado a los perros. No podía dejar de mirar a Michael y no sabía qué decirle. Se había quedado sin palabras, con un nudo en la garganta que le impedía hablar y con el miedo en el cuerpo al pensar que quizá vinieran a buscar a su padre. ¿Qué haría? ¿Cómo impedirlo? La escena de aquella familia en los vagones posteriores del tranvía, —les estaba prohibido en los delanteros—, con la estrella de David cosida a sus abrigos, algunos con los guantes, los gorros y las bufandas, deshilachados o rotos y las botas en mal estado, soportando aquella tragedia, era realmente patética.

Era el mes de diciembre de 1941. La nieve caía intensamente cuando bajaron del tranvía. El blanco de los copos contrastaba con la negrura de sus estados de ánimo. Allí se despidieron. Peter se abrazó a su primo y tan solo le dijo: «*Michael, les venceremos, les venceremos y tendrán que pagar por sus culpas*».

Difícil adivinar si aquellas palabras sirvieron de un mínimo consuelo. Seguro que a Michael solo le hubiera aliviado recuperar a su padre.

Cuando llegaron al domicilio compartido, Erwin le comentó a Peter.

—No olvides nunca este episodio, Peter. Los nazis han asesinado a tu tío, pero los Aliados ganarán la guerra. Los alemanes tendrán que pagar por sus crímenes.

Empezaba un año nuevo con un suceso difícil de digerir, por no decir que casi imposible. Pero en 1942, aún les quedaban por superar muchos acontecimientos y cada nuevo hecho, por imposible que resultara imaginar, era más cruel que el anterior, más apocalíptico.



El día de Navidad fue celebrado con una nueva ordenanza. No era una festividad judía pero pocos años antes, cuando el fascismo no estaba instalado en Praga todos los checos compartían sus festividades. Daban igual las creencias o religiones, los abetos se colocaban en la mayoría de las casas, también en la de Peter.

Aquel 25 de diciembre, en que no dejó de nevar desde primeras horas de la mañana, los judíos tenían que entregar toda la ropa de abrigo, los jerséis y los zapatos. Se podían quedar solo con una muda externa, otra de ropa interior y unos zapatos. No había paz pero sí mucho frío y hambre, mucha hambre. El estómago rugía como si tuviera un león instalado en su interior.

A pesar de todo, las tres familias se reunieron para cenar lo que entre todos habían conseguido juntar. Quizá también para arropar a Erwin, Lisa y Peter que estaban pasando aquellos momentos tan difíciles. Pusieron a *Patty* sentada en el sofá para que les acompañara durante la cena. Las mujeres se habían encariñado con aquella muñeca. Por lo menos alguien, con las mejillas sonrosadas y cara de salud, sonreía dando ánimos a los demás. Peter no dejaba de pensar en las navidades anteriores y cuando el hambre apretaba por las noches, soñaba en un pan con salami, en leche, queso y sobre todo en las manzanas con canela. Surcaban su mente como si fueran mariposas y de repente, se despertaba de dolor sintiendo punzadas en el estómago. No había medicina posible. Aguantar y aguantar.

Por la mañana había visto a Michael en la escuela. Estaba muy triste por la muerte de su padre, le confesó, que lo echaba mucho de menos y Peter cuando le escuchaba, pensaba con horror, que pudieran llevarse al suyo. No podía imaginar vivir sin sus padres. Michael le comentó que los nazis lo habían matado, que no era verdad que estuviera enfermo. Fue horrible.



Las familias empezaron a recibir cartas citándolas para el traslado a Terezín. Los alemanes habían cambiado el nombre del lugar y lo llamaban Theresienstadt. Peter quería que su padre se lo explicara bien. Los nazis argumentaban que trasladaban a los judíos a aquella ciudad-fortaleza para que pudieran vivir juntos y sin mezclarse con el resto de la población, «una ciudad idílica» algo que le costaba entender.

«*¿Por qué tienen que separamos? ¿Qué diferencia tenemos con ellos?*».

Y él mismo se respondía: «*No somos asesinos. Esta es nuestra diferencia. Por supuesto que somos distintos*».

Estaban en guerra, pero esta guerra no era la misma para los judíos que para los que no lo eran.

Los nazis habían conquistado Holanda, Dinamarca y Noruega. Europa iba cayendo bajo el yugo nazi.

Mientras la naturaleza seguía su curso sucediéndose los meses, llegó el verano de 1942, Alemania había declarado ya la guerra a Rusia. Las primeras incursiones de los alemanes fueron demoledoras para los rusos, pero Erwin seguía asegurando que los Aliados ganarían la guerra y Peter así lo creía. «*En los cuentos nunca ganan los malos*».

A principios de noviembre de 1942, llegó la temida carta. La familia Hirsch debía presentarse el 11 de noviembre a las 21h en el Palacio de Exposiciones para su traslado a Theresienstadt. Sus números de documento eran el 286, 287 y 288. No sabían cuántas más personas estaban citadas en la misma fecha.

Los últimos días en el nuevo domicilio habían sido horrorosos. Ya habían tenido que desprenderse de casi todo en el primer traslado pero ahora incluso tenían que hacerlo de aquello que consideraban imprescindible para el futuro. Lisa insistía en llevarse los edredones ante la negativa de su marido, unos cubiertos para cada uno, dos candelabros, las mudas de verano y las de invierno, los documentos de la familia, los álbumes de fotos; en definitiva lo poco que aún les quedaba de su vida anterior. En la maleta de Peter, su muda, el Diario, algunos libros, los últimos trabajos del colegio, las cartas de Catherine y ¡cómo no… *Patty*! en su caja de flores estaba preparada para la nueva mudanza. Le era imposible abandonarla allí, Erwin se llevaba medicinas y algunos instrumentos que utilizaba en el consultorio y que creía que podían serle útiles. El bueno de Otto les había dejado otra vez su carreta pues el recorrido era largo y pesado. Llovía. Era aún peor aquella lluvia amarga que la nieve, que por lo menos se podía sacudir. En la calle hacía frío, mucho frío. Por suerte, a aquella hora y con aquel tiempo, no había transeúntes, así no tendrían que soportar la mirada indiferente y casi alegre de muchos de ellos. La

familia formaba una triste estampa; aferrados al carretón, empapados de agua y condecorados con su estrella, fueron pasando ante los establecimientos que habían frecuentado. Todos estaban cerrados, excepto uno: el de Otto. Les estaba esperando con la persiana abierta. Cuando llegaron a su altura, les entregó una bolsa, en su interior un fiambre de pavo, jamón y un salami entero. Los tres le miraron con cariño y agradecimiento.

—Gracias, Otto, muchísimas gracias.

—Peter, espero que me mandes tu primer libro. No te olvides de tu amigo Otto que sabes que está aquí esperándote —le sonrió. Miró a sus padres y les dijo—: Fortaleza, señores Kirsch, esto se acabará algún día. Tienen aquí su casa cuando puedan volver. No todos somos así, doctor Erwin. Yo tengo que agradecerle muchas cosas y no les olvidaré. Repito, aquí tienen a un amigo.

Aquellas palabras eran un bálsamo que les emocionó. Fue un acto lleno de amor que les dio ánimos mientras se dirigían al Palacio de Exposiciones, abarrotado por miles de judíos. Peter nunca había visto a tantos juntos. A medida que iban llegando al Palacio, las colas para entrar se hacían visibles. En la entrada «*unos asquerosos con las botas lustradas*», según Peter, les iban sellando los papeles que les pedían y los hacían pasar a una especie de andén. Dentro, un olor denso e insoportable. Las personas se amontonaban. Había familias que llevaban ya dos días allí sin comer.

Ya habían pasado más de veinticuatro horas y Peter escribía en su Diario, tumbado sobre una especie de colchón de serrín. Entonces se dio cuenta de que las virutas de la madera, que les obligaban a rallar en el colegio, las habían utilizado para hacer los colchones en los que dormían.

Las horas se hacían interminables. Tenían frío y hambre. Hasta aquel momento solo les habían dado una taza de un líquido oscuro que se suponía que era malta, dos platos de una sopa con un sabor parecido al nabo y un trozo de pan de centeno, algo insuficiente para un chico de doce años en pleno desarrollo. Por la noche Lisa quiso que Peter se tomara la mitad de su plato de sopa, «*hay un nabo dentro*». El niño se negaba, pero tuvo que ceder ante la insistencia de su madre, porque el hambre empezaba a ser insoportable, y el estómago le dolía. Peter por la noche seguía soñando con salamis, salchichas, fiambre de pavo, manzanas con canela y miel, y por las mañanas aún tenía más dolor de estómago. En cuanto se instalaron en el andén, sacaron de la bolsa que les había entregado el señor Otto un trozo de salami. Erwin lo cortaba con la navajita que había conservado, repartiéndolo entre los tres y dosificando aquellos víveres ante el futuro incierto.

Tenía ganas de ir al lavabo y su padre le acompañó. Habían instalado unas letrinas, insuficientes para tanta gente, por lo que presentaban un estado lamentable. Con la lluvia se había formado barro en donde ya flotaba «de todo». A Peter le entraron náuseas por el mal olor y por lo que veía. Dio la mano a Erwin y le dijo: «*Es igual papá. Ya puedo aguantarme*».

Dieron media vuelta para volver al andén y se encontraron a Michael que había llegado, con su familia, aquel mismo día. Le contó algo que lo dejó revuelto y le produjo una repulsión total. Cuando había ido a las letrinas, había visto a un señor que se comía sus propias heces, incluso le daba vergüenza contárselo. «*No pude evitarlo y me puse a vomitar. ¡Qué asco!*», le dijo Michael.

El hambre convertía aquellos seres humanos en coprófagos, pero no porque fueran enfermos psíquicos sino porque, la obligada abstinencia, les había trastornado.

No tenían noticias de Pavel, de sus padres y de los padres de Tommy. A todas las familias les estaban llegando las cartas de deportación con los números asignados. En la estación todos murmuraban sobre Theresienstadt, la ciudad a la que pocos meses antes habían acudido para el entierro de su tío. El recuerdo que tenían era tremendo pero a pesar de ello Peter pensaba que en aquella ciudad estarían, indudablemente, mejor que hacinados en aquel andén. Agradecía el poder estar junto a sus padres aunque pasara hambre y durmiera sobre aquellos sacos y aprovechó las horas para escribir, narrar y dar vía libre a sus pensamientos. *Patty* dormía plácidamente en su caja depositada en el carretón del señor Otto. «No *se preocupen. Ya me lo devolverán cuando puedan*», les había comentado.

En su Diario anotó: «*Qué lista mi madre al decirnos que nos lleváramos los edredones. Hace un frío tremendo. Nunca pensé que los alemanes fueran capaces de comportarse de esta manera. Nos tratan como si no fuéramos personas. No son humanos. Me da pena mamá porque veo que sufre mucho por mí*».

Así pasaron casi un día más, hasta que tuvieron que subir al tren. Cargar las maletas y la caja de *Patty* en el vagón fue también un nuevo problema, no les dejaban llevar tanto equipaje y los policías de la Gestapo les obligaron a dejar dos maletas, una forma de robar sin escrúpulos.



Toda la familia se hallaba ya en Theresienstadt. Poco a poco fueron llegando todos los judíos de Praga, del Protectorado y más tarde de otros lugares invadidos por los nazis. Cuando Erwin, Lisa y Peter llegaron a la estación, unos oficiales de las SS iban diciendo en voz alta: «*Entreguen todas las joyas. El dinero les será cambiado por moneda válida en Theresienstadt. Quien no respete las órdenes será fusilado*».

La gente miraba muy asustada mientras iban depositando, sobre unas mesas, sus alhajas. Muchos intentaban esconder alguna joya de valor. Peter, al igual que sus padres, llevaba unas monedas escondidas dentro de una bolsa que le había cosido su madre en el pantalón. El dinero era cambiado por monedas de Theresienstadt. Los alemanes habían conseguido hacer realidad un juego parecido al *Monopoly*. Una ciudad amurallada con prisioneros en su interior, gobernada por un Consejo Judío y bajo el control de los nazis. Se cumplían las palabras que sonaron en el altavoz a la llegada de los deportados desde Praga.

«*Estáis llegando a una ciudad donde nadie os perseguirá. Os reencontraréis con miles de personas de vuestra raza. Después de vuestra llegada a cada uno de vosotros se le asignará un trabajo y de esta forma os convertiréis en personas productivas para el Tercer Reich*. Heil Hitler!».

A su llegada, los niños mayores de cinco años eran separados de sus padres y agrupados por edades en el pabellón L417, destinado a ser escuela. El Consejo Judío consiguió que por lo menos aquellos niños fueran formados e instruidos, pero tenían una difícil responsabilidad, organizar todos los servicios municipales, las viviendas, electricidad, agua, servicios sanitarios, servicio de aguas residuales, vigilancia y servicios postales. Además tenían que coordinar al personal en destacamentos de trabajo. Los nazis les habían concedido una prebenda: podían tener servicios religiosos.

El hacinamiento se hizo insoportable a partir de la primavera de 1942. Llegaban deportados de Alemania, Austria, Bélgica, Holanda, Hungría y Dinamarca.

Los tres primos tuvieron la suerte de estar alojados en el barracón L417 pero, en distintas clases. El pequeño Pavel era el que primero había llegado a Theresienstadt y estaba orgulloso que siendo el más pequeño era el más «veterano». Todos los adultos tenían sus trabajos

asignados.

A la madre de Michael la habían destinado a trabajar en un taller donde confeccionaban cinturones de cuero para los nazis y artículos para niños. Tenían que producir «ositos» que los nazis regalaban a sus hijos por Navidad. Trabajaban diez horas al día y la productividad tenía que ser muy alta. Muchas de ellas, si no eran consideradas útiles pasaban a limpiar los cuarteles de las SS. A la hermana de Michael la habían asignado a una cuadrilla que diariamente iba a trabajar a la granja. Cuando podía robaba verduras. El padre de Pavel estaba en el taller de máquinas, tenía que fabricar piezas para las metralletas de los nazis. Sus manos estaban llenas de ampollas y cortes, lo estaba pasando muy mal. Acostumbrado a ejercer como abogado, no solo le costaba lo que estaba haciendo, sino que le indignaba pensar que estaba produciendo piezas de las armas que servían para matar a judíos. Al padre de Tommy lo habían destinado fuera del campo, su trabajo era el más duro físicamente pues estaba en la cantera. Con su carácter introvertido, tragaba la rabia con cada golpe que asestaba. La madre de Tommy estaba en el taller de sastrería donde cosían los uniformes de los SS. Cada vez que cosía un botón, hubiera deseado coser una bala que explotara en el cuerpo de los nazis.

Originariamente, la ciudad fue construida para que vivieran en ella 7.000 soldados. Cuando Peter llegó, ya albergaba a 73.000 personas. El Consejo Judío no solo tenía que administrar la ciudad sino decidir cómo se hacía el reparto de la comida y una tarea mucho más dura, la más horrible que pueda existir para un ser humano: cuando los alemanes decidían una deportación al Este, obligaban al Consejo a darles la lista de las personas que iban a ser deportadas, es decir, a decidir los nombres de quienes enviaban a la muerte. La madre de Pavel estaba en el departamento administrativo, su trabajo, psíquicamente fue el más perturbador ella no elegía los nombres, pero tenía que teclearlos en la máquina de escribir. Cuando aparecía un amigo o un familiar, sus dedos temblaban sobre las teclas, cada letra pulsada sobre el papel, era como un martillazo en su corazón; cada nombre escrito en el papel era equivalente a una condena a muerte.

Las personas iban vestidas de civil pero con la estrella de David. Los responsables del gobierno de aquella ciudad fantasma intentaron crear muchas actividades culturales; adaptaron unas habitaciones de unos barracones para construir un teatro, en donde se representaban obras y daban conciertos, una escuela para niños, una sala de pintura, y todo aquello que les fue posible hacer hasta que las condiciones se endurecieron más.

Debido al frío y sobre todo a la escasa alimentación hubo muchas

epidemias; algunos de los tíos de Peter enfermaron y murieron. Quizá fue una buena muerte, al menos digna, comparada con la que les estaba preparada más tarde. A partir de enero de 1942 empezaron las deportaciones a los campos de exterminio…



Transcurridos dos meses desde su llegada, Peter se había habituado ya a su nuevo hábitat. Al llegar al campo lo habían separado de sus padres lo que fue muy duro al inicio, pero podía ir a verlos de vez en cuando y tuvo la gran suerte de entrar en el barracón L417, donde los chicos y chicas, que vivían allí, estaban agrupados por sexos y edades. Su tutor se llamaba Juri, un chico de veintidós años, que era estudiante de psicología antes de que los nazis trastocaran su vida, un sionista convencido de los que proclamaba la teoría de Theodor Herzl: «Los *judíos necesitamos un Estado propio*».

En aquel momento, para él, su misión era apasionante: formar a un grupo de cuarenta jóvenes judíos, entre once y quince años, recluidos por los nazis en un campo de concentración. Juri los quería educar en la libertad, dándoles la mayor formación académica posible; su gran enemigo era la falta de alimentos, «*respirad profundo y masticad lentamente*» eran sus órdenes en cada una de las comidas.

Peter habló con Juri y le contó la historia de *Patty* y la responsabilidad adquirida para con su prima, su tutor le propuso que *Patty* podía ser la «supervisora» de todos ellos. La dejarían sentada en la clase, observando. Cuando Peter llegó, muchos de los alumnos hacía semanas que ya estaban allí y, cuando vieron la muñeca, se echaron a reír. Juri les explicó lo que significaba *Patty* para Peter pues había adquirido un compromiso y tenía que cumplirlo. A partir de aquel momento, fue admitida en el grupo de muchachos.

Las instrucciones a seguir por todos ellos eran claras y los horarios marcados:

6.45: LEVANTARSE. QUINCE MINUTOS DE EJERCICIOS

7.15-8.45: HACER LAS CAMAS Y LIMPIEZA DE LA CLASE-DESAYUNO

8.45-9-00: INSPECCIÓN DE LA CLASE

9.00-12.00: CLASES/ACTIVIDADES

12.00-13.00: COMIDA

13.00-14.30: DESCANSO

14.30-17.00: CLASES/ACTIVIDADES

17.00-18.00: CENA

18.00-20.00: TIEMPO LIBRE (A VECES PODÍAN IR A VER A SUS PADRES A LOS BARRACONES)

20.00-22-00: PROGRAMA NOCTURNO-LIMPIEZA

22.00: SE APAGABAN LAS LUCES

Para desayunar recibían un tazón de malta con una ración de pan y un poco de margarina. En el almuerzo sopa de lentejas o patatas donde encontraban algunos tropezones, a veces de carne y para cenar, lo mismo que al mediodía. Los domingos por la noche solo recibían una taza de malta.

Una vez a la semana les daban *goulash* y otro día una loncha de jamón. A cada muchacho se le entregaba una ración de pan para tres días con 20 gramos de margarina.

Juri les insistía en que «*el cuerpo se acostumbra a comer menos, se adapta y tiene menos necesidades*». Peter creía lo que decía, «*pero si nos dieran más comida estaríamos mucho mejor. Siempre tengo hambre. Es una sensación que no pierdo ni de día ni de noche*», pensaba.

El tutor tenía un precepto obligatorio a cumplir: la higiene personal. Conocía la enorme posibilidad de contraer infecciones, y en la limpieza personal, en la del aula-dormitorio y en la del baño era terriblemente exigente.

Los compañeros de Peter eran dos alemanes procedentes de Múnich, por lo que el idioma no era un problema para entenderse con ellos. Se llamaban Arnold y Hermann. Por las mañanas, aunque hiciera frío, tenían que abrir las ventanas y ventilar. La ducha era obligatoria y la limpieza del único váter escrupulosa. Juri explicaba a sus alumnos la razón por la que estaban allí. Les explicó, con un lenguaje adecuado para chicos pero con toda la crudeza, lo que significaba el antisemitismo, lo que quería decir sionismo, las teorías de Theodor Herzl y sobre todo el orgullo de ser judíos. No tenían pupitres pero se habían construido unos bancos con maderas. Podían escribir una carta una vez al mes, y por supuesto, Peter escribió la primera a su querida prima Catherine.

«*Estamos en una ciudad donde todos vamos condecorados por ser judíos. Me encanta ver a todos con la estrella cosida. Catherine, nuestro tutor nos dice que en un futuro viviremos en un Estado judío. Yo estoy convencido de que así será. Tenemos que sentirnos orgullosos de lo que somos. Hemos tenido mucha suerte con nuestro profesor. Es como si fuera*

nuestro hermano mayor».

Durante el día estudiaban diferentes materias: matemáticas, ciencias naturales, geografía e historía. No tenían libros de texto, tan solo uno para cada asignatura y era el que Juri utilizaba para sus clases.

Se respetaban las festividades judías y el tutor aprovechaba para explicarles su significado a los chicos. Aprendían hebreo y leían la Torá, comentándola. Juri se preocupó en conocer los gustos y las aptitudes de sus alumnos: los deportistas, a los que les gustaba la música, la escritura o la historia. Conocía la aptitud y el interés de Peter por la escritura y la lectura y le encargaba hacer un resumen semanal, para leer al resto del grupo, del progreso que habían hecho cada semana.

Había algún rato para ir a ver a las familias. Lisa estaba en la Dresdren Barrack —solo para mujeres—, donde había muchas literas pero… demasiadas mujeres. Cada día trabajaba un sinfín de horas en la cocina y siempre que podía se guardaba un trozo de pan para entregárselo a Peter. Erwin estaba en otro barracón, en la Hamburg Barrack. Como médico, lo habían destinado a la enfermería y estaba muy preocupado por la falta de recursos y de medicinas. Debido al frío y a las infecciones, morían muchas personas mayores y niños pequeños.

Dispusieron un almacén donde iba a parar la ropa de los que morían y que luego se repartía entre quienes lo necesitaban. Ya habían pasado unos meses y Peter necesitaba pantalones y calzado nuevos. Una mañana, Juri le llamó para entregarle ropa que había sacado del almacén, unos pantalones de espiga y unos zapatos marrones de cordones que le estaban grandes. Peter los reconoció inmediatamente, eran los de su tío Heidrich, médico y marido de tía Martha. Se quedó helado, no quería ponérselos. Al comentárselo, Juri le dijo: «Lo *siento mucho, Peter, pero ahora te harán más falta a ti que a él*». De esta manera, se enteró de que su tío había muerto. Un macabro sistema de información.

A medida que pasaban los meses, las condiciones en la ciudad se fueron endureciendo debido al gran número de personas que llegaban. Peter pasó la primavera y el invierno de 1942 formándose, aprendiendo a madurar y fortaleciendo la convicción de su identidad.

El 22 de abril de 1943, Peter cumplía trece años. En la clase se agruparon los niños y Juri ejerció de rabino para que Peter pudiera celebrar su Bar Mitzvá. Con total recogimiento y muy emocionado, leyó con la voz entrecortada, un pasaje en hebreo de la Torá. Luego,

quiso decir unas palabras a sus compañeros, les habló de su convicción de un Estado judío, tal como decía Theodor Herzl, y de la obligación de luchar para que llegara a ser una realidad. Sus padres no pudieron acudir, tampoco hubo invitados pero esto era lo que menos le importaba a Peter. Sabía que a partir de aquel momento era considerado como una persona madura, responsable de sus actos, con derecho a tomar sus propias decisiones y nunca hasta entonces se había sentido tan orgulloso de ser judío. Su identidad estaba en el cénit; creía y estaba convencido de lo que comentaba.

Por la noche tuvo permiso para ir a ver a sus padres. Primero a su madre y luego a su padre en la Hamburg Barrak. A ellos les hubiera gustado celebrar el Bar Mitzvá de su hijo con él y en otras condiciones, en su Praga habitual y entre familia y amigos, pero miraban con orgullo a Peter; estaban orgullosos de cómo y con qué valores estaba creciendo. «¡*Ojalá se acabe esta maldita guerra que los Aliados ganarán. Peter se merece otro mundo*!», pensaba Erwin.



Arnold y Hermann, los dos compañeros alemanes de Peter, tuvieron que abandonar el edificio L417 porque a partir de los quince años los alemanes exigían que trabajasen para el Tercer Reich. Se despidieron los tres con gran aflicción y se los llevaron a trabajar a las minas.

Al haber aumentado, en gran manera, la población de Theresienstadt, los alimentos debían repartirse entre más personas, por lo que la escasez incrementaba las infecciones, las enfermedades y en consecuencia las muertes.

Peter iba creciendo en cuerpo y en espíritu. Tenía clarísimo su futuro: ir a la universidad para ser periodista y poder convencer al mundo de la necesidad de un Estado judío. Sus armas eran las letras. Su idealismo, a medida que la situación iba empeorando, iba acrecentándose. Eran dos términos antagónicos: el ataque a los judíos y el orgullo de serlo. Empezaba a ser consciente de lo que allí estaba ocurriendo, del verdadero significado de la palabra antisemitismo y de la injusticia que representaba estar confinado entre muros.

Patty seguía en el aula, observando cómo transcurría la historia. Michael y Pavel estaban en distintos grupos pero dentro del mismo

edificio.

Los *Transports* o deportaciones también aumentaban. Nadie sabía adónde iban, pero estaban convencidos de que se dirigían a un lugar peor. Nunca recibían noticias de quienes se iban, por eso los murmullos de lo que posiblemente debía ocurrir, crecían día tras día. Había habido filtraciones orales y lo que contaban por el gueto era tan increíble que muchos lo ponían en duda.

Pasaron los meses y llegó el verano de 1943, con una canícula importante, y en el que las plagas de piojos y chinches eran dificilísimas de combatir. Nunca había habido tanto hacinamiento en aquella ciudad.

Peter escribía una vez al mes a Catherine. No sabía si le llegaban las cartas, pero él le iba contando lo bien que estaba, el orgullo que tenía de ser judío y su convencimiento de que los alemanes perderían la guerra y de que los judíos acabarían teniendo un Estado propio. Con tanta población, las raciones habían disminuido y por mucho que Juri les insistiera en lo que debían hacer al comer, la sensación de hambre era desmesurada así como la de frío, lo que no les permitía dormir.

En noviembre de 1943, llegó otra vez la nieve y el frío. A sus dos amigos, Arnold y Hermann, les había llegado la comunicación de los Transports y ya habían desparecido de Theresienstadt. Las escenas que tenían lugar en la estación, delante de los trenes, eran dramáticas y desgarradoras. Familias despidiéndose, abrazándose desesperados y llorando hasta el agotamiento. Los miembros de la Gestapo, sin inmutarse, los empujaban, y apretaban para comprimir a las personas dentro de aquellos vagones.

A Peter le tocó ir a limpiar a la estación y cuando vio a los nazis de botas lustradas, él que era pacifista, deseó matarlos o encajonarlos dentro de los vagones y liberar a los desgraciados prisioneros.

En el aula entraron dos muchachos procedentes de Dinamarca, altos, rubios y atléticos. Peter pensaba que en pocas semanas ya no tendrían aquel cuerpo tan vigoroso.

Los nazis habían llegado a Dinamarca mientras se rumoreaba que habían perdido una de las batallas con Rusia. Sorprendentemente, en enero de 1944, los alemanes empezaron a dar órdenes para hacer mejoras en la ciudad y la solicitud, formulada tantas veces por el Consejo Judío, fue aceptada. Les dejaban arreglar el teatro, dar conciertos, poner en marcha una ópera infantil, *Brundibár*, y organizar torneos de fútbol. Por supuesto, Michael entró, como delantero, en el

equipo de fútbol, de nombre Nesarim (Águilas) y también estaba esperanzado en ser seleccionado, como cantante, para el coro de la ópera. Su voz se había transformado, poseía un tono grave y los gallos habían desaparecido. Era inconcebible aquel cambio de actitud por parte de los nazis, porque al mismo tiempo los Transports aumentaban.

Peter seguía en su clase, pero muchos de sus compañeros ya no eran los mismos pues había un flujo constante de jóvenes que entraban y salían. Al final fue seleccionado, junto a varios chicos —entre los que se encontraban Michael y Pavel—, para cantar en el coro de la ópera.

«*Michael es increíble, juega al fútbol y canta*» —pensaba Peter.

De las aulas de las niñas seleccionaron también a varias. Entre ellas estaba Bertha, Michael la conocía; era de Múnich y, solo verla, a Peter le llamó poderosamente la atención. Morena, llevaba el pelo con raya en medio y dos trenzas y poseía una sonrisa encantadora. Tenía los ojos de color miel, una mirada dulce pero enérgica, espigada, delgadísima —no había nadie gordo en Theresienstadt—, sus manos eran finas, y tocaba el violín. Había llegado en uno de los últimos transportes desde Alemania.

Brundibár

Brundibár es una ópera infantil de dos actos compuesta por Hans Krása, compositor de Praga. La obra fue estrenada en dicha ciudad cuando ya el autor había sido deportado a Theresienstadt. Allí, volvió a escribir la partitura y fue interpretada en el teatro del gueto. Los nazis la hicieron representar para sus tropas varias veces y también ante los representantes de la Cruz Roja Internacional durante su visita. Los cambios en el coro de los niños eran muy frecuentes debido a las deportaciones. No había problema en encontrar sustitutos. La orquesta estaba formada por jóvenes y músicos judíos, se ha de tener en cuenta que el nivel cultural de quienes se alojaban allí era muy alto, pues la mayoría provenían de clases acomodadas e intelectualmente cultivadas.

El argumento de la obra está basado en dos niños que necesitan recoger dinero para ayudar a su madre enferma. Durante la búsqueda se encuentran a un malvado que intentará impedir que los chicos lo consigan. Pero los jóvenes lo logran con la ayuda de diferentes personajes que intervienen en la obra.

Para Michael, Peter y Pavel era claro quién era el malvado. Cada vez que cantaban, cuando llegaban a la escena en que aquel aparecía

fijaban sus miradas en los SS, que sin entenderlo, reían ante la actuación de los niños.



La situación en la ciudad no mejoraba, al revés, habían pasado un invierno con un frío tremendo y ahora que se acercaba la primavera, el hambre rugía en los estómagos de todos ellos. Peter había crecido. Esperaba con ansiedad cada vez que tenían un ensayo o una representación de *Brundibár* porque allí estaba Bertha. Se habían conocido, hablaban de sus proyectos de futuro y Peter estaba profundamente enamorado. Se levantaba pensando en Bertha, actuaba pensando en Bertha, dormía pensando en Bertha y soñaba pensando en Bertha. Soñar aún estaba permitido.

«*Estoy enamorado. Es lo más bello que me ha ocurrido hasta ahora, Bertha es la mujer con la que quiero casarme y tener hijos […] solo quiero vivir para hacerla feliz. La quiero, la quiero, la quiero…*», escribió en su Diario.

Representaron la ópera ante oficiales alemanes y de la Gestapo que ocupaban las primeras filas del teatro. Los alemanes disfrutaban, reían y aplaudían tras cada actuación de aquel grupo de niños. Cuando bajaban el telón, los niños volvían a convertirse en judíos y los nazis eran capaces de coger un arma y matarlos sin más, sin preguntar. A Peter, cantar delante de ellos le daba asco, pero tenía la recompensa de estar al lado de Bertha. Se había situado a su lado en el coro y allí fue donde empezó a rozarle la mano. El primer día que la acarició, tuvo tal sentimiento en su interior que las notas que emitía su garganta nunca habían sonado con tanta potencia. Bertha no movió su mano ni un ápice, pero cuando pudo, miró con el rabillo del ojo a Peter con total aceptación. Tras aquel primer roce, Peter buscaba cualquier excusa, cualquier momento para escaparse e ir a verla. Encuentros furtivos de dos adolescentes enamorados hasta la médula. Los primeros besos, las primeras caricias, fue la primera vez que Peter sentía lo que era ser hombre y estar enamorado y para Bertha fue la primera vez que se sentía una mujer enamorada. Ahora el estómago rugía, no solo de hambre, sino también de amor.

A partir del mes de marzo empezaron las deportaciones masivas

hacia el Este. No se sabía adónde. Se volvían a oír rumores, murmullos pero no había evidencia de nada, la única era que quienes se iban nunca volvían. Seguían entrando nuevos habitantes, al mismo tiempo que salían masivamente otros. Los alemanes marcaban el número de personas que tenían que ir en cada Transport y eran los propios judíos los que tenían que escribir los nombres. Una macabra maniobra.

Los compañeros daneses de Peter empezaron a saber lo que era pasar hambre. Entre ellos se entendían en inglés aunque ya estudiaban hebreo. En mayo, les llegó una noticia tremenda, Pavel, sus padres y su abuela estaban en las listas de los deportados del día 18 de mayo. Peter pidió a Juri que le dejara ir a la estación para ayudarles. Quería despedirse de ellos, abrazarlos pero, sobre todo, dar ánimos a su pequeño primo Pavel que miraba sin entender nada; pero allá en la estación ante tanta miseria, tanta muchedumbre, tanta tragedia lo único que se le ocurrió decir fue: «*Pavel, los Aliados ganarán la guerra. Nos veremos dentro de muy poco. Sé fuerte. Recuerda que es un orgullo ser judío*». El niño cargado con su mochila le miraba asustado, con los ojos llorosos, mientras se le abrazaba con fuerza. El espectáculo en el andén era dramático, mientras, los hombres de la Gestapo iban gritando, dando prisas y golpes para que la gente subiera a los vagones sin ventanas.

Peter permaneció allí, hasta que ya no se vio el tren… ni en el infinito. De vuelta al edificio L417 se escapó para ir al encuentro de Bertha; quería contarle, hablar con ella, descargar su miedo que también era el de ella, hasta que Bertha casi le gritó al oído, «*¡vete Peter, te cogerán, por favor, vete!*».

Durante el mes de mayo hubo siete deportaciones más; nunca se habían hecho tantas y tan seguidas. El miedo de estar en las listas penetraba en el cuerpo. Miedo al futuro. Miedo a lo desconocido. Miedo al daño físico. Miedo a perder la vida. Peter quería vivir, ahora más que nunca y escribía: «*No quiero que nos pase esto a Bertha y a mí. No sé si lo resistiría. No quiero separarme de ella, solo quiero estar a su lado*».

A principios de junio, de repente, cesaron los Transports. Los nazis apremiaban a marchas forzadas la mejora de ciertas calles y lugares de Theresienstadt. En la calle principal se pintaron todas las casas, pero curiosamente solo las fachadas que daban a dicha calle, las fachadas interiores se dejaron igual. El asfalto también se estaba arreglando. A muchos de los chicos les hicieron embellecer los parterres de la casas con flores; el padre de Tommy y sus compañeros tenían que llenar de tierra los baches de la calle que iba al teatro, así como pintar el edificio. Los comedores también se limpiaron y se pintaron sus

paredes. En el resto del gueto se mantenía la misma miseria.

Durante muchos días estuvieron ensayando la ópera *Brundibár* y se decidió organizar un torneo de fútbol. Para Peter era un regalo, significaba estar junto a Bertha, acariciarla, hablar con ella y soñar con el futuro.

Era evidente que algo iba a pasar en el gueto. Alguna visita trascendental se preparaba. Pero fuera lo que fuera, Peter agradecía aquel descanso. La temperatura de aquel mes de junio era buena, las deportaciones habían parado, curiosamente la ración de comida, aun siendo insuficiente había aumentado. No tenían noticias de Pavel ni de la familia y Peter estaba terriblemente alarmado por la acentuada delgadez de su madre y su salud, pues tosía mucho. A partir del 21 de junio, inicio del verano, se produjo un movimiento increíble en el gueto. Se limpiaron todas las calles y ya no les dejaron salir al exterior, para no ensuciarlas.

La nueva biblioteca estaba acabada. Los chicos tenían que dedicarse a la limpieza de las habitaciones del edificio L417, los suelos, techos y las ventanas. Había una inspección para comprobar el orden. El viernes 23 había pasado la Comisión. Por fin supieron quién llegaba. El 24 de junio apareció una delegación de la Cruz Roja Internacional. Venían acompañados por una delegación de la Cruz Roja danesa y escoltados por varias autoridades nazis. Entraron en unos coches Mercedes impresionantes por la calle principal, donde habían colocado a gente agitando una banderita para saludar a la comitiva. La camaradería entre los integrantes de la Cruz Roja y los nazis era total. A partir de las l0h de la mañana empezaron a servir comidas. La comitiva pasó por el ala del restaurante y luego los llevaron a ver la nueva biblioteca donde habían situado a personas que tenían que estar leyendo —o figurando que leían— un libro. Más tarde los llevaron al edificio L417, entraron en el aula de Peter donde se pararon ante *Patty* mientras los oficiales de la Gestapo les explicaban que, por supuesto, les habían dejado traer sus juguetes y de allí pasaron a la sala de pintura donde un grupo de niños pintaba con acuarelas.

Hecha la inspección del edificio los llevaron a presenciar un partido de fútbol que se jugaba entre el equipo de Michael y el de la clase 6; alrededor del campo «espectadores» del gueto, a los que les habían repartido ropa limpia.

Después fueron al comedor infantil para mostrarles la comida de los niños y que aquel día consistía en ensalada de patatas, lengua, ensalada de pepinos y postre. ¡Increíble!

Hubo una pausa para que la Comitiva pudiera comer en compañía

de los nazis. Una forma de agasajar al visitante.

Por la tarde asistieron a la representación de *Brundibár* en el teatro. Peter y Bertha estaban en el coro. Peter veía la cara del delegado de la CRI y se preguntaba si no encontraba extraño que todos lucieran la estrella de David. Los nazis estaban exultantes con los delegados de la Cruz Roja y a su vez ellos parecían estar satisfechos de aquello que veían.

¡Dios, qué montaje! Peter se preguntaba cómo podían mentir de aquella manera. Aquella noche, escribió en su Diario todo aquello que pensaba sobre aquella farsa: «*Me daban ganas de decirles que lo que veían allí no era verdad, era una gran mentira. Menudo montaje. ¡Los nazis son unos hipócritas! Ahora entiendo los arreglos de estos últimos meses, pero lo que no entiendo es ¿cómo pueden pensar que sea normal tener a unos ciudadanos en una ciudad rodeada por un muro?*».

Los alemanes intentaban demostrar que todo lo que se rumoreaba sobre el maltrato a los judíos era ficticio y su visita a la maquillada Theresienstadt mostraba a cientos de niños felices, pintando, cantando y jugando al fútbol. Solo era cuestión de repetir las mentiras una y mil veces para que, tal como decía Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del Tercer Reich, se convirtieran en realidad.

Esto es lo que consiguieron los nazis el 24 de junio, en la antigua Terezín, durante la visita de la Cruz Roja Internacional.

«*El Führer ha regalado a los judíos un paraíso en la tierra, una ciudad regida por ellos, con escuelas, cafés, donde llevan una vida relajada y sin preocupaciones. Los rumores que a ustedes les llegan sobre cámaras de gas son falsos*», eran las palabras de Goebbels.

Por supuesto en la calle no se vieron los carteles donde colocaban las listas de los Transports y los números de los convoyes.

La visita de la Cruz Roja Internacional otorgó tres días de asueto, de alimento y sobre todo de esperanza a los habitantes del gueto. Estaban convencidos de que se habían parado las deportaciones al Este.

La visita de la Cruz Roja Internacional

La visita de la Cruz Roja Internacional fue ordenada por Dinamarca, para saber el estado en que se encontraban los 450 judíos daneses que habían sido deportados a Theresienstadt.

Dinamarca había sido ocupada por los nazis en abril de 1940. Fue una ocupación pacífica. Los alemanes veían en los daneses su ansiada raza aria. No se disolvió el Parlamento y el rey de los daneses, Cristián

X, permaneció en el país gozando de sus prerrogativas. Para la monarquía y el Parlamento, la comunidad judía formaba parte de ellos. Tal como decía su Rey: «*Aquí todos somos daneses e iguales*».

Corre la leyenda de que cuando los nazis quisieron que los judíos se colocaran la estrella de David, el primero que se la hizo coser fue el Rey que instó a toda la población a que hiciera lo mismo.

Cuando Alemania perdió la guerra en Stalingrado, a finales de 1942, las cosas empezaron a cambiar. La población danesa mostraba cada vez más reticencia hacia los alemanes. Empezaron a surgir muchos grupos de resistencia.

En marzo de 1943, los alemanes intentaron conquistar a la población convocando unas elecciones parlamentarias. Fue el único país invadido donde tuvieron lugar. Los alemanes perdieron estrepitosámente, no alcanzaron ni el 2% de los votos. Ante esa realidad, impusieron su fuerza bruta. Empezaron a reclutar daneses para llevarlos al frente de Rusia. La población danesa protestaba en las calles y, en agosto de 1943, los alemanes disolvieron el Parlamento e impusieron la ley marcial. Consiguieron el dominio de Dinamarca como siempre habían logrado en los países que ocupaban.

Los alemanes tenían preparada la orden para deportar a los 8.000 judíos que todavía quedaban en Dinamarca, pero la noticia se propagó entre la población y se crearon grupos de ayuda para que pudieran escapar a Suecia.

La orden de deportación fue dada la noche del 1 al 2 de octubre, durante la celebración de Rosh Hashana. Detuvieron a doscientas personas. Cinco días más tarde ochenta judíos, que estaban escondidos en una iglesia, fueron arrestados por la Gestapo. El amor de una danesa hacia un soldado alemán pudo más que su conciencia y los denunció. Al finalizar la operación, el botín para la Gestapo ascendió a 450 personas que fueron enviadas a Theresienstadt.

Tras los acontecimientos, destacadas autoridades danesas persuadieron a los alemanes para aceptar envíos de comida y medicinas a los prisioneros; además, Dinamarca convenció a los alemanes para que no deportasen a los judíos daneses a los campos de exterminio. Esto se logró mediante la presión política, usando a la Cruz Roja danesa para conseguir hacer una inspección y comprobar la situación de sus ciudadanos. Así fue cómo, a finales de junio de 1944, representantes de la Cruz Roja danesa y de la Cruz Roja Internacional realizaron la visita. Seis meses antes los nazis conocían las fechas.

Todo fue como un montaje cinematográfico. Se preparó un determinado enclave embelleciéndolo y se obligó a la población a interpretar un papel.

Tan solo habían pasado quince días desde la visita y la anterior normalidad del gueto se había impuesto. La falta de comida, el trabajo exhaustivo a que les obligaban, el número de deportados que iban llegando desde los países invadidos y los temibles Transports al Este, empezaron de nuevo. En la última lista estaban los padres y la abuela de Tommy. Esta vez fue Lisa quien consiguió llegar al andén, necesitaba abrazarlos y despedirse de ellos. «*Cuidad de Tommy. Enteraros de cómo está*», eran las angustiadas palabras de Hanna, la madre de Tommy.

Durante los últimos días, en la clase de Peter se había reducido mucho el número de alumnos. Solo quedaban quince. El resto habían sido deportados en diferentes convoyes al Este. Para Peter —que había cumplido catorce años el 22 de abril—, y sus padres se les añadió un riesgo más, habían rebajado el tope de edades. Hasta aquel momento era de sesenta años para los mayores y de quince años para los menores y pasó a ser de cincuenta y cinco años y de catorce años, respectivamente.

Los alemanes querían exterminar al mayor número de personas y con la máxima rapidez.

El frente en Rusia se estaba complicando y el exterminio de los judíos, según Hitler, tenía que cumplimentarse antes de fin de año.

A pesar de la cruda realidad, Peter y Bertha vivían en un mundo irreal, de ficción. Estaban enamorados. En su Diario, Peter iba expresando todo aquello que sentía por Bertha, la suerte de haberla conocido, de haberla podido besar, de amarla y de ser correspondido.

Eran dos adolescentes en un campo de concentración que se encontraban a escondidas; cuando las luces se apagaban, entrelazaban sus manos, se besaban, se acariciaban, se miraban a los ojos e intentaban forjar su futuro. Querían crear un mundo, con amor, sin odio, sin discriminaciones. Bertha también estaba de acuerdo con Theodor Herzl. «*Sí, Peter nos iremos a Palestina. Quiero luchar por un país libre para nosotros y para nuestros hijos*».

Pero esta misma reclusión los había hecho madurar, para ellos todo había pasado a un segundo plano, lo único que querían era salir de allí y poder realizar su sueño, él como periodista, ella como pediatra, casarse y… tener hijos. En definitiva, VIVIR, simplemente VIVIR.

En agosto y septiembre volvió a aumentar el número de Transports, por lo que cada vez era más difícil conseguir momentos para verse. Peter, en una de las visitas que les pudo hacer, comunicó a sus padres que Bertha y él se querían y ella hizo lo propio con los suyos.

Patty ya formaba parte de los dos. Bertha conocía la historia de la muñeca, le gustaba peinarla y arreglarla, si alguna vez a escondidas lograba poder hacerlo. «*Tiene unos ojos preciosos, Peter, nuestros niños también los tendrán así*».



El 18 octubre de 1944, Juri entró en el aula con la cara desencajada, cuando Peter lo vio, supo inmediatamente lo que le iba a decir. Venía con la nota y el número de deportación de Peter y sus padres. Entraban en el convoy del día 19 de octubre.

El tutor tuvo una larga conversación con Peter. Intentó darle fuerzas y esperanza ya que los presagios del final de la guerra llegaban por todas partes, los rusos estaban avanzando ante la retirada de los alemanes. Pero ¿qué más podía decirle cuando Peter solo replicaba? «*¡Quiero vivir, Juri, lo único que quiero es vivir! Tengo que decírselo a Bertha, y no sabré qué decirle*».

Juri intentó convencerle de que tenía que sobreponerse, proteger a su madre y apoyar a su padre. Sabía que tenía razón pero no era fácil. Tuvo que pasar unas horas cavilando, escribiendo en su Diario, «*… estoy en las listas. Tengo mucho miedo y no quiero perder a Bertha. No me da miedo el dolor… pero no quiero morir. No quiero perderme el futuro con ella. Lucharé con todas mis fuerzas para poder superar lo que venga […]* ». Pidió a Juri si le podía dejar a *Patty*; después quería estar con su novia, hablar, calmarla, convencerla de que: «*volveré, volveré, volveré, volveré*».

Los ojos de Bertha, al ver a Peter, se llenaron de lágrimas porque no le hicieron falta palabras, lo adivinó. Se juraron amor, resistencia, coraje y al final no se sabía quién daba fuerzas a quién. Se besaron, se acariciaron y se prometieron fidelidad y sobre todo resistencia a la vida.

¡Querían vivir, SOLO VIVIR! Dos jóvenes de catorce años que lo único que pedían al mundo era ¡VIVIR!

Peter le rogó que no fuera a despedirle al andén, sería demasiado desgarrador. No podría resistir la situación.

Poco antes de partir, Peter fue a la clase 7 a buscar a Michael. Cuando se encontraron, se miraron, los ojos azul grisáceos de Michael estaban inundados de lágrimas mientras Peter intentaba dominar sus

sentimientos. Se abrazaron y, al separarse, Peter sacó de su mochila el Diario y se lo entregó diciéndole: «*Será nuestro testimonio, Michael, de todo lo que aquí hemos vivido. Cuida de* Patty*, la he dejado con Juri. Se lo debemos a Catherine. Si volvemos a encontrarnos ya me lo devolverás. Y si a ti también te deportan, déjalo junto a* Patty *para que se lo entreguen a nuestra prima. Cuando me haya ido entrega esta carta a Bertha, por favor*».



Querida Bertha,

He sido el hombre más feliz del mundo por haberte conocido, haberte podido amar y haber sido correspondido.

No sé lo que me pasará. No lo sé, Bertha. Lucharé por vivir porque quiero realizar nuestro sueño, pero no sé si los nazis me lo permitirán.

Quisiera ir a un país libre donde tú y yo podamos formar una familia, ser personas de bien, educar y hacer crecer a nuestros hijos en libertad y amor, y sobre todo amarte, amarte y amarte.

Si esto no puede realizarse, quiero que te sobrepongas y luches por nuestros ideales. Te mereces lo mejor, conmigo o con otro.

Allá dónde estés, ten presente que te he querido, te quiero y te querré.

Gracias por todo lo que me has dado.

Te amo intensamente

Peter, su madre y su padre fueron deportados a Auschwitz en el convoy 440, el 19 de octubre de 1944. Después de dos días de viaje en un vagón de animales, a su llegada fueron conducidos directamente a las cámaras de gas.

Peter no pudo conocer lo que era hacer el amor con una mujer.

No pudo ser periodista para clamar al mundo las injusticias.

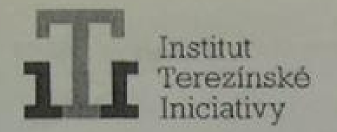
No llegó a saber que el deseo de Theodor Herzl se hizo realidad.



El Estado de Israel fue proclamado el 14 de mayo de 1948. A Peter le faltaron cuatro años para conocer esta realidad y no consiguió escuchar el discurso de Ben Gurion después de la proclamación del nuevo Estado.

Ben Gurion, al igual que Theodor Herzl, decía:

«El estado de Israel asegurará la total igualdad de derechos sociales y políticos para todos sus habitantes, sin hacer distinción de religión, raza o sexo; garantizará la libertad de credo, de pensamiento, de lengua, de educación y de cultura; salvaguardará los lugares sagrados de todas las religiones, y será leal a los principios de la Carta de las Naciones Unidas».



Jáchymova 63/3, 110 00 Praha 1


www.terezinstudies.cz

Výpis údajů z Databáze obětí holocaustu, http://www.holocaust.cz/cz/victims/

Database of the Holocaust Victims – search results, http://www.holocaust.cz/en/victims

database@terezinstudies.cz

Rodina MANN

Mann Hugo
narozen 03.01.1870
transport II/12 - číslo 557 (03.07.1942 Mnichov -> Terezín)
transport Bo - číslo 1240 (19.09.1942 Terezín -> Treblinka)
zahynul
poslední bydliště před deportací: München

Mann Rosa
roz. Hess
narozena 16.02.1870
transport II/12 - číslo 558 (03.07.1942 Mnichov -> Terezín)
transport Bo - číslo 1241 (19.09.1942 Terezín -> Treblinka)
zahynula
poslední bydliště před deportací: München

Rodina HIRSCH

Pravděpodobně nejsou totožní s hledanou rodinou (jedná se ovšem o jedinou Elu/Elsu/Elisabeth Hirschovou se synem Petrem v databázi):

Hirschová Ela.
narozena 15.12.1896
transport Cc - číslo 288 (20.11.1942 Praha -> Terezín)
transport Es - číslo 439 (19.10.1944 Terezín -> Osvětim)
zahynula
poslední bydliště před deportací: Praha: II
adresa/místo registrace v Protektorátu: Praha: II., Klemensgasse 34/2067 [II., Klimentská 34/2067]

→ **Hirsch Petr**
narozen 22.04.1930
transport Cc - číslo 287 (20.11.1942 Praha -> Terezín)
transport Es - číslo 440 (19.10.1944 Terezín -> Osvětim)
zahynul
poslední bydliště před deportací: Praha: XII
adresa/místo registrace v Protektorátu: Praha: II., Klemensgasse 34 [II., Klimentská 34]

Hirsch Ervín MUDr.
narozen 28.05.1888
transport Cc - číslo 286 (20.11.1942 Praha -> Terezín)
transport Es - číslo 438 (19.10.1944 Terezín -> Osvětim)

Lista de deportación de la familia Hirsch en la que se lee el nombre de Peter (*Petr*) y los números que le adjudicaron para cada desplazamiento.

Tercer brazo



Michael

Octubre de 2015. Aeropuerto Internacional Logan de Boston. Estoy arrastrando la maleta con la mirada al frente para ver si lo localizo. Como en todas las ocasiones en que se produce un nuevo encuentro, mi corazón late a un ritmo diferente. Siempre surge la incógnita de lo que se puede encontrar.

Lo veo, es inconfundible. No llega a 1,65m de estatura pero es un gran hombre. El único superviviente del Holocausto de la familia. Solo ver su mirada te das cuenta de su fuerza. Ojos azules y vivaces, inusuales en un hombre de ochenta y cinco años al que le tocó vivir aquel trágico período. Sonrisa sincera, segura y llena de aplomo. Podría resumirlo en una sola palabra: VITAL.

Estuvimos cinco días juntos. Michael nos había preparado con esmero la visita a la ciudad de Boston. Fuimos a ver todo aquello que está en las guías turísticas y lo que solo conocen quienes han vivido en la ciudad. Durante esos cinco días tuvimos la oportunidad de hablar mucho, de recorrer lo vivido, comentar los sucesos, recordar a la familia y sobre todo tuvimos ocasión de conocernos, confraternizar, profundizar en nuestra historia y querernos, porque en definitiva lo que más buscaba el uno del otro era esto: cariño, entendimiento y aceptación. Y puedo asegurar que lo conseguimos. Me contó mucho, no sé si todo, y yo, pregunté mucho, no sé si todo. A medida que hablaba me dio a conocer su vida que, según él, había tenido tres etapas: la primera, la de Praga de niño con sus padres y su hermana mayor, cuando Checoslovaquia aún no estaba bajo las garras del nacionalsocialismo. La segunda, la hecatombe, lo sufrido. La tercera, la resurrección, el volver a la vida.

Margaret, su madre, se casó en 1925 con un abogado, Karl Grünbaum. Formaron una pareja de jóvenes brillantes que realizaron su sueño: casarse y tener dos hijos, una chica y más tarde un varón. Karl era un hombre notable, lo que le llevó a ser una de las personas importantes en Praga y en la comunidad judía. Mientras la pareja crecía junto a sus hijos, el nacionalsocialismo también lo hacía en Europa. Todo seguía su proceso normal, como el de muchas familias de aquella burguesía en donde la prosperidad no solo se notaba en el bienestar económico sino sobre todo en la riqueza cultural.

De su primera etapa, me contó algunas anécdotas.

«*Es curioso* —dijo—, *de esta etapa es de la que tengo menos memoria. Tengo flashes de cuando iba con mi padre a ver la exposición de trenes en los grandes almacenes, de las excursiones que hacíamos los domingos con tía Martha y su marido, que no solo era el médico de la familia sino un gran amigo de mi padre, de los juegos con mis primos y de las clases de*

violín que me impartía mi tío Otto, que ahora puedo confesar no me gustaban y que al principio me parecían un tanto aburridas pero que, poco a poco, fueron moldeando mi afición por la música. Cuando los alemanes me hicieron entregar el violín me dio mucha rabia y coraje. Mi gran afición era el fútbol, jugaba como delantero en el equipo de la clase. Marqué un gol decisivo que me convirtió en el héroe del equipo.

»No recuerdo jugar con mi madre ni con mi hermana, pero sí cómo mirábamos a través de la ventana el bar que estaba enfrente de casa fisgoneando lo que allí pasaba.

»Mi padre era uno de los tres abogados que trabajaban para la familia más rica de Checoslovaquia, los Petschek y viajaba mucho a Londres por cuestiones laborales; disfrutábamos de una posición económica desahogada. Mi madre se movía en el círculo de la alta sociedad de Praga. Teníamos un cocinero y una institutriz, Leci, a la que mi hermana y yo adorábamos.



Michael y Marietta con su querida institutriz, Leci

»Acudí a un colegio laico checo, donde la religión era una asignatura más. Nunca se habían producido fricciones entre los alumnos por tener distintas creencias. Mi hermana asistía a un colegio alemán. Yo hablaba checo con mi padre y alemán con mi madre, éramos totalmente bilingües como el resto de nuestra familia: los dos idiomas, checo y alemán, se

mezclaban continuamente.



Los dos hermanos paseando con su padre, Karl.

»Tenía ocho años cuando estrenamos el nuevo apartamento en la U Smaltovny, 17, en el distrito de Holesovice, uno de los pocos edificios de Praga que tenía ascensor y recuerdo lo mucho que me divertía subir y bajar en él. Tengo en la memoria la pasión de mis padres por las alfombras orientales, la pintura y los libros. Mi hermana Marietta era cuatro años mayor que yo y me encantaba estar con sus amigos aunque a veces me daba rabia que me trataran como a un niño pequeño. Teníamos coche, uno de los pocos que había en Praga en aquel momento, pero solo lo utilizábamos los fines de semana. Yendo de excursión a Česká Kamenice, habíamos llegado a alcanzar los 90 kilómetros por hora.

»Mi abuelo también era abogado. Era muy religioso, algo que transmitió a mi padre y que era motivo de fricción con mi madre hasta el punto de que cuando mi padre viajaba comíamos jamón, pero nunca se nos hubiera ocurrido hacerlo en su presencia. En la Vieja-Nueva (Staranová) Sinagoga de Praga ocupaban dos de las sillas más importantes. Ayudaban a judíos pobres de la zona de Hungría y de los Cárpatos.

»Mi abuela murió muy joven y mi abuelo se volvió a casar y tuvo otros dos hijos del segundo matrimonio que también se dedicaron a la abogacía. Murió cuando se enteró de la muerte de mi padre en Theresienstadt, y el resto de la familia fue deportada a Auschwitz. Solo un tío, hermano de mi padre y su esposa pudieron llegar a Palestina. Fueron los únicos supervivientes junto con mi madre, mi hermana y yo.

»Cuando volví a Praga cuarenta y cinco años más tarde, desencantado,

no volví a la sinagoga porque pensé que, aunque mi familia había sido muy conocida dentro de la comunidad, de nada les sirvió.

»Mi madre había estudiado psicología en Viena en la década de 1920. Tenía un hermano, Hans, mi tío, que era el padre de Pavel. Recuerdo las reuniones con nuestros primos, a las que Catherine siempre venía con su muñeca Patty, *por la que tenía una verdadera pasión. Los fines de semana, cuando mi padre volvía a casa, nos íbamos caminando al Palacio presidencial para ver el cambio de la guardia y a los legionarios de la Primera Guerra Mundial, franceses, ingleses, alemanes y rusos que desfilaban delante del palacio. Me encantaba verlo. Íbamos también al parque Stromovka donde podía montar en bicicleta. Y recuerdo que deseaba que llegara el domingo por la mañana para meterme en la cama con mis padres y hojear las páginas de los deportes mientras ellos leían las de política».*

Estos son algunos de los recuerdos que Michael guarda de su infancia, las risas, las travesuras, las reprimendas, el cariño que existía entre ellos y la celebración de las fiestas con regalos. En pocas palabras, la normalidad.

A partir del 15 de marzo de 1939, empezó la hecatombe. Lo sufrido. Hay muchas llagas cicatrizadas en su alma. Cuando le pregunté si se acordaba a menudo de aquella época, de su segunda etapa esta fue la respuesta: «*No hay ni un solo día de mi vida en el que no piense en lo ocurrido*».

A sus nueve años Michael sintió la misma admiración que sus primos cuando, aquel 15 de marzo, vio pasar el Ejército nazi ante la casa de Peter. La familia celebraba el cercano cumpleaños de Peter. Su prima Catherine ya se había ido a Londres, y sus tíos marchaban pocos días después. Tenían los billetes de avión para el 20 de marzo. Su padre, Karl, estaba en Londres. Nadie podía prever el futuro; si hubiera podido, Karl se hubiera quedado allí y habría gestionado trasladar a su familia, pero seguro que no hubiera vuelto a Praga. A partir de aquel momento la vida cambió para la familia Grünbaum en el Protectorado de Bohemia Moravia —creado por los nazis— y el pequeño Michael empezó a conocer lo que significaban los decretos y las prohibiciones.

«Nos prohibieron ir a los grandes almacenes, con lo que ya no podía ir a ver las exposiciones de trenes. Estaba enfadadísimo, mi padre intentaba explicarme algo que él tampoco podía entender, por lo que las justificaciones que me daba eran totalmente irracionales. Con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial él ya no podía viajar a Londres, a mí aquello me gustaba porque así podía disfrutar más de su compañía. Inglaterra se había convertido en enemiga del Protectorado. Pero pocos

meses después, la presencia de mi padre en casa pasaba a formar parte de la normalidad. Le habían prohibido ejercer como abogado, estaba nervioso, y aunque se intentara no hablar de los problemas, yo los percibía.

»Al igual que a mis primos, dejaron de gustarme los alemanes, no solo dejé de admirarlos sino que empecé a odiarlos.

»Mis padres tuvieron que despedir a Leci, porque no era judía y no podía trabajar para nosotros. No podía entenderlo, ¿porqué tenía que irse Leci? ¿Qué había hecho para que tuviera que dejarnos? Yo pedía a mi madre, una y otra vez, que no la dejara marchar, y ella con los ojos llenos de lágrimas me decía que ¡no podía quedarse! La acompañé hasta la puerta, mientras le decía: "Leci, no te vayas. Quédate con nosotros. Yo te quiero mucho". Estábamos los dos abrazados mientras mi madre miraba la escena. Tuvo que explicarme que los alemanes no la dejaban quedarse con nosotros. Aquella noche me fui a la cama pensando en por qué los alemanes querían que Leci se fuera de nuestra casa. Ella se encontraba a gusto con nosotros y sobre todo yo, que fui criado en parte por ella; ¡la adoraba!».

Intentaba ponerme en la piel de Michael cuando me iba contando las consecuencias que le generaban cada uno de los decretos que los nazis aplicaban.

¿Cómo hacer entender a un niño que tenían que entregar la radio, que no podían ir a los restaurantes donde habitualmente habían ido, que no podía ir a la piscina, que tenía que entregar su bicicleta y, mucho peor, que no podían jugar al fútbol en la calle? ¿Qué debe de pensar un niño ante estas estúpidas prohibiciones?

«*¿Por qué a nosotros*?», se preguntaba Michael.



Margaret dibujando con su hijo Michael, en Praga.

«En septiembre de 1940 hacía un año que los alemanes estaban en Praga. Tenía diez años y nos habían prohibido ir a colegios checos. Junto a cinco niños más iba a casa de la familia Laub. Allí, dos chicas mayores que nosotros —que en condiciones normales hubieran tenido que estar en el colegio— eran las responsables de impartirnos clases.

»Una de las tardes del mes de septiembre mi madre entró en mi cuarto y me comentó: "Misha, date prisa, vamos a comprar". Teníamos el tiempo limitado ya que a los judíos solo nos dejaban hacerlo de tres a cinco de la tarde. Ella, antes de comprar, revisaba todos los precios, pues hacía ya un año que mi padre no trabajaba y tenía que estirar el dinero como podía. A la vuelta, pasamos por delante de tiendas en donde estaba colocado el rótulo de JUDEN VERBOTEN*. Leía aquellas palabras sin conseguir entender aquel odio que nunca antes había percibido. No podía comprender el motivo. Mientras caminábamos mi madre me dijo:*

»—Misha, vamos a cambiarnos de casa.

»—¿Porqué?

»—Porque los alemanes consideran que esta es demasiado grande para nosotros.

»Así fue cómo tuve que resignarme a que nos trasladaran a un barrio cerca de la Vieja-Nueva Sinagoga.

»—¿Y qué pasará con mis clases? —pregunté.

»—Bueno, encontraremos una solución.

»Estaba realmente enfadado y la regañaba como si ella fuera la culpable de aquella situación. Recuerdo el traslado, las maletas y las discusiones entre mis padres sobre lo que era imprescindible llevarse a nuestro nuevo apartamento, que por supuesto, no tenía nada que ver con el anterior.

»Un año más tarde, en septiembre de 1941, nos obligaron a cosernos la estrella de David en la ropa. Mi primo Peter me decía que nos "condecoraban" por ser judíos. Yo no me lo tomaba con el mismo humor que él, pero los decretos había que cumplirlos. La llegada del general de las SS, Reinhard Heydrich, aumentó el cerco y la presión sobre nosotros. Mi padre era una de las personas notorias de la ciudad, además de estar muy vinculado a la sinagoga y, por supuesto, clara víctima del general, nombrado Reichsprotektor *de Bohemia-Moravia, cuyo primer objetivo era eliminar a las personas que consideraba influyentes dentro de la comunidad.*

»Desde que vivíamos en el nuevo piso, mi padre pasaba de nuevo mucho tiempo fuera del domicilio. Luego me enteré que estaba ocupadísimo buscando la manera de poder salir del país. El 14 de octubre de 1941,

papá se encontraba en casa y yo me sentía feliz de estar con él. Marietta había salido. Estábamos en la cocina hablando de un jugador de fútbol que, habiendo surgido de la nada, se había hecho famoso y millonario. Mientras mi madre cosía, me comentaba que, cuando él terminó la carrera de abogado, tampoco tenía apenas nada, pero poco a poco se fue afianzando en su profesión. De repente, oímos dos golpes secos en la puerta. Mi padre dejó de hablar y mi madre de coser. Volvieron a sonar dos golpes más fuertes. Papá se levantó y fue a abrir mientras yo desde la cocina observaba todo lo que iba sucediendo. Dos funcionarios de la Gestapo con sus abrigos de cuero negro estaban en la entrada.

»—¿Karl Grünbaum? —dijo el de más graduación.

»—Sí, soy yo —contestó mi padre.

»El oficial joven iba mirando los muebles, los cuadros, todo lo que había en el apartamento, me miró y recuerdo que lo hizo como si fuera un mueble más de aquella estancia. ¿Qué hacían aquellos hombres allí?, me preguntaba.

—Acompáñenos —le dijeron los nazis.

»Yo pensé que mi padre iba a decir algo, pero se fue a su cuarto, se puso la americana, anudó la corbata y miró a mi madre intensamente mientras ella le devolvía la mirada. Ni una sola palabra. Ni una. Un silencio sepulcral. Los nazis se iban creciendo por segundos. Miré a mi madre. Inmóvil, sostenía la aguja de coser en sus dedos.

»—¿Está listo? —preguntaron los SS.

»Cuando salieron, cerraron la puerta tras ellos.

Oía los pasos de mi padre mientras bajaba por la escalera y creo que incluso los oí en la calle.

»—¿Dónde se lo llevan, mamá? —pregunté.

»—No estoy segura —contestó.

»Se levantó, llenó un vaso de agua, se lo bebió y se fue al baño. Tardó unos cuantos minutos que se me hicieron eternos. Cuando volvió, recogió su costura y me dijo:

»—Bueno, la continuaré en otro momento —y se fue a preparar una taza de té—; ¿quieres que juguemos a las damas, Michael?

»Observé a mi madre, y la vi completamente abatida ante la taza de té. Pálida, se esforzaba en mantener la compostura como podía pero le era imposible. Pasamos trece días angustiosos. No sabíamos nada. Nada. Ningún comunicado, no teníamos conocimiento de dónde se lo habían llevado o de qué estaban haciendo con él. Nada. Después de varios días conseguimos enterarnos de que se habían llevado a treinta personas, que trabajaban con mi padre, a la prisión Pankrác, que estaba en Terezín. Intentábamos hacer la vida lo más normal posible. Mi madre ayudaba en una guardería que Mr. Kinski, un vecino, había montado en el barrio para

dar asistencia a niños con problemas. El 27 de noviembre, oí llamar a la puerta. Era Mr. Kinski que traía un sobre en la mano dirigido a mi madre. Lo abrieron. Silencio total. No sé cuántos minutos pasaron hasta que vi que mi madre se abrazaba a Mr. Kinski llorando.

»—¿Qué ha pasado? ¿Es papá?

»—Sí —contestó.

»—¿Qué ha pasado?

»—Uremia —dijo.

»—¿Qué dices? ¿Uremia? ¿Qué es eso?

»—Un fallo renal, de los riñones —contestó.

»—Pero papá está vivo, ¿no?

»Vino hacia mí y me abrazó, mientras Marietta contemplaba la escena.

»—¿Ha muerto? —preguntó Marietta.

»Y mi madre, con apenas un hilo de voz, respondió:

»—Sí.

»—¿Papá tenía problemas renales? —preguntó Marietta.

»—No —dijo mi madre.

»No sé cuánto rato pasó, mi cuerpo estaba inmóvil, no notaba ni uno solo de mis músculos, el corazón me latía con una fuerza increíble y yo miraba a mamá sin saber qué hacer».



»Nos hicieron ir al cementerio de Olšany para enterrarlo. Recuerdo que estuvimos rodeados de algunas personas de la familia, me costaba entender toda aquella situación, pero lo peor era ver la palidez de mi madre. Creo que fue el momento más duro de mi vida, porque, además, en el entierro, aunque quisieron escondérmelo, me enteré de lo sucedido. Los nazis lanzaron a mi padre a los perros para que lo atacaran y despedazaran hasta la muerte.

Tuvimos que volver en tranvía y nunca olvidaré ese viaje. Toda la familia sumida en un estado de shock total. Durante los primeros días me encontraba muy mal, no podía asimilar lo sucedido. Al cabo de un tiempo pude reaccionar cuando mi madre me dijo: "Michael, tenemos que luchar por la vida. Tu padre estaría orgulloso de ver tu fortaleza".

Junto con su padre, Michael enterró su niñez.

Hablamos mucho, de los meses en Praga antes de la deportación a

Theresienstadt, y de cómo su madre intentó cubrir el vacío de su padre. Ya no contaban con entradas económicas, por lo que entre todos pensaron qué recursos podía utilizar cada uno para obtener algo de dinero y comprar alimentos en el mercado negro.

«Mi madre tenía una gran habilidad manual, y hacía cinturones de piel en casa. Yo intentaba venderlos; algunas veces, sin decírselo, me había ido a la zona prohibida de la ciudad, sin la americana con la estrella de David e intentaba venderlos en aquel barrio. Corría un peligro tremendo porque si me detenía algún oficial de la Gestapo no solo hubiera repercutido en mí sino en mi madre y en mi hermana. Fue un año muy duro, los decretos se iban sucediendo, aumentaron las prohibiciones para comprar comida, también el frío y el hambre se hicieron notar pero, sobre todo, no estaba mi padre. A muchas familias les llegaban cartas en las que les obligaban a presentarse en el Palacio de Exposiciones de Holesovice, desde donde partían los trenes para Theresienstadt. A nosotros nos citaron el 18 de noviembre de 1942, a las 8 h de la mañana. Nuestros números de transporte eran el 977, 978 y 979. Mientras acarreábamos nuestras maletas por nuestro antiguo barrio, me asombró ver la normalidad que se respiraba en el entorno en el que antes habíamos vivido. Parecía que allí no pasaba nada. Los niños iban al colegio, los hombres a sus trabajos y nosotros… arrastrando nuestras penas. De repente, en la acera de enfrente vi una cara que me era familiar, conocida. ¡Era Leci!, nuestra institutriz. Cuando nos vio, vino hacia nosotros, y empezó a preguntarme cosas hasta que, de pronto, se puso a llorar intensamente, mientras mi madre me decía: "Camina, Misha, camina".

»Las cuarenta y ocho horas que pasamos en el Palacio de Exposiciones fueron indescriptibles: el hacinamiento, el olor, el hambre y la falta de higiene. Los nazis nos tenían amontonados como si fuéramos animales. No quiero contar las escenas de las letrinas de las que fui testigo y que relaté a mi primo Peter, porque volvería a vomitar.

»El 20 de noviembre llegamos a Theresienstadt, la ciudad para los judíos. A mí me enviaron al barracón L417 donde alojaban a los jóvenes. El Consejo Judío hizo una gran labor con los niños y adolescentes. Me colocaron en la clase n.º 7.

»Mi madre y Marietta estaban en los barracones del final del gueto, por suerte, teníamos autorizadas unas determinadas horas para ir a ver a la familia. Mi tutor era Franta, un chico de veinte años que contribuyó, en una parte importantísima, a lo que conseguí en la vida. Franta era un joven idealista, que tuvo una gran responsabilidad. Formar a cuarenta chicos en aquellas circunstancias. En un gueto, entre murallas, con hambre, sin apenas recursos y controlados por las SS. Pero consiguió de nosotros que fuéramos fuertes, tuviéramos curiosidad por la vida, ganas de

hacer deporte, cantar, ser humildes, incluso tener capacidad de reír, a pesar de lo que estábamos viviendo, y sobre todo nos inculcó valores humanos. Nuestro grupo, la clase 7 éramos los Nesarim. Organizamos un equipo de fútbol y Franta intentaba formamos en matemáticas, historia, geografía, etc. *Aprendíamos hebreo y la religión formaba parte importante de lo que nuestro tutor nos enseñaba. Él era sionista, creía a pies juntillas la teoría de Theodor Herzl, y en aquellas condiciones en que vivíamos es fácil pensar que nuestra identidad estaba cada día más enraizada.*

»Podíamos escribir una carta al mes; por supuesto algunas fueron para Tommy y otras para Catherine. Peter estaba en otra clase, presidida por Patty, *la muñeca de mi prima. Los chicos de mi clase se reían de ella.*

»Podría contar decenas de anécdotas de esos dos años. Por supuesto hay algunas que me han quedado más marcadas que otras, por ejemplo la lucha contra los piojos, el frío, pero sobre todo… ¡el hambre! Recuerdo que una vez mi madre había recibido un paquete de los padres de Catherine que ya habían llegado a Portugal. Incluía una lata de sardinas que mi madre repartió entre mis tías y guardó dos, una para mi hermana y otra para mí. Yo era consciente de que eran para los dos, pero cuando las vi y las olí, aún me rugió más el estómago y no pude evitar devorarlas. Toda la vida me ha quedado el remordimiento de aquellas malditas sardinas; de habérselas robado a mi hermana, algo muy importante, pues el hambre era lo peor.

»Pasaban los meses, la situación iba empeorando y los siniestros Transports hacia el Este aumentaban. Nadie sabía adónde iban, nadie tenía noticias de los que se habían marchado pero todos estaban convencidos de que se dirigían a un destino peor.

»Durante unos días me designaron para ira recoger hortalizas al huerto que había al lado de las murallas, intentaba guardarme en los bolsillos todas las que podía, y mientras caminaba me entraban ansias de huir, huir, pero… ¿adónde? Estábamos encerrados entre murallas en una ciudad fantasma creada por los nazis, en la que cada vez había más movimiento de personas que entraban y salían…

»Mi hermana Marietta se enamoró y recuerdo su desesperación cuando su novio entró en la lista de un Transport. *Marietta lloraba y lloraba desconsolada. El día de la deportación mi madre no la encontraba y la buscaba por todas partes, temiendo lo que se imaginaba, se dirigió corriendo al tren. Había subido con su novio a un vagón, pues no concebía quedarse sin su compañía. Aún recuerdo el enfrentamiento de mi madre —intentando convencerla para que se bajara del tren— y su agonía hasta que lo consiguió, pues intuía que si partía nunca más la volvería a ver. Nunca más volvimos a saber nada de su novio.*

»Vivíamos un drama tras otro, pero Franta intentaba atenuar los golpes

morales, mantener el espíritu de grupo y sobre todo fortalecer nuestros ideales.

»En julio de 1943, Franta preguntó quién quería participar en una ópera infantil que los nazis nos dejaban representar en el teatro que se había construido en uno de los barracones. La ópera se llamaba Brundibár. *Yo me ofrecí para cantar y recuerdo los ensayos. Era una ópera infantil cuyo argumento era la historia de dos hermanos, Aninka y Pepíček, una niña y un niño. Interpretábamos la ópera delante de los nazis, incluso lo hicimos cuando la Cruz Roja Internacional visitó el campo. Cada vez que el malvado del bigote salía a escena miraba a los nazis que reían con cara de estúpidos.*

»En el coro mi primo Peter conoció a Bertha. Se enamoraron locamente los dos. Nos llegaron cuatro veces los números para ser deportados y mi madre consiguió que nos escapáramos de ello. Siempre decía que los "ositos" nos salvaron. Ella tenía que confeccionar esos peluches para los niños nazis. Su habilidad manual la convirtió en una trabajadora excelente con un rendimiento muy superior al del resto de las mujeres que estaban allí. El "osito", aunque parezca mentira, era una mercancía importante para los nazis. Todos los oficiales y gendarmes se los querían regalar a sus hijos, así que el responsable alemán encargado de entregar los artículos estaba siempre presionado, y dada la capacidad de mi madre, cada vez que llegó la orden de deportación, el oficial iba a su superior para que ella y nosotros fuéramos borrados de la lista.

»Uno de los momentos más trágicos para mí fue cuando Pavel, Peter y mis tíos, entraron en las listas de deportación; Franta también entró en ellas. Cuando se despidió de nosotros intentando damos fuerzas por última vez, no pude aguantar más la presión y me hundí. Lloré y lloré. Quería que se acabara aquella maldita guerra. Estábamos a finales de 1944. Se escuchaban rumores de que los rusos estaban venciendo a los alemanes y que los americanos habían desembarcado, pero la marcha de Franta para los de la clase 7, los Nesarim, fue ¡el fin!».

»En enero de 1945, nos enteramos de que los rusos estaban cerca. Pocas semanas más tarde empezaron a entrar los supervivientes de "la marcha de la muerte" desde Auschwitz-Birkenau. No teníamos ni idea de lo que allí había sucedido, ni de dónde estaba ese campo, y el aspecto de aquellos cadáveres vivos caminando con sus extraños pijamas, con un hedor repugnante y con un aspecto indescriptible, me marcó profundamente. Eran verdaderas momias andantes que me produjeron una tremenda conmoción. No podía creer lo que veía. Mi madre intentaba que no viera ni oyera nada de lo que pasaba pero era inviable, era imposible. Entre ellos llegó uno de nuestros compañeros mayores que no reconocí hasta que él me dio su nombre. Recuerdo que le pregunté:

»—¿Dónde están los otros? ¿Dónde están los niños? ¿Dónde están los abuelos?

»Su respuesta fue:

»—Gas.

»—¿Qué dices? —pregunté.

»—Gas y luego chimeneas.

»No lo entendí hasta que mis propios compañeros me lo explicaron. Yo no podía dejar de pensar en mis familiares y amigos: Pavel, Peter, mis tíos, Franta. ¡Dios mío!

»"Gas y luego chimeneas".

»Fue una gran convulsión no solo para mi cuerpo sino para mi mente.

»"Gas y luego chimeneas".

»Queríamos ayudar a aquellos seres esqueléticos como fuera, y tengo que confesar que en muchas ocasiones me producían unas náuseas tremendas. Durante aquellos días mi estado emocional iba cambiando del ánimo al desespero, de la realidad al desconcierto. Estaba contento porque los nazis habían perdido la guerra pero abatido por todo lo que iba descubriendo, conociendo y constatando. Cuando se presentaron los miembros de la Cruz Roja Internacional pude volver, por unos momentos, a la realidad y me acordé de mis familiares que estaban en el extranjero, entonces recordé la promesa que le había hecho a Peter: entregar a Patty *a mi prima Catherine. La muñeca seguía en la clase de Peter, mirando con estupor todo lo que estaba pasando. Yo creo que había perdido la sonrisa. Comenté, con los integrantes de la Cruz Roja, la crónica de aquella muñeca y uno de ellos, Edward, un joven rubio y amable, quiso enterarse de mi historia y de la de Catherine. Yo creo que aquella situación nos superaba a todos. Incluso a Edward, que se esforzaba en darnos muestras de apoyo, solidaridad y cariño. Junto a* Patty *encontré el Diario de Peter del que ya no me acordaba. No sabía si quedármelo o entregárselo a Catherine; recuerdo que Edward me puso la mano sobre el hombro y me preguntó qué relación tenían Peter y Catherine.*

»—Son primos hermanos y para Catherine es su mejor amigo —le dije.

»—Pues creo que sería justo que se lo entregáramos a ella. Es el mejor recuerdo que puede tener de él.

»Pensé que tenía razón. Yo en aquel momento lo que tenía que hacer era sobreponerme a lo vivido, olvidar y empezar una nueva vida junto a mi madre y mi hermana. Lo primero lo conseguí, pero lo que no me fue posible fue olvidar.

»Siempre me quedó la curiosidad de saber qué había escrito Peter en aquel diario.

»Cuando por fin en abril entraron los tanques rusos, se produjo una explosión de alegría en el gueto. Se abrieron las puertas y recuerdo que yo

me escapé andando sin parar, hasta llegar a unas rocas cercanas donde me senté y pensé en mi padre. Lo veía delante de mí, hablaba con él, y hubiera querido abrazarlo fuerte, muy fuerte, porque sabía que él, con su abrazo, me podía transmitir la fortaleza que tenía que demostrar».



Le pedí que me contara su después, su tercera etapa: su regreso a Praga, su estancia en Cuba y su segunda oportunidad en la vida: ¡América!

Documentos con los nombre y números asignados a la familia Grünbaum y en los que consta la anulación del *Transport*.

De este período, sobre todo, me habló de su madre, de lo que significó para él: le dio la vida y se la salvó cuatro veces sacándole de las listas de los Transports en el gueto. Pero no solo esto: le enseñó a sobrevivir, a ser un hombre, le aleccionó en la tolerancia, en el respeto humano, en la responsabilidad y por encima de todas las cosas a amar la vida. No sé si Michael sería lo que hoy es, si no hubiera sido por esa

gran señora. Pienso en las mujeres que han entrado como heroínas en la historia y Margaret merecería ser una de ellas. Fortaleza ante el cruel asesinato de su marido, inteligente en el gueto, luchadora en su nueva oportunidad en la vida y sobre todo madre. MADRE con letras mayúsculas.

Michael ha narrado toda su historia vivida durante el nazismo en un maravilloso libro que se publicó en agosto de 2015 con el título, *Somewhere there is still a sun* (En algún lugar volverá a salir el sol), un título que se basa en una frase de la carta que escribió su madre en Theresienstadt, cuando fue liberada por los rusos, mientras ella y su hija permanecían allí cumpliendo la cuarentena impuesta debido al tifus. Michael había podido escaparse a Praga escondido en un carro de heno.

Transcribí la carta en mi primer libro, pero merece ser transcrita otra vez para aquellos que no la hayan leído. Me asombré por el encabezamiento de la carta. Theresienstadt para Margaret ya se había convertido otra vez en Terezín, su nombre original en checo.

Terezín, mayo de 1945

Querida familia:

Esta es mi primera carta donde puedo expresar mis pensamientos sin la amenaza de la mirada de los censores. No sé por dónde empezar a describir los sucesos de todos estos años. Cada carta, cada paquete que nos enviabais era un soplo de calor en el duro entorno en el que estábamos viviendo. Os estoy escribiendo con la sensación de que no conseguiremos construir un puente entre lo que aquí hemos vivido y el exterior. Afortunadamente, nunca tendremos capacidad para comprender el horror, el miedo y el hundimiento personal que hemos experimentado durante los últimos años.

Tenemos la enorme esperanza de encontrar a alguno de nuestros familiares. Nosotros estamos vivos de milagro. Fuimos incluidos en las listas de transporte en tres ocasiones, y Michael incluso en una cuarta ocasión. No podéis imaginar el contraste entre la vida y la muerte. Tenemos buen aspecto, a pesar de la malnutrición. Para que os podáis hacer una idea, hemos comido, entre los tres, tres huevos que habíamos conseguido en secreto, a lo largo de los dos años y medio pasados. Cada uno de ellos nos costó 170 coronas. Mi hija trabajaba en la lavandería, y Michael como chico de transporte —sustituyendo a un caballo—. A veces, Michael podía acudir con un amigo, con un cuaderno de notas escondido bajo su camisa, a recibir lecciones, pero todo se interrumpió a causa de la cantidad de obstáculos que nos ponían y de la falta de tiempo. Nos

obligaban a trabajar muy duro durante diez horas al día.

No sabemos cuál será nuestro futuro. Ninguno de nuestros amigos ha sobrevivido. No sabemos adónde ir. No sabemos NADA.

Pero en algún lugar del mundo volverá a salir el sol, podremos ver montañas, océanos, libros, sonrisas, apartamentos limpios, y quizá alguna esperanza de empezar con una nueva vida.

Un fuerte beso,

Margaret Grünbaum

Margaret demostraba su fortaleza.

Durante los días que estuvimos juntos, Michael me habló de su madre con un amor que a mí me emocionó. Pocas veces he visto tanta gratitud y tanta admiración de un hijo hacia su madre. Y a mí, lo que me interesó fue su resurgir, ver cómo un joven que había sufrido en su ciudad natal el insulto, la blasfemia, la discriminación y luego el suplicio de vivir en un gueto con hambre, miseria y presenciando atrocidades era capaz de rehacer su vida, luchar por ser un buen profesional, un excelente padre de familia, hijo y marido y… ¡ser feliz!, porque me decía: «*Soy feliz porque estoy vivo*».

Me resumió su tercera etapa con el siguiente relato.

«Salí de Terezín el 9 de mayo de 1945, antes de que se declarara una cuarentena por tifus, escondido dentro de un carro de heno. Mi madre y mi hermana tuvieron que quedarse hasta que pudieron salir en junio de ese año para regresar a Praga en tren. En la ciudad, mi madre consiguió que nos dieran un apartamento en el mismo edificio de Holesovice, donde vivíamos antes de la guerra, pero solo después de que lograra echar a los ocupantes alemanes que aún vivían en el edificio. Nos alojamos allí hasta que nos fuimos de Praga el 11 de abril de 1948. Mamá contrató a un tutor para que yo estudiara latín y un amigo me dio clases de matemáticas aquel verano. Antes de entrar en el colegio tuve que pasar unos exámenes. Gracias a la insistencia de mi madre entré en la clase que me correspondía a pesar de haber perdido seis años lectivos. La mayoría de mis compañeros de clase eran simpáticos, pero uno de los profesores era claramente antisemita. Yo tenía dificultades para seguir el ritmo de la clase, pues ellos nunca tuvieron ninguna interrupción en su trayectoria educativa, durante esos últimos seis años. No sacaba buenas notas, pero mamá jamás me riñó ya que entendía que había tenido una vida muy difícil y que lo más importante en aquel momento era que ¡estábamos libres!

»Al año siguiente envió a mi hermana a Inglaterra como estudiante de

intercambio solo "por unos meses", pero una vez allí, mi hermana acudió a la Joint y la B'nai B'rith y consiguió una beca de la Universidad de Wisconsin, por lo que después de pasar nueve meses en Londres, viajó a EE. UU., y nunca más volvió a Praga.

»Mientras tanto, mi madre me puso un profesor particular para que aprendiera inglés (en la escuela tuvimos que aprender ruso y francés, pero no inglés), pero lo cierto fue que nos pasamos la mayor parte del tiempo jugando al pimpón y poco inglés aprendí. Jugaba mucho al fútbol, con una pelota de tenis, con mis amigos de Terezín que también vivían allí, en la misma calle donde estaba nuestro edificio de apartamentos. Los fines de semana nos íbamos de excursión en bicicleta fuera de Praga, y también íbamos a ver partidos de fútbol pues la entrada era libre. Fui seguidor de nuestro equipo nacional de hockey y tuve una inmensa alegría cuando ganamos nuestro primer campeonato del mundo en 1947. Jugué como portero en nuestro equipo de clase porque no sabía patinar. Durante las vacaciones escolares a menudo fuimos a las montañas para aprender a esquiar, aunque ¡no había telesillas como ahora!

»Los comunistas iban desarrollando su programa político en el Gobierno checo y en dos ocasiones nos obligaron a pasar las vacaciones trabajando en una granja durante la cosecha.

»Conseguimos los visados gracias al jefe de mi padre, un hombre muy rico, que logró escapar primero a Londres y luego a América. Gracias a él, mi padre pudo transferir sus cuentas a Londres, y salvarlas de las garras de los nazis. Cuando lo teníamos todo preparado para irnos de Praga y estábamos esperando la entrega de los pasaportes, para nuestra desesperación, apareció un expediente policial que impidió que nos los dieran. Otra vez mi madre tuvo que buscar la solución. Parece ser que, en una de nuestras excursiones en bicicleta, subí a una acera porque de esta forma podía correr mucho más, pero, por desgracia, pasé por delante de la policía, que me paró y anotó el incidente en mi registro.

»Finalmente, cuando ya teníamos los pasaportes en la mano, no conseguíamos que nos llegara el número de cuota para entrar en EE.UU., así que, sin renunciar a él, mi madre decidió viajar a un país en el que fuera más fácil obtener visados. Este lugar era La Habana, Cuba. Para llegar a la isla, tuvimos que ir a París en tren y esperar durante dos largos meses.

»Empezaba otra vez una nueva etapa para mí, había dejado atrás el nazismo, ahora dejaba atrás el comunismo, teniendo como horizonte la deseada América, que nos parecía a todos el símbolo de la libertad y de la prosperidad.

»Desde París, buscábamos la forma de poder viajar a Cuba. Para mí, París era una aventura, a mis dieciocho años poder pasearme por los

Champs Elysées, el Arco de Triunfo, estar en la Ciudad de la Luz, era algo increíble. Viendo que no podía obtener billetes de barco, mi madre se decidió a comprar billetes de avión. Fue mi primer vuelo. Volamos en un pequeño avión de hélice y tras varias escalas tardamos 32 horas en llegar a La Habana.

»Allí pasamos dos años, desde 1948 a 1950, antes de que nos llegara nuestro número de cuota para poder entrar en EE. UU.

»La isla fue una gran experiencia para mí. ¡En todos los sentidos…! La Habana era una gran ciudad. Algunas partes de la ciudad estaban muy deterioradas y sucias, con calles muy estrechas, otras tenían maravillosos edificios nuevos con calles bien pavimentadas.

»Estudié en un instituto americano. Cuando empecé, no hablaba apenas inglés y nada de español. No conocía a nadie y recuerdo que iba con un cuaderno de notas donde apuntaba cada palabra nueva para memorizarla y ponía la traducción en checo.

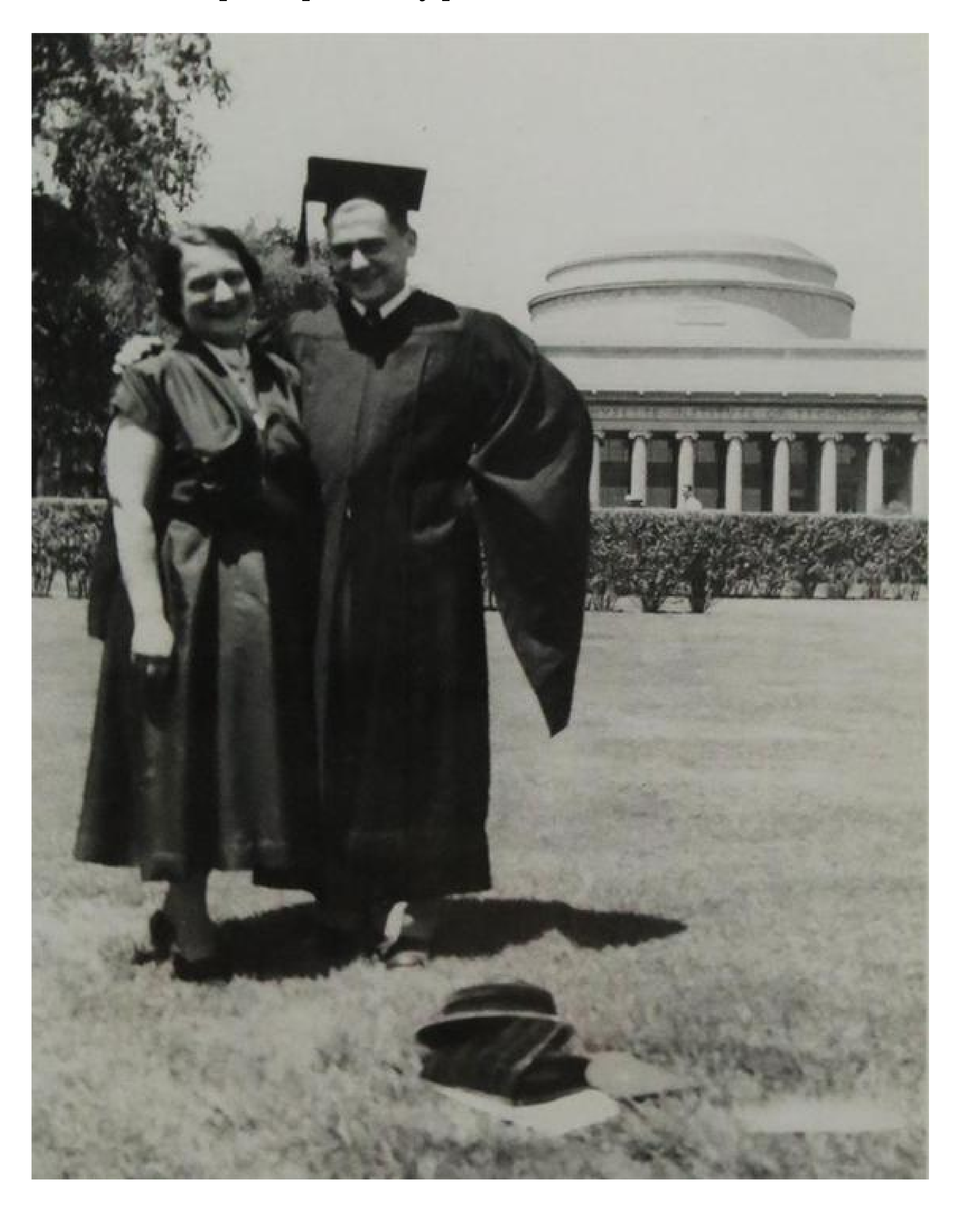
»Teníamos el mar cerca de casa, pero allí no podíamos nadar. Los sábados íbamos a la playa en tren y pasábamos todo el día, ya que teníamos que pagar 1$ por persona. Los huracanes eran habituales en los meses de agosto y septiembre, durante uno de ellos, perdí la falange de un dedo cuando una puerta se cerró por una ráfaga de viento y me pilló la mano, lo curioso fue la reacción de mi madre al volver del hospital: "Bueno Michael, tienes las mismas posibilidades para encontrar esposa que antes. Nadie ha perdido a su amor por perder una falange".

»Cuando nos graduamos en la Escuela Americana de La Habana, una compañera, M.ª Elena González y yo fuimos premiados como los dos mejores alumnos. Estaba muy satisfecho y mi madre muy orgullosa de mí. Había cursado cuatro años en solo dos y en un idioma que, al principio, solo chapurreaba. El director de la escuela estaba impresionado.

»Decidí pedir la solicitud de ingreso para la Universidad MIT en Boston y tengo que agradecer la carta de recomendación que mandó el director de la escuela. Fui aceptado y justo entonces nos llegó el número de cuota para poder entrar en Estados Unidos. Era julio de 1950, tenía veinte años y empezaba realmente mi gran oportunidad. Nos trasladamos a EE.UU., donde modificamos el apellido por Gruenbaum. Mi madre entendió que a partir de aquel momento tenía que valerme por mí mismo por lo que ella decidió irse a vivir a Nueva York. Por supuesto que nos veíamos a menudo, pero yo ya me había convertido en un hombre joven, con la madurez suficiente, con una historia vivida y unas ganas enormes de prosperar. En definitiva, quería demostrarme a mí y al mundo entero que había vencido a los nazis, a los comunistas y era capaz de ser un hombre de bien, útil a la sociedad por mi trabajo y capaz de formar una familia maravillosa.

»Cuando me gradué en la MIT, ver a mi madre radiante, a mi lado, tan

solo ochos años después de haber sido liberados de Theresienstadt fue una emoción indescriptible; para ella y para mí.



Michael con su madre el día de su graduación en la Universidad MIT de Boston.

»Yo cursé los cuatro años en tres, se declaró la guerra de Corea, estuve a punto de ser reclutado y el único trabajo que pude encontrar fue en el Departamento de Planificación de Carreteras del Estado de Illinois. Me fui a vivir a Paris, una pequeña ciudad en el condado de Edgar, Illinois, y estuve allí seis meses, antes de ser reclutado por el Ejército.

»Sabía que M.ª Elena vivía en la ciudad, por lo que quedé con ella. Habían pasado varios años y cuando nos encontramos el destino me reservaba un regalo… me presentó a una de sus mejores amigas, Thelma, que se convirtió en mi esposa al cabo de dos años, cuando finalizaron mis obligaciones militares. Siempre digo que conocí a Thelma en Paris y todos me dicen: "¡Qué romántico!".

»Durante mi permanencia en el Ejército trabajé en Washington D.C., en un departamento que se encargaba de organizar los funerales de Estado y los desfiles militares.

»Al terminar la guerra de Corea, volví a Illinois, y recuperé mi anterior trabajo. Estuve un año y medio y recibí una beca para la Universidad de Yale, donde cursé el máster de Planificación Urbana. Más tarde conseguí trabajo en Boston, ciudad en la que vivo desde hace cincuenta y cinco años.

»Trabajé para varias empresas gubernamentales, privadas, hasta que con un socio montamos nuestra propia empresa. Mi esposa fue mi mano derecha, llevaba el tema comercial y financiero, y puedo asegurar que fue la época más feliz de mi vida. Estábamos las veinticuatro horas juntos y conseguimos sintonizar en el trabajo del mismo modo que en nuestra vida privada. Pasados catorce años, en el año 2001, vendimos la empresa a una multinacional con sede en Rhode Island.

»Desgraciadamente, cuando se cumplían nuestros cincuenta años de matrimonio, Thelma murió.

»Mi madre falleció en 1972, en primavera, contradictoriamente cuando la vida vuelve a nacer y los árboles y flores vuelven a brotar… Tenía setenta y tres años, fue una gran pérdida. Nunca podré agradecerle lo que luchó e hizo por nosotros. Le escribí un texto que me gustaría transmitir:

NUESTRA MADRE - MARGARET GRUENBAUM 22 DE ABRIL DE 1972

Pequeña de tamaño, aproximadamente un metro cincuenta, pero grandiosa en espíritu, cada centímetro representa una cantidad casi infinita de perseverancia y determinación para superar, como un gigante, obstáculos muy difíciles que le había puesto la vida. Resistió y sobrevivió a algunas de las pruebas más duras de su existencia hace unos treinta años.

Nacida en Checoslovaquia, había llevado una vida bastante cómoda antes de la Segunda Guerra Mundial. Durante los seis años que vivió bajo el dominio alemán, perdió la mayor parte de sus familiares incluyendo a su marido, su madre, su hermano, su cuñada y su sobrino. Sobrevivió dos años y medio en un campo de concentración checo, salvándose junto a sus dos hijos, en varias ocasiones, de una muerte segura[1] *Después de la guerra, […] empezó una nueva vida, cumpliendo las funciones de padre y*

madre. Emigró a Estados Unidos, consiguiendo que sus hijos tuvieran la mejor educación posible, viendo con satisfacción sus éxitos.

En América se buscó un trabajo de oficina y un pequeño apartamento para sustentarse a sí misma y no ser una carga financiera para nosotros, lo que logró.

Amaba la vida y se maravillaba continuamente de la naturaleza y sus frutos. Podía caminar horas y horas a lo largo de una playa, admirando todos los objetos que las aguas del océano depositaban en la orilla.

Era una persona muy buena, interesada en los jóvenes, el sufrimiento y los ancianos. Le afectó en gran manera la pérdida de los seres humanos y de los jóvenes que lucharon por la independencia del Estado de Israel.

Con su fantástico sentido del humor y su manera filosófica de percatarse de los acontecimientos del mundo, era una observadora muy incisiva de las actitudes humanas. Activa por naturaleza, incluso cuando estuvo paralizada durante los últimos meses en el hospital, no disminuyó su amor por la vida; siempre se las arregló para encontrar algo de humor, para comentar con nosotros las actividades diarias que la rodeaban.

Era extremadamente leal a sus amigos, siempre dispuesta a ayudarles en cualquier momento. Las expresiones de pena de sus muchos amigos, no solo en Nueva York, sino también de todo el mundo, atestiguan el respeto y admiración que le tenían. A pesar de que no era una persona religiosa, en el sentido convencional de la palabra, era un ser humano muy cálido, por lo que estamos muy tristes de haberla perdido.

Me pareció un epitafio muy entrañable.

Solo me faltaba una pregunta por hacer:

—Michael ¿te enamoraste en Cuba?

Esta fue su respuesta:

—*Intuición femenina… Sí, me enamoré… de M.ª Elena, era hija de una de las familias de la alta sociedad cubana que me veían como a un pobre inmigrante. Fue un amor platónico y la relación no continuó. Estudió en la Universidad de Chicago, lejos de la mía donde la enviaron sus padres, a pesar de haber estado admitida también en la Universidad de Radcliffe, en Cambridge, Massachusetts, cercana a la MIT.*

Nos volvimos a encontrar una vez finalizadas las carreras, como te he contado.

M.ª Elena nunca se casó, se fue a vivir a Washington DC y desgraciadamente murió a los sesenta años.

Ahora ya conoces algo más de mi vida…

Michael se casó con Thelma el 6 de mayo de 1956. Formaron una maravillosa pareja con tres hijos, David, Peter y León, hasta que, en 2006, la muerte se llevó, demasiado temprano, a Thelma. Aquella

duda que tenía la madre de Michael sobre si eran capaces de construir un puente entre lo vivido y el exterior se disipó. Fueron capaces, y de una forma extraordinaria.

Thelma era licenciada en Recursos Humanos por la Universidad de Chicago.

Durante cincuenta años la pareja no habló de lo vivido durante el nazismo, pero pasado este tiempo, cuando Michael se jubiló, Thelma, convertida en escritora, le insistió en escribir un libro con entrevistas a los once supervivientes de la clase 7 del barracón L417 de Theresienstadt. Once, entre ellas las de Michael y Franta su tutor, que habían sobrevivido a Auschwitz. Una obra fantástica que lleva por título: *Nesarim: Child Survivors of Terezín*.

Fueron unos años de viajes, más de 72.000 kilómetros —cuando ya habían caído las fronteras del comunismo—, buscando a los compañeros dispersos por el mundo. Todos habían necesitado su tiempo para conseguir superar y poder hablar de aquellos años.



Dory y Michael, Boston

Desde mi visita a Boston, Michael y yo estamos en constante contacto y estoy esperando con ilusión que, tal como me dice, encuentre un crucero, que disponga de máquina de diálisis, para poder venir a Barcelona. Porque a Michael, mientras tenga vida, no hay nada que le impida seguir adelante, ni sus ochenta y seis años, ni los procesos de diálisis que tiene que seguir. Ahora con Mimi Dohan, una

amiga viuda, con tres hijos como él, comparten lo bueno que aún les puede deparar la vida.

Michael, para mí, ha sido un ejemplo de valentía, coraje, responsabilidad, fuerza interior y ganas de vivir.

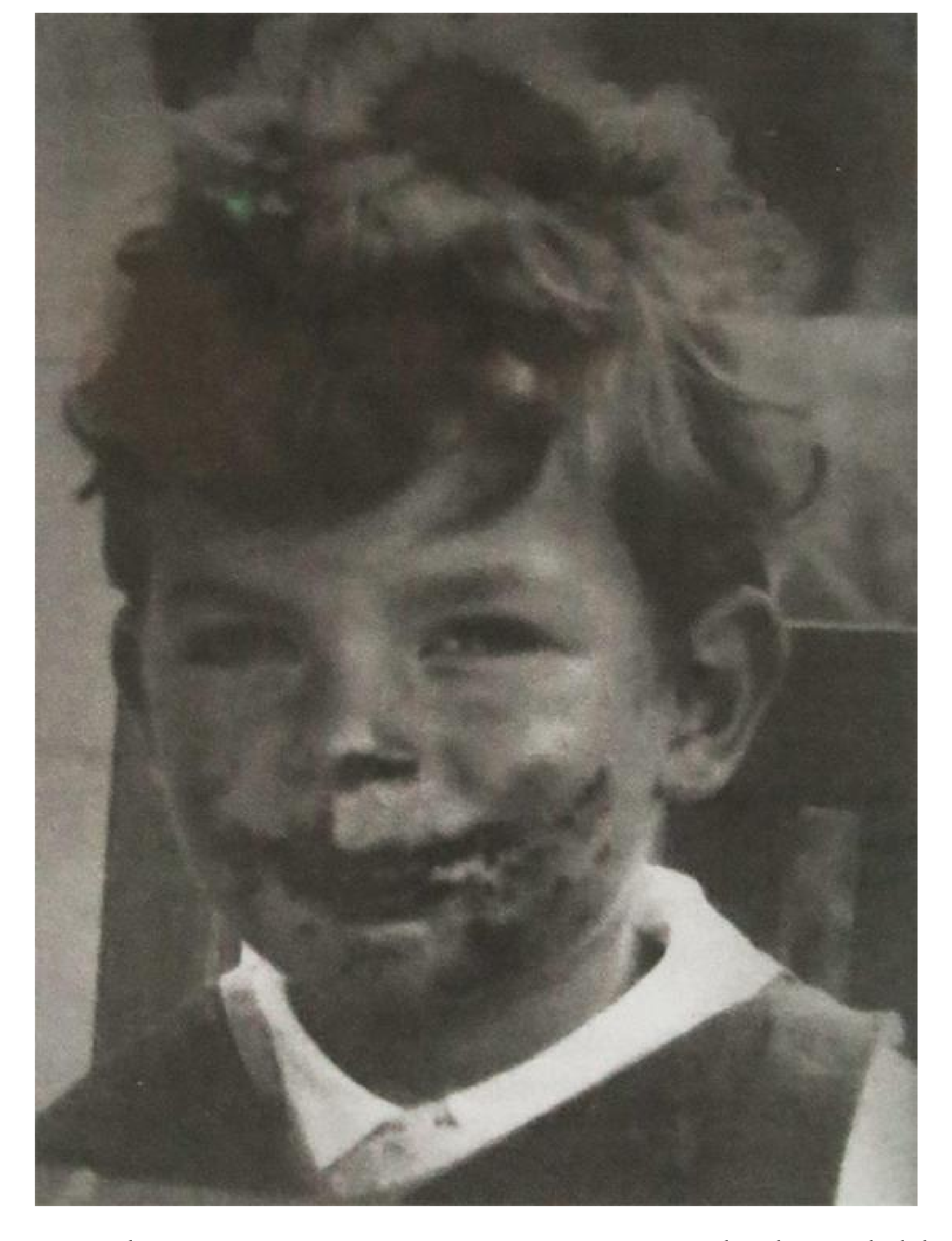
«*Gracias, Michael. Eres grande*».

¡Ojalá en el mundo hubieran muchos hombres como él!

CUARTO BRAZO



PAVEL
(1934-1944)



Pavel, con sus pequeñas manos y su nariz pegada al cristal del salón en casa de su primo Peter, observaba aquella maravilla de tanques y soldados que estaban pasando bajo sus pies. Era un espectáculo único. Tenía que hacerse un hueco porque sus primos mayores le tapaban la visión. Pasaron más de una hora mirando el espectáculo hasta que su tía, a pesar de sus protestas, los mandó al cuarto de jugar. Le encantaba jugar con sus primos, todos mayores que él, y sabía que al ser el más pequeño de la familia siempre lo mimaban. Aquella tarde incluso le pintaron un bigote, le mojaron el

pelo para dejárselo liso y le hicieron saludar de una manera muy rara, con la mano estirada. Cuando entró su tía, la madre de Peter, se enfadó mucho con todos ellos.

Era el 15 de marzo de 1939. Hitler acababa de entrar en Praga. Aquel día a Pavel le robaron su inocencia, y los nazis decidieron que no tenía derecho a la vida. Tenía tan solo cuatro años. Durante los meses siguientes su inocente mirada infantil no percibía lo que estaba ocurriendo, pero sí le extrañó ver a sus padres muy preocupados, y oírles hablar con palabras extrañas que, hasta aquel momento, nunca habían estado en su vocabulario: nazis, registro, decretos, *etc.* Nadie, hasta marzo de 1939, se las había enseñado, preguntaba por esas nuevas expresiones y su significado, deseoso de saber, y sus padres le contestaban con evasivas, algo que a Pavel le hacía enfadar.

Vivían en el distrito XIV de Praga, en la calle Hradešinská, 31.



Pavel, en el cochecito, con su madre y su abuela materna.

La abuela de Pavel, Hedwig (Hedvika), era la hermana de mi abuela Rosa y ocho años mayor. Entre ellas existía una relación muy cercana, hasta tal punto que su marido fue el testigo de la boda civil de mis abuelos en Praga. Su hijo Hans había compartido de pequeño muchos veranos con mi padre y su hermana Dorel, durante sus vacaciones, y me consta que, aparte de la relación familiar, les unía un gran afecto, una amistad que había nacido de niños. Eran unos primos hermanos que se querían y cuyos destinos, marcados por una identidad, estaban abocados a la suerte de la ruleta de la vida en

aquella Europa fascista.

Un año después de la entrada de los nazis en Praga, en abril de 1940, mi padre recibió la siguiente carta de su primo Hans.

Praga, 3 de abril de 1940

Dr. Hans Popper
Prag XII. Hradešinská, 31

Señor
Conrado Sont-Heimer, Barcelona

Querido Kurt:

Me alegré mucho de tener noticias tuyas con la carta del 24 de marzo del mes pasado, ya que hacía mucho tiempo que no sabíamos nada de vosotros.

Te escribo para pedirte si puedes informarte sobre la posibilidad de que pueda venir a España con mi familia. No te había escrito antes porque he estado buscando información y quería ahorrarte este trabajo. Pero aquí no he podido obtener nada positivo.

Estuve ocupado con el tema de la emigración antes del establecimiento del Protectorado y estoy registrado, para irme a América del Norte, desde enero de 1939. Por desgracia, el cupo para América está saturado y probablemente no me tocará hasta de aquí a un año y medio. En primer lugar, quiero saber si existe la posibilidad de una estancia temporal en España. Sería posible que mi cuñado en Francia pudiera ayudarme económicamente. Tengo su ofrecimiento desde antes de que empezara la guerra pero no sé hasta qué punto ahora podría tener esa ayuda financiera debido a la regulación de las divisas en la Francia actual.

Tendría más interés en permanecer en España y te pido si puedes recabar información. Nací en 1902; mi hijo cumplirá seis años el próximo mes de julio. Como tú sabes, trabajé en la banca durante siete años y los siete últimos años he tenido un bufete propio, Hablo perfectamente alemán y checo, y muy bien el inglés. El español lo tendría que aprender. Desde que se cerró mi bufete no he estado inactivo. He aprendido mecánica y ahora soy instalador eléctrico, algo que podría certificar. Momentáneamente trabajo ocho horas diarias en una central de coches y espero haber terminado mi formación. Aparte quiero mencionar —como ya sabes— que soy un buen pianista, así que también podría trabajar como músico.

Ya sé que las probabilidades son muy escasas, pero no quiero dejar de intentarlo y te ruego que cuando dispongas de un poco de tiempo indagues

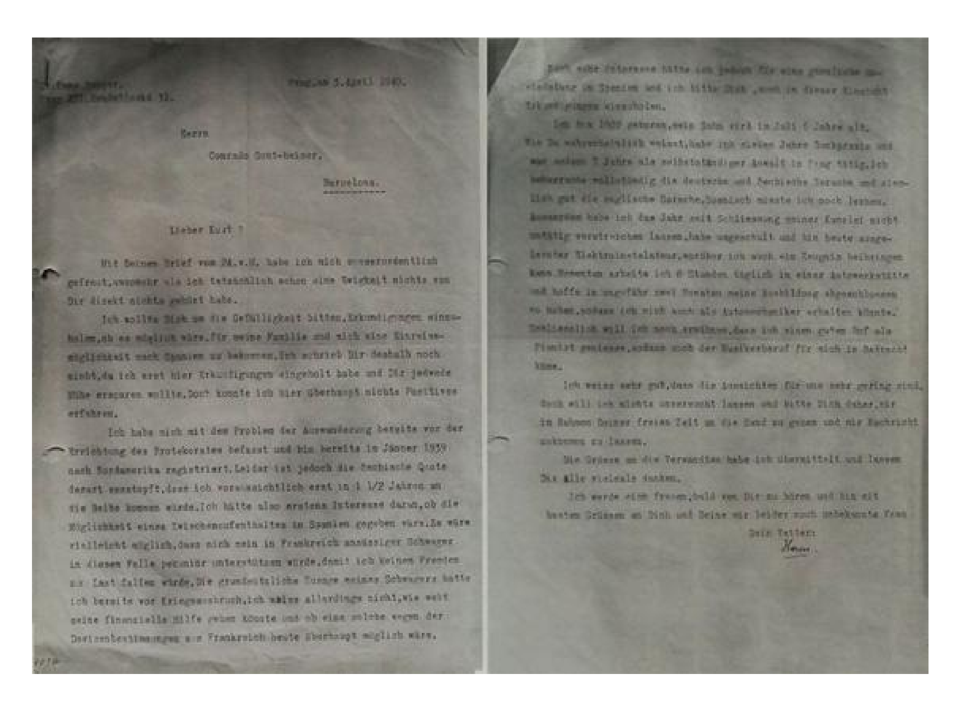
las posibilidades que existen y me las comuniques.

He transmitido todos tus saludos a la familia que a su vez me los devuelven.

Me alegraría mucho saber pronto de ti. Un fuerte abrazo y un saludo a tu esposa, que desgraciadamente todavía no conozco.

Tu primo,

Hans



Herrn

Conrado ...

Barcelona.

Lieber Kurt !

Carta del 3 de abril de 1940 de Hans Popper a Conrado. Solicita que se informe de la posibilidad de poder viajar a España con su familia y le facilita los datos sobre su formación para poder trabajar.

Me he leído la carta una y otra vez e intento retroceder en el tiempo y situarme en aquella Europa de abril de 1940. En España se había acabado la guerra civil. Mis padres se encontraban en un país fascista donde religión y estado eran una sola cosa. En agosto de 1939, ellos decidieron convertirse al catolicismo para salvar sus vidas y poder permanecer en España, pensando que quizá desde aquí podrían intentar ayudar a sus padres y a sus familiares a escapar de las garras del nacionalsocialismo que, ya desde 1933, desde la llegada de Hitler al poder, se había extendido sobre mi familia. La Segunda Guerra Mundial había empezado el uno de septiembre de 1939. España era teóricamente neutral y un país con grandes esperanzas para todos los que querían huir del fascismo. Pero España era fascista. En abril de

1940, a pesar de que mis padres ya eran españoles y católicos, a mis abuelos paternos y maternos no les habían otorgado el visado para entrar en el país; no habían conseguido salir de Alemania. Para mis padres era una situación desesperante observar cómo, a pesar de todas las gestiones, no conseguían sacar a su familia de aquel clima de terror al que estaban sometidos. Mis abuelos paternos por fin, en septiembre de 1940, lo consiguieron pero no ocurrió lo mismo con mis abuelos matemos.

Pienso en lo que debía preocuparse mi padre al leer la carta de su primo Hans y recapacito en sus palabras cuando este intentaba, entre líneas, explicar la verdadera situación en la que se encontraba en aquel momento. Si hubiera podido escribir sin censura, sus palabras hubieran sido:

Kurt, pido tu colaboración. Me han obligado a cerrar mi despacho profesional y mi situación económica es dramática. Me hacen trabajar en una fábrica de automoción produciendo material de guerra para los tanques alemanes. Tengo que escaparme de aquí como sea. ¡AYÚDAME POR FAVOR! Estoy dispuesto a trabajaren lo que haga falta, pues quiero salvar la vida de mi mujer y de mi hijo que aún no tiene seis años.

El año 1940 fue, sin duda, dificilísimo para nuestra familia.

Mi tía Dorel, la hermana de mi padre, murió en un bombardeo en la ciudad de Tel-Aviv el 9 de septiembre de 1940. Tan solo un mes más tarde, el 23 de octubre de 1940, mis abuelos maternos fueron deportados a la Francia de Vichy donde iniciaron un calvario de dos años que les llevó, en 1942, a la muerte en Auschwitz.

Mis abuelos paternos habían podido escapar de Alemania, pasar transitoriamente por España, y llegar a Cuba en enero de 1941 donde pudieron salvar sus vidas.



Jugando en el parque.

Durante aquel año, la familia Popper tuvo que irse adaptando a la nueva situación. Pavel, a sus cinco años, debía encontrar extrañas muchas situaciones pero, como es lógico, permanecía en su mundo infantil. Un crío inquieto, travieso, que se alegraba cuando estaba con

Michael, su primo hermano, cuatro años mayor y al que veía como un líder. Aunque los nazis no quisieran verlo y reconocerlo, eran niños como los demás.



Dos imágenes de Pavel en distintas épocas de su infancia.

Pregunté a Michael si recordaba alguna anécdota y me comentó: «*Eramos muy pequeños, y recuerdo vagamente alguna; la que tengo muy presente es del día que nos subimos a una valla. Pavel se cayó y se rompió el brazo. Mis padres me echaron una reprimenda inmensa. Yo era el mayor y en teoría tenía que cuidar de él. Tuve durante mucho tiempo un sentimiento de culpabilidad tremendo*».

No tengo más correspondencia archivada de ese año y la carta más próxima que encontré era de enero de 1941. Los nazis llevaban instalados en el Protectorado casi dos años. La dirección de la familia había cambiado. ¿Por qué? El motivo de la carta era dar el pésame por la muerte de Dorel. Al leer su contenido ya percibí que la aplicación de los decretos nazis se estaba llevando a cabo sin pausa.

Intuitivamente pensé que tenía que indagar. Surgía otra vez en mí el deseo de investigar, de conocer la verdad y me puse a buscar. Cuanto más se conoce la realidad más asombra lo que fue capaz de cometer aquella sociedad.

¿Por qué tenían otra dirección? ¿Es que los habían echado de su casa? Efectivamente, en julio de 1940, la familia Popper tuvo que abandonar su domicilio —muy apetecible para los nazis—, y los llevaron a una zona de la ciudad donde iban reagrupando a todas las familias judías. Tengo el documento que lo atestigua. A Pavel le

faltaban cuatro días para cumplir seis años. Seguro que sus padres justificaron el cambio de domicilio con alguna razón que quizá el niño aceptara, pero lo que no podía entender es que ya no pudiera comer manzanas, naranjas, verduras, pollo, pescado, queso y una lista exhaustiva de otros alimentos. Los alemanes no les dejaban comprar ninguno de estos productos. Estaban prohibidos para los judíos. Y a él le gustaban el queso y las manzanas.

¿Por qué no le dejaban comer lo que le gustaba? No tenía ningún problema de salud. No le dolía la barriga y no estaba enfermo.

Tampoco le dejaban jugar en los parques, montar en bicicleta, nadar, hacer deporte y tener algún instrumento musical, había tenido que entregar la flauta y los esquís. ¿Por qué? Preguntaba constantemente Pavel, ¿por qué? Y además ahora solo podía ir a un colegio con niños judíos como él.

Quizá lo que aún no sabía Pavel es que tenía un problema de identidad para los nazis: era un niño judío, una posible semilla del judaísmo que los nazis querían exterminar. A pesar de ello, el niño miraba el mundo con ilusión. Podía conversar con su familia, jugar a las adivinanzas, al juego de las palabras, escuchar los chistes de su padre y sobre todo pintar. A Pavel le encantaba dibujar, ilustrar con muchos colores, recortar las figuras que contorneaba. La imaginación volaba en su mente.

Pasó casi un año y su padre, Hans Popper, seguía trabajando en la fábrica de automoción produciendo material de guerra para los alemanes. Pavel, con sus ya siete años, se empezaba a preguntar por qué su padre trabajaba en una fábrica cuando antes trabajaba como abogado y comenzaba a cuestionarse toda aquella serie de restricciones que cada vez eran mayores y sobre todo por qué pasaban tanta hambre. Meses más tarde salió un nuevo decreto por el que ya no se les permitía ir a la escuela. Pavel intentaba entender todo aquello pero no obtenía respuestas a tantas preguntas. Mientras su padre trabajaba para los alemanes, su madre había conseguido juntar a un grupo de niños a los que un vecino maestro les daba clases. A su vez, Helena les enseñaba dibujo y música. De esta forma, recibían un mínimo de formación. Con Adar, uno de los niños que venía a su casa, se hicieron muy amigos. Adar era mayor, tenía ya diez años «Tengo *ya dos cifras*», le comentaba y Pavel intentaba que le contestara todas aquellas preguntas que se cuestionaba, para las que su amigo tampoco tenía respuesta.



Praga, 18 de enero de 1941

Dr, Hans Popper
Prag XIV. Linecká, 1337

Querido Conrado:

Tante Hanni me entregó el otro día tu carta del 27 de diciembre, y con ella me he podido enterar de que mi madre por lo visto no pudo enviaros la carta de principios de noviembre en la que, Helena y yo, os dábamos nuestro pésame. En dicha carta había preguntas sobre cuestiones jurídicas.

Querido Kurt, no hace falta que te describa lo que nos ha trastornado la noticia de la muerte de nuestra querida Dorel. Puedo imaginarme cómo deben haberse tomado la noticia tus padres, Max y Rosel. No tengo su dirección. Por favor, transmíteles nuestras condolencias. Soy plenamente consciente de que todos hemos perdido a Dorel, a la que conocimos durante sus estancias en Praga y ala que tanto apreciábamos.

Tante Martha y yo tenemos poderes de Dorel. Pero es completamente imposible disponer del dinero, o de transferirlo a tus padres. Una transferencia al extranjero a través de Clearing o Transfer es, en estos momentos, imposible. Te aconsejaría, de momento, no hacer nada.

Te deseo un feliz año y transmíteselo por favor a tu esposa.

Con los mejores deseos,

Hans

JUDr. HANS POPPER
ADVOKAT
UND VERTEIDIGER IN STRAFSACHEN
PRAG II., [redacted]

[redacted] Postsparkassa 94.962

Prag XIV. Linecká 1337.

PRAG, am 18. Jänner 1941.

Mein lieber Conrado!

Dein lb. Schreiben v. 27. Dezember v.J. hat mir Tante Hanni übergeben. Erst auf Grund dieses Schreibens kam ich darauf, dass meine Mutter versehentlich mein Schreiben von Anfang November an Euch nicht weitergeleitet hat, mit welchem Hella und ich Euch kondoliert haben. In diesem Schreiben habe ich auf die juristischen Fragen erörtert.

Mein lieber Kurt, ich brauche Dir doch nicht zu schildern, wie ausserordentlich tief mich das Schicksal unserer lieben Dora erschüttert hat. Ich kann mir gar nicht vorstellen, wie Max und Rosl die Nachricht aufgenommen haben. Bitte teile auch Max und Rosl, deren Adresse ich nicht kenne, den Ausdruck unseres innigsten und aufrichtigsten Beileides mit. Ich bin mir voll bewusst, dass wir Alle Dora verloren haben, die ich als Mensch bei ihrem Prager Aufenthalt so richtig kennen gelernt habe und zu schätzen wusste.

Bankvollmachten haben Tante Martl und ich. Es ist jedoch vollkommen ausgeschlossen, mit dem Geld irgendwie zu disponieren, oder zur Unterstützung Deiner Eltern freizubekommen. Eine Ueberweisung ins Ausland durch Clearing oder Transfer ist vollkommen ausgeschlossen. Ich würde Dir daher empfehlen, die Sache momentan auf sich beruhen zu lassen.

Ich erwidere herzlichst Deine Glückwünsche zum neuen Jahr, die meine Frau und ich ebenso herzlichst übermitteln.

Mit besten Grüssen Dein

Hans

Carta de Hans Popper expresando sus condolencias a Conrado por el fallecimiento de su hermana Dorel. 18 de enero de 1941.

Esta fue la última carta que recibió mi padre desde Praga.

En septiembre, cuando a Pavel que tenía siete años, le cosieron la estrella de David en su chaqueta, estuvo encantado. Su primo Peter les había dicho que los habían «condecorado», y él enseñaba orgulloso su condecoración. Uno de los días, cuando volvía con Adar a su casa, se

cruzó con el hijo de unos antiguos amigos de sus padres y Pavel le saludó pero el niño le contestó: «*Mis padres me han prohibido hablar con los judíos*».

Esta fue la primera vez que Pavel sintió abiertamente el rechazo por llevar la estrella de David. A pesar de todos los desengaños Pavel miraba con ilusión el futuro. Le encantaba el fútbol igual que a Michael. Cuando les quitaron los balones —porque también eso les prohibieron los nazis—, con su amigo Adar encontraron un sistema para jugar: cerraban los ojos y se iban pasando la pelota verbalmente entre ellos hasta que el más agudo y rápido gritaba ¡GOL! y consideraban que había ganado. La imaginación tenía que suplir las prohibiciones.

Theresienstadt empezó a funcionar el 24 de noviembre de 1941. La ciudad se había convertido en un gueto amurallado pero con todos los servicios, incluso había una moneda propia para los prisioneros. Un año antes, en junio de 1940 habían instalado una prisión donde desgraciadamente habían llevado al padre de Michael.

La primera deportación masiva estaba integrada por la comunidad judía de Praga. Pocos días antes del 24 de noviembre a Hans Popper le llegó la citación para ir al Palacio de Exposiciones. Una de las preguntas que me hago es: ¿Por qué lo citaron solo a él y no a toda la familia? ¿Es que a los nazis les interesaba gente joven para trabajar en Theresienstadt? ¿Qué angustiosos pensamientos debían sacudir la mente de aquella pareja?

Los nazis habían sido muy explícitos: «Se os permite llevar una maleta de 50 kilos, y vais a una ciudad que el Führer os regala, donde podréis ser personas útiles para el Tercer Reich con vuestro trabajo».

Pienso muchas veces lo que debían sentir delante de aquellas maletas. ¿Qué llevar? ¿Ropa, fotos, los libros preferidos, documentos, dinero, joyas? ¿Qué es lo que se debe considerar imprescindible? Nadie sabía cuándo volverían. Un cúmulo de incertidumbres con difíciles respuestas. Este mismo día, el 24 de noviembre de 1941, la policía alemana se presentó en el domicilio del matrimonio Popper, cumpliendo metódicamente su protocolo de trabajo. El responsable del hogar se había marchado y había que llenar la nueva ficha del garante actual de aquel hogar. La madre de Pavel estaba hundida por la marcha de su marido y aterrorizada por la presencia de la Gestapo. Pavel miraba la escena y los policías exhibían sus armas apuntándolos. Solo deseaba que se fueran, que les dejaran en paz; necesitaba estar de nuevo con su mamá, sentirse protegido y que lo abrazara y, cuando aquellos personajes cerraron la puerta, Pavel corrió a refugiarse entre sus brazos al tiempo que su madre acariciándole le decía: «*Pavel,*

tranquilo, todo irá bien. Todo irá bien».

¿Qué fuerza interior se debe tener para sobreponerse a estas circunstancias? Helena sabía que no podía derrumbarse ante su hijo, un niño de tan solo siete años.

La ficha es sorprendente, una hoja de registro tipo que les permitía tener la información gratuita de lo que les interesaba, la radiografía completa de la familia y de sus pertenencias. Constaba de veintidós preguntas: ¿Religión? ¿Eres judío? ¿Cuál es tu vivienda actual? ¿La vivienda anterior? ¿Quién es el propietario? ¿Tienes automóvil?, *etc.* Y sobre el borde izquierdo de la misma, el distintivo: La J (judío) en mayúscula de color rojo.

En Praga vivían las dos abuelas ya viudas, Hedwig y Paula. Fueron unos meses durísimos, sin recursos económicos y con la incertidumbre de cómo estaba Hans. Desde Theresienstadt se permitía escribir una vez al mes, solo en alemán al igual que la respuesta, y supongo que Hans iba informando a la familia de cómo estaba. Todas las cartas que tengo desde Theresienstadt son en forma de postales. Quizá a los nazis les era más cómodo para poder leerlas. Las postales iban primero a Berlín, donde pasaban previamente por censura y luego eran remitidas a destino. Hans explicaba que estaba trabajando como técnico electrónico, seguramente preparando la ciudad fantasma que esperaba a todos los judíos del Protectorado y de Europa occidental.

Pocos días antes del mes de julio llegó la citación para las dos abuelas, Hedwig y Paula y para Helena y Pavel para que se presentaran en el Palacio de Exposiciones con sus maletas.

Durante aquellos meses la mente del niño trabajaba intensamente, a una velocidad inusual y se preguntaba una y otra vez el porqué de muchas cosas que no tenían respuesta, ni tampoco las tienen ahora a pesar de los años transcurridos. Tengo su fotografía en mi mano, un niño sonriente, aparentemente feliz con su chaqueta, sus pantalones cortos y su pequeña corbata, y me cuesta imaginar a esas tres mujeres, marcadas con sus estrellas de David, con el niño arrastrando sus maletas y llegando al Palacio de Exposiciones. Pavel quería hacerse el hombre, ayudando a sus abuelas e iba con una poderosa ilusión: el reencuentro con su padre. A medida que se iban acercando, la atmósfera se iba haciendo muy densa y emanaba un olor muy desagradable, a letrinas, como si se hubieran reventado todas las cloacas de la ciudad de Praga. El hedor aún se hacía más intenso debido al calor, pero Pavel solo pensaba en su padre. Los agentes de la Gestapo —controlándolo todo— gritaban y les obligaban a dejar las cosas de valor, aquellos hombres cada vez le daban más miedo y les tenía más odio. Si hubiera podido les habría puesto la zancadilla a

todos. Por lo visto habían citado a las familias próximas a la casa de Pavel y Adar también estaba allí. Michael, su primo, seguía en Praga. Tuvieron que estar un día entero en aquella improvisada estación, y sin poder comer. Con Adar estuvieron andando por la improvisada estación y consiguieron robar dos trozos de pan que se metieron rápidamente en los bolsillos, se escondieron y los devoraron. En una segunda incursión por el Palacio consiguieron unos trozos de salami. Cuando el dueño del salami los vio correr, les gritó y gritó, pero ante una orden de un funcionario de la Gestapo, tuvo que callar. Los chiquillos saltaban escondiéndose entre las personas mientras Helena, angustiada, observaba la escena. Cuando Pavel llegó a su lado le enseñó orgulloso el salami, pero ella enfadada le obligó a devolvérselo a su dueño. El hambre del niño pudo más que la conciencia y, sin pensárselo dos veces, se lo introdujo en la boca. ¿Qué podía decirle Helena? Argumentar y argumentar ¡si solo tenía siete años! Poco a poco el remordimiento de Pavel fue aumentando y por la noche, cuando les dieron un cazo de sopa, fue a llevárselo a aquel hombre pero ya no estaba allí.

Por fin parecía que había movimiento. Habían entrado en el recinto unas decenas de policías alemanes. Los hicieron levantar a todos y colocarse por números en filas. Los policías con sus bayonetas intentaban ordenar a aquella muchedumbre. Un miembro de las SS se colocó delante de las filas y encaramado a un taburete gritó: «*Hoy vais a una nueva ciudad para vosotros. A Theresienstadt. Cuando lleguéis allí, encontraréis a miles de personas de vuestra raza y viviréis en perfecta armonía. Cuando lleguéis, a cada uno de vosotros se os asignará un trabajo y así podréis convertiros en personas útiles para el Tercer Reich*. Heil Hitler!».

A Pavel solo se le habían quedado unas palabras en su cabeza: «*encontraréis a miles de personas de vuestra raza*»; aquello quería decir que volvería a ver a su papá.

Por fin aquellas hileras se pusieron en marcha. Cada uno con su maleta en la mano, los hicieron ir caminando hasta la estación de Bubny. Allí Pavel pudo ver un tren con muchos vagones. Delante de cada vagón, dos policías, uno de ellos gritó: «*del novecientos al novecientos cincuenta en este vagón*».

Dentro del vagón, maletas, bultos, personas, muchas personas. El pequeño Pavel sentía ahogo, no podía casi respirar. Su madre lo estrechó contra ella acariciándole el cabello. Fue el mejor alimento que en aquel momento podía recibir: el cariño materno. A pesar de estar de pie, Pavel, rendido, se durmió. El miedo no solo a los policías sino a lo desconocido lo venció.

El chirriar del tren hizo que se despertara, habían llegado a la estación de Theresienstadt. Descendieron del tren mientras los policías, con gritos, ordenaban en filas a los deportados. Lentamente, aquella hilera humana de «condecorados» empezaba a moverse. Tuvieron que caminar unos cientos de metros hasta que empezaron a vislumbrar, a un lado, la arcada con el cínico eslogan de los nazis: ARBEIT MACHT FREI, o sea, el trabajo libera al hombre.

¡Dios, qué desvergüenza!

Unos funcionarios alemanes, mirando los listados dispuestos sobre sus mesas de madera, los iban llamando: «*el siguiente…*».

A Pavel se le hizo eterno ya que estuvieron más de una hora en la cola. Aferrado a la mano de su madre, miraba y miraba por si veía a su padre. A lo lejos, un grupo de hombres volvían del trabajo impuesto por los nazis, entre ellos estaba su padre. Se desprendió de la mano de su madre y salió corriendo, mientras Hans, que acababa de verlos, intentaba desmarcarse del grupo: «*Manténganse en las filas con orden*» gritaba el policía, pero no lo consiguió. Pavel estaba agarrado a su padre mientras este lo abrazaba, «*Papá, no te vayas nunca más*», sollozaba Pavel. Su padre con los ojos enrojecidos lo aupaba y abrazaba con todas sus fuerzas. Las mujeres no se atrevían a moverse. Estaban lívidas de miedo, se esperaban cualquier cosa por parte de los guardias. Hans debía volver a su sitio y seguir caminando; abrazó otra vez a su hijo, mientras observaba a su mujer y a su madre. Se cruzaron una mirada, con tantos sentimientos contenidos, que resultó mucho más elocuente que las palabras: reencuentro y esperanza, ilusión de estar otra vez todos juntos y anhelo de un futuro mejor.

Hans volvió a su puesto y Pavel a la mano de su madre. Por fin les tocó el turno. Avanzaron madre e hijo.

El funcionario se dirigió al niño:

—¿Número?

—242 —contestó.

—¿Pavel Popper?

—Sí.

—¿Edad?

—Ocho años.

—Le faltan diez días para cumplir ocho años —argumentó la madre.

—Bien, Pavel —contestó el funcionario—. Aquí los niños viven con los niños, para que los adultos puedan hacer su trabajo libremente. Estarás en el bloque L417, clase 2.

Pavel miraba angustiado a su madre. En la fila de al lado, estaba Adar con la suya. Le dijeron lo mismo. Bloque L417, clase 2. Esto

sosegó a Pavel que pensó que por lo menos estaría con su amigo. Su madre protestaba ante el funcionario que les indicaba el edificio al que debían dirigirse.

—Mamá, está bien, iré al bloque L417. Estoy con Adar.

Pavel quería irse con Adar porque le daba miedo quedarse solo, en aquel momento su amigo se había convertido en su tabla de salvación.

A su madre y a sus abuelas les asignaron las viviendas arregladas para las mujeres en la Haupstrasse, 22. Pasaron el pórtico exterior y entraron en la ciudad. Una pequeña avenida daba a una plaza en la que cientos de personas con la estrella de David paseaban. Allí, estaba su padre esperando impaciente la entrada de su familia. Se fundieron en un abrazo. Las dos abuelas, el matrimonio y Pavel. «*Estamos juntos. Todo irá bien. Todo irá bien*», repetía una y otra vez Hans. Pudieron mirarse, abrazarse de uno en uno, besarse mientras Hans iba diciendo: «*No podemos quedarnos aquí. Yo acompaño a Pavel al edificio de los muchachos. Cuando vayamos a buscar la cena podremos hablar. Hay que cumplir los horarios y las normas*».

Ya estaban todos en Theresienstadt, la metrópoli fantasma. Una auténtica farsa que los nazis supieron vender al mundo.

Cuando Adar y Pavel llegaron a la clase 2, se encontraron a su tutor. Estaban en una clase donde en vez de pupitres había literas. Veinte niños, de entre ocho y diez años, bajo el cuidado de Reuven, un joven de veinticinco años, que había sido profesor en Praga antes de la llegada de los invasores.

Reuven sabía que tenía que tener flexibilidad con aquellos pequeños que habían tenido la desdicha, al igual que él, de vivir un período de la historia tan injusto. Intentaba potenciar en ellos sus aficiones, aprender a través de juegos, de la música, de la pintura —en la que Pavel destacó enseguida—. Empezaron a estudiar hebreo y a conocer las festividades judías, las tradiciones, su significado, y también a leer la Torá. La higiene y el orden eran uno de los factores difíciles de mantener pero, en ellas, Reuven ponía su máximo empeño. A Pavel estar con su amigo Adar le ayudó mucho para poder integrarse con facilidad al grupo. Los horarios eran estrictos pero podía ir a ver a su madre y a su padre cuando estos volvían de sus trabajos. Lo que no podía soportar era el hambre.

Tres meses más tarde, en octubre, llegaron Peter y sus padres. Se enteró de que su primo también se alojaría en el bloque L417 y se alegró mucho de tenerlo cerca, fue a su encuentro y vio que estaba completamente desconcertado como todos los que llegaban a Theresienstadt. Pavel, a pesar de ser el más pequeño, era el veterano en aquella ocasión. Miró la muñeca que llevaba Peter, y este le explicó

la historia. Pavel recordaba a Catherine, pero él tenía cinco años cuando su prima se fue a Inglaterra y ya habían pasado tres años desde entonces y muchas cosas, pero sí recordaba que su prima quería mucho a *Patty*. Llevó a todos los niños de su clase para que la vieran, pero muchos de ellos se rieron de ella.

Con Peter llegó también el frío. Unas temperaturas gélidas en unas habitaciones que solo se calentaban con el calor humano y la tasa de mortalidad, debido a las condiciones que había en el gueto, era muy elevada. Una de las víctimas fue la abuela Paula, una muerte que, a su corta edad, no pudo asimilar y le dejó destrozado.

Tengo en mis manos el certificado de defunción de Paula y me sorprende con qué protocolo elaboraban los nazis cada uno de sus documentos. Me llama poderosamente la atención que en ningún apartado se pregunte sobre la identidad judía del fallecido y que no aparezca ninguna J como señal de identificación. Obvio. No hacía falta en Theresienstadt porque los que allí habitaban ¡eran todos judíos!

Causa de la defunción: Bronconeumonía.

Pavel se desahogó con la pintura. Dibujaba y dibujaba a pesar de que los lápices y las cuartillas eran joyas en manos de los profesores y su uso estaba restringido. Pero Reuven era consciente de que aquella criatura tenía que expulsar su dolor y su rabia contenida de alguna manera.

Un mes más tarde, en noviembre de 1942, llegó Michael con su hermana Marietta y su tía Margaret. Michael iba a la clase 7 en el edificio L417. Pavel adoraba a Michael, su primo hermano, y a él también quiso demostrarle su veteranía. Era el primo más pequeño pero el más experto en subsistir en un gueto.

Fueron pasando los meses en aquella ciudad amurallada donde la mejor estación del año era la primavera, pues el invierno y el verano parecían más fríos y calurosos que en cualquier otro lugar. La lucha contra los piojos y los insectos era también una batalla incesante, pero lo peor era la lucha contra el hambre. La tasa de mortalidad seguía aumentando —algo que satisfacía mucho a los nazis— pues de este modo se ahorraban tener que eliminarlos ellos.

Independientemente del cambio físico que se produjo en aquellos tres chiquillos, debido a la enseñanza que recibían y a la situación por la que estaban pasando, crecieron en ellos la autoestima, el orgullo a su identidad y los valores humanos, una curiosa paradoja cuando quienes les obligaban a estar allí carecían de todos ellos.

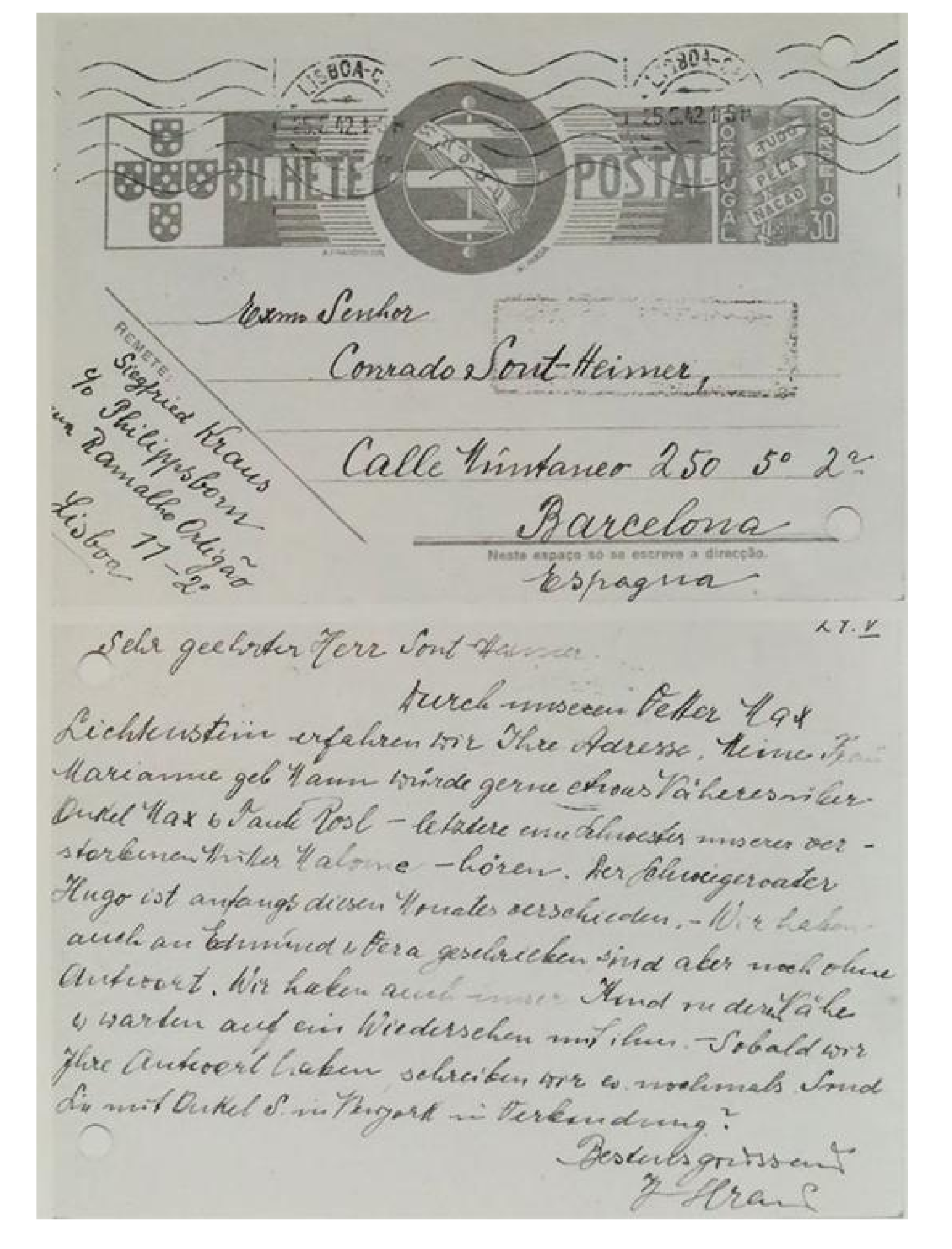
Un año más tarde, mi padre recibió una postal de su tía Hedwig. El tono de la carta es lacónico, *«estamos bien», «no sabemos nada de*

vosotros», «necesitamos tener noticias vuestras».

¿Por qué no les llegaban las cartas desde Barcelona y venían devueltas? ¿Censura? Supongo que en 1943, la España franquista no permitía la comunicación con los amigos o familiares aunque estuvieran pasando situaciones preocupantes. ¡Dios mío! Qué dramático es que la política pueda imponerse a las relaciones familiares, a la amistad, a la necesidad, a la ayuda… que se puedan mantener con familiares o amigos.

En enero de 1944, Hedwig escribió una nueva postal a mi padre. La postal viajó primero a Berlín, para que los nazis pudieran leer su contenido, colocar los números de la censura y demostrar que todo estaba bajo control. Desde Berlín, la postal lleva la fecha de 20 de enero de 1944. Sobre la postal un sello con un membrete:

SOLO SE PERMITE CONTESTAR EN ALEMÁN



LISBOA-C 25.5.42

BILHETE POSTAL

PORTUGAL TUDO PELA NAÇÃO CORREIO 30

Exmo Senhor

Conrado Sont-Heimer

Calle Vintaneo 250 5° 2a

Barcelona

Neste espaço só se escreve a direcção.

Espagna

REMETENTE: Siegfried Kraus
c/o Philippsborn
Rua Ramalho Ortigão
17-2°
Lisboa

21.V

Sehr geehrter Herr Sont-Heimer,

Durch unseren Vetter Max Lichtenstein erfahren wir Ihre Adresse. Meine Frau Marianne geb. Mann würde gerne etwas Näheres über Onkel Max u. Tante Rosl – letztere eine Schwester unserer verstorbenen Mutter [illegible] – hören. Der Schwiegervater Hugo ist anfangs dieses Monates verschieden. – Wir haben auch an Edmund u. Vera geschrieben sind aber noch ohne Antwort. Wir haben auch unser Kind in der Nähe u. warten auf ein Wiedersehen mit Ihnen. – Sobald wir Ihre Antwort haben schreiben wir es nochmals. Sind Sie mit Onkel S. in Newyork in Verbindung?

Bestens grüssend
S. Kraus

Postal de Siegfried —Padre de Catherine— desde Lisboa, mayo de 1942.



Postales de Hedwig Popper, desde Theresienstadt, en las que consta el sello, número de censura de Berlín y la exigencia de escribir y responder en alemán.

Popper Hedwig
Theresienstadt
Protectorado de Bohemia-Moravia
Haupstrasse, 22

Signor Conrado Sont-Heimer.
Muntaner, 250, 5º-2a Barcelona.
Spanien

Queridos

Últimamente no hemos tenido noticias vuestras. Es difícil que os podáis imaginar la alegría que tenemos si recibimos algunas. Nos gustaría saber si Mariedl y Thomas están bien. Hace también tiempo que no tenemos noticias y nos gustaría saber qué es lo que estudia y si está sano. Le deseamos lo mejor para su cumpleaños. Con sus padres estamos en contacto diariamente. Todos nosotros estamos sanos también mis hijos y mi nieto. Un saludo de toda la familia.

Tía Hedwig

Thomas era el pequeño Tommy al que sus padres llevaron a la estación de Praga para que pudiera huir a Inglaterra en los transportes que organizó Nicholas Winton.

Leo la frase repetidas veces: «*Con sus padres estamos en contacto diariamente*». ¡Qué forma más sutil de decirlo!, la realidad era: «Estamos todos en el gueto».

Durante los meses de marzo, abril y mayo aumentaron el número de deportaciones. El gueto estaba saturado y la orden dada de la Solución Final tenía que cumplirse antes de finalizar el año, esto significaba que debía ser exterminada toda la población de Theresienstadt antes de finalizar 1944. Una ardua tarea para los nazis que construían sin parar las cámaras de gas y los crematorios. Mientras tanto la Cruz Roja Internacional, ante la posición de Dinamarca —cuyo Rey, según se cuenta, se negó a entregar el censo de población judía, ya que para él todos sus súbditos eran iguales—, quería visitar Theresienstadt para ver en qué condiciones se vivía allí. Los nazis, pues, tenían un doble interés: disminuir la población del gueto para que la imagen que tuviera la Cruz Roja Internacional fuera la de una ciudad idílica y de paso llevar a cabo la Solución Final. Otra cosa era el «embellecimiento» de la ciudad.

La segunda semana de mayo, cuando Pavel fue a ver a su madre, su abuela Hedwig recibió la noticia de que entraba en las listas del 15 de mayo y ellos en las del 18 de mayo. Estaban hundidos, tenían mucho miedo pues desconocían adónde los llevaban pues veían que nadie regresaba, pero Pavel confiaba en que allí empezaría la recuperación, pensaba que cumpliría los diez años iniciando una nueva vida e intentaba animar a los adultos siempre tan pesimistas.

Cuando volvió al edificio L417 fue inmediatamente a comunicárselo a su tutor Reuven y a sus primos Peter y Michael. Peter le decía: «*Mi padre está seguro de que los Aliados ganarán la guerra, Pavel, y luego estos alemanes tendrán su merecido. Resiste Pavel, resiste, que esto no nos lo tenemos que perder. Mi padre me ha dicho que los americanos ya han llegado a Sicilia y los rusos están cerca*». Michael intentaba ilusionarle pensando en los partidos de fútbol que jugarían después de la guerra.

Se dirigieron al aula de Peter, ya que quería despedirse de *Patty*, que se había convertido en la «confidente» de todos ellos y le dejó un dibujo al lado; el pequeño tuvo la sensación de que la muñeca de ojos azules le daba las gracias y le transmitía fuerza. Fue su despedida.

La primavera había entrado en Theresienstadt. Sobre los tejados de los barracones se veían los nidos que los pájaros habían construido para sus crías. Unas nuevas vidas iban a nacer. Mientras tanto, en la estación los nazis empujaban, como si fueran animales, a las personas para introducirlas en los vagones de tren que los llevaba a la muerte. ¡La vida y la muerte siempre en constante movimiento!

El 18 de mayo, Peter y Michael fueron a despedir a Pavel. Las escenas en la estación eran dramáticas, Pavel, con su mochila a la espalda donde había colocado una libreta y unos lápices de colores, miraba, asustado y desconcertado, el espectáculo asido a la mano de su padre. Adar también formaba parte del mismo transporte. Cuando vio a sus primos se soltó, corrió hacia ellos para abrazarles y les dijo: «Yo *siempre el primero. Con Adar os esperaremos. Cuando lleguéis volveré a ser el veterano*».



No puedo imaginar lo que debía sentir dentro de aquel vagón de reses, apretado entre sus padres, ni mucho menos puedo imaginar lo que debía percibir al llegar a Auschwitz-Birkenau. No sé cuántos cientos de pasos tuvo que dar hasta las cámaras de gas, no sé lo que sintió y no sé lo que sufrió.

Pero sí sé que los nazis arrancaron la vida a un niño que se llamaba Pavel Popper, y sí sé que esto ¡JAMÁS! hubiera tenido que suceder, y sí sé que la historia debe contarse tantas veces como sea

necesario para lograr que nunca más vuelva a suceder.

Le faltaban dos meses para cumplir diez años. Era solo un niño.



Descanse en paz.

IN MEMORIAM

EDUARD GRŮNBAUM
TEREZÍN 1862 – 1942

ALŽBĚTA GRŮNBAUMOVÁ
OSVĚTIM 1879 – 1944

LEO GRŮNBAUM
LODŽ 1906 – 1941

MARIE GRŮNBAUMOVÁ
LODŽ 1914 – 1941

OTTO FLEISCHER
OSVĚTIM 1891 – 1944

LOUISE FLEISCHEROVÁ
OSVĚTIM 1895 – 1944

EVŽEN GRŮNBAUM
MALÁ PEVNOST, TEREZÍN 1876 – 1942

HEDVIKA POPPEROVÁ
OSVĚTIM 1874 – 1944

HANUŠ POPPER
OSVĚTIM 1902 – 1944

HELENA POPPEROVÁ
OSVĚTIM 1904 – 1944

PAVEL POPPER
OSVĚTIM 1934 – 1944

Lápida mortuoria con los nombres de la familia Popper.



Jáchymova 63/3, 110 00 Praha 1

www.terezinstudies.cz

Výpis údajů z Databáze obětí holocaustu, http://www.holocaust.cz/cz/victims/

Database of the Holocaust Victims – search results, http://www.holocaust.cz/en/victims

database@terezinstudies.cz

---

zahynul
poslední bydliště před deportací: Praha: XII
adresa/místo registrace v Protektorátu: Praha: II., Klemensgasse 34/2067 [II., Klimentská 34/2067]

Rodina POPPER

Popper Hanuš Dr.
narozen 01.07.1902
transport Ak - číslo 128 (24.11.1941 Praha -> Terezín)
transport Eb - číslo 684 (18.05.1944 Terezín -> Osvětim)
zahynul
poslední bydliště před deportací: Praha: XIV
adresa/místo registrace v Protektorátu: Praha: XIV., Linzer Strasse 1337 [XIV., Linecká 1337]
DIGITALIZOVANÉ DOKUMENTY, FOTOGRAFIE

→ **Popperová Helena**
narozena 13.11.1904
transport AAl - číslo 241 (02.07.1942 Praha -> Terezín)
transport Eb - číslo 685 (18.05.1944 Terezín -> Osvětim)
zahynula
poslední bydliště před deportací: Praha: XIV
adresa/místo registrace v Protektorátu: Praha: XIV., Linzer Strasse 133 [XIV., Linecká 133]
DIGITALIZOVANÉ DOKUMENTY, FOTOGRAFIE

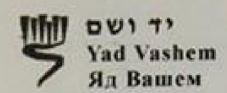
→ **Popper Pavel**
narozen 12.07.1934
transport AAl - číslo 242 (02.07.1942 Praha -> Terezín)
transport Eb - číslo 686 (18.05.1944 Terezín -> Osvětim)
zahynul
poslední bydliště před deportací: Praha: XIV
adresa/místo registrace v Protektorátu: Praha: XIV., Linzer Strasse 1337 [XIV., Linecká 1337]

Nenalezeni v databázi obětí:
HEDVIKA POPPER a její manžel
GOTTLIEB POPPER . Oba deportováni do Terezína a později do Osvětimi.

Rodina GRUENBAUM

Grünbaumová Markéta
narozena 03.08.1899
transport Cc - číslo 977 (20.11.1942 Praha -> Terezín)
osvobozena Terezín

Lista de deportación de la familia Popper, en la que constan el nombre de Pavel y los números que de adjudicaron de Praga a Terezín en 1942 y de Terezín a Oświęcim (*Auschwitz*) en 1944.



The Central Database of Shoah Victims' Names

2150133

YAD VASHEM Martyrs' and Heroes' Remembrance Authority — **DAF-ED** דף-עד — יד ושם P.O.B. 3477 Jerusalem, Israel

A Page of Testimony

Photograph, preferably passport size.

Please do not attach the photograph with glue. Include the name of the deceased on the back of the photo.

1. Family Name: POPPER ~~HANS~~
2. First Name: HANS
3. Maiden Name:
4. Date of birth or approximate age: JULY 1, 1902
5. Place of birth (town, country): PÜRSTEIN BEI ~~LEITMERITZ~~ KAADEN
6. Name of mother of the deceased: HEDWIG POPPER
7. Name of father of the deceased: GOTTLIEB POPPER
8. Name of wife or husband: HELENA
9. Profession: LAWYER
10. Place of residence before the war: PRAGUE
11. Place of residence during the war: PRAGUE, TEREZIN, AUSCHWITZ
12. Circumstances of death (place, date, etc.)

THE MARTYRS' AND HEROES' REMEMBRANCE LAW, 5713—1953 determines in article No. 2 that —

The task of YAD VASHEM is to gather into the homeland material regarding all those members of the Jewish people who laid down their lives, who fought and rebelled against the Nazi enemy and his collaborators, and to perpetuate their memory and that of the communities, organizations, and institutions which were destroyed because they were Jewish.

SECTIONS 1 TO 12 REFER TO THE DECEASED ONLY

I, the undersigned: MARIETTA EMONT
residing at (full address): P.O. BOX 363, GRANVILLE, OHIO, 43023, USA
relationship to deceased: UNCLE

hereby declare that this testimony is correct to the best of my knowledge.

Signature: Marietta Emont
Place and date of registration: Granville January 17, 1986

"...ונתתי להם בביתי ובחומותי יד ושם...אשר לא יכרת"

"...even unto them will I give in mine house and within my walls a place and a name...that shall not be cut off."

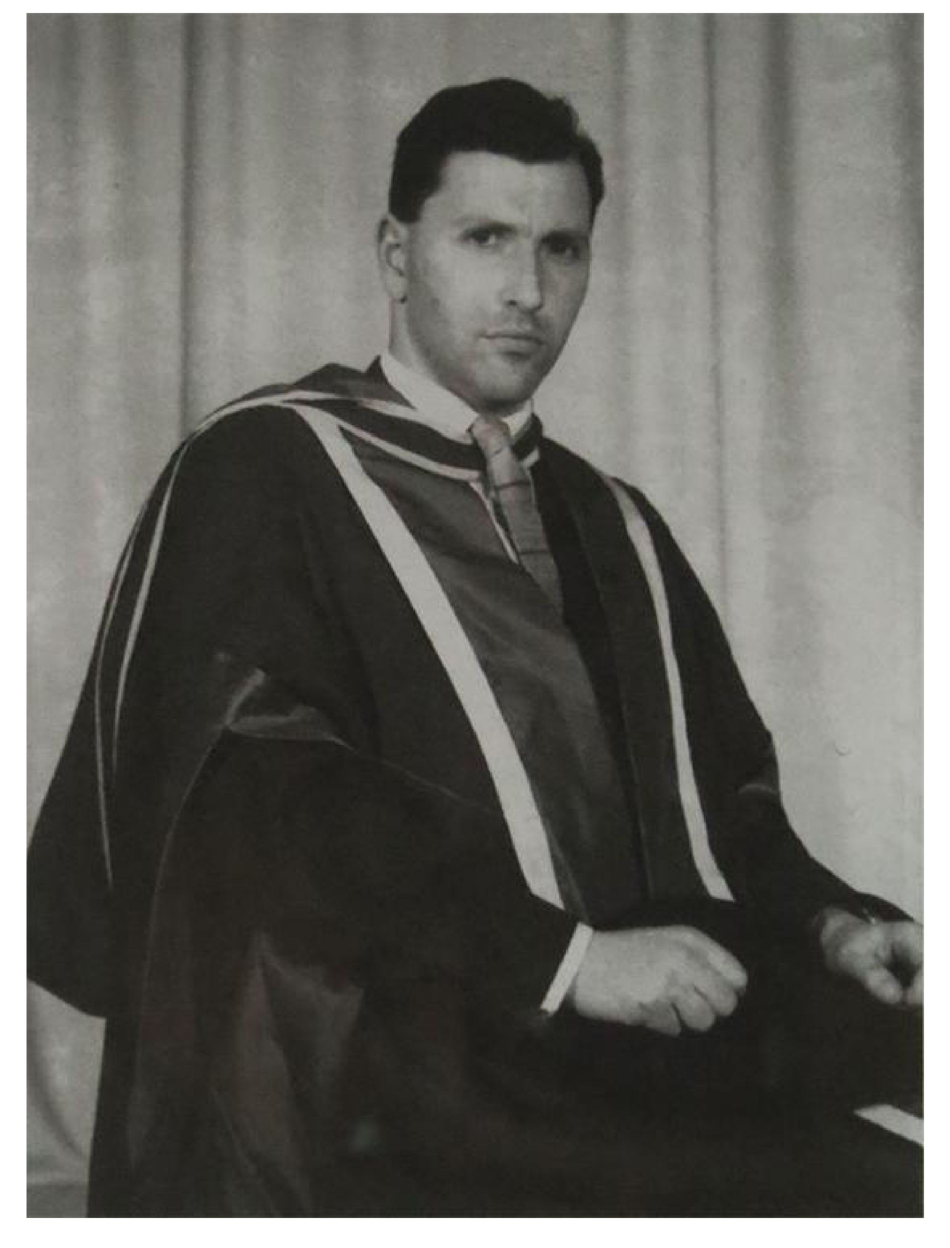
PLEASE FILL IN ALL THE INFORMATION IN BLOCK LETTERS.
EACH VICTIM OF THE HOLOCAUST MUST BE INSCRIBED ON A SEPARATE FORM

Inscripción realizada por Marietta, hermana de Michael, de su tío Hans Popper en el archivo de víctimas de la Shoah del Yad Vashem.

QUINTO BRAZO



TOMMY



A los padres de Tommy les había llegado la noticia de la presencia de Nicholas Winton en Praga. Debido a los contactos que el padre de Tommy tenía con Inglaterra, sabía que un abogado que trabajaba en la Bolsa de Valores de Londres había abierto un despacho en el Grand Hotel Šroubek en la Plaza de Wenceslao en Praga. Allí, atendía a las familias que querían sacar a sus hijos del Protectorado para instalarlos en Inglaterra. El joven Nicholas Winton se había puesto en contacto con el Refugee Children's Movement (RCM) para conseguir que esta organización diera alojamiento y consiguiera el dinero suficiente para

que el Gobierno británico aprobara la llegada de refugiados europeos menores de diecisiete años. Para ello tenían que tener un lugar de acogida y un depósito de cincuenta libras (alrededor de 1.500$ de hoy) por niño. Nicholas Winton se encargaba de los traslados. En Praga, como cualquier ciudad pequeña, las noticias corrían y el rumor se había propagado. Así que, el martes 20 de junio de 1939, a las 10 de la mañana, Tommy y sus padres estaban esperando en el Hotel Šroubek a ser recibidos por Winton.

Los nazis estaban ya instalados en Praga desde el 15 de marzo y el antisemitismo se respiraba de una forma creciente en la ciudad, a niveles jamás conocidos hasta aquel momento. Tommy y sus padres estaban nerviosos, y el niño, como hacía habitualmente, no paraba de mover las manos mientras su madre intentaba tranquilizarlo. La entrevista fue corta. Nicholas habló a Tommy con realismo, contándole por qué querían sus padres esa separación. El niño asentía con la cabeza escuchando atentamente a Mr. Winton, confiando en sus palabras. Todos creían que sería por poco tiempo, hasta que la familia pudiera reunirse, bien en Londres o en Praga. Por duro que fuera separarse, para los padres era una medida de protección hacia sus hijos. Cada día salían nuevos decretos que convertían la vida en algo insostenible. Para la familia de Tommy conseguir que fuera admitido en las listas era asegurar su existencia. Nicholas Winton les comentó que desde enero estaban saliendo trenes y que hasta aquel momento todos los niños estaban ya instalados en familias o instituciones. A medida que los niños se iban inscribiendo, les otorgaban un número. Tommy tenía el número 1170. El avalador económico era Mr. Barón, de la localidad de Felixstowe, un señor al que jamás conoció. La casa seleccionada era la del pastor anglicano en Brettenham, un pequeño pueblo del condado de Suffolk, al este de Inglaterra, donde la población no llegaba a los trescientos habitantes.

CZECH CHILDREN'S SECTION Page 15

NAME	CHRISTIAN NAME	SER. NO.	BIRTH-DATE	CHILD'S PRESENT ADDRESS	GUARANTOR'S NAME AND ADDRESS	RE-EMIGRATION LIABILITY	REMARKS
LOEWENTHAL	Richard	12365	2. 7. 23.	c/o guarantors	Catholic Committee for one year only.	Czech Section	Farm training
LOEWY	Paul	12366	24. 9.24	Loughborough Coll., Leicester.	Mrs. Edna Kantor, 135 Gloucester Place, London, N.W.1.	Deposit	At Loughborough College, Leicester.
LOEWY	Paul	12367	24. 7.24	c/o guarantor	Mr. R. A. Overton, Rugby Committee, The Green, Bilton.	Rugby Committee	
LOEWY	Vera Helga	5306	29. 1.30	With guarantors	Mr.& Mrs. Faires, The White House, Bury St.Edmunds.	Czech Section	
LUDWIG	Johanne	4962	22. 9.30	c/o [illegible] [illegible] N.W.7.	Brit.Cttee.for Refugees from C.S.R., 5 Mecklenburgh Sqr.W.C.1.	Guaranteed by guarantors	[illegible] C.T.
LUFT	Jiri	1025	2. 4.27	c/o [illegible] 811 Finchley Road, London, N.W.11. [illegible]	S., G., & E. Isaacs, 811 Finchley Road, N.W.11, etc.	Bank guarantee	[illegible] College
LUKAS	Tomas	1170	15.11.28	~~with guarantor~~ [illegible]	Mr.Baron, St.Anthonys Hotel, 19 Leopold Road, Felixstowe.	Movement	
LUSTIG	Kater	5305	20.11.29	with guarantor	Robert W. Dodd, 46 Runcorn Road, Barnton Northwich, Ches.	Personal guarantee	
LUSTIG	Eugen	1335	1. 3.27	at guarantors' hostel, Stamford Hill. [illegible]	Chief Rabbi's Religious Emergency Council, 86 Amherst Park, N.16.	Chief Rabbi's Relig. Emergency Council.	Jewish Free School
MAHLER	Sylvia	4653	30. 8.33	with guarantor	Miss Kitchin, Roundham School, Paignton, S.Devon.		Guarantee arranged before re-em.guar. was requested. Child at Roundham School, Paignton.
MAIER	Anni	4961	30. 5.27	c/o guarantors	Brit.Committee for Refugees from C.S.R., 5 Mecklenburgh Sqr.W.C.1.	guaranteed by guarantors	C.T. —

Listado de Nicholas Winton —para los *kindertransports*— en el que aparece el nombre de Tommy (como Tomas Lukas).

Los padres de Tommy estaban si no felices, al menos tranquilos de poder sacar a su hijo del país. Sus planes contemplaban irse a vivir a Londres, donde el padre creía que podría seguir ejerciendo su labor profesional en el mismo banco donde la desarrollaba en Praga. Tommy sabía que su prima Catherine ya había marchado unos meses antes y según le decían estaba muy contenta. Recordaba perfectamente el día que se había despedido de sus primos. Catherine estaba como siempre con su muñeca *Patty*, y Tommy recordaba cuando le pidió a su primo Peter que hiciera de padre adoptivo. «*Qué ocurrencia*», pensaba Tommy.



Tommy en su juventud.

El 2 de agosto de 1939, Tommy empezaba una nueva vida. Aquel día su madre había hecho un desayuno especial con unos *pancakes* que le gustaban mucho. Estuvieron los tres juntos hablando, intentando dar normalidad al ambiente sin demostrar su nerviosismo, aunque quizá Hanna era la que más lo manifestaba. Rumbo a la estación, Tommy no se desprendía de la mano de su madre. En su maleta, la ropa de verano y la prevista para el próximo invierno, aunque la esperanza de sus padres era estar ya en Londres para aquellas fechas, y en su mochila, algunos de los libros del último curso escolar, y sobre todo, su libro de lectura preferido: *Las aventuras de Tom Sawyer*.

Cuando llegaron a la estación ya había muchos niños y niñas acompañados de sus padres y, en general, aferrados a ellos. Los responsables de los transportes intentaban ordenar e ir instalando, según sus listas, a los niños en los vagones. Tommy iba vestido con pantalones cortos, americana y gorra de cuadros. Su madre quería que tuviera buen aspecto ante el reverendo y había seleccionado el mejor vestuario de su hijo. Los minutos avanzaban a una velocidad frenética. A muchos de los niños les costaba subir a los vagones. Antes de hacerlo, Tommy se abrazó a sus padres, haciéndoles prometer que pronto volverían a estar juntos. Aunque los padres, afirmaban que «*muy pronto*» no dejaban de preguntarse: «¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde estarán los niños? ¿Estarán bien cuidados?».

Cuando el tren empezó a ponerse en marcha, a través de las ventanillas se veían las manitas de los niños agarradas a sus padres, asidas a la vida que les obligaban a abandonar y sin saber adónde iban y con quién. Muchos de los niños lloraban y también parte de los padres que los despedían. Los responsables de los transportes intentaban tranquilizar a niños y familiares. El último destino era la estación de Liverpool Street en Londres. Hasta llegar allí tenían un largo trayecto hacia el Oeste, hacia lo que significaba la salvación. Atravesando Alemania el tren iba rumbo a Amsterdam.

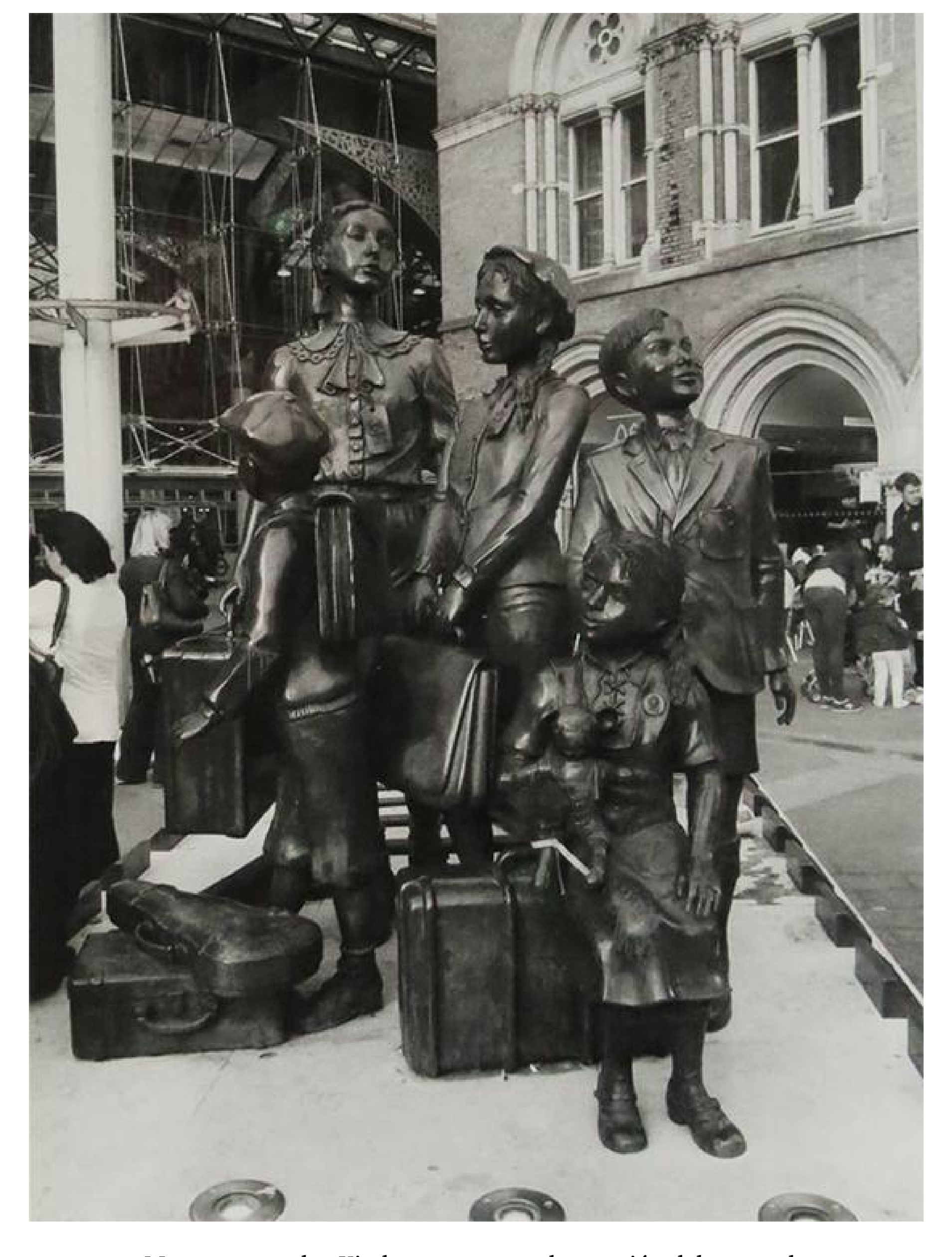
Los padres de esos niños, en su mayoría, tuvieron un recorrido en trenes en sentido contrario, al Este, lo que les significó el exterminio.

En el compartimiento del vagón de Tommy había seis niños más. Después de un buen rato en el que ninguno tuvo ganas de hablar, se rompió el hielo y empezaron a comentar historias, a jugar e incluso a reír entre ellos. El carácter retraído de Tommy le impedía integrarse en el grupo, sentía aún en su cara el perfume de su madre y le había quedado retenida la mirada triste de su padre sonriéndole. Después del bocadillo que les dieron, los cuidadores les entregaron unas mantas para intentar que los niños se dispusieran a descansar. Tenían muchas horas por delante hasta llegar a su destino y, sobre todo, les esperaba un cambio radical en sus vidas. Iban rumbo a un mundo desconocido, del que apenas sabían nada, ni quiénes serían sus padres adoptivos o cómo serían, en qué ciudad vivirían… aunque les hubieran intentado explicar los detalles del viaje.

La llegada a la estación de Ámsterdam fue espectacular. Les recibieron con grandes aplausos, algo que ayudó para que los niños se sintieran unos héroes. Tommy estaba totalmente confundido. Desde allí les acompañaron al puerto para atravesar el Canal y llegar al puerto de Harwich, Inglaterra. Tommy nunca había subido a un barco, y pensó que aquello sí que era una auténtica aventura como las de

Tom Sawyer. Durante el viaje les dejaron estar en la popa «*cruzando mares por donde después vendrán mis padres para llegar a una tierra pacífica donde podamos vivir juntos y en paz*», pensaba Tommy.

Dos días después llegaron a Harwich donde fueron conducidos al tren que les llevaba a la estación de Liverpool Street, en el East End de Londres. A medida que se acercaban a su destino, se fueron apagando los juegos y las voces. Desconocer lo que sucedería después ocupaba sus mentes. Cuando el tren por fin paró, todos los niños ya llevaban una tarjeta con sus señas de identificación, desde allí cada uno con su maleta se dirigió al andén. Tommy miraba expectante, cuando se le acercó un señor que venía de parte del pastor a buscarle, lo saludó y lo hizo entrar en un vehículo. Tommy miraba con sorpresa lo que pasaba ante sus ojos. Conducían al revés y todo le era extraño. Los carteles, el paisaje… El conductor se esforzaba en hablar con él, pero Tommy no lo entendía.



Monumento a los Kindertransport en la estación del metro de Liverpool Street en Londres.

Al llegar a Brettenham, el pastor le estaba esperando. Saludó correctamente a Tommy indicándole que esa sería su casa de acogida hasta que llegaran sus padres. Ni una sola sonrisa, ni una sola palabra de cariño, ni un solo abrazo. Él esperaba algo de afecto; más que esperarlo, lo necesitaba, para Tommy una muestra de ternura era más importante que el plato de sopa humeante que le habían servido en la

cocina. Le acompañó a su habitación donde, en un papel encima de la mesita de noche, estaban escritos el horario y las obligaciones a cumplir y le indicó que, cuando tuviera ordenada su ropa, fuera a la cocina para cenar. Estaba tan nervioso que apenas pudo tragar aquella sopa que encontró malísima y el pudín posterior. Cuando terminó, el pastor le dijo que podía ir a su cuarto y que al día siguiente, después de haber hecho la cama y desayunado, le acompañaría a la escuela.

El cuarto era no solo austero, era frío y poco iluminado. Una cama con su mesita de noche, un armario para la ropa, un escritorio con una silla y un lavabo. Una manta gris era todo el color que tenía aquella habitación. Tommy abrió su maleta, colocó la ropa en el armario, los libros encima del escritorio y la foto de sus padres en la mesita de noche, y entonces se derrumbó. Lloro y lloró como nunca lo había hecho en su vida. Se acordaba de sus padres, miraba la foto intentando que tuviera vida, se sentía tremendamente aislado, no entendía el idioma, estaba en un país extraño y solo tenía diez años. El reverendo fue su «padre adoptivo» durante los siguientes años, un hombre al que no le gustaban los judíos y cuya única preocupación fue la de convertir al anglicanismo a un niño de diez años, algo que no consiguió.

Qué afortunado y qué cruel fue el destino de estos niños. Les salvaron sus vidas pero a muchos de ellos les arrebataron su mente. ¿Qué habían hecho aquellas criaturas para ser arrancadas de sus padres?

Un mes más tarde, cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania, el reverendo no cesaba de decir, «*vosotros, los judíos, tenéis la culpa de que nos encontremos en esta situación*». Cuando Tommy oía esta frase, le hubiera gustado contestarle e incluso agredirle, pero ¿qué podía hacer?

Brettenham se convirtió en su nuevo mundo. Su integración al colegio no fue fácil aunque, a medida que entendía el idioma, el colegio le servía de entretenimiento. Las matemáticas le convirtieron en el mejor alumno en esta materia, lo que le hizo ser respetado por el resto de los alumnos.

Durante sus ratos libres escribía a sus padres, a Catherine, en su diario…

El encabezado de su libreta escolar, el primer día de clase, siempre fue el mismo, solo variaron la fecha y los números. «*Hoy, diez de agosto de 1939, hace 8 días, 192 horas, 11.520 minutos y 691.200 segundos que no veo a mis padres*». Y cada día, cuando escribía esta frase, sacaba la foto de sus padres y la besaba, inspiraba

profundamente intentando recordar la fragancia de su madre, el olor del vaso de leche y la mirada de su padre.

Por las noches, en su cuarto se acordaba de las reuniones con sus primos en Praga, aquellos domingos que habían pasado juntos, a su prima Catherine, la mayor, a Peter, a Michael y al pequeño Pavel. ¡Cómo los añoraba! ¡Cómo le hubiera gustado pasar otra vez tan solo unas horas con ellos! Recordaba cuando Catherine se despidió diciendo que se iba a Londres. Le había entristecido mucho la marcha de su prima, y pensaba que a él no le gustaría separarse de sus padres.

Con el paso de los meses, Tommy fue aclimatándose a su nuevo ambiente. Sin darse cuenta, aprendió el idioma y esto le facilitó poder conversar con sus compañeros de clase pero nunca tuvo amigos. Era introvertido y le costaba relacionarse. El trato con el reverendo era frío, distante; nunca se sintió maltratado pero jamás tuvo ninguna muestra de cariño.

Así fueron transcurriendo los primeros años de Tommy en Inglaterra. Una infancia triste, en un hogar donde no se sentía querido.

En 1942, cuando ya hacía tres años que estaba allí, sus padres le comunicaron que se iban a otra ciudad, a Theresienstadt, donde estarían muy bien. Tommy tenía entonces trece años. Estaba empezando su adolescencia. No podía entender lo que pasaba y le preguntó al reverendo:

—Reverendo, me dicen mis padres que se van a Theresienstadt, una ciudad que Hitler regala a los judíos.

—¡Una ciudad para los judíos! ¡Vaya, Tommy, encima tener que oír eso! Ya te digo que lo que tienes que hacer es convertirte. No harás nada siendo judío.

La adolescencia de Tommy fue muy dura. Sin compañía, sin saber lo que le pasaba a su familia y con la preocupación constante de constatar que no llegaban a Inglaterra. No solo estaba tremendamente solo, sino que «se sentía solo».

En la mente de Tommy se empezaron a crear fantasmas. Por las noches se sucedían las imágenes de la despedida en la estación Wilson de Praga. Veía a sus padres, notaba entre su mano la de su madre y veía las decenas de manos de los otros niños, que sobresalían de los vagones y que se asían a las de sus padres. Los sueños se repetían una y otra vez. Una y otra vez… Manos, manos y manos de niños buscando aferrarse a sus progenitores.

Desde Theresienstadt le llegaba una carta al mes. Esperaba ansioso tener noticias de su familia, a pesar de que el contenido de las cartas

era totalmente anodino.

«Estamos bien». «Con nosotros están Pavel, Peter, Michael y todos los tíos».

Tommy se preguntaba por qué él estaba solo allí y el resto de la familia en Theresienstadt. ¡Lo que hubiera deseado estar con ellos!

Por las noches, las imágenes de la despedida se repetían una y otra vez. Una y otra vez. Manos, manos y manos de niños aferrados a sus progenitores.

Se había convertido en el alumno más brillante de matemáticas del colegio, era respetado como compañero, pero seguía sin tener amigos.

Así transcurrió la adolescencia de Tommy. Solo, en un pequeño pueblo de la Inglaterra profunda, con un reverendo que lo único que quería de él era la asignación económica que recibía del Gobierno inglés y convertirlo al anglicanismo y sin una brizna de cariño. A medida que se desarrollaba su físico, crecían los fantasmas en su mente.

Tuvo una inmensa alegría cuando pudo ir a Londres para encontrarse con su prima. Lo que menos le importaba era visitar la ciudad. Quería saber de Catherine y conocer si ella tenía más noticias de los suyos.

En 1944, Tommy cumplió quince años. En agosto recibió una carta de sus padres donde le comunicaban que los trasladaban a otra ciudad. ¿A otra ciudad? ¿Adónde? Le decían que si no recibía cartas no se preocupara, pues seguramente allá a donde iban no podrían escribir. «*¿Que no podrían escribir*? —pensaba—, *pero ¿dónde los llevan?»*.

A partir de aquel día no tuvo más cartas. Fue un año durísimo. En Brettenham, solo se hablaba de que la guerra estaba próxima a acabar. Escribió a Catherine, a través de la cual intentaba tener más noticias. Su prima le hablaba de Anja, de su amiga, de lo que estaba sucediendo en Holanda, y en los países donde habían entrado los nazis. Tommy procuraba escaparse, al salir del colegio, al bar del pueblo para poder leer el periódico, pero en este solo se hablaba de los avances militares, de los americanos, de los rusos, pero… ¿y de los judíos? ¿Qué pasaba con los judíos? De esto no se comentaba nada.

Cuando, en mayo de 1945, acabó la guerra y empezaron a salir imágenes de los campos de exterminio creyó enloquecer. A través de Catherine se enteró de la deportación de toda la familia. ¿Adónde? ¿A este campo que se llama Auschwitz? ¿Qué han hecho con los míos?

Y las imágenes de la despedida en la estación de Praga con sus padres seguían apareciendo noche tras noche. Manos, manos y manos

aferrándose a sus progenitores.

Para Nicholas Winton y toda su organización fueron días de una tremenda aflicción y responsabilidad. Intentaban ponerse en contacto con las familias de los 669 niños que habían conseguido llegar a Inglaterra y la respuesta era decepcionante. En el 80% de los casos la contestación era: DESAPARECIDOS.

¿Qué hacer con aquellos niños? La organización se puso en contacto con los que tenían algún familiar en Inglaterra, por si querían hacerse cargo de ellos, a los padres de acogida se les ofreció la posibilidad de la adopción, pero ¿qué hacían con los chicos y chicas que no tenían a nadie?

El Gobierno británico ofreció la posibilidad de albergar a esos chicos y chicas en unas residencias preparadas para tal objeto.

Por supuesto, ni el reverendo quería seguir con Tommy, ni Tommy con el reverendo.

A partir de aquel momento. Tommy siguió su andadura en solitario. Se había despedido de sus padres a los diez años y no tenía a nadie más. De la única persona que sabía algo era de Catherine que le había contado que se iba a Canadá.

¿Y Peter? ¿Y Michael? ¿Y Pavel?

Tommy hubiera preferido estar con ellos independientemente del resultado.

Al marchar Catherine a Canadá rompió todos los lazos de unión que le quedaba con la familia. A pesar de que ella le había dado su dirección, nunca le escribió.

Lo único que quería era reencontrarse con sus padres y eso Catherine no se lo podía ofrecer.

En la residencia había muchos chicos como él, cuyos padres habían desaparecido. Pero esto no le sirvió de terapia. Él quería a sus padres.

Su inclinación por los números le llevó a decidirse a cursar la licenciatura de matemáticas. Quizá su mente pensaba encontrar algún logaritmo que le permitiera saber cuándo volvería a ver a sus padres. Frecuentó a otros jóvenes en la universidad y en cierta forma esto le ayudó a seguir viviendo y a conocer a la que luego sería la madre de sus cuatro hijos, que lo entendía, ayudaba y apoyaba. Pero los fantasmas de su mente no desaparecían.



Cuando su hijo mayor cumplió diez años, su imaginación se trasladó a sus propios diez años, al día que se iba a la estación con su maleta, la mochila y su gorra de cuadros. Y así lo hizo: cogió la maleta, la mochila, se puso una gorra de cuadros y se fue a la estación. Cuando su esposa volvió a casa con los niños, encontró una nota en la que Tommy le decía que no lo buscara, que se iba a encontrar con sus padres.

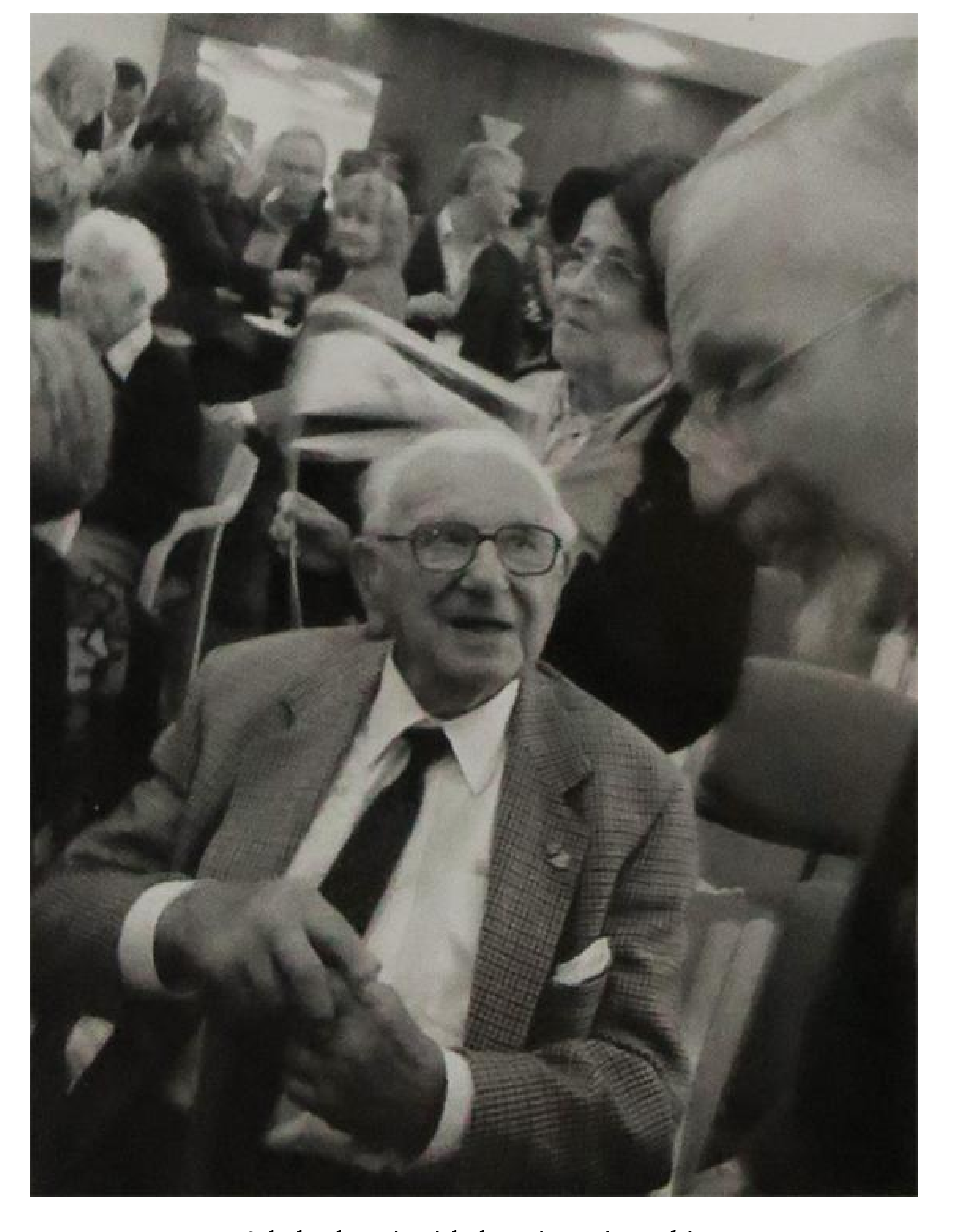
Fueron tiempos muy duros para la familia en la que la búsqueda de Tommy fue incesante, pero sin resultados positivos; tuvieron que pasar muchos años para que Tommy, ya no solo enfermo de mente sino de cuerpo, volviera a Londres para ser cuidado por los suyos.

En agosto de 1939, a Tommy le protegieron su vida pero le dañaron su mente. La huella de sus padres estuvo presente en todo momento, y la falta de cariño del reverendo le marcó para el resto de su vida.

Una triste historia de salvación.



Tommy el día de su boda.



Saludando a sir Nicholas Winton (*sentado*).

SEXTO BRAZO



Mis viajes y reencuentros

Cuando terminé de cerrar la última carpeta de mis siete cajas lo tuve muy claro. ¡Tengo que encontrar a mi familia!, a los que hayan sobrevivido a este cataclismo. Confieso que me quedé anímicamente muy tocada y que, desde aquel día, puedo decir, al igual que Michael, que no hay día que no piense en lo que pasó. Pero por otro lado, me sentí una vencedora. Habíamos conseguido destruir el mal y el malvado había sido vencido como en los cuentos.

Me puse manos a la obra. El dilema era cómo empezar. Desplegué mi árbol genealógico, lo coloqué en una pared e intenté centrarme en aquellas personas que tuviera más posibilidades de encontrar. Mi prioridad era Israel. Nunca había estado allí y siempre había sido uno de los países que quería conocer. Por supuesto ahora tenía un doble motivo: conocer a los familiares que vivían allí y además honrar a este pequeño estado que ha sido capaz de abrir las puertas a todos los judíos del mundo que lo necesitaran, fuera cual fuera su color de piel, su idioma y su condición social o económica.

Confieso que tengo a mi marido y a un grupo de amigos que me acompañan en esta búsqueda y que no tendré vida suficiente para darles las gracias. Así que los llamé, y les propuse un viaje a Israel.

Buscaba las direcciones que tenía de mi primo Reuven, nieto de Max Lehmann, fundador de la fábrica de la que salió *Patty*, lo intenté mandando varias cartas pero no obtuve respuesta. Pensé que a lo mejor a través del guía con el que estábamos planeando el viaje, conseguiría algo más. Recuerdo que era un martes por la mañana

cuando me mandó un correo que me decía: «*Creo que los he localizado. Como estoy cerca intentaré pasar por su casa*».

El martes por la tarde, andando por la calle, recibí una llamada telefónica con un prefijo largo y pensé en no contestar pero mi intuición hizo que respondiera.

—Dory, soy Reuven Steinhardt, tu primo de Israel.

Me hablaba en un alemán correctísimo. Se me hizo un nudo en la garganta que me impedía contestar.

—Reuven, Dios mío, pensé que no te localizaría —respondí.

Así empezó nuestra primera conversación. Nuestro primer abrazo nos lo dimos en Tel-Aviv, una tarde de enero del 2012, sentados en el hall del hotel con el Mediterráneo al alcance de nuestra vista. No me acuerdo si hacía calor o frío, si había salido el sol o estaba nublado porque solo estaba pendiente de él, y él de mí.

Cuando lo conocí ya superaba los ochenta años y admiré su memoria, su capacidad de comunicarse tanto verbal como informáticamente pero sobre todo su mirada porque transmitía la misma ternura que la mirada de mi padre. Era un hombre bueno que supo escoger la compañía adecuada, Miri, cuya familia procedente de Estrasburgo también acarreaba una historia a sus espaldas. Durante nuestro viaje a Israel hizo de guardián en todo nuestro recorrido, «*¿adónde vas?, ves a ver esto, no te pierdas este museo…*».

Desde entonces con Reuven tuvimos decenas de conversaciones, llamadas, correos, *etc.* Aprendí mucho de él, me dio a conocer nuestra genealogía desde los tiempos de mis bisabuelos y reconozco que, a veces, me quedaba leyendo todos aquellos documentos que me había entregado pensando en qué iba a hacer con todo ello.

Nuestro segundo encuentro tuvo lugar en mayo de 2016. El Instituto Cervantes me propuso presentar *Las siete cajas* el día de la celebración de la memoria del Holocausto en Israel, una vivencia vibrante. Cuando se estableció el Estado de Israel, David Ben Gurion, interpretando el sentimiento de su pueblo, añadió tres días festivos al calendario religioso. Uno de ellos era el día de la Independencia del Estado de Israel, el 14 de mayo. Los otros dos días eran de duelo: el día del respeto a las víctimas del genocidio que se dispuso en una fecha intermedia entre el final de la Pesaj o Pascua y el 14 de mayo y el día del respeto a la víctimas caídas en pro del Estado de Israel que se celebra el 13 de mayo, un día antes de la Independencia. No he vivido el 13 ni el 14 de mayo, espero hacerlo algún día, pero sí viví el de la memoria del Holocausto y puedo asegurar que me dejó huella. Aquel año era el día 2 de mayo. El día anterior, a las 18h las gentes del país inician su retiro. Yo estaba en Tel-Aviv, una ciudad palpitante

que rezuma actividad por sus cuatro costados y de repente, a las seis de la tarde, quedó en silencio. Al día siguiente, a las 10h de la mañana salía de la ciudad por la autopista. La radio avisa dos minutos antes de las l0h y a esta hora suena una sirena desde los Altos del Golán hasta el último grano de arena del desierto del Néjev, e Israel se paraliza durante dos minutos en respeto a sus víctimas. Los coches, los autobuses, los camiones, todo lo que circula incluidos los viandantes se paran; unos cantan el himno de Israel, otros ponen su mano en el corazón y otros como yo, callan y se emocionan. Es un dolor que vive todo este pueblo que ha resurgido con una fuerza increíble del mayor genocidio que ha conocido la historia. Dos minutos dan para mucho, para entender el sufrimiento que aún persiste y para entender que hay que mirar el presente y al futuro pero que jamás podrá ni debe olvidarse lo que ocurrió.

Tenía una visita obligada, desplazarme hasta las tumbas de mi tía Dorel y de Ella, la hermana de mi abuelo, víctimas del fascismo de Mussolini, para rendirles homenaje. Me ocurre algo curioso cuando realizo estos homenajes, me pregunto: ¿Qué oración debe de ser la adecuada? Y acabo siempre con recogimiento, y pensando: «DESCANSEN EN PAZ», porque en definitiva sea cual sea el credo, esto es lo que deseo.

Me quedaba algo importante por hacer. Inscribir a mis abuelos matemos, exterminados en Auschwitz, en la Sala de los Nombres del Yad Vashem, algo que hice con la ayuda de Alexander Avram. Gracias Alexander. Un acto sencillo y emotivo pero de justicia.

Reuven me acompañó en algunos de estos actos, uno de ellos fue la presentación del libro, y ¡válgame Dios! cómo se dio a conocer. Cuando llegó el tumo de las preguntas, tomó el micrófono y nos dejó a todos sorprendidos con un discurso que no tenía fin.

Tuvimos la oportunidad de pasar un día entero en su casa con su esposa y él. Hablamos degustando una deliciosa comida, miramos fotos, conocí a sus hijas, paseamos por el jardín, y en resumen, pasamos un día familiar, tras un reencuentro demorado tantos años. Viven fuera de Tel-Aviv, en el campo. Cuando sus padres llegaron allí, junto a su abuela, decidieron comprar aquellas tierras y dedicarse al cultivo agrícola de cítricos. De la Alemania industrial pasaron a la Palestina agrícola, pero en aquel momento era pasar del terror a la esperanza.

Nos despedimos con ternura y, cuando le abracé, pensé cuándo tendría lugar nuestro siguiente encuentro temiendo que este fuera el último. Hace unas pocas semanas me llegó un correo de Miri, su esposa; me comunicaba que Reuven ya no estaba entre nosotros. Me

entró una tristeza tremenda pero por lo menos, en este último viaje a Israel, pudimos estar juntos, hablarnos, conocernos y querernos y este es el recuerdo que quiero tener de él, porque lo más importante es quedarte con el amor de los tuyos.

Reuven pertenecía a la familia de mi abuelo paterno. Mi siguiente objetivo era la familia de mi abuela paterna: PRAGA. Había estado en Praga hacía más de quince años cuando acababa de salir del comunismo. Ya entonces, sin saber nada de nuestra historia, pensé en buscar algún Wintemitz (apellido de mi abuela Rosa) en el listín de teléfonos. No me atreví. Otra vez el miedo a lo desconocido. Pero ahora era diferente. Llevaba todas las cartas de Praga en una carpeta y una de ellas era mi objetivo, la del primo hermano de mi padre, Hans Kral, que había escrito a mi padre adjuntándole la foto de sus hijos gemelos que acababan de nacer. Calculé la edad y eran dos años más jóvenes que yo. Hans resurgía de las cenizas. Abogado e hijo de uno de los médicos más prestigiosos de Praga, tuvo que vivir la muerte de su padre en Theresienstadt y la deportación de su madre a Auschwitz donde fue exterminada. Solo la historia de Hans Kral merecería un libro. Cuando los nazis le prohibieron ejercer su profesión, se dedicó a dar clases de fotografía y cinematografía, su gran afición, a la comunidad judía de Praga. Deportado a Theresienstadt, los alemanes lo obligaron a fotografiar el campo y rodar la película que querían mostrar a la Cruz Roja Internacional, presentando el gueto como la ciudad idílica destinada por el Führer a los judíos. Filmó la película y tuvo la valentía de hacer secuencias de la realidad del gueto, cortarlas y hacerlas llegar a la resistencia. Los trozos de película que cortó se encontraron en la década de 1970 en Varsovia y en Praga y han servido para atestiguar lo que pasó en aquel lugar. Hans Kral pasó por Auschwitz, Schwarzheide y Sachsenhausen, donde fue liberado por los rusos en mayo de 1945 y devuelto a Praga hecho un despojo humano a sus treinta años, sin dientes, con los pulmones y los riñones afectados y unas secuelas psicológicas importantes. Pero estaba vivo. Tuvo la capacidad de resurgir de aquel lodo. Todo esto se lo había ido contando a mi padre en sus cartas y tuve clarísimo que tenía que encontrar a sus hijos. Intuí que seguían viviendo en Praga, y ahora que ya los conozco, que nos hemos podido abrazar y besar, pienso que a mí siempre me ha ayudado la intuición. Comenzó la búsqueda. Consulados, agencias, correos hasta que di con Tamara Prezek, una joven encantadora checa que vive cerca de Barcelona y que me ayudó a encontrarlos. Un día recibí una llamada telefónica de Tamara: «*Ya está. Los encontraremos. Desde Theresienstadt me han dicho que van a hacer un homenaje a Hans Kral y que se han puesto en contacto con sus*

dos hijos gemelos y sus nueras».

Otra vez maletas, y otra vez mis amigos acompañándome en esta aventura. Con la esposa de uno de mis primos, Ivana, reconstruimos el árbol, ella añadió los familiares con los que estaba en contacto y se produjo el milagro: Boston, Montreal, Viena y Londres. Entre las diferencias horarias y la intensidad de los correos, fue una semana de insomnio y de alta tensión emotiva pero valió la pena pues se empezaron a abrir todos los frentes.

Volví a Praga en el año 2015, pero esta vez ya fue con mis hijos y mis nietos para celebrar un cumpleaños especial. Conseguí convocar un encuentro con todos los familiares de Praga y los que estamos dispersos por Europa, la hija mayor de Catherine, que vive en Viena realizando labores humanitarias en las Naciones Unidas y dos hijos de Tommy, que acababan de enterarse de la historia familiar, y que quisieron hacer un homenaje a su padre realizando el mismo trayecto que había hecho Tommy desde Praga pero a la inversa. Así que salieron de la estación Liverpool de Londres en dirección a Amsterdam para tomar un tren en dirección hacia Praga.

Fuimos juntos a Terezín, yo llevaba una libreta llena de datos para consultar en el centro de documentación. Tommy había guardado un mutismo total sobre lo sucedido con sus padres y el resto de la familia. Creo que allí pudieron entender el tormento que arrastró su padre durante su vida. Para todos nosotros fue un *shock*, pero indudablemente para ellos fue, además, una amarga sorpresa. Hablamos de la familia, de la historia, de lo acaecido y ellos se desahogaron contándonos la enfermedad de su padre, lo que habían vivido como hijos, sin tener conocimiento de los fantasmas que su padre albergaba en su interior.

Praga fue una explosión de emociones. Los anfitriones, los nietos gemelos de Martha Kral, la hermana de mi abuela, y sus esposas nos organizaron un encuentro maravilloso. Llevábamos etiquetas pegadas a nuestras chaquetas, con nuestros nombres para podernos dar a conocer en la comida que nos ofrecieron en el castillo de Praga, allá donde Hitler separó la familia… volvimos a unirnos. En el transcurso de la comida recibí un whatsapp de Michael desde Boston que me decía:

«Gracias, Dory, lo has conseguido».

Le pedí a la hija mayor de Catherine que intentara expresar en unas frases nuestro encuentro. Yo tenía que participar, como ponente, en una sesión del TEDxSantCugat[2] cuyo lema era «SEGUNDAS

OPORTUNIDADES». Quería frases de mis familiares, y esto es lo que me dijo una de ellos, Ricarda:

Ahora después de setenta años, tenemos una segunda oportunidad para volver a ser esa maravillosa familia que todos perdimos; entretejer nuestras historias para completar lo que aún no sabemos, descubrir puntos en común y llegar a conocernos. Debemos tener la capacidad de perdonar todo lo ocurrido a nuestra familia, pero no podemos olvidar lo que pasó ¡NUNCA JAMÁS!

Este es sin duda el sentimiento que nos une.



Catherine tuvo tres hijos de los cuales dos viven en Montreal, Canadá y la hija mayor en Viena.

En octubre de 2014, hice mis maletas para poner rumbo a MONTREAL, descubrimos todo aquello que no sabíamos y que poco a poco todos hemos tenido que ir asumiendo. Hablamos de nuestras respectivas culturas, tradiciones, religiones e identidades, cosas que nos han enriquecido. Repasamos álbumes de fotos, imágenes que muestran la felicidad de la familia, la soledad de una adolescente e imágenes de su segunda oportunidad, la que Catherine supo aprovechar. Es curioso el sentimiento que nos une a todos. Parece que intentemos recuperar los años perdidos y tenemos la sensación de que nos conocemos de toda la vida.

Habíamos seleccionado la época del año para ir a Montreal, queríamos disfrutar de la belleza de su naturaleza cuando irrumpe el otoño. El colorido que ofrecen sus extensos bosques llena las retinas. Amarillos, rojizos, pardos, verdes, ocres, mezclados entre ellos como ocurre con sus ciudadanos; una mezcla de colores.



De Montreal me dirigí a BOSTON, donde vive Michael Gruenbaum. Conocerlo ha sido una de las cosas más gratificantes que me ha dado

la vida porque Michael es la historia en vivo. Con él puedes penetrar en la crueldad de lo que fueron aquellos años y con él puedes conocer lo que es la capacidad de recuperación, la magnitud del perdón, de la tolerancia, y de la memoria histórica.

«*Ni un solo día de mi vida olvido lo pasado*».

Esta frase quedó grabada en mi mente, así como su sonrisa, su fuerza vital, su amor por la familia y su trabajo. Michael nos había preparado una visita exhaustiva a la ciudad a la que volveremos, aunque espero que algún día él pueda viajar a Barcelona.

Desde Boston nos desplazamos a NUEVA YORK, donde conocí al hijo pequeño de Michael que nos hizo de guía en la ciudad de los rascacielos y allá tuvo lugar el encuentro con la familia de mi abuelo paterno, los Sontheimer. Cuando estaba delante de la puerta del apartamento, donde todos se habían reunido para conocernos, pensé en mi abuelo Max, cuando de vuelta de su exilio en Cuba, en junio de 1947, tocaba el timbre de la puerta para encontrarse con su hermano Henry y la familia superviviente que había logrado reunir allí. Mi abuelo Max había dejado a su esposa enterrada en el cementerio de Guanabacoa. Había fallecido de un infarto al conocer la triste noticia del exterminio, prácticamente total, de su familia de Praga. Siempre pensaba en lo triste que debía de haber sido para él dejarla en Cuba, sabiendo las pocas posibilidades que tenía de volver allí. Su hija Dorel estaba enterrada en Tel-Aviv, y él venía a Barcelona donde vivía su hijo, mi padre y la familia que había formado y que Max aún no conocía.

¿Qué debía sentir mi abuelo ante aquella puerta? ¿Qué entereza le quedaba todavía ante tamaña destrucción y pérdida?

Todo esto se mezclaba en mi mente cuando, con el dedo índice de mi mano derecha, toqué el timbre, y cuesta explicar lo que sentí cuando al abrir la puerta los tenía a todos frente a mí mirándome. Fue una noche mágica, y como siempre compartimos conversaciones pero sobre todo ilusión y cariño.

Habían pasado setenta años, nuestra época no tiene nada que ver con la anterior, pero estoy segura que los sentimientos de mi abuelo y los míos eran similares.



En una de las charlas que di, tras la presentación de mi primer libro, conocí a Jaume Castro, responsable de la Comunitat de Sant Egidi en Barcelona, que me presentó a Mossén Frederic Comalat, que vive en La Habana, donde ejerce impartiendo la doctrina cristiana. Hablando con él y, cuando menos lo esperaba, se ofreció a buscar la casa de mis abuelos en El Vedado, en La Habana y la tumba de mi abuela en el cementerio de Guanabacoa. Para mí era una nueva oportunidad. Si lo conseguía no podría dejar pasar la ocasión de viajar hasta allí.

Desde que mi abuelo Max depositó su último ramo de flores en el cementerio, ningún miembro de la familia había tenido oportunidad de ir. Otra vez maletas y otra vez mis amigos acompañándome a CUBA. La búsqueda no fue fácil. Celebramos un acto sobrio, sencillo y emotivo en el cementerio Macabeo de Guanabacoa, pero adiviné la sonrisa de agradecimiento de mi abuela a la que no pude conocer. Cuando estaba delante de la tumba me preguntaba qué insólito destino, a veces, podemos llegar a tener.

Quise visitar la casa de El Vedado que en aquellos años debió ser muy bonita; hoy está transformada en pequeños apartamentos. Pude acceder al recinto interior, donde en la entrada, una pared revestida de cerámica me recordaba a la nuestra. ¿Quizá vestigio de la época de los españoles en Cuba?



Pocos meses después fui a LONDRES con mi hija a conocer a otros descendientes de Tommy. Había quedado con su primogénita en la estación de tren de Liverpool Street. Estábamos delante del monumento que se ha erigido a sir Nicholas Winton, en él están representadas cinco figuras de niños, que fueron llevados en los Kindertransports desde Praga a Londres. Cinco de entre los 669 niños salvados del exterminio. Gracias Nicholas. Me fijo en uno de esos cinco niños, pues bien podría ser el pequeño Tommy. Con su cartera, la gorra de cuadros, sin entender lo que pasaba y el motivo por el que tenía que separarse de sus padres. Desde luego no podíamos haber buscado un punto de encuentro mejor y más significativo. Fueron cuatro días de lluvia y de cielo gris que correspondían a la triste vida de Tommy. Al igual que a muchos niños judíos de Chequia, la vida se

le truncó cuando el 15 de marzo de 1939 Hitler entró en Praga. Se despidió de sus padres en una estación de tren y jamás los volvió a ver. Pudo salvar su vida pero nunca pudo salvar su estabilidad emocional. Lo intentó, pero el trauma de aquella separación le marcó para siempre. Le atravesó su alma como una lanza. Fue un viaje del que me quedó la amargura del sufrimiento que Tommy vivió, hasta agosto de 2014, perseguido por los fantasmas del nazismo.

Después del hallazgo de las siete cajas y de nuestros encuentros familiares queríamos localizarlo y, a través de Michael, habíamos intentado ponemos en contacto con él pero el resultado había sido nulo. Sin respuesta. En septiembre de 2014 recibimos noticias de sus hijos. Tras su muerte estuvieron mirando los correos del ordenador encontrándose con la sorpresa de los mensajes familiares. Impresionados, nos contestaron dándonos los detalles del fallecimiento de su padre y excusándose del mutismo de su progenitor. Con su hija establecí un contacto fluido a través del que pude apreciar lo difícil que había sido la vida para Tommy y los suyos.



Había finalizado los encuentros con los miembros de mi familia paterna.

Llegaba el momento de hacer lo mismo con la familia de mi madre, y decidí volver a ARGENTINA donde vive la familia de mi abuela materna que se refugió allí. Durante la Noche de los Museos presenté *Las siete cajas* en el Museo del Holocausto de Buenos Aires. Una noche emotiva, en un ambiente porteño y con oyentes descendientes de refugiados de todas partes del mundo. A raíz de la charla, empecé a recibir correos desde Argentina y países de Latinoamérica de casos similares a los de nuestra familia; cuando leo estos correos me doy cuenta de la extensión del mal. Por eso pienso que somos unos vencedores, porque lo dominamos y estamos dispersos por todo el mundo. Fueron días de familia, con muchas cosas que escuchar y que contar. Nos compenetramos perfectamente, no solo por la facilidad del idioma, sino por nuestra forma de pensar y de disfrutar.

Si algo tengo que resaltar de todos estos encuentros es que

siempre, siempre me llevo:

EL AMOR DE LOS MÍOS.

Cuando hayan aparecido estas líneas seguramente habré cumplido otro objetivo. Conocer a alguien de la familia de mi abuelo materno, hasta hace poco desconocida para mí y que está en Alemania, en Friburgo, en la ciudad donde vivían mis abuelos, a la que yo tantas veces había ido de pequeña. Jamás nadie me había mencionado nada.

Auschwitz

Durante estos dos últimos años, he recorrido muchos lugares pero sin duda alguna el que me ha dejado más marcada ha sido la visita a Auschwitz. Llevaba mucho tiempo queriendo ir, buscando la fuerza necesaria, cuando surgió la ocasión para dirigirme allí, acompañada de personas sensibles al Holocausto, y que sin ser judíos se sienten muy próximos a ellos. El viaje estaba organizado por la Agregaduría Cultural de Polonia y, gracias a Hanna Podolska, la visita fue inmejorable.

El domingo uno de marzo de 2015 estaba prevista la visita a Auschwitz y Auschwitz-Birkenau.

Me asustaba levantarme. Solo sonar el despertador salté de la cama. Hacía ya muchas horas que estaba despierta. El día amaneció gris. Una niebla baja no dejaba ver el horizonte. Desde Cracovia, el camino a Auschwitz se convierte en una recta interminable donde los olmos forman una hilera que acompaña el camino. Altos, espigados, lúgubres. El presagio de lo que íbamos a ver. Me dio la sensación de que eran personas mirando al horizonte. Seres que nos indicaban el lugar por donde pasaron.

Me sorprendió, al entrar en el recinto donde se compran las entradas, la vulgaridad a la que podemos llegar los seres humanos. Junto a los *tickets*, dispensadores de patatas fritas y demás alimentos que se pueden comprar en envases. Lo consideré casi un insulto a las víctimas.

Entramos en el campo de Auschwitz.

Sobre la puerta de entrada, el lema ARBEIT MACHT FREI. El colmo de la desvergüenza de los nacionalsocialistas.

La visita guiada se realizó con gran delicadeza. Pero a pesar de la sensibilidad, todo aquello es de tal dureza, de tal magnitud, de tal crueldad, que la voz no se me pudo ni quebrar. Simplemente… me desapareció.

Una metodología perfecta, una organización exhaustiva, la mejor tecnología de la que disponían para albergar una ciudad de 100.000 habitantes transeúntes. De flujo continuo. De allí muchos de ellos iban a la cámara de gas y a los que permanecían en el campo los nazis los convertían en reses, sin nombre, con números y con un trato despiadado, inimaginable para un ser humano y que les provocaba una agonía hasta el fallecimiento. Lo que no podían ni imaginar eran los días que duraba esa agonía. «*Cuanto más corta, mejor*», pensaba yo. Muy pocos de ellos sobrevivieron y los que lo hicieron quedaron con unas profundas secuelas.

Recorrimos todo el campo donde se muestran las cámaras del horror, el lugar destinado a las ejecuciones con horca, el barracón de los «ensayos clínicos» del doctor Mengele, los barracones donde hacinaban a los seres humanos, las miles de gafas acumuladas de las víctimas, las toneladas de cabello humano con las que confeccionaban colchones, los miles de zapatos de mujeres, hombres y niños, piernas ortopédicas… ¡El museo del horror!

Y allí, a unos pocos metros de distancia, está la casa de Rudolf Hess, católico, militar, oficial de las SS y comandante del campo de Auschwitz donde vivía con su mujer y sus tres hijos. Una casa con jardín y piscina junto al campo de la destrucción.

¿Cómo podía vivir, dormir, comer, descansar en aquel lugar llevando aparentemente una vida familiar con los suyos cuando acababa su jornada laboral de exterminio?

¿A qué grado de alteración mental puede llegar el ser humano para convertirse en un monstruo sin sentir ningún tipo de culpabilidad? ¿Hasta dónde puede llegar el adoctrinamiento?

En Auschwitz solo había una cámara de gas y un crematorio. La maquinaria nazi tenía que matar más y más rápido y Hess, bajo la dirección de Himmler, realizó la ampliación del campo y la preparación de los dispositivos de la muerte construyendo a tres kilómetros el segundo complejo, Auschwitz Birkenau, donde la ocupación era de 100.000 habitantes transeúntes, teniendo en cuenta que el 75% de los que llegaban iban directamente a las cámaras de gas. Un flujo continuo de personas en un espacio de 175 hectáreas.

Hasta que no adaptaron la estación de tren en este segundo complejo, las personas que llegaban a Auschwitz, después de haber sido transportadas como ganado, recorrían los tres kilómetros a pie, cargadas con sus maletas para dirigirse a las «duchas». Nosotros lo hicimos sentados en un cómodo minibús; un contraste con aquella realidad que vivieron las víctimas.

Llegamos a la plataforma donde paraban los trenes. Seguramente

el convoy número 440, que llegó el 19 de octubre de 1944, en el que iba Peter y el convoy que, meses antes había llevado al pequeño Pavel, pararon allí. Al final de la plataforma una figura de cartón, imitando al oficial médico alemán, señalaba derecha o izquierda a la persona de la fila que pasaba delante de él.

Derecha era la vida, si es que a lo que les esperaba podía llamarse vida; izquierda, la muerte.

¿Cómo podía aquel hombre dictaminar la vida o la muerte de sus semejantes?

¿Quién se creía que era?

Hicimos el mismo recorrido a pie que hicieron a quienes les tocó ir a la izquierda, mil trescientos sesenta y cuatro pasos conducían desde el vagón hasta la muerte. Uno, dos, tres… ciento uno, ciento dos… A cada paso mi corazón latía más fuerte, y el palpitar en las sienes era como el tambor de la muerte.

¿Qué debían pensar Peter y el pequeño Pavel mientras caminaban hacia las duchas?

¿Cómo puede haber tanta maldad?

¿DÓNDE ESTABA DIOS?

¿DÓNDE ESTABA DIOS?

No tendré vida suficiente para encontrar respuesta a esta pregunta.

Pienso que la maquinaria destructora nacionalsocialista consiguió que los miles de gestores cotidianos de aquellas atrocidades, de tales hechos sangrientos y brutales, desconectaran emocionalmente.

Dejaron de percibir, de ver la sangre, de olerla. Miles de funcionarios convertidos en monstruos incapaces de sentir el sufrimiento ajeno. Era parte del entrenamiento del régimen.

¿Esta fue la capacidad de los nazis? ¿En esto consistía el pensamiento ario? Dante Alighieri no conoció a Hitler. Ni a Himmler. Ni a Göring. Ni a Rudolf Hess, el jefe de Auschwitz. Ni a los miles de funcionarios y seguidores convencidos de que lo que hacían conduciría a su país a la excelencia. ¿De la perversión? ¿De la maldad? ¿Del infierno terrenal?

Dante Alighieri hubiera llamado a su obra: «Simplemente Auschwitz».



Sobre una lápida —con una inscripción, en un pésimo castellano en la que se honra a las víctimas del Holocausto—, deposité un ramo de rosas blancas en cuyo lazo se leía: «*A mi familia: Os quiero. Las personas realmente mueren cuando nadie las recuerda*».

Después fui leyendo uno a uno los treinta y seis nombres de los míos. Cada nombre era una vida humana exterminada.

DESCANSEN EN PAZ

Salió el sol. Unos pájaros cantaban. La vida sigue y tiene momentos maravillosos.

Allá, en aquellas tierras de Cracovia, en aquellos campos, queda el recuerdo de lo que jamás debió suceder. De lo que jamás el hombre debe volver a tolerar. Un episodio histórico que degrada la condición humana.

Me ha costado recuperarme del impacto.

De este viaje me he traído el horror, la visión de lo que es capaz de hacer el hombre y el abatimiento de lo que allí ocurrió pero también la firmeza para luchar contra el mal.

Espacio Lehmann
Barcelona

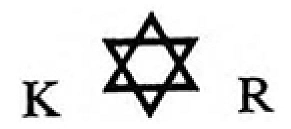
Recibí una llamada telefónica de una buena amiga un sábado por la mañana. Acababa de visitar la fábrica Lehmann de Barcelona, en una de las visitas organizadas por la 48h Open House Barcelona —evento organizado por arquitectos—, durante un fin de semana, en el transcurso del cual pueden visitarse diferentes edificios singulares de la ciudad guiados por voluntarios. Mi amiga acababa de visitar la fábrica Lehmann de mi abuelo que yo, nacida en Barcelona, no sabía que existía. Este recinto, dentro del Eixample barcelonés, ha sido recuperado y hoy está ocupado por personas sensibles al arte y a la cultura. Se conserva la chimenea de la fábrica, su entrada es un pequeño pasaje que va desde la puerta exterior al patio interior y era por donde circulaban los vehículos transportando mercancías hasta su patio original donde se respira un ambiente especial. Atravesar la puerta de la calle te conduce a otra época. El pasillo se convierte en el túnel del tiempo y el reloj, tictac, gira sus manecillas al revés.

Desde aquel octubre he ido innumerables veces a Lehmann. Conozco a sus habitantes y nos hemos agradado mutuamente. Nos apreciamos y a mí me llena de orgullo que estén tan satisfechos de

estar en el lugar al que mi padre iba diariamente a trabajar, en la fábrica que su familia había montado en esta maravillosa Barcelona y que en su momento sirvió para que él y su hermana, mi tía Dorel, pudieran establecerse aquí. Esto provocó que mis padres se conocieran y decidieran quedarse y darme a mí el privilegio de nacer, crecer, vivir y amar esta ciudad.

Cuando atravieso la puerta de Lehmann, me convierto en Dorel y pienso en el día en que sentada en el bar Heidelberg de la Ronda Universidad, y ya con la *kartoffelsalat*, y las *brattwurst* en la mesa, comentara a su hermano y a su mejor amiga, Rosel, la entonces novia de Kurt, el regalo que había pensado hacer a su ahijada en el próximo viaje a Praga. Rosel aún no había sido presentada oficialmente pero Dorel quería dar a conocer su noviazgo a toda la familia. En la merienda en el Heidelberg decidieron regalarle entre los tres una muñeca. En aquel caluroso julio, oscurecía en Barcelona. Tres jóvenes, Kurt, Dorel y Rosel habían decidido, sin saberlo, dar vida a una muñeca que sería una espectadora excepcional del transcurrir de la historia, de unos años que jamás podrán ser olvidados. Al día siguiente Dorel había quedado con su hermano en Lehmann en la calle Consejo de Ciento, 159, donde estaba la fábrica. Siempre que entraba por el pequeño pasaje, Dorel tenía la sensación de entrar en la casa de las ilusiones y de la fantasía. Cada artículo que salía por aquella puerta provocaba la emoción y la sonrisa de un niño, «no *hay nada más bello que la sonrisa de un niño*», pensaba Dorel mientras subía las escaleras que conducían al despacho de gerencia. Saludó al señor Oskar y con Kurt fueron a dar una vuelta por el recinto. Estaban en plena producción. Ya entraban los pedidos para la próxima campaña de Reyes. En Lehmann, no solo se fabricaban las caras de porcelana de las muñecas, sino que se hacía el ensamblaje de la muñeca entera. Se las vestía y se dejaban ya preparadas para su expedición. Aparte de las muñecas de serie, siempre había pedidos especiales. Algún papá que quería algo singular para su niña. Con algún motivo, algún vestido, algún detalle que hiciera de aquella muñeca un personaje único. Hablaron con el jefe de producción y así fue como crearon a *Patty*: mejillas sonrosadas, ojos azul plomo y melena castaña como la de Rosel y con un distintivo que diera a conocer a la familia el próximo enlace de aquella pareja. El diseñador sería unos de los proveedores habituales de Lehmann, Kammer&Reinhardt, cuyas iniciales eran la K y la R y que casualmente se correspondían con las de Kurt y Rosel. Una K y una R unidas por la estrella de David, identidad por la que ellos dos se encontraban en Barcelona y se habían conocido. Las piezas de la muñeca las fabricaría Simon&Halbig, fabricante al cual Lehmann

hacía el montaje de las muñecas. Pero, esto sí, la muñeca se montaría totalmente en Barcelona. Sería una muñeca especial. Una muñeca única.

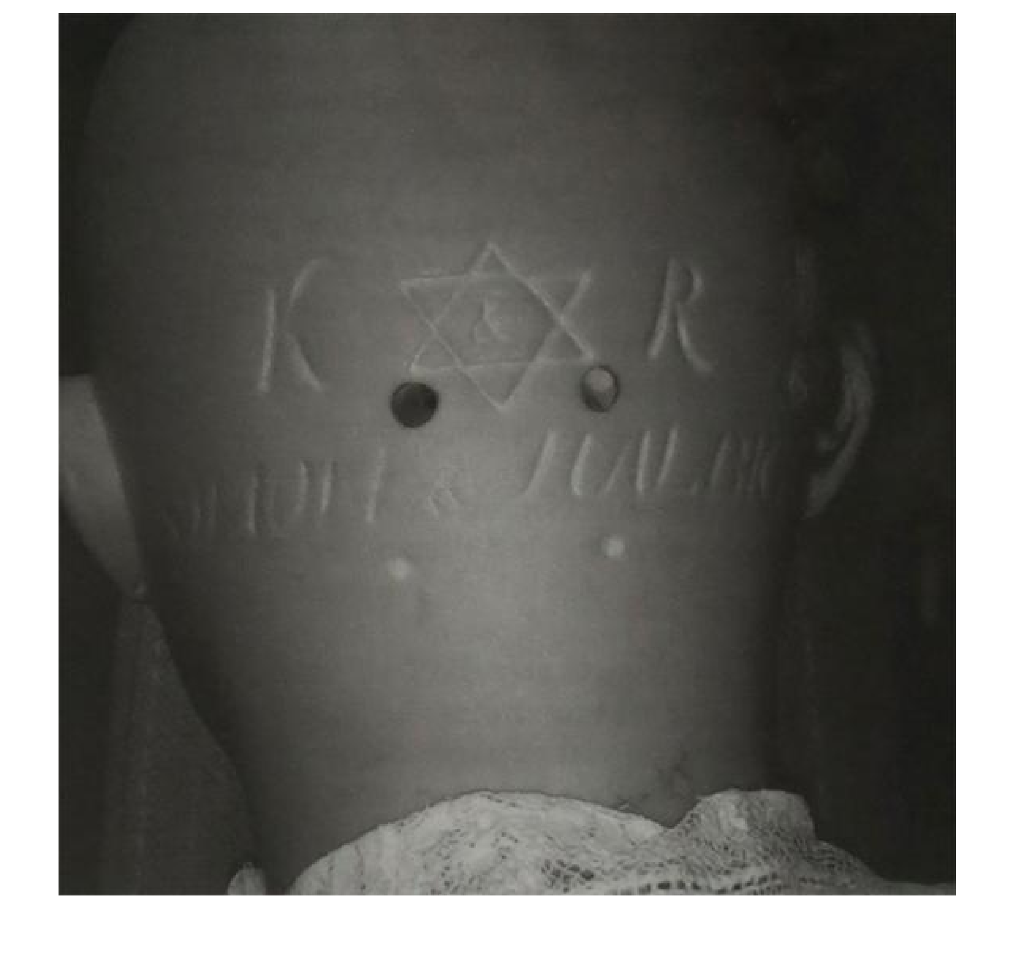


Dorel eligió el vestido, de organdí blanco con unas puntillas también del mismo tejido y color; en la pechera una cinta de raso blanco anudada. Falda de vuelo rematada con dos volantes de organdí iguales que los de la pechera. Calcetines blancos, con unos zapatos tipo «merceditas» del mismo color. El vestido era una maravilla. Siempre que veía alguna de las muñecas pensaba en lo laborioso que era la confección de aquellos vestidos. «*Tiene más trabajo que el vestido que me está haciendo la modista*», calculaba Dorel.

El encargado le comentó que la tendrían acabada a finales de julio. Pensaba ir a buscarla con Rosel, para que antes de que la embalaran la pudiera ver. La segunda quincena de aquel julio de 1935 se iba acabando.

Así fue cómo nació *Patty*. Se fue a Praga sin nombre ya que allí fue Catherine quien se preocupó de dárselo.

A partir de 1936, con el estallido de la guerra civil el devenir de Lehmann cambió. La empresa fue colectivizada como muchas otras empresas de Cataluña y Lehmann pasó a producir cubiertos para el Ejército. Luego, en 1938, en Alemania se llevó a cabo la «arianización» de las empresas judías. Lehmann Alemania fue «vendida» a empresarios arios. En España, una vez finalizada la guerra civil las empresas colectivizadas, en general, fueron devueltas a sus dueños, pero no ocurrió así con Lehmann. Pasó a manos de un procurador llamado Torres y mi padre tuvo que abandonar su trabajo allí. Serrano Suñer y el ministro de Asuntos Exteriores Ribentropp tenían muchas cosas en común, y una de ellas era la de no permitir empresas cuyos dueños, consejeros o gerentes fueran judíos, pero a pesar de estos dos siniestros personajes el espacio Lehmann sigue aquí, dejando constancia de lo que fue, ofreciendo a la ciudad un entorno bohemio, artístico, donde quienes trabajan en él lo hacen como lo hacían mi abuelo y mi padre. Creando ilusiones.



Costa Brava
Sant Feliu de Guixols

Septiembre. Costa Brava y tramontana. Sinónimo. El aire todavía olía a la lluvia reciente. El mar bramaba. El día no animaba a salir pero la ocasión se lo merecía. Habíamos quedado para ver la colección de muñecas que Lluís y Mercè Sallés tienen en su casa. Mientras observaba a través de la ventana las hojas lilas de la buganvilla que volaban debido al viento, pensaba en si allí encontraría algunas de las muñecas manufacturadas en la fábrica Lehmann de Barcelona. Tengo que confesar que eso realmente sí que me intrigaba.

Llegamos a Sant Feliu de Guixols. La casa de nuestros amigos está situada sobre el acantilado, mirando al mar, a mi Mediterráneo, que aquel día de verano estaba enfurecido. La planta inferior la tienen preparada para acomodar a las muñecas, objetos aparentemente inertes, que atesoran tanta vida anterior y que poseen, cada una de

ellas, sus muchas o pocas historias. Cuando mi amigo abrió la puerta del salón me llevé un sobresalto. Ante mí unas doscientas muñecas mirándome fijamente. Al fondo el mar encrespado. Poco a poco, paseándome entre los sofás donde estaban sentadas, las estanterías, las cunas, los cochecitos fui serenándome. Había muñecas muy diversas. De porcelana, trapo, papel maché, madera, celuloide, articuladas, con movimiento o sin él, blancas, orientales, negras, grandes, medianas, pequeñas. Una gran diversidad. Estuvimos hablando sobre la procedencia de algunas de ellas, de las historias que él conocía, dónde las había adquirido, su antigüedad y otras particularidades, curiosas de oír en boca del que se considera el padre adoptivo de todas ellas. Me di cuenta de que era un sentimiento paternalista, no de pertenencia. Llegamos a un sofá donde estaba sentada una muñeca de porcelana, de la que me llamó la atención su sonrisa, la intensidad de su mirada azul plomo que parecía querer hablar, los cabellos, la postura de las manos, el vestido de organdí blanco, los calcetines de ganchillo, los zapatos blancos. Observaba a la muñeca que me devolvía la mirada, mientras escuchaba lo que me estaba comentando mi amigo, Lluís.

—Esta muñeca sí que me gusta —dije.

—Esta muñeca es judía —contestó Lluís.

—¿Cómo puedes saber que una muñeca es judía? —respondí.

—Mírale la nuca —afirmó Lluís.

Tomé la muñeca en mis manos, la giré, aparté su melena y en la nuca vi grabada la estrella de David. Al lado izquierdo una K y a la derecha una R. Debajo una inscripción: *Simon&Halbig*, empresario al que la fábrica Lehmann de mi abuelo le montaba las muñecas.

—Se llama *Patty* —continuó Lluís.

Patty y yo nos miramos. El destino otra vez se topaba conmigo. *Patty*, nacida en Lehmann, en Barcelona, fue comprada en 1980 por mis amigos en un anticuario de Gerona que a su vez lo había adquirido en uno de Londres. Yo pensaba en todo lo que había vivido desde que nació. Qué es lo que habían visto sus ojos y qué es lo que había oído. Otra vez el silencio. Pero yo supe en aquel momento que aquel objeto aparentemente inerte tenía en la cámara posterior de sus ojos unas vivencias que quería transmitir.

Otra vez indagar, estudiar, analizar, conocer sucesos dolorosos, asumirlos, y una vez interiorizados, transcribirlos para que no se olviden.

Cuando nos despedimos, la generosidad de mis amigos quiso que *Patty* y yo nos fuéramos juntas.

—Dónde mejor que con su familia —me dijo Lluís,

entregándomela.

Las primeras semanas fueron de observación mutua. Su cara, sus ojos, sus manos, su cutis. Ella, *Patty*, también me observaba. A través de ella, la vida de cinco niños a los que les tocó vivir debido a su identidad, la peor época de la historia del siglo XX…

Epílogo

Desde junio de 2014, cuando se publicó mi primer libro, el tiempo ha transcurrido a una velocidad frenética. He tenido oportunidad de conocer a muchas personas, de diferentes culturas, tradiciones, color de piel, religiones, identidades. He aprendido mucho y he reflexionado considerablemente. He llegado a conclusiones que por supuesto son personales.

Creo que la identidad es algo que uno siente como propio y que, evidentemente, está influenciada por la educación recibida, tanto cultural como religiosa o humana y por el entorno en el que se vive. Pero cada uno siente «su identidad» a «su manera» y nadie puede obligar a nadie a cambiarla. Cada ser humano es dueño de sí mismo y ha de tener libertad para poder elegirla. También creo que solo existen dos grupos de seres en el mundo. Yo los llamo «almados» y «desalmados», o sea personas con alma o sin ella. Y esto no tiene nada que ver con la identidad, el color de la piel, la religión, la cultura, el idioma o la condición sexual. Tiene que ver con algo mucho más serio. Tiene que ver con el amor al prójimo, la tolerancia y el respeto.

Cada persona tiene derecho a elegir a qué grupo quiere pertenecer. Los nazis pertenecían a los desalmados. Yo tengo bien claro en qué grupo quiero estar.

Durante estos dos años han pasado muchas cosas. Buenas, malas, alegres y tristes.

Mi pequeña nieta Sara nos dejó al nacer. No quiso quedarse en este mundo tan inhóspito. Las noches en que en el firmamento se pueden contemplar las estrellas, la veo como una más. Es pequeña pero ilumina con fuerza, y siento que me llama desde allí. Un pequeño astro que nos guía desde el firmamento.

—Hola, Oma.

—Hola, Sara —contesto.

Sara vive entre nosotros, porque donde hay amor hay vida. Así lo dijo el Mahatma Gandhi y estoy de acuerdo con él.

Hace escasas semanas ha nacido una nueva nieta. Ahora tengo nueve: ocho en la tierra y una, Sara, como estrella en el firmamento.

Patty, desde su sofá, con sus ojos azules y sus mejillas sonrosadas sigue observando el mundo y el devenir de la familia. Está tranquila porque ya sabe que tiene una nueva mamá, Pía, una de mis nietas.

Y quién sabe, a lo mejor dentro de cincuenta años *Patty* volverá a ser el hilo conductor de alguna historia. Pero seguro que esta vez será de amor y no de destrucción.

Agradecimientos

Esta, mi segunda experiencia como escritora, ha supuesto un doble reto. Superar la expectativa creada con el primer libro y sobre todo conseguir honrar a los cinco protagonista de esta historia como se lo merecen, cinco niños que tuvieron que vivir el tormento de una época siniestra.

Para ello tengo que agradecer a las familias directas de los niños la información necesaria que me han aportado. A los hijos de Catherine, Ricarda, Verónica y Nick; a Michael, protagonista, que me ha facilitado toda la información que le solicité. A Claudia Heller, familia por parte materna de Pavel y a los hijos de Tommy, Sue, Simón, David y … que me han enviado fotos, comentarios y anécdotas de su padre. Todo ello me ha permitido convivir con cada uno de estos cinco niños y poder transcribir su historia.

A mi marido y a mis hijos, que han tenido que sufrir unos horarios terroríficos y a los que les he robado parte del tiempo que les hubiera tenido que dedicar. A Silvia Lluís que ha vuelto a confiar en mí, a Marta Grau Bastardas a la que vuelvo a agradecer su enorme profesionalidad, y a Elisenda Rovira, eficaz, amable y expeditiva. A Lluís Sallés y su esposa Mercè, padres adoptivos de *Patty*, que generosamente me la regalaron, para, según ellos, «devolverla a su hogar».

He tenido el apoyo de muchos amigos, pero me gustaría anotar mi profundo agradecimiento a Lluís Alegre y Montse Sala, que me han acompañado por el mundo buscando a mi familia y me han ayudado, prestándome su tiempo y su amistad, en esta búsqueda. A Rosa Serra, a la que conocí en la realización del programa de la Diputación de Barcelona «Perseguits i Salvats». [Perseguidos y salvados], que me ha prestado ayuda siempre que la he necesitado. A Tamara Prezek, que no me ha fallado jamás cuando he tenido que buscar algún dato de mi familia desaparecida. Y, por supuesto, a Eduardo Martín de Pozuelo, al que pedí nuevamente que me escribiera el prólogo, y al que agradezco no solo lo que me ha podido enseñar, sino su amistad. A Sergi Pámies por su contribución, a Arcadi Calzada por su generosa predisposición

ante cualquier ayuda que le he solicitado, y a todos mis lectores anteriores, a los que espero no defraudar, y que me han animado a afrontar este nuevo reto.

Sea cual sea el resultado, lo que sí que tengo claro es que estos cinco niños y, por extensión, todos los niños víctimas de los totalitarismos se lo merecen.



DORY SONTHEIMER (Barcelona, 1946). Licenciada en farmacia y óptica por la Universidad de Barcelona y graduada en PDG por la IESE Business School. Desde 2007 realiza estudios de historia contemporánea y de narrativa. Ha impartido conferencias en el Grupo de Trabajo, Exilio, Deportación y Holocausto en el Auditorio de Barcelona, en las Jornadas de Estudio y Debate Perseguidos y Salvados, en el Museo de Historia de Barcelona y en la apertura de campaña de Keren Hayesod en Barcelona. Este es su segundo libro.

Notas

[1] Gracias a que el responsable del taller donde trabajaba la tenía en muy buena consideración, pues su rendimiento era superior al de otras mujeres. < <

[2] TED (Tecnología, Entretenimiento y Diseño) es un evento anual donde pensadores y emprendedores de todo el mundo están invitados a compartir temas e ideas que merece la pena explicar. < <